

ANABELLA FRANCO

Fulieta

Lectulandia

Anabella Franco

Julieta

El que es incapaz de perdonar es incapaz de amar.

MARTIN LUTHER KING

2008

—Tenía motivos —masculló el cliente, nervioso. Sudaba copiosamente—. ¡Ella me engañaba con él, un cantinero! ¿Qué quería que hiciera? ¿Felicitarla?

Julieta apenas pestañeó. Permanecía impasible tanto en la comodidad de su oficina como entre las paredes putrefactas de una cárcel, hablando de un fin de semana en Punta del Este como de un asesinato.

—¿Está seguro de que él pasó la noche con ella? —indagó—. No podemos cometer errores.

—¡Claro que estoy seguro! —exclamó el cliente—. De otro modo no habría reaccionado como lo hice. Sospecho que hasta podrían encontrar su semen en ella todavía. Pero claro, el maldito debe haber usado preservativo.

Julieta bajó la mirada, era fría incluso cuando se hablaba de sexo. Volvió a su cliente ni bien él se calló y respiró profundo antes de continuar.

—En ese caso, creo que tenemos la coartada perfecta.

—Lo mandé a investigar. Quiero que... —quiso seguir él.

—Solo voy a necesitar su foto —lo interrumpió Julieta. No iba a perder el tiempo hablando de ese hombre: a su cliente podía importarle, había sido el amante de su mujer, pero a ella no—. También dos testigos que digan que usted estuvo en algún lado esa noche. Tienen que ser hombres. No quiero mujeres, podría prestarse a confusiones. Pueden ser un chofer y el *maître* de algún restaurante. Además, hay que buscar testigos que certifiquen que el tal Leonardo Durán estuvo con ella en la escena del crimen, para eso necesito su foto. Por otro lado, no podemos perder de vista el arma. ¿Dónde la dejó?

El cliente tragó con fuerza. Miró hacia uno y otro lado como un paranoico y se inclinó hacia adelante.

—No me gusta hablar de eso acá —susurró.

Julieta enarcó las cejas y sonrió, insensible ante la situación.

—¿Quiere que salgamos al jardín de rosas? —preguntó con tono irónico, señalando la puerta. Dentro de una cárcel no había más que patios enjaulados y paredes enmohecidas.

El cliente ocultó su frustración. Si tan solo hubiera elegido otro abogado... Bajó la cabeza y trató de ser preciso.

—La escondí. Puedo decirle dónde encontrarla si piensa plantársela como prueba a ese maldito.

—No voy a plantarle ninguna prueba —contestó Julieta, enérgica—. Mi trabajo se resume a salvarlo a usted de una condena, no a propiciar la de un inocente. Lo usaré como distracción para que el juez aparte la atención de usted, pero no voy a ser el instrumento de una venganza personal contra el amante de su mujer. Concentraremos

la atención sobre el amante, y eso reforzará nuestro argumento de que hubo falta de pruebas contra usted. Yo me ocuparé de los testigos, y usted, del arma; supongo que tiene a alguien de confianza para que se haga cargo de eso. Deshágase de ella lo antes posible. ¿Piensa hacerlo? —El culpable asintió con la cabeza. Ella se puso de pie—. En ese caso, bienvenido al sobreseimiento, señor Barrios —concluyó, y se retiró sin esperar respuesta.

Todo en ella —su ropa, su voz, sus movimientos— evocaba lo implacable de su conducta. No medía más de un metro sesenta y cinco, pero conseguía una altura aceptable gracias a los tacos, elegidos para acobardar a cualquiera. Le temía a muy pocas cosas. Siempre vestía ropa seria y distinguida, y caminaba con la frente en alto. En el universo machista de las cárceles y el afán competitivo de Tribunales convenía mantener una postura inquebrantable, sobre todo cuando defendía a grandes clientes. Jamás permitía que la vieran débil, por eso atacaba primero, y muchos le temían. Había forjado un mito y nunca dejaría que colegas despiadados y clientes soberbios le quitaran un ápice de todo lo que había logrado.

No existía ser alguno que pudiera doblegarla.

* * *

Recostado en su cama, apenas cubierto por la sábana y con la cabeza enterrada en la almohada, Leonardo deseó morir.

Quería tocarla una vez más. Anhelaba su cuerpo, su voz, su perfume. Su risa invadía los rincones más recónditos de su mente y rebotaba contra sus oídos, transformándose en lágrimas.

—Emilia... —balbuceó, consternado.

La recordó en el bar donde se habían visto por primera vez. La recordó desnuda en su sofá, bañada por la luz de la luna que entraba por la ventana abierta, en su cocina, en su cama. La recordó una noche de verano en su cuarto desordenado.

Él recorría su cuerpo con un dedo; ella giró la cabeza, estiró una mano y le acarició una mejilla.

—¿Cómo sería ser libres? —le preguntó, con la ternura propia de los sueños.

—Lo seremos —prometió él—. Estoy dispuesto a esperarte todo el tiempo que sea necesario.

Emilia sonrió en la penumbra. Él le besó los dedos.

—¿Cómo sería una vida juntos? —siguió preguntando ella.

Leonardo sonrió con la mirada dulcificada.

—Sería maravillosa —respondió antes de besarle los labios.

En su presente, tan distinto de aquel pasado todavía latente, se retorció en la cama, apretando la almohada bajo su frente bañada de sudor y lágrimas. Ya no habría sexo, una vida juntos, ni sueños. Ya no habría nada.

—¡Agh! —gritó, preso de la impotencia.

Quería matarlo. Samuel Barrios le había arrebatado más que una mujer, le había arrancado el futuro. Solo esperaba que pagara.

Jamás se había sentido tan vacío, tan solo. Jamás había deseado matar y morir al mismo tiempo. ¿Cómo haría para vivir sin Emilia? ¿Cómo respiraría hasta que se hiciera justicia? ¿Cómo podía resucitarla? De haber sabido que esa sería la última noche que pasarían juntos, la despedida definitiva, jamás la habría dejado a merced de su marido.

—Ya le pedí el divorcio —le contó ella.

—Vayámonos lejos —propuso él.

—No sería justo —respondió Emilia, y a continuación hizo una promesa—: Vamos a ser felices.

Leonardo volvió a quejarse y se retorció al recordar esas últimas palabras. Era imposible luchar contra el dolor del alma. No había modo de arrancarlo, se enterraba cada vez más, arrastrándolo a la oscuridad.

Nunca pensó que la penumbra sería real.

El timbre sonó, pero él no reaccionó hasta que oyó un fuerte golpe en la puerta de su departamento. Se secó la cara con la sábana y saltó de la cama. Ni siquiera se vistió, salió del cuarto en bóxer, alertado por el ruido.

Para su sorpresa, halló algunos sujetos de traje y policías en su sala.

—¿Qué significa esto? —interrogó con el ceño fruncido.

—¿Leonardo Durán? —preguntó un hombre que se abría paso hacia él entre dos agentes.

—Sí.

—Tenemos una orden de allanamiento.

2016

—Según refiere usted, alguien iba conduciendo un Audi TT y atropelló a dos jóvenes que murieron en el acto. El conductor se asustó, huyó y abandonó el automóvil a unas cuadras, posiblemente porque el coche se detuvo a causa de las consecuencias del impacto con los peatones —resumió Julieta—. Debo asumir que el conductor era usted.

—¡Claro que no! —replicó el hombre de traje, indignado.

—¿Su hijo?

—Mi hijo iba en el auto, pero no estaba conduciendo. Se lo había prestado a un amigo.

Julieta suspiró. Estaba acostumbrada a escuchar relatos que pretendían encubrir delitos. Muchos de sus colegas preferían desconocer la verdad y creer en el cliente. Ella no. Si querían evitar un fallo como culpables, no podían dejar nada librado al azar. Ocultarle datos a ella, su abogada defensora, era casi tan estúpido como haber abandonado el auto en medio de la calle.

—Si quiere que tengamos éxito en la defensa, debe decirme la verdad. Esa es mi forma de proceder, o no procedo —replicó, dura.

—Me dijeron que usted era la mejor —atacó el sujeto. Pretendía presionarla con una humillación encubierta, pero Julieta no dimitió. Continuaba mirándolo con una expresión inmutable, enmarcada por los cuadros que ostentaban su título, posgrados y un doctorado en la pared de su oficina.

—Soy la mejor cuando mis clientes hacen exactamente lo que yo les pido —contestó—. No me gusta dejar nada librado al azar, tengo una reputación que mantener y una larga fila de clientes dispuestos a pagar el triple que usted, así que colabore o busque otro abogado.

Siguió un momento de tenso silencio.

—Debemos callar a la prensa —soltó él. Buscaba cambiar de tema para no sentir que una mujer le había ganado. Julieta, hábil, le concedió esa tregua.

—Puedo ayudar con eso también, pero quiero la verdad.

El hombre bajó la cabeza.

—Mi hijo conducía y se había drogado —admitió, y alzó los ojos para rogar—. Por favor, solo es un chico malcriado, jamás resistiría una cárcel.

—Los chicos que su hijo mató también tenían una vida, senador. No lo victimice —pidió ella—. Gracias por la verdad —agregó para suavizar el duro matiz de su voz—. Es preciso que hable con su hijo para los detalles: horarios, lugares en los que estuvo antes del accidente, quiénes iban con él en el coche... Necesitamos demostrar que los peatones cruzaron mal la calle, que habían bebido y que por eso no se daban cuenta de lo que hacían. Es imprescindible que crean que su hijo no pudo evitar lo

que pasó. ¿La policía sabe que estaba drogado? ¿Le hicieron el test? ¿Había cámaras de seguridad?

—Le hicieron un control de alcoholemia, pero dio cero. No hubo otros procedimientos. En cuanto a las cámaras, le pregunté al intendente de la localidad, que es amigo de un amigo mío, y me dijo que en esa esquina no hay.

—¿Está seguro? —preguntó Julieta. Él asintió—. Eso es bueno. Debemos conseguir un testigo que diga que los peatones cruzaron el semáforo en rojo y que su hijo no pudo hacer nada para evitar atropellarlos. Lo mismo dirán sus amigos. Podemos conseguir una compensación económica para las víctimas y evitar la cárcel para su hijo. Veremos.

Los muertos no resucitarían. Conseguiría dinero para las familias y, aunque el niño mimado no pagaría su crimen, tal vez aprendiera la lección y ya no volviera a tocar un auto. Para representar a la defensa tenía que olvidar los escrúpulos y, sobre todo, jamás ponerse en el lugar de las víctimas.

Conversó con el cliente hasta que el reloj de su escritorio señaló las ocho. Habría preferido seguir en su oficina tramando coartadas, pero no podía llegar tarde al cumpleaños de su pareja.

Se despidieron, y Julieta se apresuró a salir de la oficina. Mientras bajaba por el ascensor, se miró al espejo para acomodarse el pelo. Su traje de blazer y falda gris hasta la rodilla y una camisa blanca le otorgaban un aspecto formal y aburrido, aunque ideal para parecer implacable. El pelo rojizo, sujeto en una cola, la hacía ver muy seria. Tenía treinta y seis años, pero una dieta vegetariana y el ejercicio diario le daban la apariencia de una mujer más joven.

Condujo hasta el edificio donde vivía lo más rápido posible y dejó el coche preparado en la puerta, listo para volver a salir.

El departamento estaba en penumbras. A través del inmenso ventanal de la sala se veían las luces de la ciudad, la avenida del Libertador y el cielo oscuro. Justo frente a su edificio, un enorme letrero de luces rojas iluminaba el living. Odiaba aquel anuncio; no podía abrir las cortinas de noche, porque la luz roja entraba en su sala y parecía la pista de baile de una discoteca. Nunca tenía tiempo de iniciar acciones legales para que lo quitaran. Se prometió por milésima vez que demandaría a la compañía por las molestias ocasionadas, arrojó el maletín sobre el sofá y se sacó los zapatos.

Los pies le dolían, estaban lastimados y hasta le sangraban a veces, pero continuaba caminando sobre tacones. De lo contrario, su metro sesenta y cinco la habría hecho sentir vulnerable frente a los clientes y otros abogados.

Mientras se dirigía a la cocina, inclinó el cuello hacia un hombro. Las vértebras sonaron, también hacia el lado contrario. Jamás mostraba cuán nerviosa se sentía, siempre lucía fría y omnipotente, pero su cuerpo sufría las consecuencias.

Extrajo una botella de la heladera, la destapó y bebió agua. Después la dejó sobre la mesada y fue a su habitación. Al pasar apoyó el celular sobre el tocador, presionó el ícono del contestador y activó el altavoz.

Mientras resonaban algunos mensajes, buscó ropa, extrajo un par de zapatos y al final se detuvo para repetir el único mensaje que, en su mente pragmática, había sonado útil. Se trataba de un abogado conocido que le pedía ayuda para una causa de

evasión impositiva. Anotó el teléfono de su colega y borró la grabación. Eran las nueve de la noche y debía llegar al restaurante, como muy tarde, a las nueve y media.

Después de maquillarse, recogió la cartera y salió apurada. Se había puesto un vestido negro largo hasta la rodilla y tacos. También había elegido un chal que combinaba con el vestido y, como accesorios, aros, un anillo, una pulsera y una cadena de brillantes.

Llegó al Hyatt, entró al restaurante Duhau y preguntó por la mesa reservada para Christian Basualdo. Un empleado se ofreció a orientarla a través del salón. Julieta le agradeció en cuanto vio el cabello rubio de Christian: estaba sentado de espaldas a ella con un grupo de amigos.

Dio unos pasos más y se detuvo antes de llegar a la mesa. Suspiró y cerró los ojos; trataba de darse fuerzas. No le gustaban las reuniones sociales y se ponía nerviosa cuando tenía que interactuar con gente fuera del ámbito laboral; socializar nunca había sido lo suyo. Finalmente, enfrentó la situación con una sonrisa fría que la ayudó a mostrarse fuerte y segura.

—Buenas noches —saludó, apoyando una mano sobre el hombro de Christian.

Él giró la cabeza y la miró. Mientras los hombres y mujeres que lo acompañaban respondían con cortesía, Julieta lo besó y luego se sentó a su lado.

—Feliz cumpleaños —le dijo.

—Llegaste tarde —la reprendió Christian en voz baja.

—Tuve mucho trabajo —respondió Julieta, colocándose una servilleta en el regazo—. ¿Ya ordenaste?

—Te pedí como entrada ensalada tibia de vegetales. Supuse que eso te gustaría.

Julieta volvió a sonreír. Al fin su novio había aprendido que ella no comía carne. Solo pescado, a veces.

—Gracias —respondió.

Enseguida dirigió su atención a uno de los hombres de las parejas amigas, quien le hizo una pregunta.

—¿De verdad tomaste el caso del diputado acusado de corrupción que salió en libertad esta semana?

—Escuchamos tu nombre en el noticiero y no lo podíamos creer —acotó su esposa.

—Sí, es mi cliente —respondió Julieta, sonriendo con gesto autosuficiente.

La novia de turno de otro de los amigos de Christian, una chica rubia y atractiva a la que Julieta no había visto nunca, agregó:

—¿Sos abogada defensora? Siempre me pregunto si los acusados son culpables o inocentes. ¿No te sentís mal cuando tenés que defender a un culpable? Digamos que sos la abogada del diablo.

Julieta sonrió con los labios apretados.

—¿Quién dijo que mis defendidos son culpables? —respondió—. ¿Me pasás el vino, por favor?

Jamás develaba secretos profesionales, aunque las únicas conversaciones en las que solía participar eran de trabajo. Se sentía más a gusto hablando de asuntos legales, actualidad y política, que de su vida privada.

Después de la cena, cortaron una torta. Aunque le sirvieron una porción, la dejó

intacta y a cambio ordenó un plato de frutas de temporada.

Una hora después, fueron al estacionamiento.

—¿Te espero en mi departamento? —le preguntó Christian junto a su auto, tocándole la cintura—. Todavía no me diste mi regalo de cumpleaños —insinuó con una sonrisa sagaz.

Por un instante, Julieta pensó en decir que se hallaba cansada. Ansiaba volver a su casa. No podía: la semana anterior había puesto la excusa de que estaba con el período, y si huía de nuevo Christian se daría cuenta de que trataba de evitar el sexo. Asintió, y él la despidió con un beso mientras le rozaba la cadera con los dedos. Fue una insinuación inequívoca de que la esperaba para continuar con la velada en su cuarto.

En el silencio del auto, rumbo al departamento de su pareja, Julieta pensó en lo poco que deseaba acostarse con él. Debía ofrecerle su cuerpo porque tenía treinta y seis años y no se podía dar el lujo de perder a un abogado de cuarenta y uno, soltero y adinerado. Christian era el novio perfecto: compartían la profesión, la posición social y los amigos. Se habían conocido hacía dos años en una fiesta del Colegio de Abogados, gracias a un conocido en común que los había presentado. Esa misma noche se pasaron los teléfonos y a la semana siguiente ya estaban compartiendo la cama.

Desde entonces los unía una relación racional y mesurada, y por el momento tenían tantas ocupaciones, que no les interesaba convivir y mucho menos unirse en matrimonio. No querían hijos, problemas domésticos, ni perder su libertad. A ninguno le gustaba dar explicaciones ni desaprovechar el tiempo con sensiblerías. Se veían los sábados, conversaban más tiempo de su profesión que de sus proyectos personales y acababan en la casa del country de algún amigo de él, un domingo cada tanto. Los demás días los pasaban separados, trabajando. Julieta aprovechaba cualquier rato libre para avanzar con sus casos y recuperar las horas que le faltaban a la semana. Le gustaba ocupar cada minuto. No quería ratos libres, no quería pensar en nada que no fuera el trabajo.

Llegó a Palermo al mismo tiempo que Christian. Estacionó a media cuadra mientras él ingresaba su auto al predio de edificios y luego al estacionamiento. Ella saludó a los guardias de seguridad, caminó hasta la primera torre y esperó a Christian para que le abriera la puerta. Una vez juntos, tomaron el ascensor y subieron al piso en silencio.

A Julieta le agradaba el ambiente: al igual que su vivienda, era pulcro, distinguido y ordenado. La decoración era minimalista en claros y oscuros y había un gran ventanal que daba al jardín del predio, donde no había carteles publicitarios molestos.

Se sentó en un sillón blanco, se quitó el chal y lo depositó en el respaldo mientras observaba a Christian. En ese momento él se aproximaba al equipo de música.

—¿Chopin o Vivaldi? —preguntó, manipulando discos compactos.

—Stravinsky —respondió ella, con pasión velada. Christian sonrió.

—No me gustan los vanguardistas, y Stravinsky en particular es muy violento —manifestó, y acabó poniendo a Vivaldi. Después se aproximó a la barra de bar para servirse un whisky—. ¿Baileys? —ofreció.

Se había quitado la corbata y desprendido los primeros botones de la camisa.

Algunos mechones de pelo rubio caían sobre su frente formando un corazón, y su rostro de finos rasgos masculinos se relajaba con la perspectiva del alcohol. Como se había arremangado, algo de vello claro se avistaba en sus antebrazos, y sus manos cuidadas se movían con precisión. Miraba el líquido marrón que caía en el vaso; parecía tan concentrado, que Julieta temió molestarlo con alguna intervención. Acabó aceptando el Baileys sólo porque la perspectiva del sexo la ponía incómoda y necesitaba relajarse con algo.

Christian se le acercó. Se sentó a su lado y le entregó la bebida.

—¿Te entrevistaste con Fernández? —preguntó.

Julieta suspiró, lista para otra conversación de trabajo.

—Sí, es un viejo que merece la cárcel —bromeó. Bebió un poco y explicó—: Alguien que se queja por tener que pagar cincuenta mil pesos más de lo que pensaba, se merece cadena perpetua.

Christian rio echando la cabeza atrás y estiró una mano hacia el antebrazo de Julieta. Lo rozó con un dedo, esperando provocar sensaciones placenteras en ella.

Julieta se humedeció los labios y se acomodó en el asiento, como si su entrepierna también gozara las consecuencias de la caricia. No era así: se sentía incómoda y rogaba que Christian no deseara extenderse en juegos previos. Quería que se quitara las ganas rápido para terminar con el trámite enseguida, como si hiciera una transacción legal con un cliente molesto.

Él acortó la distancia que los separaba y se arrimó a su costado. Pasó el brazo por detrás de su cintura y le rozó la cadera con la mano. Después se inclinó hacia su mejilla, le apartó el pelo con dos dedos y le acarició la piel con los labios.

—Olés tan bien —le susurró detrás de la oreja.

Julieta se estremeció. La cosquilla que el aliento de Christian le brindaba en una zona tan sensible le producía escalofríos. Apretó los ojos para evitar hacer una mueca de desagrado y tragó con fuerza cuando él le acarició el lóbulo de la oreja con la lengua.

Su cuerpo reaccionó al estímulo por instinto, aunque su corazón siguiera congelado. Se mordió el labio y eso tentó a Christian. Él le giró la cara apoyando una mano en su mejilla y la besó en la boca. La lengua se inmiscuyó entre sus dientes y la obligó a usar la de ella.

Mientras la besaba, la recostó en el sillón. Le rozó el cuello con una mano y descendió hasta acariciarle un pecho. Julieta calló. Abrió las piernas, que le dolían debajo de las de Christian, y él aprovechó para colocarse entre ellas. Se arrodilló y se desprendió el pantalón. Estiró una mano y tocó la pantorrilla de Julieta, subió hasta la parte interna del muslo y se detuvo en su ropa interior. Se la quitó y la arrojó sobre la alfombra. Enseguida se bajó el pantalón y volvió a tocarla.

Julieta esperaba, quieta y callada, la penetración. A pesar del silencio y la falta de movimientos, fingía una respiración agitada.

Christian le besó el cuello y luego el mentón. Se puso un condón y la invadió. Entrar en Julieta fue un alivio; gimió y se aferró al apoyabrazos del sillón para moverse con más fuerza. Julieta le enterró las uñas en la cadera y él se convenció de que disfrutaba del sexo.

—¿Te gusta? —le preguntó y, sin esperar respuesta, se impulsó más adentro.

Julieta volvió a enterrarle las uñas, tratando de concentrarse en lo que hacían. Jamás lo conseguía. Odiaba prestar su cuerpo y quería que todo terminara. Hacer el amor con Christian era como mirar una película aburrida.

Infinidad de pensamientos surcaron su mente mientras Christian se movía. Él jadeaba, y ella no hacía más que fingir para no parecer frígida. Probó enredando los dedos en su pelo y besándole la comisura de los labios, pero ni siquiera así lograba sentir algo. Después de tanta insistencia, terminó disfrutando un poco.

Acabó con un orgasmo tibio en cuanto percibió que Christian ya no podía contenerse. Cerró los ojos mientras él apoyaba la frente sobre su hombro y aguantó los minutos que a su pareja le demandó reponerse. Cuando por fin se apartó, ella giró en el sillón y se acurrucó sobre sí misma. El final de “El Verano” de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi sonaba con fuerza.

—Te dejé agotada —susurró él, acariciándole la espalda.

Julieta guardó silencio.

La mañana del martes se entrevistó con clientes. Salteó el almuerzo para llegar a tiempo al estudio del abogado que le había dejado el mensaje en el contestador el viernes y delinearon juntos el nuevo caso durante algunas horas. Cuando la reunión terminó, subió al auto para ir al natatorio.

Bajó apresurada y puso la alarma. No se dio cuenta de que era su cumpleaños hasta que chocó con un hombre que iba cargado de paquetes. Pidió disculpas y se quedó quieta, pensando en cómo eludir las felicitaciones. No le interesaba festejar; cumplía treinta y siete años, pero a veces sentía que ni siquiera había nacido, o que era muy vieja.

Llegó al natatorio a las siete y media. Le gustaba ir a última hora, cuando había menos gente.

Regresó a su casa a eso de las nueve, cuando ya había caído la noche. Cenó panaché de verduras sentada en la alfombra del living, con el televisor encendido en un canal de noticias.

A las diez, hora de su nacimiento, se encontró bebiendo una copa de vino tinto en la penumbra de la sala.

El teléfono sonó a las diez y cuarto.

«Julieta», dijo la voz de su madre en el contestador. «¿En lo de qué amigo estarás en lugar de estar con tu familia? Todos te enviamos nuestros mejores deseos, y si decidís venir a almorzar a casa el domingo, estaremos esperándote. Sería bueno que te hicieras un rato para ver a tu familia. Adiós, te quiero.»

Julieta no estaba acostumbrada a recibir ni a dar afecto. Su hermana, dos años menor, estaba casada y tenía dos hijas a quienes ella jamás veía. No era la tía querida de sus sobrinas, la hermana compinche de Sofía, ni la hija compañera de su madre. Tampoco creía necesitar alguna de esas cosas. Su cuñado la había llamado una sola vez para consultarle por un problema legal con la compra de un auto, pero Julieta le había respondido de manera tan cortante, que Gustavo le había pedido disculpas y no había vuelto a llamar. Seguro su esposa le había advertido de la reacción de arpa que tendría Julieta, pero el hombre no había hecho caso y había decidido estrellarse contra el muro, incapaz de creer que lo que Sofía decía fuera cierto.

Las hermanas Olazábal eran el agua y el aceite. Mientras Julieta había seguido los pasos del padre, juez de la Nación, convirtiéndose en abogada, su otra hija, Sofía, se dedicaba al arte y a la filosofía. La menor adoraba la familia. Julieta, en cambio, la cambiaba por el trabajo. Ella solo vivía para crecer en su profesión, enriquecerse y ser «la abogada del diablo». El mito decía que no movía un solo músculo sin percibir ganancias a cambio, que no se conmovía ante nada y que no compartía tiempo con gente que no le interesaba, entre ellos, su familia.

Lo cierto era que no estaba en casa para ningún cumpleaños. Los pasaba trabajando, pero se había asegurado de hacer creer a su madre que estaba rodeada de amigos. De todos modos, solo Nora le deseaba felicidades. Christian, que cumplía

unos días antes que ella, apenas le dejaba un mensaje en el celular. No podía quejarse: ella no lo había saludado hasta la cena, y ni siquiera le había regalado algo más que sexo. Después de todo, era fría e insensible, y nunca se cansaba de demostrar que no le interesaban el amor, la familia, y mucho menos los cumpleaños.

En la intimidad de las noches, sin embargo, sabía mejor que nadie la verdad sobre su vida. Ignoraba a su madre para que jamás descubriera la mentira, y espantaba a todo el mundo con frialdad y soberbia porque, en realidad, era la única manera de protegerse. Le temía a la gente.

De pronto se halló pensando que había sabido cosechar el odio y el temor de muchos, pero el amor de nadie, ni siquiera el de Christian. La soledad y el silencio la envolvían. Estaba quieta, sentada frente al ventanal, con la mirada fija en el cartel rojo que parecía ser su única y eterna compañía. Entonces la atacó el monstruo de la culpa al que tanto temía. Su mente se llenó de miradas, risas y víctimas. Su corazón se colmó de criminales y de injusticia, y sintió que estallaría.

Se puso de pie, llevó la copa a la cocina y derramó el vino en la pileta. Después fue al baño, ingirió un sedante y se metió en la cama.

Al día siguiente, volvió a ser la misma. Fría, inteligente, perfeccionista. Pasó la semana trabajando en sus casos.

El viernes fue al gimnasio y a natación. Cerca de las diez de la noche recibió el llamado de un cliente. Lo había estado esperando.

—Me informaron que Ochoa va a estar en el bar que le dije. ¿Nos encontramos ahí a las once?

Era la oportunidad de conseguir el testigo perfecto. Manuel Rojas estaba imputado por tráfico de drogas, y ella se había empeñado en probar que, en realidad, el culpable había sido su socio, Diego Iribarne. Estaba segura de que Rojas era inocente.

Cortó y corrió a su cuarto. Se puso lo primero que encontró: una pollera negra, camisa blanca, blazer y zapatos. Soportó el dolor que siempre le producía colocarse los tacos y recogió la cartera. Fue a su coche y condujo hasta La Boca.

Estacionó en una zona que alguna vez había brillado con el color y el ruido de las cantinas. Bajó del auto, revisó la dirección que llevaba anotada en el celular y miró alrededor. El número correspondía a una puerta desvencijada en una pared llena de inscripciones de vándalos. Caminó hacia allí pensando en cuánto le habría gustado mandar a otro. Era imposible cuando se trataba de casos complicados, no era seguro que terceros supieran los secretos de sus clientes. Suspiró pensando en los sitios sucios y peligrosos a los que debía exponerse por dinero y abrió la puerta de chapa con dos dedos.

Del otro lado, el olor nauseabundo del cigarrillo y el alcohol le inundó las fosas nasales. Apenas asomó la cabeza, le ardieron los ojos por el humo. Estaba en penumbras, las únicas luces eran focos azules y rojos. Las mesas eran de madera vieja y en las paredes pintadas de turquesa se avistaban sectores sin revoque. Se distinguían zonas de ladrillo y otros tonos de pintura a la vista. Lo más probable era que, en algún momento, allí también hubiera funcionado una cantina.

Ingresó al antro como si le tuviera que pedir permiso al humo para pasar. Cerró la puerta tras ella y entrecerró los ojos, tratando de divisar a su cliente. No había llegado todavía. Distinguió solo a un viejo borracho en una mesa contra la pared y a un grupo

de amigos jugando al billar. Giró la cabeza hacia la izquierda y estudió la barra. Detrás había un inmenso espejo con una estantería repleta de botellas. Del otro lado del mostrador de madera, un sujeto canoso contaba dinero y otro limpiaba un vaso.

Fue ese último el que robó su atención. Era fuerte y tenía la expresión más dura y formidable que hubiera visto nunca. El torso se adivinaba musculoso debajo de la remera negra, y en uno de sus brazos distinguió parte de un tatuaje. Llevaba el pelo castaño oscuro corto y un rastro de barba sin afeitar. No era el tipo de hombre en el que solía confiar, pero su intuición le susurró que era el más confiable del salón, aunque su aspecto indicara lo contrario. Avanzó hacia él sin dudar.

Leonardo percibió que alguien lo observaba. Acostumbrado a estar alerta, fingió que seguía limpiando vasos mientras miraba con disimulo. Se sorprendió cuando halló a una mujer vestida para una película de los años 50. Su asombro creció aún más cuando descubrió que esa mujer era Julieta Olazábal.

¿Qué hacía ahí? ¿Qué pretendía de él al punto de haber sido capaz de descender al infierno mismo para buscarlo?

Allí estaba ella, con su cuerpo de serpiente y su cabello de demonio. Se acercaba con sus pasos silenciosos, presagios de muerte. Con sus labios rojos y su piel de porcelana, con sus pecas claras esfumadas bajo el maquillaje costoso y su perfume importado.

Cuando se detuvo del otro lado de la barra, contuvo el deseo de golpearla. La tenía allí, servida en su terreno, donde nadie lo delataría y podría matarla. Era tanto su rencor que quería acabar con ella.

Sin embargo, tan solo la miró. Los ojos verdes de la abogada no se inmutaron. ¿Cómo era posible? Se dio cuenta de que no lo buscaba a él, ni siquiera lo había reconocido.

Ella no lo había reconocido, y él jamás podría olvidarla.

Ella lo miraba como si fuera confiable, y él solo quería matarla.

Por primera vez en muchos años, Julieta se sintió intranquila ante la mirada de un desconocido. Esos ojos azules evidenciaban un inexplicable enojo y le provocaron un nudo en el estómago.

—Agua, por favor —solicitó, impostando su voz de abogada invencible.

Leonardo apretó los dientes. Tensó la mandíbula, y así su rostro se hizo todavía más adusto. No iba a darle agua. No iba a darle nada.

—¿No se da cuenta? En un lugar como este no vendemos agua —la menospreció.

Su tono despedía tanto poder como su mirada. La doctora Olazábal entrecerró los ojos. Lucía molesta, pero Leonardo notó que, en el fondo, tenía miedo. Era probable que en su interior estuviera temblando.

Así había temblado él las noches que ella lo había condenado al infierno.

Así había temblado él cuando había perdido su futuro.

Julieta metió una mano en la cartera y depositó un billete sobre el mostrador.

—Espero pueda ingeniárselas para conseguirme un poco —replicó.

Todo lo arreglaba con dinero, pero él no quería sus migajas. Estaba más allá de su soberbia.

Recogió un vaso limpio —aunque le hubiera gustado darle uno usado—, giró sobre los talones y lo llenó con agua de la canilla. Se volvió y lo apoyó sobre el mostrador

con tanta brusquedad que parte del líquido se derramó. Puso un dedo sobre el billete, sucio como la abogada, y lo arrastró hasta dejarlo muy cerca de su pecho.

Julietta bajó la cabeza hacia donde la cercanía de esa mano la quemaba. Una electricidad le recorrió la columna y tragó con fuerza. Apretó los labios y volvió a alzar la mirada: los ojos profundos todavía la acusaban en silencio. Ella nunca sucumbía ante nada, pero en ese momento se puso tan nerviosa que temió delatarse.

Leonardo frunció el ceño. ¿Cómo era posible que la doctorcita no lo reconociera? ¿Ni siquiera veía los rostros de los hombres que mandaba a la cárcel? ¿Tan poco había significado él en su larga lista de chivos expiatorios para que ni siquiera tuviera la decencia de recordar su cara? Se dio cuenta de que estaba pidiendo decencia a la indecencia en persona, y se sintió un estúpido.

Todo lo que había vivido por culpa de esa mujer menuda y desgraciada pasó por su mente en un microsegundo. Por un momento, de nuevo tuvo ganas de matarla.

Al mismo tiempo, se consoló pensando que si ella no lo recordaba, en realidad eso podría resultarle beneficioso. Contaba con la ventaja del anonimato, y eso le ofrecía la posibilidad de una venganza fría.

La idea le dibujó una sonrisa maliciosa. Ver a esa mujer resucitaba el dolor que todavía no conseguía enterrar del todo. La abogada de ricos estaba en un bar de mala muerte mientras Emilia estaba muerta, y su asesino, libre. La doctora inescrupulosa se atrevía a mirarlo a los ojos y exigirle agua mientras le había quitado todo.

No podía soportarlo. Quería verla entre rejas por todos los delincuentes que había ayudado a liberar inculcando inocentes, como había hecho con él. Cinco años de cárcel por un crimen que no había cometido no se olvidaban fácilmente.

Él y la abogada del diablo sabían muy bien quién era el culpable. Y, en parte, ella también era culpable, por eso quería que pagara. Quería verla en ese mismo infierno que él había soportado durante cinco años. Quería acabar con su vida acomodada y que padeciera noches de insomnio, mugre y la muerte lenta que implica la cárcel.

En ese momento, la puerta del bar se abrió y Julieta giró la cabeza. Leonardo observó a quien acababa de entrar: un hombre con un guardaespaldas. Algo estaba pasando, y si conseguía averiguar qué era, quizás pudiera utilizarlo para su venganza.

La abogada se olvidó de todo. Le dio la espalda como si él no existiera y se dirigió al sujeto. Este señaló una mesa, y los dos abordaron al tipo que hacía horas bebía la misma botella de vodka.

Se sentaron e iniciaron una conversación. Leonardo se acercó para ofrecerles tragos. Tuvo que alejarse ante un gesto de detención del guardaespaldas. Hizo otro intento para escuchar y fingió que limpiaba las mesas cercanas, pero solo entendía fragmentos aislados.

—Necesitamos que diga lo que vio esa noche —pidió Julieta.

—¿Por qué voy a beneficiarlos? —interrogó el hombre del vodka.

—Porque podemos pagarle mejor. ¿Cuánto le ofreció el socio de mi cliente? —replicó ella.

¿Acaso esta vez su defendido era inocente? ¡Imposible!

Presintió que alguien lo observaba y no se equivocó: el hombre que se había encontrado con la abogada lo fulminaba con los ojos.

—Retírese —ordenó el guardaespaldas de mala manera.

Julieta lo miró, y el barman a ella. Hasta el momento había estado tan metida en su trabajo que no había vuelto a reparar en él. Leonardo estrujó el trapo y volvió al mostrador. Julieta se quedó mirando el vacío. De pronto le parecía que el hombre tenía cara conocida, pero era imposible. Ella nunca iba a esa clase de lugares, jamás se había cruzado con él antes.

Terminó de negociar con el testigo y se puso de pie junto con su cliente. Se acomodó el blazer y, antes de salir, miró hacia la barra. El barman había desaparecido.

Salió detrás del guardaespaldas. En la puerta, se despidió de los hombres mientras revolvía la cartera. ¿Dónde había dejado la llave del auto? Para cuando la encontró, el coche de su cliente doblaba la esquina.

Empezó a caminar. Había dejado el auto a media cuadra.

Se detuvo en medio de la calle cuando escuchó pasos. Entrecerró los ojos, tratando de concentrarse en el sonido, y miró por sobre el hombro. No llegó a ver más que una sombra abatiéndose sobre ella.

Leonardo miró la puerta del bar en cuanto se abrió. Observó a la doctorcita salir e intercambiar unas palabras con el hombre del guardaespaldas. Estaba recostado en la pared con una cerveza en la mano, tratando de pasar el trago amargo de haberse encontrado con ella.

Durante ese rato había considerado la idea de la venganza. Aunque en la cárcel había aprendido muchas formas de encubrir delitos, matar no estaba en su naturaleza; ni siquiera golpear, y menos a una mujer. No tenía nada que perder, hasta le habían arrebatado su honor, y aun así ensuciarse las manos con la abogada habría sido en vano. El pasado ya no existía; Emilia no resucitaría ni el tiempo retrocedería para borrar los injustos años de cárcel. Nada le devolvería su vieja personalidad, sus ilusiones, su negocio. Nada quedaba de su antigua vida.

Los hombres se fueron muy rápido, mientras la doctora hurgaba en su cartera. Finalmente, sacó la llave del auto y empezó a cruzar la calle. Acostumbrado a estar atento a todo, Leonardo notó que un encapuchado salía del umbral de un local abandonado e iba en dirección a la abogada. Pensó que el tipo quería robarle y sintió que la vida le estaba dando revancha: ponía a Julieta Olazábal en peligro delante de sus ojos, tal como él había deseado, así que se dispuso a disfrutar del espectáculo.

Fue testigo del golpe que el sujeto dio a la doctora en la espalda y hasta alcanzó a oír que ella se quejaba; sin duda le había dolido. La abogada intentó volverse, pero acabó de rodillas. Cuando el tipo la pateó en el vientre, Leonardo sintió que su propio estómago se revolvía. Para ser un ladrón, estaba perdiendo mucho tiempo en lastimar a su víctima.

Dio un paso adelante. De pronto comenzó a respirar agitado. Los golpes seguían, y entendió que no era un asalto: la doctora estaba siendo atacada.

Quería que la mataran. Quería que sufriera, que la muerte se la llevara al infierno de donde provenía. Sin embargo, no se sintió tranquilo con eso.

La doctora consiguió ponerse de pie e intentó huir. El temblor de sus piernas y el dolor de los golpes la traicionaron, y volvió a caer, con las manos sobre el asfalto.

Después de haberle deseado lo peor, Leonardo temió que de verdad muriera. Y aunque su primer deseo fue abandonarla a su suerte, no pudo.

Julieta se sentó, jamás había sentido tanto terror. Vio un cuerpo delgado y alto que se abalanzaba sobre ella y un rostro oculto bajo una capucha negra. Acostumbrada a recabar detalles, prestó atención a las manos. La izquierda tenía un tatuaje: entre el índice y el pulgar había una pequeña cruz negra.

El brillo de una navaja se le aproximó. La hoja se asentó en su garganta y, por un instante, pensó que moriría.

—Si seguís jodiendo...

La frase quedó inconclusa. Leonardo tomó al hombre de la capucha y lo arrojó contra una camioneta estacionada. Le sujetó la muñeca y se la apretó tan fuerte que lo obligó a soltar la navaja. Sin darle tiempo a reaccionar, lo golpeó en el rostro y le

pateó la entrepierna. Cuando el tipo se dobló en dos por el dolor, lo empujó. Cayó a varios metros y él se volvió.

Julieta temblaba. Tragó con fuerza al tiempo que se arrastraba, todavía sentada, casi sin aire. Leonardo corrió hacia ella y la levantó del brazo sin esfuerzo.

—¡Arriba! —le ordenó con voz de trueno.

La arrastró hasta el auto, y Julieta corrió sin pensar en el dolor que le aquejaba todo el cuerpo. Intentó abrir, pero le temblaban tanto las manos que ni siquiera podía sostener la llave para destrabar las puertas.

Leonardo negó con la cabeza: si la dejaba ir en ese estado, lo más probable era que chocara en la esquina siguiente. Le arrebató el llavero, destrabó las puertas y abrió en su lugar. Puso una mano sobre su cabeza y la empujó hacia abajo para que entrara por el lado del acompañante. Miró al costado: el atacante se levantaba. Cuando volvió a mirar a Julieta, vio que ella intentaba pasarse al asiento del conductor. Resopló y dio la vuelta para llegar del otro lado. Abrió la puerta, se sentó frente al volante y puso el auto en marcha. El motor del Mercedes Benz respondió muy rápido. Unos segundos después estaba doblando la esquina.

A doscientos metros cayó en la cuenta de que estaba conduciendo el automóvil de su peor pesadilla. Acababa de salvarla de una amenaza, y eso terminaba de convencerlo de que era incapaz de vengarse de ella. Debió dejarla sufrir, incluso morir, pero no se atrevió. ¿Cómo podía ser tan estúpido?

La miró: estaba blanda en el asiento, pálida y con la mirada perdida. Temblaba y tenía los labios rojos entreabiertos. Le sangraban la boca, las rodillas y las palmas de las manos. La imagen, aunque no quisiera, lo conmovió.

—Tranquila, ya pasó —le dijo. Tratava de ser frío, pero su tono de voz lo delataba; nada tenía que ver con el que había usado para negarle agua.

Ella no respondió.

Pasaron veinte minutos en silencio, aunque la mente de Leonardo no se detenía. Se preguntaba qué estaba haciendo, por qué seguía en ese auto, cómo se le había ocurrido involucrarse en una pelea por la persona que menos lo merecía.

Julieta, en cambio, iba perdida. Reaccionó recién cuando él se detuvo frente a un hospital.

—No —dijo en voz baja—. Me obligarían a hacer la denuncia.

Leonardo la miró, sin poder creer lo que oía.

—Te atacaron y amenazaron en medio de la calle. Lo menos que tenés que hacer es una denuncia.

—No puedo —contestó ella.

Era imposible hacer una denuncia: eso abriría una investigación y, quizás, metiera en problemas a algún cliente. Primero tenía que averiguar de dónde había venido la amenaza. Si el tipo tan solo hubiera tenido tiempo de hablar...

Leonardo suspiró: no podía obligarla a ir al hospital. Presentía que, si ella se negaba a hacer la denuncia, debía de tener un motivo. Pensó en preguntarle dónde vivía y llevarla a su casa, pero no podía dejarla sola en esa situación. Volvió a negar con la cabeza y, aunque su cerebro estaba lleno de contradicciones, condujo hacia su departamento.

Julieta permaneció en estado de *shock* hasta que él estacionó en el barrio del

Abasto. Detuvo el motor y esperó. La doctora no se movía.

Bajó y abrió la puerta de su lado. La tomó del brazo, tan menudo como el resto de su cuerpo, y la ayudó a salir. Parecía increíble que una mujer pequeña como esa fuera capaz de hacer tanto daño. De pronto se acordó de todo lo que había sufrido por su culpa y se arrepintió de haberla llevado consigo. Estuvo a punto de dejarla caer en medio de la vereda, asqueado de tocarla, pero se contuvo.

Como ella seguía aturdida, le rodeó la cintura con un brazo y la impulsó a ir hacia la puerta. Prefería olvidar quién era, solo de ese modo conseguía actuar como lo habría hecho con cualquier otra persona en problemas.

La calle estaba oscura y desolada. El frente marrón del edificio donde estaba su casa tenía manchas de humedad y zonas con la pintura saltada. Contaba con una antigua puerta de madera y dos persianas. De día funcionaban negocios que en ese momento estaban cerrados.

La hizo subir hasta el primer piso y encendió la luz. Había dos sillones ubicados uno a cada lado de una mesita de madera y una lámpara de pie a un costado. En uno de los sofás había algunas prendas de vestir masculinas y, sobre la mesita, una botella de cerveza vacía y un plato sucio.

Amontonó la ropa a un costado y la hizo sentar.

—¿Es la primera vez que te atacan? —preguntó.

Tal como suponía, la doctora seguía abstraída, y otra vez no respondió.

Se agachó delante de ella y buscó su mirada. Se conmovió cuando vio una lágrima. La gota de agua salada recorrió la mejilla sonrosada de la abogada y, tras pasar la comisura de sus labios, se derramó en su pierna.

El corazón de Leonardo sufrió una conmoción: si la observaba sin pensar en el pasado, Julieta Olazábal parecía hermosa y vulnerable.

Volvió a mirar los raspones en sus manos y el labio con sangre.

—Ya vengo —le dijo con voz calmada.

Julieta miraba el piso. No era la primera vez que recibía una amenaza, ni tampoco que se enfrentaba a alguien de mayor tamaño. La diferencia radicaba en que jamás había creído que, en efecto, moriría. Lo que más la impactó no fue pensar que se acababa su vida, sino reconocer que, en realidad, no había vivido. En el instante en que la navaja tocó su cuello, una sensación de resignación la había paralizado. No tenía por qué vivir, ¿para qué luchaba? Luego el instinto fue más fuerte y decidió pelear. ¿Cómo iba a morir sin haber vivido siquiera? Entonces se desesperó al creer que fracasaría.

Sentada en ese sillón verde de pana, pensó en su casa. En su cama mullida, en su ventanal de cortinas azules, en la mansión de sus padres y en su infancia. Recordó que, cuando era niña, jugaba con su hermana. En ese momento se sentía feliz, reía mientras su cabello rojizo se enredaba con la brisa. ¿Cuándo se había perdido todo eso? ¿Dónde había quedado su inocencia?

Recordó a su madre y la calidez de un invierno frente al fuego. El violín y cuánto le gustaba la música, pero hacía años que no tocaba. Había eliminado todo vestigio del pasado, jamás permitía que los recuerdos la acecharan y ocupaba todo su tiempo en el presente porque el futuro la aterraba.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando Leonardo regresó al living. Asentó

una caja en una zona libre del sofá, se sentó en la mesita y le tomó una muñeca.

Un destello de calor se irradió desde la zona de contacto hacia el pecho de Julieta. El desconocido parecía tan fuerte, y sin embargo la trataba con tanta suavidad, que se estremeció. Se humedeció los labios y se mordió el inferior. Se dio cuenta de que tenía las manos lastimadas y de que él iba a curarlas, y eso le cortó la respiración.

Leonardo abrió la caja y extrajo gasas y desinfectante. Impregnó la tela con el líquido y limpió la palma de Julieta. Casi no ardía, pero se sentía frío y manchaba.

Ella se removió en el asiento. Ahora que la luz le permitía ver mejor, el rostro del hombre que la había ayudado le resultó muy atractivo y, otra vez, conocido. Frunció el ceño, dividida entre la sensación de admiración y familiaridad.

Él terminó de higienizarle una mano y se ocupó de la otra. Mientras tanto, Julieta trataba de descubrir por qué sentía que esa no era la primera vez que se veían.

—¿Nos conocemos? —se atrevió a indagar.

Ni bien oyó la pregunta, Leonardo detuvo sus movimientos. Alzó la mirada sin levantar la cabeza, y en sus ojos destelló la ira. Se dio cuenta de que Julieta percibió el cambio de ánimo; su delicada mano, que todavía permanecía sobre la rusticidad de la suya, se tensó.

Podía decir que no la conocía y abusar del poder que tenía sobre ella. Podía mentir y orquestar una venganza, pero no valía la pena. Tarde o temprano, la doctorcita acabaría condenándose a sí misma.

—No importa —respondió—. Si querés lo conversamos cuando te sientas mejor.

—Estoy bien —aseguró Julieta.

Leonardo sonrió. ¿«Bien»? La habían golpeado en la cara, en el estómago y en la espalda. Tenía las manos raspadas, el labio cortado, la rodilla lastimada.

—Entonces cuando termine —contestó. Habría sido inútil discutir la afirmación de la doctora, le pagaban por argumentar.

Julieta calló. Con la cabeza gacha, las pestañas del barman se veían espesas, y su rostro menos duro. Por la manera en que la trataba, distaba de ser tan rudo como presagiaba su aspecto físico.

Él terminó de higienizarle las manos, dejó la gasa y buscó algodón. Alzó la mirada, y sus ojos se cruzaron con los de la abogada. Julieta trató de descifrar qué ocultaba. Por su respuesta evasiva, ya no tenía dudas de que se conocían, solo tenía que recordar de dónde.

Los dedos rústicos del hombre se apoyaron en su mentón y con delicadeza le hizo torcer la cara. Cuando asentó el algodón embebido en antiséptico sobre la herida, el cuerpo de Julieta reaccionó. Fue una sensación extraña, parecida al deseo, y se tensó.

—¿Duele? —le preguntó él, y sopló sobre el corte.

El estómago de Julieta se tambaleó. No dolía tanto el corte, sino el temor de volverse transparente. Estaba acostumbrada a soportar malestares físicos, pero no a ser ella misma. No entendía qué le pasaba ni por qué un desconocido la hacía sentir tan indefensa. Sin duda era producto del *shock* y no del cantinero, no había razones para que de pronto su corazón de hielo se ablandara.

Ni bien acabó con los labios, Leonardo le miró las rodillas. Solo tenían raspones que no conseguiría desinfectar si no le quitaba las medias. Sus ojos volvieron a encontrarse. La abogada se empequeñeció en el asiento.

—Estoy bien, gracias —aseguró, avergonzada.

En nada se parecía a la doctora pedante y altanera que había visto una o dos veces por televisión. En ese momento quedaba muy poco de su seguridad personal y su temperamento de hierro.

Jamás la había visto en persona. A juzgar por los mitos que había oído de ella en la cárcel y la imagen que proyectaba en los medios, era implacable. Soberbia, corrupta, dura. No entendía por qué una mujer que lo había enviado a la cárcel y sobre la que había tejido todo tipo de conjeturas, de pronto le parecía incapaz de ser así. Defendía culpables, ¡por Dios! ¿Cómo hacía?

—¿Café? —le ofreció, movido por las nuevas sensaciones que ella le provocaba.

Julieta no se cansaba de estudiar la mirada del hombre. Esos ojos pasaban de la conmoción al aborrecimiento, y no entendía el motivo. No quería café, quería acabar con lo que él le provocaba.

—Quiero que me digas de dónde nos conocemos —pidió.

Leonardo suspiró y se enderezó, todavía sobre la mesita. Se cruzó de brazos, y así sus músculos se ensancharon dándole un aspecto peligroso.

—Contame, abogada del diablo: ¿todos tus defendidos son inocentes? —preguntó.

Julieta tembló. Para ocultar la sospecha que comenzaba a crecer en su interior, entrecerró los ojos y arremetió:

—¿Qué significa eso?

—¿Hasta dónde llegarías para salvar a uno de tus clientes?

Julieta se estremeció. Acababa de salvarse de un ataque y ahora se había metido en la casa de un hombre que podía ser aún más peligroso que el otro. No le hacía falta saber de quién se trataba para notar que era un enemigo.

Se puso de pie de golpe, y Leonardo hizo lo mismo. Le llevaba al menos quince centímetros, y ante la inmensidad de su cuerpo, ella se sintió diminuta y débil. Nunca le había ocurrido eso.

—¿Samuel Barrios? —soltó él, sin piedad.

Julieta alzó la cabeza para mirarlo. Se había agitado.

—Fue mi cliente —murmuró.

Recordaba muy poco de ese caso, había pasado mucho tiempo. Se trataba de un homicidio, pero no alcanzaba a precisar mucho más. Forzó su memoria y consiguió recuperar algunos datos: Barrios había matado a su mujer porque la había encontrado con un amante.

—Di... Du... —balbuceó, tratando de recordar el apellido de ese hombre.

—Leonardo Durán —repuso él—. Soy yo.

«Leonardo Durán. Soy yo.»

Las palabras le provocaron un ligero mareo. Nunca se había cruzado con alguien que hubiera usado para salvar a un cliente fuera de la corte. Mucho menos con uno que la rescatara de un ataque y sanara sus heridas.

Ahora entendía las primeras respuestas agresivas del barman, sus miradas de odio, su rostro familiar. Nunca lo había visto en persona, pero la energía que él desprendía cuando la miraba le indicaba que, de alguna manera, ya se conocían. No debió haber sido agradable para ese hombre perder a su amante y, encima, soportar que lo creyeran culpable por un tiempo. Sin duda la creía una maldita por haber conseguido la libertad del verdadero asesino y, para colmo, haberlo involucrado a él en el crimen. Tenía razón, pero ¿qué podía hacer? Tenía que defender a los acusados.

Bajó la cabeza, se sentía indigna de mirarlo. Eso tampoco le había pasado antes, porque jamás se había enfrentado a un pecado cometido de esa manera.

—Comprenderás que es mi trabajo —contestó.

—¿Condenar inocentes? —respondió él con tono áspero.

Julieta alzó los ojos de inmediato, no iba a aceptar una culpa que no le pertenecía. Tenía tantas, que una más terminaría de sentenciarla al infierno.

—Nadie te condenó —replicó—. No tengo obligación de dar explicaciones, pero te las voy a dar por lo que hiciste por mí hace un rato. Un abogado defensor se debe a su cliente, y a veces tiene que defenderlo con estrategias que parecen injustas.

—¿«Parecen»? —intervino él.

—Por ejemplo, involucrar a un tercero en el delito —siguió ella, como si Leonardo no hubiera hablado—. Es muy común tratar de dirigir la atención hacia otro sospechoso. Eso facilita que el juez considere que no tiene pruebas suficientes para procesar al acusado. Lamento si eso te causó problemas, pero no es mi culpa. Solo estaba haciendo mi trabajo.

Leonardo rio, no cabía en sí de la frustración. Debió haber imaginado que la doctora jamás aceptaría sus culpas. ¡Ja! ¡«Problemas»! La acusación injusta no le había causado «problemas», había arruinado su vida. Lo había condenado a prisión por cinco horribles años y le había hecho perder todo lo que tenía. Su bar, sus ilusiones, su futuro.

Giró para dejar de mirarla o la mataría. Dio unos pasos y se pasó una mano por el pelo.

—Fuera de mi casa —ordenó entre dientes.

—Leonardo... —susurró ella, dando un paso adelante. No tenía idea de qué iba a decir, solo había hecho lo que le había surgido del alma.

Él no la dejó continuar.

—¡Fuera!

Julieta volvió a bajar la cabeza y retrocedió hasta la escalera. Bajó corriendo.

No quería saber de Leonardo Durán nunca más.

—Maximiliano Sosa volvió a llamar —explicó Victoria, una de las dos abogadas que Julieta empleaba en su estudio.

Estaban sentadas a la mesa de su oficina, con un café de por medio. Julieta hacía girar la lapicera entre los dedos, hacía rato que no escribía en su bloc de notas.

—¿Estás escuchando? —le llamó la atención su colega. Julieta la miró; no podía dejar de pensar en Leonardo—. Ya le expliqué que yo atendería su caso, pero sigue insistiendo en que seas vos personalmente. ¿Le ordeno a Lorena que deje de pasarme sus llamadas?

Julieta suspiró, asentó las manos sobre la mesa y bajó la mirada. «¿Condenar inocentes?» La pregunta no dejaba de girar en su mente.

—No es un caso que no puedas llevar adelante vos —replicó, todavía un poco abstraída—. Si no te quiere como su letrada, que se busque otro estudio. ¿Cómo vas con el caso del escribano?

Escuchó el reporte de Victoria, le dio algunas indicaciones y se puso de pie, dando la reunión por terminada.

—Juli —la retuvo la abogada—. ¿Me vas a contar qué te pasó en la cara?

No podía ocultar lo ocurrido. Se había despertado con un hematoma en el costado de la boca y todavía tenía las manos y las rodillas raspadas. Un antiinflamatorio la había ayudado a vencer los malestares físicos, pero a pesar del maquillaje las marcas eran visibles.

—Me asaltaron —mintió.

Victoria abrió mucho los ojos y le tomó una mano por sobre los papeles.

—¡Qué terrible! Los robos son cada día más violentos. ¿Estás bien? ¿Hiciste la denuncia?

—No me robaron nada. Escapé.

—Tené cuidado, mirá si tenía un arma.

—Cada vez que voy a una cárcel me canso de ver tipos como el que me asaltó, no les tengo miedo. No te preocupes.

Cuando Victoria salió, Julieta se sentó al escritorio, todavía incapaz de borrar la imagen de Leonardo. «¿Hasta dónde llegarías para salvar a uno de tus clientes?» ¿Qué significaba eso?

Apoyó los codos en el escritorio y se tomó la cabeza entre las manos. Había percibido odio en Leonardo. Odio y, por momentos, compasión. Algo se ocultaba en sus palabras, y estaba dispuesta a averiguar qué era.

Llamó a su secretaria.

—Lorena, necesito que me traigas del archivo el expediente de Samuel Barrios. Puede que sea del año 2007 o 2008. Hacelo ahora, por favor, es urgente. Gracias.

Aunque lo intentó, no pudo concentrarse en el trabajo. Se sintió aliviada cuando Lorena entró y le entregó la carpeta que le interesaba. Leyó con atención cada página.

Samuel Barrios estaba casado con Emilia Macías, una mujer diez años menor. La noche del crimen, ella le pidió el divorcio, y él la golpeó. Antes de que las cosas se pusieran peores, como solía suceder, Emilia escapó.

Barrios la siguió en su Audi A4 y descubrió que ella había ido a su departamento de soltera. Tocó el timbre. Nadie atendió. Cruzó la calle para sentarse en una plaza y esperó alrededor de media hora. A las tres de la madrugada vio llegar a un hombre. Por las investigaciones que envió a hacer desde la cárcel, supo que se trataba de Leonardo Durán. Ella bajó a abrir y se besaron.

Descubrir que su mujer tenía un amante lo enfureció. Sabía que ella guardaba una copia de la llave en su casa, así que volvió, la encontró y de paso se llevó un arma. Quería amenazar al amante, pero cuando llegó, él ya no estaba. Su mujer se sorprendió al verlo, forcejearon y sin querer la mató. Salió corriendo; nadie lo vio.

Los vecinos que habían escuchado el disparo llamaron a la policía y se inició una investigación. No había cartas, faltaba el arma homicida y la bala había impactado en el pulmón, por lo tanto se descartó un suicidio. Como la entrada no había sido forzada y no faltaba nada, también se descartó la hipótesis de un robo. Al no haber cámaras de seguridad ni custodios, era imposible determinar si un tercero se había involucrado. Como no sabían que Emilia tenía un amante, el primer sospechoso fue su marido. El juez de instrucción consideró que los golpes, la imposibilidad de demostrar dónde se encontraba esa madrugada, las peleas que describieron los vecinos de la casona que habitaban y sus huellas en algunas partes del departamento servían para dictar prisión preventiva. Pusieron como móvil la violencia de género. Sin embargo, todavía faltaba el arma, y ese fue el pilar de su defensa.

Julieta mencionó a Leonardo. La fiscalía encontró sus huellas en varios sectores de la casa y dos testigos que declararon haberlo visto entrar al departamento la noche del crimen. Teniendo en cuenta eso, sumado a los testigos inventados para Barrios, su cliente fue sobreseído. Fin del asunto para ella.

Apartó los papeles y se respaldó en su silla de cuero. Se cruzó de brazos y reflexionó sobre el resumen de los hechos antes de revisar el fallo. Le demandó un largo rato analizar cada palabra y, para colmo, no halló nada nuevo.

Si el caso hubiera seguido el patrón de la mayoría, después de sobreseer a Barrios se habría proseguido con la investigación en función del amante. Como ella había pedido a su cliente que se deshiciera del arma, la prueba irrefutable del delito estaba perdida. Si la defensa de Leonardo hubiera sido medianamente buena, también tendría que haber sido sobreseído en esa instancia por falta de pruebas. Tenía que averiguar qué había pasado con eso.

Tomó el teléfono e hizo un llamado.

—Hola, comisario. Habla Julieta Olazábal. Necesito que me envíe todo lo que tenga acerca de Leonardo Durán. ¿Puede anotar su número de documento?

Tenía todos los datos de Leonardo, se los había dado Barrios cuando lo había investigado. La dirección no era la misma y, suponía, tampoco su teléfono, pero su identificación nunca cambiaría.

Dos horas después, recibió un e-mail del comisario desde la cuenta falsa que usaba para ese tipo de tratos. Antes de leer, abrió la caja fuerte, reunió dinero y llamó a su secretaria. Le habló revolviendo carpetas mientras le entregaba el sobre de papel madera.

—Llevá este sobre a la comisaría de siempre. Solo podés entregárselo al comisario Ramírez. ¿Está claro? Tiene que ser ahora —miró su reloj pulsera—. Quedan treinta

minutos antes de que termine su turno. Sé discreta. Gracias.

Lorena asintió y recogió el sobre, presurosa. Estaba acostumbrada a esas diligencias.

Ni bien se quedó sola, Julieta cerró la carpeta de Barrios y leyó el e-mail. Sus ojos se abrieron hasta arder en cuanto leyó que Leonardo Durán tenía antecedentes penales. Cinco años de condena por homicidio simple con atenuantes. Era un crimen para el cual, normalmente, se daban como mínimo ocho. Excepto que Barrios hubiera utilizado su historia, sustituyendo al asesino. Emoción violenta y un disparo accidental podían ser los atenuantes, pero ¿y el arma? ¿Y las huellas? Para que un juez de instrucción elevara el caso a juicio oral, no bastaban dos testigos que certificaran que Leonardo había estado en la escena del crimen, tenía que haber algo más, cosas que ella no había hecho. Pensó en otro abogado, pero si Barrios ya había sido sobreseído, ¿qué sentido tendría? Barrios, como ella, se había abierto del crimen. Excepto que quisiera vengarse.

Tenía que conseguir el expediente y analizar el fallo del tribunal.

Hizo otro llamado.

—¡Lucía! Habla Julieta Olazábal, ¿cómo estás? ¿Podrías conseguir algo para mí? Necesito que me fotocopies un expediente. Mi secretaria lo puede pasar a buscar en... —miró el reloj—. Una hora.

Dio las indicaciones del expediente que necesitaba y preparó otro sobre con dinero. Cuando su secretaria regresó del recado para el comisario, Julieta estiró la mano sin dejar de mirar la carpeta de Barrios y se lo ofreció.

—Necesito que vayas al despacho de la doctora Franceschini. Le entregás este sobre y me traés la fotocopia de un expediente. Ahora, por favor. Gracias.

Lorena enarcó las cejas. Aunque su jefa no escatimaba en gastos y para cuestiones urgentes la dejaba movilizarse en taxi, no tenía ganas de volver a salir.

—Parece que está en un caso importante —dijo con timidez. No se atrevía a pedirle un rato para reponerse de la salida anterior.

—Ajá —contestó Julieta sin prestarle atención.

La chica recogió el sobre y salió. Su jefa no se daba cuenta de que los demás no eran como ella, no trabajaban sin parar. Lorena ya la conocía: Julieta era tenaz, y cuando se le ponía algo en la cabeza, no paraba hasta resolverlo.

Julieta volvió al e-mail. Antes de esa condena, Leonardo no tenía antecedentes penales. Buscó su dirección antigua en Google View y descubrió que se trataba de un barrio mucho mejor que el que habitaba ahora. Vivía en un departamento en el primer piso de un edificio de Palermo, sobre un bar.

Miró de reojo las carpetas apiladas sobre su escritorio: tenía tres casos con los que debía avanzar ese día. Casos por los que le pagaban fortunas. Sin embargo, estaba allí, gastando de su bolsillo para entender por qué un tipo la había mirado con odio y le había soltado dos frases enigmáticas. Hubiera sido fácil volver a su casa y preguntárselo en persona. No lo haría. Verlo habría significado volver a sentirse vulnerable, y no quería.

Se puso de pie y salió de la oficina. Condujo hasta la antigua dirección de Leonardo y estacionó frente al bar. Estaba abierto. Bajó y entró estudiando el ambiente: era mil veces mejor que el que atendía en La Boca. Un toldo de color verde

oscuro cubría la vereda donde había algunas mesas repletas de gente. La puerta era negra, la pared estaba revestida en madera oscura y las ventanas de vidrios repartidos eran de color musgo. Se trataba de un lugar con estilo escocés, fino y agradable. Adentro predominaba la iluminación escarlata. Había lámparas encendidas en algunos rincones y velas en las mesas. Sonaba una música sensual que nada tenía que ver con Vivaldi.

Se acercó al barman, un chico joven con una remera negra.

—Buenas tardes, mi nombre es Julieta Olazábal, soy abogada. Estoy buscando al dueño.

—S... sí —dudó el chico, intimidado por su personalidad—. Ya lo llamo.

Mientras esperaba, Julieta dio una vuelta para recabar detalles. Las mesas eran de madera y en las paredes de ladrillo rojo había cuadros que imitaban el estilo de García Lorca. Representaban algunas de sus obras literarias y estaban firmados con la sigla EM. Emilia Macías. Quizás le pertenecían. ¿El bar habría sido de Leonardo?

—¿Sí? —oyó que le preguntaban.

Giró sobre los talones. Del otro lado de la barra encontró a un hombre canoso y delgado de unos cincuenta años. Se le aproximó impostando la imagen implacable de siempre.

—Buenas tardes —lo saludó, extendiendo la mano. Él se la estrechó—. Soy Julieta Olazábal, abogada. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

—Si es por la habilitación vencida... —comenzó el hombre. Ella lo interrumpió.

—No, se trata de otra cosa. No se preocupe, necesito que colabore con mi caso, pero no le voy a pedir nada por el momento, ni siquiera que atestigüe. ¿Podrá hacerlo, por favor? Está en juego la libertad de un inocente.

Después de mentir, se preguntó si no debería haber dicho eso muchos años antes.

El hombre asintió, no muy convencido. Julieta estaba acostumbrada a la mala predisposición de la gente, así que se sentó en una banqueta, tomando la expresión del dueño del local como un gesto amable.

—¿Hace cuánto que es propietario de este bar? —indagó.

—¿Estoy acusado de algo? —preguntó el hombre con tono intranquilo.

—Ya le dije que no —contestó ella, paciente—. ¿Quiere ver mi credencial de abogada?

Él negó con la cabeza.

—Casi tres años —contestó—. El lugar había estado cerrado mucho tiempo. Yo siempre quise comprarlo, ya que venía con el departamento del primer piso, pero jamás encontré a quién. El primer día que pusieron el cartel de venta, corrí a la inmobiliaria.

Julieta sacó cuentas: el tiempo coincidía con el momento en que Leonardo habría salido en libertad, si es que había sido detenido justo después del sobreseimiento de Barrios. El artículo 12 del Código Penal establecía que los condenados por más de tres años no podían disponer de sus bienes. Esa podía ser la causa por la cual hubiera decidido vender después, si el negocio había quedado acéfalo y se había fundido.

—¿Conoció al dueño anterior? —interrogó.

—No. Un escribano vendió todo en su nombre.

«Libertad o un curador», pensó Julieta enseguida. El bendito artículo 12 también

establecía que el preso podía acceder a un representante, como cualquier otro incapaz, según el Código Civil. No eran casos comunes, pero si había conseguido que un tribunal declarara que el homicidio simple tenía atenuantes, tal vez también había conseguido lo otro. Moría por saber quién había sido su defensor.

—Los cuadros —señaló vagamente con el dedo—. ¿Ya estaban aquí cuando compró?

El hombre miró alrededor.

—Sí. Todo venía con el lugar y, como quería recuperar la clientela, decidí dejarlo tal como estaba. Incluso pasamos la misma música.

—¿Sabe quién es el artista?

Él se encogió de hombros e hizo una mueca.

—La verdad que no. No creo que sea nadie muy importante. ¿Piensa usted que valen algo?

Julieta miró otra vez. No tenía noticias de que Emilia Macías hubiera sido una artista reconocida, así que respondió que no. Agradeció la ayuda y se retiró.

De modo que Leonardo había tenido un bar y un departamento mucho mejor que el que habitaba en la actualidad. Sintió un resabio de culpa: se preguntó cómo habría sido él antes de la cárcel y si habría perdido todo por su causa. Sacudió la cabeza para no pensar. ¿Qué culpa tenía ella de eso?

A unas cuadras, un centro de artes marciales llamó su atención y una idea la abstraía de lo demás. Hacía tiempo que quería aprender a protegerse mejor, no permanecería impasible ante otro ataque ni necesitaría que un hombre la defendiera de nuevo. No estaba acostumbrada a depender de nadie.

Estacionó en la esquina y miró el cartel por el espejo retrovisor. Bajó del auto y caminó hasta allí. Entró y saludó al recepcionista, un hombre que parecía salido de una competencia de fisicoculturistas.

—Estoy interesada en clases de defensa personal —explicó.

El hombre le ofreció distintos estilos y horarios, y Julieta le indicó que prefería un entrenador personal.

—Mi agenda está bastante apretada —dijo, revisando horarios—, pero cuénteme para los jueves a las siete y media.

En su oficina encontró que Lorena le había dejado el expediente sobre el escritorio. Eran las ocho y el piso estaba vacío, sus empleadas se habían ido hacía rato. Se sentó y leyó sin analizar nada. Su curiosidad había crecido demasiado como para detenerse a buscar ambigüedades.

Fue directo a lo que le interesaba: la sentencia. Leonardo había sido condenado a cinco años de prisión efectiva por el asesinato de su amante Emilia Macías, con atenuantes. De acuerdo con las pruebas, Leonardo la golpeó y la mujer sacó una pistola. Él intentó arrebátarsela, y el arma se disparó. Por los datos de la autopsia, era cierto: la bala había impactado en el pulmón izquierdo desde una distancia muy corta. En el allanamiento a su departamento habían encontrado la pistola del homicidio con sus huellas y las de Emilia. Es decir que, finalmente, el arma había aparecido en casa de Leonardo, tal como Barrios quería y, para colmo, con sus huellas.

¡Imposible! Ella no había plantado la prueba. Tenía que haber sido él.

Julieta se sorprendió de la intensidad de sus propios sentimientos. Apretó los

dientes, los puños y los ojos, tratando de calmarse. Samuel Barrios había burlado su inteligencia y, lo peor, había enviado a un inocente a la cárcel.

Miró el nombre del abogado defensor: Ramiro Aguirre. Aprovechó y leyó el del presidente del tribunal.

Era su padre.

Era la tercera vez que sonaba su celular. No quería atender a Christian; seguía leyendo el expediente, preguntándose cuál habría sido su participación real en la condena de Leonardo. Ella pensó que solo había conseguido el sobreseimiento de Barrios, pero ahora temía haber sido cómplice, sin querer, de algo peor.

Terminó contestando, o la tortura del llamado nunca acabaría. Activó el altavoz sin recoger el aparato.

—¿Sí? —dijo, atenta a un párrafo que le sonaba ambiguo.

—¡¿«Sí»?! —rugió Christian—. Me dejaste plantado.

Julieta despegó los ojos del papel y miró el celular. Se llevó una mano a la frente. Había olvidado la cena.

—Perdón, estoy tapada de trabajo —se excusó—. ¿Podemos dejarlo para otro día?

—No, no podemos. Espero llegues en veinte minutos, la cena ya está lista —replicó él, enojado, y cortó.

Encima de tener la sospecha de haber sido usada, y luego de descubrir que su padre había enviado a un inocente a la cárcel, tenía que ver a Christian. Sabía lo que pasaría: al llegar él se habría olvidado de su maltrato telefónico, cenarían hablando de trabajo y terminarían en la cama. No quería. No podía fingir que no era una frígida mientras Leonardo daba vueltas en su cabeza.

Cerró todas las carpetas y las guardó en la caja fuerte. Recogió el saco que había dejado en el respaldo de la silla, arrancó su cartera del perchero y salió del estudio.

Tal como había supuesto, Christian la recibió como si nada hubiera pasado. La que no podía actuar de la misma manera era ella.

—¿Qué te pasó en la cara? —le preguntó él.

—Me asaltaron, pero me defendí y no pudieron robarme nada —mintió una vez más, yendo hacia el sofá para dejar el abrigo y la cartera.

—No me contaste. ¿Hiciste la denuncia?

—Los dos sabemos que las denuncias por ese tipo de cosas mueren en la nada. Ni siquiera le vi la cara —respondió.

Se sentó a la mesa y, mientras él servía los platos, solo pensaba en el caso. Cuando algo la apasionaba, no había nada ni nadie más alrededor.

—¿No es estúpido? —preguntó Christian mientras le llenaba la copa con vino.

Julieta se dio cuenta de que no había escuchado el inicio de la conversación.

—No sé —replicó, todavía pensativa.

Christian se sentó delante de ella, rio y cruzó los dedos debajo del mentón.

—Contame sobre ese caso que te tiene tan preocupada, a ver si después consigo que me prestes atención —pidió.

No podía hacerlo, no quería hablar de Leonardo con Christian. Por un lado, todavía no estaba segura de nada, y no le explicaría que temía haber sido usada, ni que su padre había condenado a un inocente. En segundo lugar, no tenía idea del motivo, pero pensar en Leonardo delante de su pareja la hacía sentir incómoda.

—Estoy pensando cómo justificar la evasión impositiva de un empresario — mintió.

Christian rio.

—Eso nunca fue difícil para vos —replicó.

—Debo estar perdiendo mi arte.

—El año pasado... —Christian prosiguió contando con detalle un caso que había ganado. Describió los artículos en los que se había apoyado para sustentar su defensa, las objeciones de la fiscalía, el fallo del juez. No era abogado penalista, pero cuando alguno de sus clientes empresarios estaba en aprietos, hacía lo que fuera necesario.

Julieta no le prestó atención. Pensaba cuál sería el siguiente paso en su investigación: no tenía dudas de que Barrios había mandado a plantar el arma, pero ¿cómo había conseguido las huellas del amante y de la víctima? Era imposible que una muerta grabara sus huellas desde la morgue. Si durante el juicio se había comprobado que las huellas de Emilia estaban en la culata y las de Leonardo en el armazón, Barrios tenía que haberlas plantado antes de que ella muriera. En cuanto a las huellas de Leonardo, una opción era que hubieran mentido en la pericia y que en realidad no existieran, pero ese tipo de fraudes no eran fáciles de conseguir y menos de comprobar. Solo podía hablar con Leonardo para saber la verdad.

—¿Te sirve? ¿Se parece a tu caso? —le preguntó Christian—. Si querés reviso el archivo y te digo de qué artículos concretos me agarré para la defensa.

—No, está bien, gracias —contestó ella enseguida—. Ya lo voy a resolver de alguna manera, sabés que me apasionan los desafíos.

Cenó escuchando más anécdotas de Christian mientras su mente seguía en el caso. Otra opción era hablar con su padre, quizás él le diera más datos acerca de la decisión del tribunal. Tal vez recordaba testigos, miradas, frases. Había pasado mucho tiempo, eso no ayudaba, y además no quería ir a la casa de su familia. No sabía qué era peor: si ir a buscar a Leonardo o al juez Olazábal.

Reaccionó cuando Christian apoyó una mano sobre la de ella.

—¿Café? —le ofreció.

Que su pareja la tocara era el primer paso para hacer el amor. No quería. De verdad, ese día, no podía.

—Me tengo que ir —soltó—. Mañana tengo una audiencia temprano.

—Mañana es feriado. Por eso pusimos nuestra cena hoy, ¿te acordás? —replicó él y rio—. ¿Qué pasa? Nunca te vi tan distraída.

No tenía manera de evitar lo que seguía, así que empezó a aceptarlo. Ignoró los impulsos de volver a pensar en lo que de verdad le interesaba y se esforzó por escuchar a Christian, por interactuar con él y mostrarse receptiva.

—Quedate a dormir —le pidió él tras contarle otra anécdota legal de la semana. Julieta aceptó con una sonrisa rígida.

Después de un rato, se halló sentada en la cama, suspirando antes de quitarse la pollera. Christian estaba en el baño en suite y ella intentaba en vano ignorar otra vez el caso. Se tomó la cabeza con las manos, se había obsesionado.

Christian apareció y la abrazó por la espalda. Le apartó el pelo y le besó el cuello. Ella se lo ofreció, resignada, y él le pasó la lengua por el costado.

No quería ver a Leonardo ni a su padre, solo le quedaban el abogado defensor y

Barrios. Después de todo, ese insensato había sido su cliente. Sin embargo, ¿convenía ponerlo en alerta? ¿Podía enfrentarse a un poderoso? ¿Tenía la fuerza suficiente para estar, por primera vez, del otro lado?

—Besame —le ordenó Christian, girándole la cabeza hacia su lado.

¿Qué sentido tenía? ¿Por qué se involucraba cada vez más en un caso que ya no le concernía? Si iba a intentar reabrir la causa, no podía ocuparse de la querrela habiendo defendido a quien acusaría. Pediría a Victoria que firmara por ella, y eso metería en problemas a su empleada. Tenía que hacerle saber a Barrios que ella estaría detrás de la investigación para protegerla.

Puso las manos en el pecho de Christian y lo apartó de golpe.

—Me tengo que ir —dijo, poniéndose de pie.

—¡Julieta! —exclamó él, confundido.

—Perdoname, se me ocurrió cómo resolver el caso y no puede esperar.

Fue a la sala y recogió su saco y su cartera. Christian la siguió.

—No te podés ir así —le espetó—. Cada día estás más fría, te siento más lejos.

Julieta rio y se escudó en las excusas en las que siempre había creído.

—¿Te vas a poner romántico? —lo atacó—. Nunca fuimos así. Hoy tengo preocupaciones y no puedo quedarme, lo siento.

—Hoy tenés preocupaciones, otro día dolor de cabeza, otro día el período. No soy un romántico, pero tampoco un estúpido. Hasta parece que no sintieras.

—Eso no es nuevo, no soy una de esas putitas que gritan orgasmos.

—No hace falta ser una puta para que expreses un sentimiento.

—Esos gritos no son sentimientos, son falsos, y yo no soy así.

—Entonces yo no sirvo para vos. Si no, gritarías sin fingimientos.

—¿Querés que terminemos?

—Claro que no. Quiero ser bueno para vos y que seas buena para mí.

—Hasta ahora estuvimos bien así. Los dos sabíamos que el otro tenía sus obligaciones, su libertad y sus deseos. No veo por qué tenemos que empezar a complicarnos con ataduras ahora.

—Es que no sos la misma que en ese momento. Desde hace un tiempo estás cambiada y, estos días, mucho peor. ¿Qué pasó? ¿Conociste a alguien? ¿Dudás de nosotros?

Julieta dejó escapar una risa. ¿Conocer a alguien? Sí, a alguien con quien no quería cruzarse nunca más.

—Por favor, no quiero discutir —concluyó—. ¿Nos vemos otro día?

—No entiendo por qué hacés esa pregunta, siempre dimos por sentado que nos veríamos otro día.

Ella apretó los dientes. Inspiró profundo, abrió la puerta y salió del departamento de prisa. Mientras bajaba por el ascensor, se respaldó en el espejo con los ojos cerrados. Recordaba la pregunta de Christian: «¿Conociste a alguien?». «No», pensó. «No, no, no.» Las cosquillas en la panza eran cosas de adolescentes. No existían el amor, la fidelidad, ni el «juntos para siempre». Estaba cansada de verlo en sus clientes, lo había vivido con sus padres: las parejas eran apariencias y sus integrantes siempre se parecían, como Christian y ella. Sin embargo, se dio cuenta de que solo pensar en Leonardo le hacía latir el corazón como los besos de su novio jamás

podrían.

«No me importa el barman», pensó con desesperación. «Solo demostrarle a Samuel Barrios que no puede superarme.» Tal vez, hacía ocho años todavía era un poco inexperta. Ya no. Y si podía salvar de la cárcel a los culpables, también podía meterlos en ella.

Estaba obsesionada, sí. Pero siempre había vivido de esa manera.

* * *

Por la mañana llamó al celular de Barrios. La línea no había cambiado, la atendió él en persona. Su voz le dio asco; tenía presentimientos horribles.

—Señor Barrios, habla la doctora Olazábal, ¿me recuerda?

Hubo un momento de silencio en el que pudo adivinar una sonrisa del otro lado.

—Tanto tiempo —replicó él con los dientes apretados—. ¿A qué se debe su llamado?

—Me preguntaba si tiene un momento para que nos veamos. Es urgente.

—¿Algún problema?

—Sí. ¿Podemos encontrarnos?

Se produjo un nuevo instante de silencio.

—Es feriado, pero estoy en mi oficina. Puede pasar en una hora.

Julieta agradeció y cortó. Tenía que prepararse, no podía desperdiciar la oportunidad. Si la conversación se ponía difícil, no podría entrevistarse con Barrios nunca más. A partir de ese momento estaría en problemas, lo presentía, y su intuición nunca se equivocaba.

Llegó al edificio de oficinas del empresario, entró y se anunció con el guardia de seguridad. El hombre, que ya estaba avisado de su visita, la dejó pasar. En el ascensor accionó la grabadora de sonidos del celular, lo ocultó en el bolsillo del saco y repasó las preguntas que quería hacer. No podía confundir ninguna palabra, hacerlo supondría perder la oportunidad.

Cuando golpeó la puerta de la oficina le transpiraban las manos. Hacía mucho que no se ponía tan nerviosa; estaba acostumbrada a defender, muchas veces con mentiras, no a acusar con la verdad.

Respiró profundo y entró en cuanto oyó el permiso de Barrios. Verlo en su escritorio, con un enorme ventanal a su espalda, le provocó indignación. La primera vez que había visto al inocente que había pagado por su crimen, estaba en un bar de mala muerte. Nunca había sentido la injusticia en carne propia, y aunque ahora, en realidad, tampoco la afectaba de manera directa, por alguna razón lo sentía así.

Después de ocho años, Barrios era el mismo. Seguía siendo un hombre de pelo negro, ojos pardos y contextura física atlética. Algunas canas despuntaban en sus sienes y en su piel se avistaban arrugas propias de sus cincuenta años. Por lo demás, seguía despidiendo la misma energía de antaño, sumada a una mirada hábil. No había notado eso en el pasado.

Se forzó a sonreír y se sentó.

—Veamos qué tan urgente es eso por lo que está robándome tiempo —dijo él con tono áspero.

Se estaba vengado por cómo lo había tratado ella en la cárcel. En eso tampoco se parecía al sujeto asustadizo que Julieta había conocido o que él fingía ser en el penal. No sabía qué creer.

—No se preocupe, puedo ser breve —contestó, tomando la postura implacable de siempre—. Hace unos días tropecé por accidente con la causa de su esposa.

—¿Eso es urgente? —la interrumpió él con una sonrisa sobradora—. Pasó hace años y yo era inocente.

Julieta apretó los labios. ¡Ahora resulta que era inocente! Sonrió también, no estaba dispuesta a dimitir.

—Por supuesto, yo misma lo defendí —contestó. Haber dicho otra cosa la habría metido en problemas si después quería usar la grabación—. El asunto es que me di cuenta de que, finalmente, el hombre que fue involucrado en el caso fue declarado culpable. Sin embargo, usted y yo sabemos que él no tenía el arma homicida. Me pidió que se la plantara como prueba y le dije que no. ¿Por qué entonces apareció en su poder y con sus huellas?

—No sé de qué habla —arguyó Barrios, fingiendo un tono desconcertado. Alzaba las cejas—. Tampoco comprendo por qué viene de golpe a hablar de algo que pasó hace años y que no quiero recordar. Todos los días siento la falta de mi esposa, y si ese maldito la mató, lamento que solo le hayan dado cinco años.

—Pasa que el «maldito» no la mató, los dos lo sabemos muy bien.

—¿No fue su propio padre el que falló en su contra? —contraatacó Barrios. Julieta enmudeció; odiaba hablar de Enrique Olazábal—. Me parece que me está metiendo en una especie de competencia entre padre e hija, y no voy a ser cómplice de eso —continuó, usando otra vez las palabras de Julieta en uno de sus primeros encuentros—. Si no tiene nada en verdad urgente y que me incumba, retírese, por favor. Estoy trabajando.

—Usted plantó el arma en la casa de Leonardo Durán —masculló ella, molesta.

Sabía que el intento de sonsacarle información iba a fallar, pero la postura que había asumido Barrios era insoportable. Con esa mirada de víctima y ese tono de voz sereno, le ponía los pelos de punta.

—Doctora, quiero olvidar el asesinato de mi esposa. Por favor, váyase. No querrá que la eche de mi oficina usando un guardia de seguridad.

Julieta se puso de pie y apoyó las manos sobre el escritorio.

—Esto no va a quedar así —aseguró—. Quiero saber por qué me hizo involucrar al amante en la causa. Por qué el arma apareció en su poder, ¿por qué mi padre condenó a un inocente!

—Que yo recuerde, usted tuvo la idea de involucrar al amante, y fue lo mejor que podía haber hecho, ya que así condenaron al verdadero culpable. Si no la denuncié por amenazarme ahora, es solo porque le agradezco eso.

—Está bien —replicó Julieta, más calmada—. Con lo que acabamos de conversar es suficiente. Gracias por su tiempo.

Se dio la vuelta y salió de la oficina sin mirar atrás. Aunque la grabación no serviría de nada, acababa de ponerlo en aviso de que, en realidad, no sería Victoria quien se convertiría en su peor pesadilla. Sería ella.

Ahora tenía que conseguir un querellante. Y nadie mejor que Leonardo.

Leonardo se removió en la cama, aturcido por el sonido del timbre. Tanteó la mesa de luz y miró la hora en su celular: eran las doce del mediodía. No esperaba visitas, así que se había quedado en la cama, tratando de reponer las horas que no dormía durante la noche. Había vuelto del bar a las seis de la mañana.

Volvió a sonar el timbre.

Se sentó en la cama, se frotó los ojos y se pasó una mano por el pelo. Lo llevaba bastante corto, pero estaba acostumbrado a hacer eso.

Se puso de pie, buscó una remera limpia en un cajón y se la puso. Lo mismo hizo con los pantalones. Terminó con un vaquero negro con cortes en las rodillas y una remera blanca. Fue al baño y se lavó los dientes y la cara mientras el timbre seguía sonando. Salió descalzo, bajó las escaleras y abrió la puerta de calle.

Al parecer se encontraba en una pesadilla. Sonrió, cabizbajo, e intentó cerrar la puerta, pero la doctorcita se lo impidió aferrándose al picaporte. Abrió de nuevo. ¡No podía ser! ¡Ella era real! Ahí estaba, en la puerta de su casa, con su trajecito gris, los zapatos de tacón, el pelo de fuego suelto y la boca roja herida todavía.

—Por favor, necesito hablar con vos —dijo ella.

—Pero yo no necesito hablar con vos —replicó él e intentó cerrar otra vez.

La doctora Olazábal volvió a aferrarse a la manija, empujó y terminó en el recibidor. Leonardo miró su espalda, sin poder creer lo que hacía.

—«El domicilio es inviolable». Artículo 12 de la Constitución Nacional —soltó. Ella se detuvo subiendo la escalera—. «Será reprimido con prisión de seis meses a dos años el que entrare en morada ajena contra la voluntad de quien tenga derecho de excluirlo.» Artículo 150 del Código Penal.

Julieta se dio la vuelta, y Leonardo sofocó la risa. La expresión de la doctora era para una fotografía: el ceño fruncido, los labios entreabiertos, el pelo enmarcándole la cara pálida. Estaba sorprendida, tanto como él de interpretarla con tanta facilidad.

Bajó los dos escalones que había alcanzado a subir con paso presuroso.

—Está bien —le dijo él, con un tono mucho más flexible. De pronto se había visto sorprendido por la simpatía.

Ella siguió encaminándose a la puerta. Como no parecía que fuera a detenerse, Leonardo cruzó un brazo y lo apoyó en la pared, impidiéndole seguir.

—Está bien, doctora, no voy a hacerle lo que usted me hizo a mí —continuó, y señaló la escalera—. Pasá —volvió a tutearla.

Julieta pestañeó muy rápido, indecisa. Mientras conducía a la casa de Leonardo se había forzado a olvidar las sensaciones que él le provocaba, pero ahora estaban ahí de nuevo, listas para traicionarla. Bajó la cabeza. No se dejaría intimidar por sus brazos fuertes y su rostro duro. Tampoco por los misterios que ocultaban sus ojos azules. Estaba ahí para entender por qué había sido tan tonta en el pasado y para demostrarle a Barrios que no podía salirse con la suya.

Repuesta de su vulnerabilidad repentina, giró sobre los talones y subió la escalera

muy decidida, aunque también era consciente de que Leonardo iba tras ella y eso le robaba buena parte de su seguridad. Él se quedó a unos pasos, contemplando la figura menuda y esbelta de la abogada. De no haber sabido que era una arpía, hasta le habría parecido tierna.

Terminaron de subir casi al mismo tiempo. Ella permaneció de pie, al parecer había aprendido la lección y esperaba una invitación para sentarse. Leonardo señaló el sillón enseguida, había visto que movía los pies como si ya no soportara los zapatos.

Julieta agradeció con un ligero movimiento de la cabeza y se sentó. Se mordió el labio mientras abría una carpeta y él se sentaba en el sillón de enfrente.

—¿Estás mejor? —le preguntó, tratando de verle la cara. Ella alzó la mirada un instante y volvió a lo que hacía—. Me refiero al accidente del otro día —completó él ante la intriga que vio en los ojos de la abogada.

Julieta siguió revolviendo papeles, pero acababa de olvidar qué buscaba. Nunca se había puesto tan nerviosa, sin duda era por culpa de las sensaciones indomables que la aquejaban. Sabía qué hacer frente a la soberbia y la agresión, pero no tenía idea de qué se hacía con las cosquillas en la panza, la piel de los pechos tensa y la sed. Tenía los labios resecos.

—Siempre estuve bien —replicó en voz baja.

Leonardo volvió a respaldarse en el sofá. Él también había olvidado algo: la doctora era muy orgullosa.

—Claro —respondió. Ella lo miró. Sus ojos verdes destellaban, sus mejillas, de pronto, estaban muy rojas—. ¿Un poco de agua? —ofreció.

—Sí, por favor —aceptó ella, volviendo a los papeles.

Leonardo asintió y se levantó para ir a la cocina. Julieta dejó de recorrer las fojas y miró hacia la abertura por donde Leonardo acababa de desaparecer. Dejó escapar el aire que contenía en los pulmones y se tomó la frente con una mano. Tenía que ser fuerte, estaba ahí por trabajo, ¿qué le pasaba?

Se apresuró a revolver los papeles de nuevo cuando él reapareció. Estaba encorvada sobre la carpeta, tratando de recordar qué buscaba, pero todo se puso negro cuando el brazo fuerte de Leonardo le entregó el vaso. La proximidad de esa mano la quemó. Ella levantó la cabeza y se encontró con sus ojos.

—Gracias —dijo, y recogió el vaso, apresurada.

Le temblaban los dedos, y eso hizo que el líquido se moviera. Se apresuró a beber, tomó medio vaso. Cuando Leonardo volvió al asiento, al fin vio al pasar el apellido de su padre y recordó que buscaba la sentencia.

—La noche que nos encontramos hubo algunas cosas que no terminaron de cerrarme —dijo, y lo miró. El calor de su rostro había desaparecido, los temblores habían cesado. Se sentía segura en el terreno del trabajo—. Me preguntaste si condenaba inocentes y hasta dónde llegaría por salvar a un cliente. Investigué un poco y descubrí que habías sido condenado por el crimen de la esposa de Samuel Barrios.

Leonardo frunció el entrecejo. Pensó que ella se estaba burlando.

—¿Así que lo «descubriste»? —preguntó con sorna.

—Sí —replicó la doctora muy seria. Él rio.

—Vos y tu padre me enviaron a la cárcel, y resulta que recién ahora lo

«descubriste» —atacó, enarcando las cejas.

Julieta bajó la mirada, ignorando el matiz violento de su voz.

—No me interesa lo que pienses de mí —respondió—. No voy a tratar de convencerte de que soy una buena persona, porque no lo soy.

Por primera vez, Leonardo sintió que algo del discurso de la abogada lo hacía dudar de sus convicciones. Durante años había escuchado que ella era famosa entre los ricos, peligrosa y dura; una mujer de hielo. Sin embargo, desde que se había permitido mirarla sin que todos esos mitos cubrieran sus ojos, no veía todo eso. El tono de su voz y la cabeza gacha al confesarle que era mala no se correspondían con la soberbia y la altanería que todos le atribuían. Aun así, confiar en ella habría sido estúpido, y se mantuvo frío ante su confesión. Se cruzó de brazos, respaldado en el sillón, quizás como forma de impedir que Julieta Olazábal entrara en su corazón.

—Solo me importa que Samuel Barrios termine entre rejas —completó ella, alzando la cabeza.

Leonardo le sostuvo la mirada.

—Vos lo liberaste —replicó, sin dejar de estudiarla.

—Yo no, el juez de instrucción. Pero es cierto que colaboré con su sobreseimiento, así que vamos a decir que sí, que de alguna manera ayudé para que quedara en libertad —admitió. Otra sorpresa para Leonardo, aunque no desistió—. Necesito que seas mi querellante.

—No.

—¿Por qué no? —arremetió Julieta—. Emilia era tu amante y pasaste cinco años en la cárcel injustamente, tenés todo el derecho de denunciar a Barrios por homicidio; él te perjudicó. Claro que yo no podría firmar ningún documento ni ser la cara visible en las instancias judiciales; fui su defensora y sería ilegal, además de poco ético. Trabajarías con mi mejor empleada, pero todo lo haría yo. Ya estoy haciendo investigaciones y voy a reunir las pruebas suficientes para que Barrios vaya preso. Me gustaría reparar tu honor de alguna manera, pero eso es imposible. Que el Estado reconozca un error judicial es utópico, pero al menos puedo hacer que el verdadero asesino pague. Los únicos que sabemos quién la mató, además de él, somos vos y yo. Pero no puedo ir a un juez solo con eso, tengo que probarlo. Y voy a hacerlo.

Leonardo la miraba, atónito. Le resultaba increíble que esa fuera la misma abogada que había plantado el arma homicida en su casa para que lo condenaran por un crimen que no había cometido. La hija del juez que había dictado una sentencia en su contra, la que había liberado al asesino. Hablaba con tanta pasión... Si había algo cierto en el mito era que, sin duda, ella era la mejor.

Aun así, replicó:

—No. No confío en vos.

Julieta suspiró.

—La verdad, no tengo manera de convencerte para que confíes en mí. Supongo que podrías comprobarlo solo si colaboraras conmigo. Si no querés ser el querellante, puedo pedir que reabran la causa sin tu ayuda. Visitando a la familia de Emilia, por ejemplo; estoy segura de que los convencería. Aun así, te necesitaría como el principal testigo. Tendrías que contarme todo lo que pasó esa noche, y más también.

—No —repitió él, y como sabía que Julieta jamás se iría con una negativa, cambió

de estrategia. Rio con intención de burla—. ¿Por qué podrías tener tanto interés en meter preso a Barrios? ¿Era tu amante, por eso tu padre y vos lo liberaron? —Julieta frunció el ceño, y aunque Leonardo sabía que estaba diciendo estupideces, siguió—: ¿Ahora te peleaste y querés venganza?

—Basta —lo interrumpió Julieta alzando una mano—. Por favor, solo pensar en ese hombre me da asco. Además, tengo... estoy en una relación.

«Tengo pareja.» ¡Tan solo tenía que decir que tenía novio! ¿Por qué no había podido? ¡¿Y cómo se le había ocurrido soltar un dato personal a un desconocido?! Sin duda lo que ese hombre hacía de ella era temible.

Leonardo suspiró. De modo que la arpía estaba en una relación. Se preguntó qué clase de superhéroe sería capaz de extraer algún sentimiento de esa piedra fría y calculadora que tenía delante de los ojos. Al mismo tiempo se acordó de sus mejillas sonrojadas, sus ojos destellantes, y se preguntó si el superhéroe, acaso, no era él.

«Imposible», se corrigió al instante. «Nada más es una arpía que sabe mentir muy bien.»

—No trates de convencerme, doctora —contestó—. Esta vez te vas a tener que conformar con un «no». No quiero saber nada con vos, ni con juicios, y mucho menos con Barrios.

—Si se reabre la causa, lo más probable es que igual estés obligado a declarar —le avisó.

—Ya lo sé. ¿En qué pensás que invertí los cinco años de prisión? En la cárcel hay mucho tiempo para leer. Seguro no lo sabés, pero los presos conocen la ley y las trampas mejor que vos.

Al ser incapaz de hacer nada más, Julieta hizo un gesto afirmativo con la cabeza y empezó a reordenar los papeles.

—Está bien —susurró—. Gracias igual.

Leonardo se quedó mirando su pequeña nariz llena de pecas, sus pestañas largas, sus pómulos demarcados. Recordó que eran las doce del mediodía de un feriado, pero la abogada estaba trabajando. Se preguntó a qué hora habría comenzado, si en algún momento se habría tomado un descanso.

—¿Al menos almorzaste? —preguntó.

—¿Eh? —Julieta lo miró con el ceño fruncido.

—Si almorzaste —repitió él—. Iba a comer un sándwich, ¿querés?

Las mejillas de Julieta se volvieron del color de su pelo.

—¿Un sándwich? —repitió. Ella nunca comía fiambre, solo sándwiches vegetarianos—. ¿Vas a envenenarme? —bromeó.

Por primera vez, él rio. Y cuando lo hizo, el vientre de Julieta tambaleó.

—Sería un homicidio agravado y, como tengo antecedentes, no me salvaría de la cadena perpetua. Me parece que no me conviene —determinó Leonardo.

Esta vez, fue ella la que rio. Tenía unos labios muy atractivos y dientes preciosos. Enseguida bajó la cabeza como si se sintiera avergonzada. Resultaba evidente que no acostumbraba a reír abiertamente.

Leonardo inspiró profundo, se puso de pie y fue a la cocina. Julieta terminó de ordenar los papeles, cerró la carpeta y la golpeó en la mesita para que se acomodaran. No soportaba ver nada fuera de lugar.

Miró alrededor y por un instante se preguntó qué estaba haciendo. Trató de concentrarse en las paredes blancas, la lámpara y un viejo televisor, pero sus ojos siempre volvían a la abertura que llevaba a la cocina. Vio pasar a Leonardo y apartó los ojos de inmediato.

En medio del silencio, oyó que su celular vibraba. Abrió la cartera, lo extrajo y encontró dos llamadas perdidas de Christian; no las había oído mientras conversaba. También había un mensaje de texto:

El domingo Fabio nos espera en la quinta.

Suspiró. Lo que menos quería era ir a una quinta. Además, eso implicaría pasar la noche del sábado en la casa de Christian.

OK, contestó.

Guardó el teléfono, apresurada, cuando percibió que Leonardo volvía a la sala. Miró hacia arriba y se encontró con sus ojos. Él le dejó el plato con el sándwich y un vaso de gaseosa en la mesita. «Fiambre y Coca-Cola», masculló Julieta en su mente. «Al menos es de pan lactal», pensó y sonrió. Que estuviera cortado en triangulitos le agradó.

—Debe ser una pregunta que te hacen mucho y lamento no ser original —dijo él—, pero ¿por qué elegiste ser abogada defensora?

Julieta pestañeó muy rápido. Lo cierto era que pocas personas le habían preguntado eso. La mayoría de las veces aprovechaban sus conocimientos legales para hacerle consultas gratuitas. Otras, indagaban sobre los casos famosos en los que se hallaba implicada. No estaba acostumbrada a las preguntas personales, y aunque debía sentirse incómoda de que justo Leonardo se interesara por ese tema, no se sintió así en absoluto.

—Me gusta el derecho penal —contestó—. No empecé defendiendo, solo empecé con lo que tocara. Poco a poco terminé en esto. ¿Y vos? ¿Siempre quisiste ser barman?

«¿En un bar de mala muerte? Fue tu culpa», pensó él sin querer. Su mirada se volvió dura, su mandíbula se tensó. Bajó la cabeza para no seguir contemplando a la abogada. No quería recordar quién era ella, solo almorzar como si no lo supiera.

—Tenía mi propio bar, pero tuve que venderlo —contestó a secas.

—Perdón —masculló Julieta. Leonardo la miró sorprendido; nunca hubiera esperado oír esa palabra de esos labios impíos—. No sé de qué hablar para que no te pongas incómodo, para que no vuelvas a mirarme de esa manera.

—¿De qué manera?

—Como si yo te hubiera sacado todo.

«¿Acaso no es así?», se preguntó él. De todos modos se propuso ser indulgente.

—Tenía un bar y un departamento mejor que este —admitió—. No tenía a nadie de confianza que se ocupara de eso mientras estaba en la cárcel, así que el negocio quebró. Cuando salí, tenía tantas deudas que solo me quedaba vender. Por suerte apareció un comprador muy rápido y pude mudarme. Mi amigo me dio trabajo en su bar de La Boca, y eso es todo. Ahora solo quiero vivir en paz.

Los ojos de Julieta demostraron la turbación que sentía en su interior. Estuvo a

punto de pedirle perdón de nuevo, pero ¿por qué? No debía sentir que era su culpa, o de su padre, ellos solo estaban haciendo su trabajo. El problema era que lo habían hecho mal. Tenía la oportunidad de hacer las cosas bien ahora, pero su mejor testigo no quería colaborar. En otras circunstancias, habría aprovechado la ocasión para sacarle información simulando que solo le interesaba conversar. No iba a hacer eso. Se habría sentido la peor persona del mundo si le hubiera sonsacado datos de esa manera; no quería ir en contra de la posibilidad de obtener su confianza algún día.

—¿Y tu familia? —preguntó—. ¿No tenías padres o hermanos?

—No. Solo amigos.

—Es mejor que nada —replicó ella, y luego quiso morderse la lengua.

Leonardo la estudió con la cabeza inclinada. No le extrañaba que la piedra no tuviera amigos, pero le constaba que tenía familia, al menos un padre. Como percibió que estaba incómoda, no quiso indagar y cambió de tema.

—Seguro que en la escuela eras muy aplicada —soltó. Julieta sonrió.

—No es difícil darse cuenta —respondió, mirando la carpeta que minutos antes había acomodado de forma meticulosa—. Iba a un colegio inglés y me destacaba tocando el violín. ¿Y vos?

—Iba a una escuela del Estado y me destacaba en llevarme materias —contestó él.

Julieta rio. Que bajara la cabeza cada vez que lo hacía empezaba a tentar a Leonardo. Quería poner un dedo debajo de su mentón y levantársela.

—Cuando terminé hice el curso de barman —siguió contando—. Empecé a trabajar para el dueño de un local de Palermo, y cuando mis padres murieron, compré su negocio con mi herencia. En un principio dormía en el depósito; había vendido la casa para la compra. Pero los cambios que hice en el bar dieron resultado, y con el tiempo pude comprar también el departamento del primer piso. Se llenaba de gente *chic*, aunque yo era lo más lejano a eso. Era un bar para gente como vos.

—Yo no soy *chic* —objetó Julieta—. Soy aburrida. Lo delatan mi ropa, mi forma de ser, mi vocabulario...

—No me parece que seas aburrida —repuso él. De hecho, desde que ella había llegado, había pasado por tantos estados de ánimo que le resultaba imposible aburrirse.

Julieta sonrió con timidez en gesto de agradecimiento, terminó su sándwich y decidió que era hora de dar paso a la realidad: ella era mala, y Leonardo, bueno. Ella era egoísta, y él, compasivo. No tenían nada en común, excepto el caso de Emilia y el sándwich.

—Me tengo que ir —anunció, recogiendo sus cosas.

Leonardo no respondió. La observó ponerse de pie e hizo lo mismo tras ella. Bajaron la escalera. Abrió la puerta y, una vez que Julieta salió, se miraron.

—Espero que sea la última vez que te vea —le dijo él con tono áspero.

—Si logro reabrir el caso... —comenzó a explicar ella; su voz sonaba suave. Leonardo la interrumpió.

—Ya me lo dijiste. Parece que no puedo librarme de vos.

Julieta no terminaba de entender: por un lado, él manifestaba que quería librarse de ella, pero, por el otro, la había invitado a comer. Leonardo tampoco entendía.

Ella lo saludó, él respondió con un gesto y la vio dirigirse a su auto.

—Julieta —la llamó. Era la primera vez que pronunciaba su nombre y, por extraño que pareciera, le provocó cierto placer. Ella se volvió—. ¿Supiste quién era el tipo que te atacó la otra noche?

Julieta miró hacia ambos lados de la calle, temiendo que alguien escuchara la conversación, y negó con la cabeza.

—Tené cuidado —le aconsejó él, y cerró la puerta.

Cada uno se fue por su lado, sin embargo, pensaban en lo mismo: el terrible pasado que los unía, el presente confuso y el futuro imposible.

Esa noche, Leonardo salió de su casa en moto; tenía que llegar al bar de La Boca a las diez. Paraba la moto en la vereda del bar cuando alguien lo tomó del brazo y lo ocultó en un pasillo abandonado. Respondió enseguida al asalto. Giró, usó el antebrazo para comprimir la garganta del atacante y lo arrojó contra la pared. Estaba a punto de sacarle la capucha cuando sintió algo punzante entre las costillas.

—Quieto —dijo una voz ruda a su espalda—. Soltalo —Leonardo aflojó la presión que ejercía en el cuello del primer atacante, pero no lo liberó—. No sé qué relación te une con la abogada, pero el señor Barrios tiene un mensaje para vos.

—Doctora —dijo Lorena, asomando la cabeza en la oficina de su jefa.

Julieta no despegó los ojos del monitor. Eran las diez de la mañana del viernes y tenía decenas de e-mails por responder.

—Mmm... —balbuceó.

—Hay un hombre que insiste en verla en la sala de espera. Ya le expliqué que sin cita es imposible, que si quiere hacer una consulta tenemos a otra abogada, pero dice que solo quiere hablar con usted.

—Decile que no estoy —replicó Julieta, escribiendo en el teclado.

—Ya se lo dije y se sentó en el sillón. Dice que está dispuesto a esperarla todo el día.

—Entonces decile que si no quiere ver a la doctora Heredia ni tampoco irse, vamos a llamar a la policía.

—También se lo dije.

Julieta al fin la miró. Aprovechó la pérdida de tiempo para recoger su taza y beber un poco de café.

—¿Y qué respondió?

—¡Una locura!

—¿Qué locura?

—Que él a usted le perdonó una violación de domicilio.

Julieta se atragantó con el café. Su corazón galopó y se puso roja de golpe.

—¿Doctora, está bien? —le preguntó Lorena, acercándose al escritorio.

—Hacelo pasar —replicó Julieta, dejando la taza en el pequeño plato de cerámica. Trataba de lucir lo más convencional posible.

—¿Está segura?

—Hacelo pasar —repitió con falso aplomo.

Cuando Leonardo entró, ella estaba tosiendo. Mientras esperaba para saludarla, él estudió el ambiente sin disimulo. Todo era de diseño: los cortinados, las lámparas, los muebles. La abogada también parecía haber sido hecha a medida, pero por alguna razón le pareció que no encajaba tan bien en ese sitio.

Volvió a mirar a Julieta cuando ella se puso de pie del otro lado del escritorio y se acomodó la pollera.

—Dijiste que no querías volver a verme —le recordó ella con voz suave.

—Cambié de opinión —respondió él, apartando una silla. Se sentó sin esperar permiso.

—¿Puedo saber por qué? —indagó Julieta, todavía de pie.

Leonardo se cruzó de brazos. Su mirada la quemó.

—Porque voy a ayudarte. Quiero que Barrios pague.

Julieta entrecerró los ojos. No sabía si creerle, pero el cambio de actitud le convenía. Se sentó y dejó las manos sobre el escritorio, como toda mujer de negocios. Apretó una lapicera.

—¿Ya conseguiste a los querellantes? —siguió interrogando él.

—Voy a ver a los padres de Emilia esta tarde —contestó ella.

Leonardo asintió con la cabeza.

—Estoy dispuesto a responder todas tus preguntas —aseguró—. ¿Cuándo comenzamos?

—Lo antes posible.

—Mañana tengo una noche libre en el bar —dijo él, poniéndose de pie—. Te espero en mi casa a las ocho. No llegues tarde.

Le dedicó una sonrisa apretada y se fue.

Julieta se quedó mirando la puerta. Trataba de entender el cambio de opinión de Leonardo y por qué su mirada ya no era la misma. No había resentimiento ni desconfianza. Estaba acostumbrada a interpretar a la gente: ahora solo había compasión.

Decidió relegar los motivos y concentrarse en las conveniencias. Esa tarde persuadiría a los padres de Emilia, entonces comenzaría la verdadera investigación.

* * *

Los Macías la recibieron en la sala de su casa de un country de zona Norte. Con tres tazas de café sobre la mesita ratona y dos carpetas, se dispuso a convencerlos de que debían buscar la verdad sobre la muerte de su hija.

—Gracias por recibirme, entiendo lo difícil que debe ser para ustedes —dijo—. Necesito su ayuda.

—¿Samuel tiene otro problema? —preguntó el padre con tono irónico.

Para Julieta, que estaba acostumbrada a interpretar emociones, el matiz de rencor no pasó desapercibido en la voz del hombre.

—Barrios es el problema —replicó, destacando el verbo—. Como sabrá, hace años defendí su inocencia.

—Sería imposible olvidarlo —contestó la madre.

—El hombre que condenaron... —intentó seguir Julieta. La mujer la interrumpió.

—Nunca lo creímos. Mi hija sería incapaz de tener un amante.

Julieta se guardó la respuesta acerca de la hija, no le convenía ponerse en contra al matrimonio si quería que fuesen sus aliados.

—Estoy convencida de que el hombre que pagó por el crimen no era el verdadero culpable —admitió.

—Es curioso que venga a decirnos eso ahora —la atacó el padre—. La recibimos porque nos dio mucha curiosidad su llamado, nunca pensamos que vendría para burlarse de nosotros.

—Por favor, no me estoy burlando —se apresuró a aclarar ella.

—¿Cómo espera que le creamos? —siguió discutiendo él.

—No espero que me crean, solo que anhelan la verdad sobre la muerte de su hija tanto como yo.

—Usted ayudó a liberar a Samuel, ¿por qué querría que ahora fuera condenado? —indagó la madre.

—Porque es lo justo —replicó Julieta.

El padre enarcó las cejas.

—No tiene fama de que eso le importe mucho —contestó—. Además, no veo cómo podría encarcelar al hombre que liberó.

—No lo haría yo —explicó ella, ignorando el ataque a su integridad—. Una colega de extrema confianza se haría cargo del caso, aunque yo voy a estar detrás. Tengo pruebas de que Samuel Barrios mató a su hija y no voy a dejar las cosas así. No les pido que confíen en mí, solo que se conviertan en querellantes. Por favor.

—¿Qué pruebas? —indagó el padre.

—Todavía me falta reunir algunos datos, pero estoy muy cerca de hacerlo. La clave es Leonardo Durán, el condenado.

—¿Y el condenado piensa ayudarla? —intervino la madre, enarcando las cejas.

—Créanme cuando les digo que no me detendré hasta demostrar que tengo razón.

Se produjo un instante de silencio en el que los padres de Emilia intercambiaron miradas. La mujer suspiró. El hombre bajó la cabeza y le tomó la mano.

—¿Podemos pensarlo un poco? —preguntó la señora, más calmada—. ¿Tenemos que darle una respuesta ahora?

—No, claro que no —respondió Julieta, compasiva. Abrió su bolso y dejó una tarjeta sobre la mesa—. Les dejo mi número. No duden en llamarme cuando hayan tomado una decisión.

Acomodó sus cosas y se levantó. El matrimonio la acompañó a la salida.

En la autopista, por primera vez pudo pensar en otros casos. Presentía que los padres de Emilia aceptarían su propuesta, y con Leonardo como principal testigo, podría conseguir las pruebas contundentes con las que ningún juez se negaría a reabrir la causa.

Se acordó de su cliente acusado de estafa y del que tenía que defender por tráfico de drogas. Ochoa, el testigo que había conseguido en el bar donde trabajaba Leonardo, ya estaba de su parte, pero su sexto sentido le impedía confiar del todo en él. «Si pudiera encontrar a los demás *dealers...*», pensó. Pero en cuanto el caso se había destapado, todos habían desaparecido como hormigas que se quedan sin hormiguero.

Necesitaba encontrar otro *dealer*. Ocuparía el resto del día en eso.

* * *

Leonardo hizo a un lado el control remoto en cuanto encontró a Julieta Olazábal en un canal de televisión. Por el zócalo, era material de hacía algunos días. Bajó los pies del apoyabrazos del sofá y se sentó.

—Mi defendido no estaba involucrado en el negocio —contestaba a los periodistas a la salida de un edificio público—. Las pruebas en su contra no son contundentes: el predio estaba a su nombre, pero hacía años que no lo visitaba. Además, el encargado de ese lugar era su socio. Los paquetes que cayeron en la zona provenían de una avioneta paraguaya que no tenía conexión con mi cliente. Lo que encontraron dentro del galpón, tampoco. Que alguien me explique cómo se puede procesar a un ciudadano solo porque un negocio ilícito se llevaba a cabo en un galpón que, aunque está a su nombre, no visitaba desde hacía años. Pudo ser su socio, incluso okupas.

En cuanto cambiaron de tema, Leonardo bajó la cabeza y miró sus antebrazos apoyados en las rodillas. La doctora era terca, inteligente y apasionada; jamás la convencería de que abandonara el caso de Emilia. Era eso o asegurarse de que Barrios fuera a la cárcel; de lo contrario, ella estaría en verdaderos problemas.

Mientras esperaba que sonara el timbre, se preguntó por qué la abogada no depositaba en su vida la misma energía que manifestaba en su trabajo. Se definía como mala y aburrida, pero cuando trabajaba era la mujer más fuerte del mundo. Se dio cuenta de que le parecía atractiva de las dos maneras y quiso sumergirse bajo tierra. Era la mujer que le había plantado un arma, la hija del juez que lo había mandado a la cárcel. Y estaba obligado a permanecer a su lado en lugar de escapar, como deseaba, de las sensaciones agradables que le producía.

El timbre lo sacó de sus pensamientos. Apagó el televisor, bajó las escaleras y abrió la puerta. No le extrañó que Julieta hubiera sido puntual. En cuanto la vio, su corazón dio un vuelco. El contraste entre la mujer que tenía enfrente y la que acababa de ver en televisión lo confundió.

La hizo pasar y le ofreció sentarse en el sofá que estaba contra la pared. Julieta aceptó. Lo primero que hizo fue abrir su portafolio y extraer dos carpetas, una lapicera y un anotador. Dispuso todo sobre la mesita con una prolijidad enfermiza. Leonardo la observó con ternura y suspiró. Ella alzó la cabeza y lo miró.

—¿Cenamos primero? —le preguntó él.

—¿Cenar? —respondió ella.

Leonardo ahogó la ternura bajo capas de resentimiento. ¿Tanto le sorprendía a ella que la cena fuera para él más importante que el trabajo? ¿Acaso desconocía la comida? No. Lo que desconocía esa mujer era el descanso.

—No puedo pensar con el estómago vacío —determinó él, y huyó a la cocina.

Julieta bajó la cabeza y contempló sus cosas esparcidas por la mesa. Al comprender que Leonardo daba por sentado que primero cenarían, no tuvo más remedio que juntar todo de nuevo y acomodarlo en una pila.

—Julieta —escuchó—. ¿Venís a la cocina?

Dudó un momento, miró las cosas y pensó que tal vez debía volver a desplegarlas. Si él la llamaba a la cocina, esta vez quizás comieran allí. Finalmente decidió dejar todo como estaba y acudió al llamado. Al levantarse le dolieron los pies. Se mordió el labio, movió un poco el tobillo e ignoró las molestias para caminar.

Se detuvo en la abertura y se apoyó en el muro. Leonardo estaba de espaldas, sirviendo los platos. Julieta no pudo evitar la tentación de recorrerlo: sus ojos bajaron de su pelo negro a sus hombros anchos, su espalda y su cadera. Giró la cabeza de golpe, y ella se puso roja.

—¿Nunca descansás? —preguntó con voz profunda—. Parece que siempre estuvieras trabajando.

—Siempre estoy trabajando —asumió Julieta en voz baja.

—¿Cuándo fue la última vez que te tomaste vacaciones? —continuó él, ya sin mirarla.

—Todos los años me voy de vacaciones. En enero hay feria judicial y no podría quedarme en mi casa sin hacer nada. Este año estuve en México.

Guardó silencio ni bien terminó de pronunciar el nombre del país. Estuvo a punto

de cubrirse la boca con una mano, no había querido ser pedante frente a un hombre que lo había perdido todo. Odiaba sentirse culpable.

—¿En qué parte de México? —siguió interrogando él.

—En Cancún —respondió ella con timidez.

Leonardo volvió a mirarla por sobre el hombro. ¿Qué era esa expresión apenada en un rostro tan lindo? Quería cambiarla cuanto antes.

—Me encantó ese lugar —contó.

—¿Estuviste ahí? —se sorprendió ella. Al fin volvía a sonar segura.

—Sí, por un intercambio cuando terminé el curso de barman. También trabajé en Ibiza.

El alivio que experimentó Julieta se evidenció en una sonrisa natural que iluminó su rostro. Leonardo, que justo giraba para dejar los platos sobre la mesa, se sintió bien al verla.

Se sentaron. Él le sirvió vino, y cuando ella probó las pastas, volvió a sonreír con alegría. Hacía mucho que no probaba comida casera.

Julieta, que odiaba hablar de su vida personal, de pronto se encontró respondiendo preguntas sobre sus viajes, incluso los que había hecho de niña. Toda la vida la habían acostumbrado a ocultar información sobre su familia; su padre era juez, y revelar ciertos datos a las personas equivocadas podía ser peligroso. Jamás había usado el transporte público, incluso había tenido un guardaespaldas durante una época difícil a sus quince años.

Sin duda, detrás de su apariencia peligrosa, Leonardo tenía cualidades de bartender: cuando ella olvidaba quién era y qué los unía, era muy fácil sentirse a gusto contándole cosas.

Él se dio cuenta de que ella había olvidado las restricciones. Era el menos indicado para conocer detalles de la familia de la doctora Olazábal. Tenía una razón más que obvia para vengarse del juez, sin embargo, ella le contaba que vivían en Acassuso, que había conocido París a los siete años y que, cuando era adolescente, salía a navegar con ellos los fines de semana.

Confiaba en él. Confiaba en él, y eso lo confundía casi tanto como mirarle los tentadores labios rojos.

—¿Y qué pasó? —le preguntó, tratando de concentrarse en sus ojos—. Suena como si ya no vieras a tu familia.

—Casi no los veo —confesó Julieta, encogiéndose de hombros—. No nos llevamos muy bien. —Suspiró y se forzó a sonreír—. ¿Pasamos a lo interesante? Tenemos un homicida que poner entre rejas.

Se levantó e intentó recoger su plato. Leonardo la detuvo agarrándole la muñeca. Los ojos de Julieta se detuvieron en el gesto. Se sonrojó de nuevo, su corazón se aceleró y tuvo que mirar hacia otro lado.

Cuando se dio cuenta de lo que hacía, Leonardo la soltó. Se puso de pie muy rápido y juntó todo mientras ella escapaba a la sala.

Después de lavar los platos y preguntarse mil veces qué estaba haciendo, decidió ir a su encuentro. La halló otra vez en el sofá, con sus carpetas abiertas y los papeles en un orden espantoso. Se sentó frente a ella y le dejó un vaso con agua.

—Gracias —sonrió la doctora, y bebió antes de comenzar con su interrogatorio—.

Necesito que me cuentes cómo conociste a Emilia.

Otra vez se había puesto el chip de Mujer Maravilla: fría, decidida, despiadada. Leonardo suspiró y comenzó con el relato.

—La conocí una noche en mi bar. Su marido viajaba por negocios y ella aprovechaba a salir. Acompañó a una de sus amigas, se acercó a pedir un trago, y ahí estaba yo. Mientras su amiga conversaba con un hombre, ella se quedó conmigo.

—¿Cuándo pasó eso, más o menos? —preguntó Julieta, preparando la lapicera.

—Fue en abril de de 2007.

Anotó: «Se conocen en abril de 2007».

Leonardo se cruzó de brazos; se sentía incómodo hablando de Emilia delante de Julieta.

—¿Cómo siguió su relación? —preguntó ella.

—Dos semanas después, volvió a mi bar sola. Terminamos en mi departamento.

Se moría por ver las mejillas de la abogada rojas de nuevo, pero eso no sucedió. Ella le dedicó una sonrisa apretada y siguió:

—¿Sabías que era casada?

—No.

—¿Cuándo lo supiste?

—El día que apareció con un hematoma en el ojo. Fue unos tres meses después de nuestra primera vez. Me contó que su marido la golpeaba; lloraba.

—¿Cómo reaccionaste? ¿No intentaste dejarla? Te había mentado.

Leonardo se preguntó qué importancia tenía eso en relación con el asesinato. Tal vez la abogada no estaba incómoda, como él, sino curiosa.

—Sí, claro, me lo planteé muchas veces, pero era demasiado tarde. Yo la amaba, y ella a mí —contestó—. Solo le hice prometer que dejaría a su marido.

—¿Y lo hizo?

—Sí. La noche en que él la asesinó.

—Contame de esa noche —solicitó Julieta, tomando otra nota.

Leonardo inspiró profundo. Recordar la noche que había cambiado su vida no le hacía bien. «Tengo que hacerlo», se recordó. «La vida de esta doctora depende de ello.»

—Acordamos que esa noche ella le diría a su esposo que quería el divorcio. Teníamos que encontrarnos en su departamento de soltera a las tres de la madrugada. Era el que solíamos usar para estar juntos, además de mi casa. Fui, ella abrió y subimos. En el pasillo nos cruzamos con su vecina, en su casa había un cumpleaños. Fue testigo en el juicio: me había visto llegar, y era cierto.

—¿Por qué te fuiste?

—Pasé casi dos horas con ella, tratando de tranquilizarla, pero me pidió que me fuera. Tenía miedo de que su marido nos descubriera y que eso le jugara en contra en el divorcio. Le hice caso. Fue la última vez que la vi.

Julieta seguía anotando horarios y frases clave.

—¿Por qué no apareciste cuando se descubrió que la habían asesinado?

—Nadie me conocía. Era el amante, no podía meterme. Muchas veces Emilia me dijo que sus padres la idealizaban y que se sentirían defraudados si sabían que ella tenía una relación extramatrimonial. No quería arruinar su imagen. Tampoco pensé

que mi declaración fuera importante; estaba seguro de quién la había matado y jamás pensé que podía quedar libre. Después de todo, tampoco había visto nada relevante ni tenía pruebas.

Julieta asintió. Era cierto que los padres de Emilia la idealizaban: no la creían capaz de tener un amante.

—Cuando la justicia buscó registros de llamadas no encontró nada relacionado con vos —recordó.

—No nos comunicábamos de esa manera. Ella venía a mí, sabía dónde encontrarme.

—Tus huellas estaban en la pistola. ¿Cómo es posible? —indagó.

Leonardo volvió a sentirse incómodo, pero de otra manera. Cuando miraba a Julieta, veía a la maldita mujer que había arruinado su vida, pero también a la que, desde que había aparecido, parecía llenar su vacío. En ese momento, recordar la pistola que había aparecido en su casa por culpa de ella solo lo llenaba de rencor.

—Unos días antes de que Emilia muriera, sufrí un intento de robo —respondió. Se sentía estúpido contando algo que la abogada había planeado y, por lo tanto, ya sabía—. Era un sujeto en moto, llevaba guantes. Me apuntó con un arma y se le cayó al piso. Sospecho que, en realidad, la tiró para que yo la agarrara. En ese momento no me di cuenta y, como un idiota, lo hice.

—Pero no como él esperaba —dedujo Julieta en voz baja. Apoyó el extremo de la lapicera debajo de sus labios un segundo, y eso hizo que el rencor de Leonardo disminuyera—. Fingieron un robo, el asaltante hizo de cuenta que se le había resbalado la pistola. Lo más probable es que la víctima, si es mujer, aproveche para correr. Si es hombre, en cambio, intentará defenderse. ¿Hiciste la denuncia?

—No. La gente se cansó de hacer ese tipo de denuncias: nunca encuentran a ningún ladrón y no cambian nada. Son una pérdida de tiempo. Hasta se dice que las desalientan para que las estadísticas indiquen que hay menos asaltos.

Julieta asintió. Era común que no se denunciaran delitos menores, ella decía casi lo mismo como excusa.

—Apuesto a que no tomaste el arma por la culata —continuó.

—No. La tomé por la parte de adelante. Entonces me la arrebató y huyó sin robarme nada.

—¿Le dijiste eso a tu defensor?

—Sí, pero no me creyó.

Julieta se humedeció los labios y asintió con la cabeza mientras razonaba.

—Es lógico. Suena muy raro —admitió.

—Es la verdad.

—Lo sé. Te creo —aseguró—. Estoy acostumbrada a interpretar a la gente y sé que no estás mintiendo. Pero un juez no lo vería de la misma manera. Solo se basan en hechos, así que tenemos que demostrar que ese hecho existió. ¿Pudiste ver la cara del delincuente?

—Sí.

—¿La recordás?

—Sí.

—Perfecto. Entonces quiero que veas a un conocido. Vamos a buscar a ese

supuesto ladrón.

Julieta se inclinó sobre su bloc de notas, cambió de página e hizo otra anotación: «Llamar a Charly». Leonardo siguió el movimiento de su mano, las líneas prolijas de su letra cursiva, y una poderosa sensación lo sacudió. Se dio cuenta de que admiraba a Julieta, le pareció que era brillante, y lamentó que durante muchos años hubiera depositado tanta inteligencia del lado equivocado. ¿De verdad lo estaba haciendo bien ahora? ¿Podía confiar en ella? No preguntaba cómo había llegado el arma a su casa, era evidente que sabía la respuesta. No tenía sentido indagar cómo le habían plantado la prueba, no quería saberlo o terminaría echándola.

Siguieron tanto tiempo que, cuando miraron la hora, eran las dos de la madrugada. Julieta se había tragado dos bostezos, sus ojos estaban irritados, y Leonardo supo que era tiempo de parar.

—Todavía tenemos que hablar de tu proceso —continuó ella—. Si encuentro alguna irregularidad...

Era ingenuo pensar que la doctora se detendría.

—Tengo ganas de un café —la interrumpió él—. ¿Te preparo uno?

—Sí, gracias —sonrió Julieta, tomando otra nota.

Leonardo desapareció en la cocina, y ella continuó sacando deducciones. Anotaba cosas que recordaba, ideas, personas con las que le gustaría hablar. Cuando se dio cuenta de que Leonardo tardaba demasiado, perdió interés en lo que hacía y movió el cuello. Sus vértebras sonaron y tuvo que masajearse por el dolor. Miró, tentada, el apoyabrazos. Tal vez, si descansaba un poco...

Se recostó con los pies en el piso. Suspiró y cerró los ojos. Solo necesitaba unos minutos para reponerse y la energía volvería a su cerebro. Quería conocer todo sobre el proceso; sabía que su padre era un juez infalible, pero a la vez la animaba el desafío de encontrarle alguna falla.

En la cocina, Leonardo tardó más tiempo del adecuado en preparar dos simples cafés. Después de sacudir la cabeza, maldecir en silencio y ansiar retroceder el tiempo una decena de veces, volvió a la sala con las tazas y los labios apretados. Esperaba encontrar a la doctora inclinada sobre su anotador, con los primeros botones de la camisa desprendidos y su collar de perlas cubriendo apenas la línea de sus pechos. Así había tenido que soportarla desde que se había quitado el saco, luchando para que sus ojos no se comportaran como los de un chico. Hacía años que una mujer no le parecía tan deseable, y solo quería rechazarla.

Se sorprendió al hallarla recostada en el sofá, dormida. La boca apretada de Leonardo se transformó en una sonrisa apacible. Dejó las tazas sobre la mesita y se acercó a Julieta. Se puso en cuclillas y contempló su rostro pálido, sus labios como frutillas. Llevó un dedo a su mejilla y le apartó un mechón de pelo rojizo pasando por arriba de algunas pecas.

¿Y si ella no había plantado el arma?

Tensó la mandíbula, era imposible. No se dejaría engañar por sus ganas de que la doctora fuera en realidad buena y justa. Algo la movía a llevar a Barrios a la cárcel, y por más atractiva y tierna que le pareciera, esa razón no era él. Solo lo estaba usando, como había hecho en el pasado. Era trepadora y egoísta.

Se puso de pie y recogió el saco que ella había dejado en el respaldo. Lo extendió

sobre su torso y después tomó sus piernas. Las subió al sofá con un movimiento suave e intentó quitarle un zapato. Estaba muy apretado, tuvo que sostener el tobillo y tirar del taco para poder sacarlo. Cuando salió, encontró que el pie estaba lastimado, incluso sangrando. Quitó el otro: pasaba lo mismo.

Se quedó con el ceño fruncido, tratando de entender por qué esa mujer nunca paraba. Por qué caminaba hasta salir herida, por qué trabajaba hasta desangrarse, por fuera y también por dentro. Sin pensar, le acarició el pelo. Su temperatura corporal ya estaba bajando, podía tener frío. Pensado en eso fue a su cuarto, buscó una manta y volvió para cubrirla. Después apagó la luz y le deseó buenas noches, aunque ella nunca lo supiera.

Julieta apretó la manta y giró sobre sí misma. No podía decir que estaba cómoda, pero sí confortable; hacía mucho que no dormía tan bien. Abrió los ojos despacio, y entonces todo se oscureció.

No estaba en su cama. No era su ventana lo que veía, sino el respaldo de un sofá desconocido.

Giró de nuevo y se sentó tan rápido que se mareó. Se cubrió la cara con las manos.

—Tranquila —le dijo una voz.

Separó los dedos y espió: Leonardo estaba sentado del otro lado de la mesita, con una ropa distinta de la última vez que lo había visto. Era de día y olía a tostadas. Se llevó una mano al pelo e intentó acomodarlo.

—Si necesitas usar el baño, es por allá —indicó él, señalando hacia atrás con el pulgar.

Julieta se puso de pie y buscó los zapatos. No estaban, así que terminó huyendo descalza.

Salió del baño lo más digna posible, tratando de simular que nada había pasado. Se sentó en el sillón con toda su perfección manchada de vergüenza.

—No sé cómo pude quedarme dormida, perdón —se disculpó.

—No te preocupes, las máquinas a veces se apagan —contestó él, fingiéndose serio—. Encontré el botón, lo toqué y de repente caíste rendida.

Aunque sentía que la cara le ardía, Julieta se cubrió la boca y rio cabizbaja. Leonardo la observó en silencio, no entendía por qué ese sonido lo gratificaba.

Cuando se perdonó por su incorrección, Julieta descubrió que sobre la mesita había tostadas, café y mermelada.

Tostadas... café... mermelada...

—¡Ay, no! —exclamó, buscando su cartera a toda prisa. La halló en el piso, junto al sofá. La abrió y extrajo su celular. Estaba apagado—. No, no, no... —balbuceó. Leonardo no podía dejar de mirarla.

Ella revolvió la cartera de nuevo, sacó una batería externa y la conectó al teléfono. Unos segundos después, consiguió encenderlo. El aparato empezó a vibrar sin parar.

Había seis llamadas perdidas de Christian, cinco mensajes de WhatsApp, dos de texto y uno en el contestador.

¿En dónde estás?

¿Por qué no respondés el teléfono?

No te olvides de la quinta.

Es tarde, ¿por qué no estás en mi departamento?

Julieta, ¿tengo que presentar un hábeas corpus?

Se puso de pie de un salto.

—Perdón —dijo a Leonardo, alejándose unos pasos para llamar, como si así pudiera evitar que la oyera.

Leonardo la miró girando la cabeza. La doctora había quedado de espaldas, se la notaba nerviosa mientras esperaba que la atendieran.

—Hola, Christian —«Christian.» Ese debía de ser su novio—. Estaba trabajando, perdón. Sí, ya sé, es que... —Silencio—. Ya te pedí perdón. —Más silencio—. Ya sé que ahora es tarde y no podemos ir a la quinta, en realidad no tengo idea de qué hora es. ¡¿Las diez?! —Más silencio—. No, es que... No estoy en casa, tampoco en la oficina. Ya sé. No. ¡Tampoco es para tanto, es un día de quinta! ¡Todo lo que hacemos es ir a esa maldita quinta! —Otra vez silencio—. Está bien, ¿sabés qué? Dejémoslo acá. Después de todo, tampoco es que era tan feliz.

Cortó. Entonces se dio cuenta de que no estaba en su casa, ni sola. Apretó los labios, muerta de vergüenza. No tenía idea de cómo enfrentaría a Leonardo; le temblaban las manos, solo quería salir corriendo. No podía hacer eso, Julieta Olazábal no escapaba de ningún aprieto.

Se aclaró la garganta, se repuso lo mejor que pudo de la discusión y giró sobre los talones con una sonrisa fingida. Volvió a su sillón muy erguida y se sentó. Arrojó el celular dentro de la cartera y dejó las manos sobre el regazo.

—¿Azúcar? —le preguntó Leonardo.

—No, gracias. Si no hay edulcorante, prefiero tomarlo amargo —respondió ella con voz suave.

—No me lo dijiste antes. El café que te iba a dar anoche tenía azúcar.

«Gracias», pensó ella para sus adentros. «Gracias por no preguntar por el llamado.»

—También soy vegetariana y comí tu sándwich —confesó. Él rio.

—¿Vegetariana? —repitió—. Nunca lo hubiera apostado. Me parece que no tiene que ver con que defiendas los derechos de los animales.

—No, tiene que ver con mi salud.

—Amo el asado.

—¡Puaj!

Rieron juntos y, otra vez, ella bajó la cabeza mientras lo hacía. «¿Por qué oculta sus sentimientos, doctora?», se preguntó él, tratando de encontrar sus ojos.

Julieta tomó la determinación de irse después del desayuno. Recién entonces Leonardo le entregó los zapatos que había escondido debajo del sillón. Mientras la veía luchar para ponérselos sin hacer muecas de dolor, pensaba que, al menos, había conseguido que pasara algunas horas sin ellos.

La acompañó a la puerta.

—Julieta —le dijo antes de que se alejara—. Tené cuidado.

Julieta frunció el ceño. Era la segunda vez que Leonardo le pedía eso.

—¿Siempre me vas a decir lo mismo? —indagó.

—Tu trabajo es peligroso. Soporté cinco años en ese mundo en el que vos elegís involucrarte todos los días. Alguna vez, quizás, me permitas descubrir el motivo.

Julieta tragó con fuerza, sus músculos se tensaron. Cuando Leonardo la miraba, se sentía cada vez más descubierta.

—Me voy —dijo—. Nos vemos.

Lo saludó con un gesto de la mano y se refugió en el auto. Leonardo la miró hasta que desapareció al doblar la esquina.

Se metió en su casa preguntándose hasta cuándo resistiría la tentación de levantarle la cabeza cada vez que ocultaba su sonrisa, de tocarla, de enrojecerle todavía más los labios con un beso. Descubrió que pensaba más en el presente que en el pasado, y eso lo preocupó. ¡Si tan solo hubiera sido capaz de hacerla desistir de reabrir la causa, ya no tendría que verla! No podía. Julieta seguiría adelante con o sin él, y la única manera de protegerla era quedándose a su lado.

Barrios lo había amenazado y temía que, si no terminaba en la cárcel, se deshiciera de ella. «Ni se te ocurra colaborar con la doctorcita. No hagas nada estúpido si no querés terminar preso de nuevo», le había dicho el mensajero.

Lo estúpido habría sido caer en la amenaza. Si Barrios estaba tan preocupado, quería decir que la doctora Olázabal estaba cerca de comprobar que él era el asesino. Si no lo conseguía, temía que tomara represalias. Dejar sola a Julieta con gente como esa habría significado entregarla al enemigo, y si algo le pasaba, no se lo perdonaría. Él no era como ella, no podía vivir en la culpa.

* * *

Julieta dejó el auto en el estacionamiento de su edificio y subió por el ascensor hasta su piso. Transitó el pasillo y entró pensando en las últimas palabras que había cruzado con Leonardo. Miró el suelo cuando sintió que había pisado algo: era un sobre de papel madera. Lo recogió y leyó su nombre impreso en computadora. No tenía remitente.

Cerró la puerta, dejó sus cosas sobre el sillón y lo abrió. Adentro encontró un papel escrito con la misma tipografía que el sobre.

Cerrá la boca.

Se le escapó una sonrisa entre irónica y asustada. Pensó en Barrios. ¿Podía caer tan bajo? Guardó el papel dentro del sobre y, así como estaba, fue hasta el primer piso y tocó el timbre del encargado. El hombre abrió en ojotas.

—Disculpe que lo moleste un domingo —dijo ella—. ¿Usted dejó este sobre en mi departamento?

—Sí, anoche —contestó el señor—. Estaba en el buzón y tenía su nombre.

—¿Vio quién lo dejó?

—No. ¿Hay algún problema?

Julieta tomó aire, trataba de tranquilizarse. Pocas veces perdía los estribos, pero recibir amenazas nunca era agradable, y menos en su domicilio privado.

—No, ninguno —contestó, más calmada—. ¿La cámara de seguridad de la entrada sigue rota?

—La arreglan esta semana.

—Perfecto. Por favor, esté atento. Si ve a alguien arrojar un sobre para mí en el buzón, trate de fijarse cómo es. ¿Cuento con usted?

—Quédese tranquila, voy a vigilar.

Julieta agradeció y volvió al ascensor.

Cuando entró en casa, su ánimo había cambiado. De sentirse turbada, había pasado a la rebeldía. No permitiría que un cretino le dijera lo que tenía que hacer, no cedería ante nada.

Abrió el cajón de un mueble de la sala, tiró el sobre adentro y lo cerró con un golpe. «Maldito», pensó. «Aprovechá tus últimos días de impunidad.»

* * *

El lunes por la mañana, buscó el teléfono del doctor Ramiro Aguirre y lo llamó desde su oficina. La secretaria le dijo que estaba en Tribunales, pero que podía comunicarse con él en tres horas. Así lo hizo.

Se presentó y le preguntó si podía recibirla en algún momento del día para hablar de un caso urgente. Su colega le ofreció verla a las seis, cuando cerraba el estudio. Estuvo allí a la hora pautada.

—Como le expliqué por teléfono, necesito hacerle unas preguntas sobre uno de sus defendidos —explicó—. El caso es de hace varios años, así que es posible que le cueste recordar detalles, pero tal vez pueda ayudarme.

Giró la carpeta sobre el escritorio y la aproximó a él para que pudiera ver. El hombre leyó por arriba la primera página y la miró.

—Leonardo Durán, algo recuerdo —dijo—. Estaba acusado de homicidio simple después de que sobreyeron al marido de su amante. Un caso común.

—Yo defendí al marido —contestó Julieta—. El problema es que el señor Durán era inocente; sin embargo, el tribunal lo condenó a cinco años de cárcel.

El abogado se encogió de hombros.

—No siempre salimos victoriosos —se excusó.

Julieta, que odiaba los conformismos, lo ignoró.

—El señor Durán mencionó a un ladrón. Dijo que dejó caer un arma, él la recogió y este se la arrebató. Se fue sin robarle nada.

—Ahora que lo menciona, lo recuerdo.

—¿Encontró a ese hombre?

—Sí, pero no pude probar que mi defendido dijera la verdad. El supuesto ladrón no tenía antecedentes, y cuando se lo interrogó, no hubo contradicciones. Afirmaba no tener idea de lo que le estábamos hablando.

Julieta apretó los dientes. La irritaba no avanzar.

—¿Podría darme su nombre?

—Pasó mucho tiempo, no lo recuerdo y no creo haber guardado ese dato —respondió el abogado—. Era muy difícil comprobar la inocencia de ese acusado. El arma apareció en su casa y tenía sus huellas. No estaban en la empuñadura ni en el gatillo, así que le aconsejé que declarara que había sido un accidente. Que él y la mujer estaban peleando, y el arma se había disparado. Se negó. Dijo que nunca reconocería un crimen que no había cometido, y tuve que defenderlo según sus

términos. Por suerte el tribunal consideró lo mismo que yo e igual le redujo la pena.

«Dijo que nunca reconocería un crimen que no había cometido», repitió Julieta en su interior. La integridad de Leonardo la conmovió.

—Doctora —agregó el letrado—. Por lo que recuerdo, era un hombre muy inteligente. Tenga cuidado, quizás la esté engañando.

Julieta sonrió con orgullo.

—Sí, es muy inteligente —reconoció—. Pero es inocente, lo sé. Y voy a demostrarlo.

Salió del estudio poco después de haber llegado. Subió a su auto hablando por celular.

—Charly, ¿cómo estás? Habla Julieta Olazábal. Te necesito.

Debido a los horarios ajustados de Charly, le costó coordinar un encuentro. Finalmente acordaron que él iría a su departamento el viernes a las siete de la tarde.

Ni bien cortó, llamó a Leonardo. Le pidió que faltara a trabajar el viernes y acudiera a la cita. Él aceptó y copió su dirección.

—Julieta —le dijo antes de cortar.

—¿Sí?

—¿Me parece a mí o estás manejando?

—S... sí, estoy en la autopista —balbuceó ella.

—Llamarme mientras estás manejando puede costarte una multa o, peor, tu vida. No trabajes mientras estás manejando.

De haber podido hablar, Julieta habría tartamudeado. ¿Que él no quería que ella trabajara mientras estaba manejando? ¿Qué era eso?

—Hasta el viernes —se despidió Leonardo con su pacífica voz de siempre, y cortó.

Julieta miró el aparato un momento y después lo dejó sobre el asiento. Tenía que llamar a Charly para reconfirmar el encuentro, a su secretaria y a la tintorería. Volvió a mirar el teléfono, tentada de recogerlo, pero desistió. Se concentró solo en el camino hasta que el celular empezó a sonar. Espió. Era Christian. No atendió.

Ni bien bajó del auto en el estacionamiento, llamó a Charly, y en el ascensor, a Lorena.

—Perdoname que te moleste. Por favor, mañana no te olvides de llamar a Juárez a primera hora. Yo voy a estar buena parte del día en el juzgado, le toman declaración a un cliente importante y presiento que va a durar horas. —Empezó a sonar una llamada en espera—. Te dejo, tengo otro llamado —anunció y atendió. Ya llegaba a su piso.

—Julieta. —Era Christian—. ¿Por qué no atendías?

—Estaba manejando.

—¿Y qué?

Se congeló. Mientras Leonardo le pedía que no hablara por teléfono mientras conducía, Christian le exigía que lo atendiera. Terminaba de abrir la puerta de su casa, todavía no había arrojado sus pertenencias sobre el sillón y acababa de entender que, a su novio, en realidad, ella no le importaba. No podía quejarse: ¿acaso él a ella sí?

—¿Podemos vernos? —preguntó Christian.

—Ahora no.

—Estoy yendo a tu casa. Recíbime, por favor.

Entró a su habitación con ganas de arrojarse a la cama y no levantarse hasta el día siguiente. Estaba acostumbrada a la presión. Nunca se agotaba, siempre tenía fuerzas para más, pero desde que estaba metida de lleno en el caso que más le había importado en su vida, se quedaba sin energía. Era difícil jugar solo con las fichas de la verdad. Sin testigos inventados, argumentos falsos, ni frialdad de por medio, había que trabajar todavía más. Cuando involucraba sentimientos, parecía que se vaciaba.

Se sentó en el borde de la cama y se masajeó el cuello. «No trabajes mientras estás manejando.» Sonrió con el recuerdo de la voz de Leonardo.

El timbre la devolvió a la realidad. Se puso de pie, salió de la habitación y descolgó el portero eléctrico. Tuvo que bajar a abrir a Christian.

Una vez en el departamento, él se instaló en el sofá y le pidió un café. Julieta fue a la cocina y lo preparó de mala gana. «¿Azúcar?», recordó que le había preguntado Leonardo, y volvió a sonreír.

Reapareció en la sala con una taza para Christian y otra para ella. Se sentó a su lado, a prudente distancia, y esperó.

—No me gustó lo que pasó el sábado —expresó él—. Mucho menos tu actitud el domingo. Es la segunda vez consecutiva que me dejás plantado, y encima te enojaste.

Julieta no tenía ganas de hablar de plantones ni de discusiones. En realidad, no tenía ganas de hablar con Christian.

—Me parece que tal vez sería bueno que nos tomáramos un tiempo —se atrevió a decir, sorprendida de su propia frialdad ante el asunto.

Él la miró como si acabara de oír una locura.

—¿Y después decís que no conociste a nadie? —se molestó.

—¡No seas machista, por favor! —replicó ella—. Las mujeres no necesitamos conocer a otro hombre para terminar una relación. No necesito de otra persona para darme cuenta de que no podemos seguir así.

—Ya lo sé —contestó él—. Lo estuve pensando mucho y creo que fallamos en algo. Quisimos promover una pareja libre, pero tenemos casi cuarenta años y me parece que estamos estancados. En el fondo, tal vez necesitamos avanzar un poco. Vivamos juntos.

No era eso lo que ella quería decir. Pensó que iban a romper en ese preciso momento, que ya no tendría que sentirse frígida cada vez que se negara a hacer el amor y que dejaría de sentir culpa si pensaba en Leonardo. Se había equivocado.

Dejó escapar el aire y cerró los ojos. Llevaba dos años saliendo con Christian y ahora él quería dar un paso más en su relación. ¿Podía relegar todo por una pasión sin sentido que jamás concretaría? Estaba segura de que, por más que su corazón y su intimidad latieran, en cuanto Leonardo le pusiera un dedo encima, si es que lo hacía, las sensaciones desaparecerían. ¿Cómo podía pensar siquiera que en algún momento él dejaría de odiarla? Seguía sosteniendo que ella no había tenido la culpa de su desgracia, pero en lo profundo temía estar equivocada.

—¿Puedo pensarlo? —acabó preguntando. En ese momento era incapaz de tomar decisiones.

—Por supuesto, aunque me hubiera gustado que te murieras por decirme que sí —replicó él.

Julieta no respondió.

* * *

La mañana del martes, Ochoa declaró durante seis horas. Tal como Julieta sospechaba, el maldito no había dicho nada concreto. Solo buscaba salvar su pellejo, y así se beneficiaba el verdadero culpable. Ni siquiera hablaba por dinero; el socio de su defendido era un hombre que imponía miedo.

El miércoles recibió un llamado de los padres de Emilia: aceptaban convertirse en querellantes. Por la tarde fue a nadar. El jueves obtuvo un fallo a favor de un cliente y concurrió a su clase de defensa personal. A pesar de la traición de Ochoa, la semana venía bien hasta que llegó el viernes.

Charly fue a su casa a la hora pautada y preparó su computadora en la mesita de la sala. Julieta iba y venía fingiendo que estaba ocupada, pero en realidad trataba de quitarse los nervios. Necesitaba y a la vez no quería ver a Leonardo. Sabía que en cuanto lo tuviera delante, todo se confundiría de nuevo.

Cuando el timbre sonó, se detuvo en medio de la cocina y se mordió una uña. Tenía que ser valiente, era su trabajo.

Bajó a abrir.

Cuando lo vio en la puerta del edificio, se olvidó de todo. Estaba vestido con botas, un vaquero roto y una remera. Una mochila colgaba de su hombro izquierdo, el del brazo con el tatuaje que todavía no había podido apreciar entero, y tenía el pelo mojado.

Julieta bajó la cabeza y miró su camisa, su pollera y sus zapatos. Era evidente que no tenían nada en común, y aun así, cuando lo veía solo pensaba en él. Jamás había conocido a una persona que le robara la razón, nunca se había cruzado con un hombre que dejara su mente en blanco, con lo difícil que era eso.

Lo hizo pasar y lo guió al ascensor. Mientras caminaban, él estudió el recibidor: había cuadros, lámparas y jarrones con flores naturales. El piso de porcelanato y las columnas de mármol denotaban el poder adquisitivo de los residentes.

Volvió los ojos hacia Julieta, que caminaba delante de él. Se preguntó si habría programado el encuentro en su casa porque confiaba en él o porque simplemente era confiada. Aunque tenía el aspecto de ser muy reservada, también era osada; le bastaba recordar el modo en que se había metido en su casa. No le gustaba que corriera riesgos.

El departamento era igual de exclusivo que el edificio. Estaba decorado con tonos oscuros, la sala estaba alfombrada y había un enorme ventanal desde el que se podía apreciar la avenida del Libertador.

Charly, sentado en el sofá, manipulaba la computadora. Era un chico con rulos y expresión inteligente. Él y Leonardo se saludaron estrechándose las manos y después se sentaron uno al lado del otro.

Durante horas probaron ojos, narices, tonos de piel. Cada detalle importaba para conformar la imagen del ladrón. Cuando dieron con el rostro más acertado, Julieta guardó la imagen en dos *pendrives*. Uno quedó en su cartera y el otro lo llevó a su cuarto; Leonardo supuso que lo guardaría en una caja fuerte. Salió de allí con un sobre que entregó al chico mientras él guardaba sus cosas. Estaba seguro de que contenía dinero y entendió que Julieta estaba invirtiendo en el caso. ¿Por qué? ¿Qué la movilizaba de esa manera? Una abogada de ricos que en lugar de cobrar, pagaba, no tenía sentido.

Dejó de reflexionar cuando el chico le extendió la mano. Se saludaron y Julieta lo acompañó abajo. Mientras la esperaba, Leonardo recorrió la sala. Llegó al ventanal y observó la ciudad a sus pies; el cartel publicitario confería un tono rojizo a los cortinados. Pensó en todo lo que Julieta tenía desde la cuna y en cuánto le había costado a él conseguir lo poco que había perdido. Apretó los dientes y bajó la cabeza; no quería que el rencor lo encegueciera de nuevo.

Giró en cuanto escuchó la puerta. Julieta avanzó hasta él y se lo quedó mirando con expresión confusa. Había percibido que el aire no era el mismo que cuando había dejado el cuarto, pero no se atrevía a preguntar el motivo. Para no sentirse incómoda, volvió al trabajo: fue al mueble, buscó su *notebook* y la puso sobre la mesita. La

encendió, conectó el *pendrive* y abrió su cuenta de correo electrónico.

Leonardo se sentó a su lado. Observó los dedos largos y delgados de Julieta, sus manos de porcelana, la perfección con la que apretaba las teclas. Hasta eso tenía un ritmo estipulado.

Ella adjuntó la imagen y envió un e-mail. Después buscó su celular e hizo un llamado.

—Disculpe la hora, comisario, habla Julieta Olazábal. Acabo de enviarle al correo de siempre un identikit; necesito información sobre esa persona cuanto antes. Mi secretaria puede pasar a verlo el lunes a primera hora. Gracias.

Cortó y cerró sesión, era evidente que acababa de hablarle a un contestador. Leonardo imaginó el tipo de trabajo que ese comisario hacía para la abogada, tal vez era incluso quien le había plantado el arma por orden de ella. Otra vez la maldecía. Se dio cuenta de que se estaba transformando en alguien peligroso, y no quería, por eso se esforzó para cambiar de actitud.

—Julieta —le dijo.

—¿Sí? —contestó ella, cerrando la computadora.

—Mirame. —Julieta dejó lo que estaba haciendo y obedeció sin pensar. No estaba acostumbrada a hacer una sola cosa a la vez—. ¿Muchas personas dignas de desconfianza, como yo, saben dónde vivís?

Tragó con fuerza, estupefacta. Era la primera vez que un cliente iba a su casa y, ahora que lo pensaba, no tenía idea de por qué lo había citado allí. Podría haber programado el encuentro en su oficina, pero conocía a Charly desde la universidad y confiaba en él. Por qué no se había cuidado de Leonardo no tenía explicación.

—Yo sé la clase de persona que soy, pero vos no —continuó él—. Soy un exconvicto al que vos y tu padre mandaron a la cárcel.

—Basta —le pidió ella, alzando una mano. No quería revisar sus decisiones, nunca lo hacía. Tampoco escuchar que ella y su padre habían sido tan injustos. Nunca se había replanteado nada, pero con Leonardo era distinto.

—No tenés el aspecto de ser una mujer confiada, pero no me gusta que te pongas en peligro —siguió él. «Mucho menos por mi causa», pensó.

—Eso no es así —replicó ella, apresurada—. Nunca viene nadie a mi casa, ni siquiera tengo amigos.

Se interrumpió al instante. ¡¿Qué estaba diciendo?! Le había llevado años componer una imagen social exitosa y acababa de dilapidarla con una sola frase. Cada vez que estaba frente a Leonardo, era incapaz de sostener mentiras, y ese era el colmo de cualquier abogado defensor.

Suspiró, resignada, y se puso de pie para guardar la computadora. Al abrir el cajón, vio el sobre que contenía la amenaza. «No me gusta que te pongas en peligro», acababa de decirle Leonardo. Cubrió el papel con la *notebook* y cerró el cajón para olvidarse de todo.

Leonardo la miraba con los ojos entrecerrados. «Ni siquiera tengo amigos.» No era la imagen que ella quería proyectar, pero lo imaginaba; de otro modo, no viviría para trabajar. Al parecer la doctora no se sentía muy a gusto con la gente y, de algún modo, podía entender los motivos. Nunca había conocido a una mujer tan valiente, apasionada e inteligente, no tenía dudas de que era una incomprendida.

Cuando ella se dio vuelta, él le sonrió para suavizar al ambiente. Estaba agotado de luchar con sentimientos contradictorios, tenía que contenerse.

—Sentate —le pidió, señalando el sillón. Julieta le hizo caso. Él abrió la mochila, sacó una caja y la depositó en sus manos—. Es para vos.

Julieta se quedó congelada. Bajó la mirada y, poco a poco, logró alzar una mano. Removió la tapa: debajo de un celofán acomodado con poco cuidado, había un par de chatitas.

—Espero que las uses, al menos hasta que tus pies sanen —le dijo él.

Julieta pestañeó, ocultando que se sentía conmovida. Todos los regalos que había recibido de manos de diversos hombres pasaron por su mente en un segundo: joyas, perfumes, ropa, libros. Se dio cuenta de que le habían gustado; sin embargo, nunca había recibido nada que de verdad le hiciera falta, nada que respondiera a un interés genuino por su bienestar. Imaginó el nuevo calzado en combinación con sus trajecitos de saco y pollera, y rio mordiéndose el labio.

Un dedo debajo de su mentón la sorprendió tanto como el regalo que acababa de recibir. Alzó la mirada enseguida, a la vez que Leonardo le alzaba la cara, y lo contempló con los ojos muy abiertos. Le temblaba el pulso.

—Sos hermosa cuando reís, no sé por qué persistís en ocultarlo —le dijo él.

La soltó despacio, acariciándola mientras lo hacía, y se alejó. Aunque lo disimulara, él tampoco permanecía inmune a la proximidad de Julieta. Se odiaba por eso, maldecía ser tan débil y estar tan confundido.

—Me voy —determinó, inclinándose para recoger la mochila.

Julieta reaccionó sin pensar y lo tomó del brazo. Los músculos de él se tensaron. Ella lo soltó.

—Podemos aprovechar que faltaste a trabajar para hablar del proceso —propuso. El trabajo era una buena excusa para que no la dejara, no quería separarse de él aún.

—A partir del lunes hay un chico nuevo en el bar —explicó Leonardo—. Se va a ocupar del turno noche, así que mis horarios van a ser más adecuados. Me cambio al turno de día.

Julieta entendió que le estaba proponiendo seguir en otro momento, por eso solo asintió.

—Gracias por los zapatos. Los voy a usar —prometió con una sonrisa—. ¿Cenamos? —Si no lo retenía con lo que para ella era importante, podía usar lo que era importante para él.

Se puso de pie y huyó a la cocina antes de que Leonardo pudiera negarse.

Mientras sacaba una tarta de verdura envasada de la heladera, reconoció que era imposible luchar contra los sentimientos. Por más que la razón tratara de imponerse, cuando estaba con Leonardo no podía pensar.

Debía tener en cuenta las emociones de él. ¿Qué podía sentir frente a una mujer que tenía tanto que ver con lo peor de su vida? Sin embargo, aunque intentaba convencerse de que Leonardo la odiaba, sus actitudes no se correspondían con eso.

Mientras la comida se calentaba en el horno, llevó jugo de frutas a la sala.

—Podemos comer acá, en la cocina o en el comedor —ofreció.

—¿Dónde lo hacés habitualmente? —le preguntó él, aceptando que se quedaría.

—Acá.

Fue a buscar los platos y los dejó sobre la mesita. Después se descalzó y se sentó en el piso. Leonardo lo hizo del otro lado; no le costaba imaginarla cenando sola todas las noches en compañía del televisor.

Se disponían a probar la comida cuando el celular de ella sonó. Espió para ver de quién se trataba y atendió.

—Victoria —dijo—. Sí. Sí, los tengo yo. —Silencio—. No te preocupes, mañana paso por la oficina y los dejo ahí. Tengo que hablarte de un nuevo caso. —Otra vez silencio—. Sí, entiendo. Pedile a Lorena que te ayude. De nada. Hasta el lunes.

Cortó. Estaba a punto de comer de nuevo, pero el teléfono volvió a sonar: era un mensaje de WhatsApp. Por lo poco que Leonardo llegó a leer, comenzaba: «Doctora, mi hijo me dice que la causa...».

No, la doctora nunca cenaba sola. Cenaba con su trabajo.

Puso una mano sobre la pantalla. Julieta alzó la mirada y sus ojos se encontraron. Él empezó a deslizar la mano por la mesa, arrastrando el aparato hacia su lado. Lo dejó en el suelo, junto a su pierna.

—Es viernes y son las diez de la noche —dijo—. Los clientes son muy, muy pesados.

—Está bien, yo siempre les respondo porque... —comenzó a excusarse ella. Leonardo rio.

—Les respondés porque sos una adicta al trabajo —la interrumpió—. Vamos a ponerlo de esta manera: anoche un cliente llegó al bar y me pidió un tequila. El siguiente, ron. El tercero ya estaba ebrio, pero igual quería cerveza. Otro me preguntó si por casualidad no le podía vender un cigarrillo de marihuana.

—Está bien, ya entendí —lo detuvo Julieta alzando una mano. Sonreía—. Y sí, soy de esas que solo hablan de trabajo. Debo admitir que soy un poco obsesiva.

—¿Un poco?! —rio él—. ¿Tenés tatuajes?

—¿Qué? —Julieta frunció el ceño.

—Si tenés tatuajes. No vamos a hablar de trabajo mientras tratamos de cenar.

Julieta bajó la mirada, se sentía muy rara. No estaba acostumbrada a no hablar de trabajo, ni siquiera con Christian.

—No —respondió—. Pero veo que vos sí —agregó, señalando su brazo con el tenedor.

El celular sonó. Leonardo no se lo devolvió.

—Sí —contestó y se levantó la manga de la remera.

Los ojos de Julieta brillaron, al fin podía ver lo que desde un comienzo la había intrigado. El tatuaje era negro y representaba a un hombre con alas agachado. Tenía una rodilla en el suelo y otra levantada; en la segunda se apoyaba el codo derecho y estaba cabizbajo. Su pelo largo y negro le tapaba la cara. Parecía a punto de correr, aunque también podía considerarse derrotado.

—Tengo una duda —dijo ella.

—Si vas a preguntar qué significa o por qué me lo hice... —comenzó él.

—No, eso lo pregunta todo el mundo —lo interrumpió Julieta—. Quiero saber si está a punto de batallar o derrotado.

Leonardo sonrió: no podía esperar una pregunta trivial de labios de la doctora.

—Acaba de nacer. Así que, supongo, está a punto de pelear —respondió,

acomodándose la manga—. Contame del violín.

El pedido repentino sonrosó las mejillas de Julieta.

—¿Qué podría contarte de eso? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—¿Te gustaba? ¿Hasta qué nivel llegaste?

—Sí, me gustaba mucho y era muy buena. Llegué al nivel avanzado.

—No tengo dudas de que eras brillante. Yo tocaba la guitarra, pero nuestra banda nunca tuvo mucho éxito. La vida me llevó por otros caminos, así que abandoné. ¿Y vos? ¿Dejaste de tocar? ¿Por qué?

La mirada de Julieta cambió en un segundo. Bajó la cabeza y rozó el borde de su vaso con el dedo.

—No me gusta hablar de eso —contestó.

—Está bien, cambiemos de tema —aceptó él con naturalidad.

Ella sonrió para recuperar el ambiente relajado y bebió un trago.

Una hora después, estaban sentados en el sofá. Julieta seguía descalza; había subido las piernas sobre el asiento y desplegado todas sus carpetas sobre la mesita. Leonardo la observaba mientras ella releía sus notas: tenía la camisa un poco desprendida, un mechón de pelo rojo le surcaba la cara y se apoyaba la lapicera en los labios. Tenía un perfil delicado; resultaba irresistible tanto si sus movimientos eran calculados o no.

—Entonces, durante tu primera declaración, sentiste que te trataban como si fueras culpable —recopiló. Leonardo se mantuvo en silencio como gesto de aceptación—. Quizás dijiste algo que la fiscal no asentó, ¿releíste tu declaración antes de firmar?

—Anotó todo —respondió. Julieta asintió sin mirarlo.

—Durante el resto del proceso, ¿hubo algo que sintieras que no fuera investigado en profundidad?

—El asunto del ladrón —contestó él. Julieta anotó, se mordía el labio.

—Creo que ese es un buen punto para discutir la sentencia —explicó—. El tribunal tendría que haber pedido más pruebas.

«El tribunal», repitió Leonardo para sí. «Habla del tribunal como si no conociera a su presidente.»

—Tu padre —señaló.

Julieta lo miró. El juez Olazábal no era un tema agradable para ninguno de los dos.

—Sí —dijo, escueta, y volvió a su anotador.

Leonardo tragó con fuerza, incapaz de serenar las emociones que se agitaban en su interior. De modo que Julieta estaba dispuesta a ir en contra de su propio padre solo para encarcelar a Barrios, e, indirectamente, para devolverle a él su honor. ¿Qué clase de hija se atrevía a tanto?

No podía seguir así. Se había esforzado por volver a ser quien era antes de la cárcel, pero por momentos le resultaba imposible. Hasta que la doctora había aparecido, el dolor había permanecido enterrado; ahora, lo lastimaba cada vez que la veía. Al mismo tiempo, verla se estaba volviendo adictivo. La misma persona que tanto lo había herido, lo hacía sentir mejor consigo mismo. Los sentimientos contradictorios lo estaban matando; tenía que saber la verdad o acabaría tan confundido que temía volverse loco.

—Julieta —dijo. Su voz sonó entre ruda y calmada—. Sé que como abogada

hiciste un juramento de secreto profesional con tus clientes, pero hay algo que necesito saber. —Ella esperó callada. A él le demandó un instante seguir—. ¿Vos hiciste que plantaran el arma en mi departamento?

Julieta se estremeció: con que esa era la imagen que Leonardo tenía de ella, la gran abogada defensora cuyo talento era la corrupción. En realidad, no hacía nada que otros colegas no acostumbraran hacer, inventar testigos era común incluso en casos civiles. La gente se la pasaba llevando testigos falsos cuando quería cobrar pensiones de ex parejas fallecidas. Le hubiera gustado prescindir de esas estrategias, pero por alguna razón a ella casi siempre la elegían los culpables, y se debía a sus clientes.

Se preguntó si tenía sentido romper ese mito. A pesar de que conocía personas mucho más corruptas que ella, tampoco podía decir que fuera buena. Era mala, y lo sabía. Con Leonardo, sin embargo, sentía una absurda necesidad de ser honesta.

—No —confesó, mirándolo a los ojos. Enseguida se dio cuenta de lo que estaba haciendo y bajó la cabeza—. De todos modos, no hace falta que me creas. Entiendo que no...

Tuvo que callar. Él volvió a poner un dedo debajo de su mentón y le levantó la cabeza con delicadeza.

—También sos hermosa cuando decís la verdad, así que no te escondas —pidió con voz profunda—. Si no te mete en problemas, ¿podrías contarme cómo fue eso? Necesito saber.

Se sentía tontamente aliviado de que Julieta no hubiera sido cómplice de Barrios para encarcelarlo. Podía elegir no creerle; sin embargo, su intuición le indicaba que ella no mentía, y eso lo hacía sentir estúpido. En el fondo, todavía tenía resentimiento. La había odiado tantos años que, cuando la miraba y el odio desaparecía, sentía que se traicionaba a sí mismo.

Julieta suspiró. Entendía las razones de Leonardo, su dolor y el sufrimiento que habría representado para él ser condenado por un crimen que no había cometido; para colmo, el de la mujer que amaba. Aunque hablar de eso la hiciera sentir una basura, decidió responder.

—Según Barrios, él sospechaba que su esposa tenía un amante. Supuestamente la siguió y te vio entrar a su casa la noche del asesinato. Al sentirse traicionado, fue a buscar su arma y entró con una copia de la llave para amenazarte, pero ya no estabas. Forcejeó con Emilia y la mató sin querer, entre un accidente y una emoción violenta.

»Le sugerí que se deshiciera del arma. Era su parte de nuestro acuerdo: él hacía eso, y yo conseguía testigos que dijeran que él había estado en alguna parte a la hora del crimen.

»Nunca pensé que te plantaría el arma. Distraer la atención sobre un tercero es algo común, ya te lo expliqué. Distraje la atención sobre vos: los testigos te habían visto entrar, pero como no iban a encontrar la pistola, supuse que saldrías libre. Me equivoqué.

»Sospecho que Barrios tramó una venganza: estoy segura de que ya sabía que Emilia y vos eran amantes, entonces buscó la manera de deshacerse de los dos, y le salió bien. Todavía no seguí esa hipótesis, pero pronto lo voy a hacer: voy a descubrir quién y cómo te plantó el arma.

Creyó que se liberaba. Se sentía bien no ser siempre la que cargaba sola con la

culpa y las atrocidades que escuchaba. Muertes, accidentes, asesinatos; todo pesaba sobre su conciencia, en especial cuando sabía que se había liberado al culpable.

Leonardo oscilaba entre el alivio y la ira. Pensó que escuchar de labios de Julieta que ella no había tenido que ver con su condena lo haría sentir mejor, pero sucedió lo contrario. Escuchar el relato de su boca lo llenó de enojo. Sabía que había pecado, pero ¿acaso amar merecía un castigo tan duro? Emilia era casada, sí, la había conocido a destiempo. ¿Por eso ella tenía que pagar con la muerte y él cargar con la responsabilidad de su asesinato?

Se levantó, no podía quedarse quieto. Si continuaba mirando a Julieta, el dolor ocuparía todo su entendimiento. Odio y rencor eran los peores enemigos de un hombre herido. Lo peor era que a cada segundo el objeto de su ira se iba desvaneciendo y, así, él pasaba a ser injusto.

—Perdón —le dijo Julieta desde el sofá. Aunque Leonardo estaba de espaldas, podía adivinar que ella otra vez tenía la cabeza gacha—. No puedo devolverte los cinco años perdidos, pero...

Él la calló alzando una mano.

—Perdoname vos, hoy no puedo seguir con esto —determinó, y se volvió para recoger la mochila.

Julieta se levantó y lo siguió. Lo tomó del brazo para retenerlo.

—¡Esperá! —pidió.

Él giró sobre los talones como si acabaran de pegarle un latigazo. Se volvió de manera violenta, fuera de sí, arrojó la mochila al piso y avanzó sobre Julieta con tanta fuerza que ella tuvo que retroceder. La dejó contra el ventanal, atrapada entre el cristal y su cuerpo, con el rostro separado del de ella solo por unos milímetros.

—¿Te das cuenta de lo que tu cliente, tu padre y vos me hicieron?! —le gritó, enceguecido—. ¿Imaginás lo que fue mi vida en una cárcel durante cinco años? Lo más cerca que había estado de la policía alguna vez había sido cuando hicieron un control de seguridad en mi bar, ¡y de repente era un asesino! ¿Sabés lo que tuve que hacer para sobrevivir entre rejas? ¡La gente con la que peleé, los delitos que aprendí, los tratos que tuve que aceptar! No, abogada de ricos. Vos no sabés nada. Sos egoísta y malcriada. No te gusta perder; estás acostumbrada a que todos tus caprichos se satisfagan, y este caso es un antojo más. Lo que para vos es una cuestión de orgullo, para mí fue el final de mi vida. El hombre que fui nunca te hubiera dicho todo esto. Pero este hombre sí; esta es, en parte, tu creación. Disfrutá del animal en el que me convertí.

Se alejó tan bruscamente que ella se sacudió. Acto seguido, él se dio la vuelta y pretendió recoger su mochila, pero se quedó congelado cuando oyó un sollozo. Apretó los puños, cerró los ojos. No entendía qué estaba haciendo, de pronto lo que acababa de pasar estaba borroso. El corazón se le estrujó. ¡¿Qué había hecho?!

Volvió a girar, temeroso de lo que pudiera encontrar. Julieta se hallaba en cuclillas delante de la ventana. Temblaba con la cabeza gacha, de una manera tan terrible que lo hizo sentir un verdadero asesino.

Desanduvo sus pasos sin pensar en nada, le rodeó la cintura con un brazo y la levantó para dejarla otra vez con la espalda contra la ventana. No quería lastimarla, ni que sintiera miedo. Ella tenía los ojos húmedos, pero no lloraba. Tenía los labios muy

rojos y la piel muy pálida. La había asustado, pero lo soportaba en silencio, como sin duda soportaba tantas otras situaciones.

—Perdón —le dijo con voz ahogada. Estaba desesperado por sacarla de ese estado de sumisión total—. No quise hacer eso. Perdoname.

Sin que la razón mediara en sus actos, de pronto sus labios cubrieron los de la abogada, y todo lo demás desapareció. Necesitaba saciar su sed de ella. Quería que volviera a sentirse segura cuando estaba a su lado, porque a pesar de cualquier cosa que hubiera hecho, siempre iba a protegerla.

Julieta volvió a temblar, nunca había deseado tanto a alguien. Sus manos rodearon el rostro de Leonardo del mismo modo en que él todavía le rodeaba la cintura y sus lenguas jugaron a que no existía el pasado.

Leonardo se apretó contra ella y le cargó las piernas sobre su cadera. Julieta lo abrazó de modo que su pecho tomara contacto con el suyo. Estaban uno en la profundidad del otro, agitados por fuera y por dentro.

El beso duró al menos un minuto en el que parecieron devorar todos los sentimientos. Los labios se fueron aquietando despacio, pero seguían unidos, acariciándose inmóviles con el aire que escapaba de sus bocas. Cuando Julieta abrió los ojos, Leonardo ya la estaba mirando. Sus ojos habían cambiado, era como si otra persona se hubiera apoderado de él para convertirlo en un ser dominante y posesivo. Descubrió que le dolía su dolor. Supo que él tenía razón, y que si esa era su manera de odiarla, quería que la odiara para siempre.

Le acarició una mejilla con la mano temblorosa. Leonardo cerró los ojos, necesitaba su cariño. De pronto volvió a mirarla.

—¿Estás bien? —le preguntó. Su voz se había vuelto serena—. No quise hacer y decir todo eso.

—Todo es cierto —replicó ella, acariciándolo de nuevo.

—No es cierto —contestó él—. Sos la mujer más inteligente, apasionada y valiente que vi en mi vida. Tan sorprendente, que hasta sos capaz de transformar mi odio en pasión. —Alzó una mano y le acarició el labio con el pulgar. Al fin se lo había puesto tan rojo como deseaba—. Tengo un serio problema con usted, doctora.

Cuando Leonardo la depositó con suavidad en el suelo, Julieta sintió que se desmayaba. La impulsividad de él la había cautivado, ¡eran tan distintos! Su pasión la llenaba, ¿sería porque la de ella también quería salir a la luz? Tenía tantos sentimientos encontrados que podía hacer un inventario con ellos. Él no era el único contrariado.

Lo vio recoger la mochila e ir hacia la puerta. Todavía estaba agitada y no sabía cómo iba a hacer para bajar a abrirle.

El viaje en ascensor fue silencioso pero intenso. Si bien estaban a prudente distancia uno del otro, la energía que los envolvía llenaba el cubículo. Una vez en la planta baja, atravesaron el hall y ella abrió la puerta. Leonardo salió y antes de irse, la miró.

—Tené cuidado —le pidió.

Los ojos de Julieta temblaron, se preguntó si debía hacer caso a su mente o a su corazón. Tenía instantes para decidir. Tragó con fuerza, se puso en puntas de pie y lo abrazó. Abrazó su dolor, sus miedos y su frustración. Abrazó el hombre que había

sido, el que era y el que sería, porque a partir de ese día, ella quería sanar sus heridas.

No podía creerlo.

Se respaldó en la puerta de su departamento, cerró los ojos y se tocó los labios. Todavía le parecía que su cuerpo latía, nunca había tenido tanta necesidad de alguien. Su boca ardía, sus piernas temblaban. El odio de Leonardo se mezclaba con el deseo, dejándola indefensa.

El timbre sonó y la sacó bruscamente de sus pensamientos. No habían pasado diez minutos desde que él se hubiera ido, ¿acaso había regresado? Descolgó el portero eléctrico: en la pantalla apareció Christian.

Supo que estaba en problemas y lo confirmó al abrirle la puerta. Él se metió en el edificio y fue al ascensor sin mediar palabras. Se mantuvieron callados hasta sentarse en la sala de su departamento.

—¿Qué fue eso? —preguntó él.

Julieta lo miró sin un atisbo de culpa, sin siquiera cuestionarse nada.

—Trabajo —respondió, señalando la mesita sobre la que todavía descansaban las carpetas y el anotador.

—¿«Trabajo»? —repitió Christian con una sonrisa sobradora—. No sabía que defender acusados implicaba abrazarlos en la puerta de tu casa. ¡Y después tenés el coraje de decirme que no conociste a nadie!

¡De modo que Christian los había visto! Primero pensó en evadirlo menospreciando la situación. Después, supo que eso habría significado continuar en una mentira. No quería dejar a Christian por una atracción sin futuro, sino porque esa atracción le había enseñado mucho sobre sí misma.

—Lo siento, vas a tener que aceptarlo —respondió, alzando la cabeza.

—¿Que metas a ese tipo en tu casa? —contraatacó él con tono duro.

—No. Que lo nuestro se terminó.

Christian permaneció un momento callado, estudiándola con firmeza. Creía tener derecho a juzgarla, pero Julieta sabía que eso no era cierto.

—Jamás lo entenderías —agregó.

—¿Qué tengo que entender? ¿Que me cambiaste por un tipo con el jean roto y un tatuaje? —replicó él con desprecio—. ¿Qué es? ¿Un ex convicto?

«Es lo que vos nunca vas a llegar a ser», pensó Julieta. «Es un hombre íntegro, valiente, bueno. Es el hombre que me hace sentir lo que ningún otro pudo y vos nunca podrás.» No. La palabra «ex convicto» no definía a Leonardo en absoluto.

Como de costumbre, decidió que no perdería tiempo con explicaciones innecesarias. Sabía que no había obrado bien con Christian, pero estaba segura de que él tampoco había obrado siempre bien con ella. No creía en la fidelidad, y menos en la de Christian.

—Pensá lo que quieras —replicó—. Hace tiempo nos dimos cuenta de que en realidad nunca nos amamos.

—Eso no es verdad, solo entendemos el amor de manera distinta —replicó él.

—Sí, lo sé —aceptó ella—. Pero me pregunto si, en realidad, el amor no es solo amor.

Él rio.

—¿Qué pasó? ¿De abogada pasaste a poeta? —se burló.

Julieta no cedió. No le dolía la burla, sino los cuestionamientos. Resultaba paradójico: por primera vez sentía que estaba haciendo lo correcto; sin embargo, nadie de su entorno creería lo mismo.

—No importa, te dije que no lo entenderías. No tenemos nada más que hablar —determinó, poniéndose de pie—. Te acompaño a la salida.

—¿Vamos a terminar así? —se quejó él—. Te ofrecí vivir juntos. ¿Estás segura de lo que hacés?

—Sí —contestó ella—. No estamos rompiendo a causa de un hombre, sino de nosotros mismos. Desde que dejé de ser una adolescente pensé que las relaciones eran eso que teníamos, pero, la verdad, ahora no estoy tan segura.

Christian la tomó de la mano y la hizo sentarse de nuevo.

—Entiendo lo que te pasa —aseguró—. Como imaginarás, alguna vez, a mí también me pasó. La pasión es engañosa; por favor, tomate un tiempo para pensar. ¿De verdad vale la pena dejar todo por una aventura?

Julieta no cabía en sí del asombro: ahora Christian le confesaba abiertamente que había sido infiel y que la había elegido a pesar de todo. Conveniencias.

Rio, resignada. Soltó la mano de Christian y volvió a ponerse de pie. Estaba segura: no se trataba de Leonardo, sino de lo que había descubierto de sí misma gracias a él. Tal vez no era incapaz de sentir, solo se había olvidado cómo hacerlo; perder las emociones había sido parte de aprender a sobrevivir.

—Aunque quieras ocultarlo con excusas racionales, sé que esto te duele —dijo, tomándolo de los hombros—. Me duele a mí también, pero no te amo. Si mis palabras te enfurecen o lastiman, entonces los dos estuvimos equivocados.

—¿De qué hablás? —replicó Christian, apartándole los brazos con un ademán brusco—. ¿Te volviste loca? No. Definitivamente no sos la misma que conocí —sentenció y se levantó—. Ojalá no te arrepientas de tu elección.

Los minutos que a Julieta le demandó bajar y abrir la puerta a su ex pareja fueron los más incómodos de su vida. Christian se fue molesto, sin siquiera mirarla. Entendía su frustración, pero no podía seguir engañándose a sí misma.

Volvió a su departamento con sensaciones encontradas: experimentaba a la vez vacío y plenitud. No podía negar que la situación le daba miedo: nunca había actuado sin sentir el peso de sus acciones. Estaba tan acostumbrada a llevar una carga, que temía no saber lidiar con la levedad. Tenía la certeza de que, por primera vez, no estaba equivocada. Se sentía libre, como si el peso de la culpa que siempre cargaba se estuviera diluyendo.

* * *

El sábado recibió un mail del comisario. El ladrón que buscaba se llamaba Luis Alberto Espinoza, y estaba cumpliendo una condena por robo con arma de fuego y lesiones graves en la cárcel de Devoto.

Pasó el fin de semana revisando su causa, planeando qué podía ofrecerle a cambio de su testimonio.

El lunes se reunió con Victoria y la puso al tanto de lo que estaba haciendo. Ella le dio algunas perspectivas y aceptó ser la cara visible de la causa. Cuando Julieta se levantó para volver a su escritorio, reparó en sus pies.

—¿Cambiate de estilo? —preguntó, señalando las chatitas. Julieta sonrió y negó con la cabeza.

Fue al penal esa misma tarde, habló con un conocido y así consiguió encontrarse con Espinoza. Era un sujeto alto y delgado, de ojos oscuros y piel trigueña. Tenía mirada penetrante y expresión altiva. Ni bien se sentó, se cruzó de brazos con las piernas abiertas; levantaba una ceja. Julieta, acostumbrada a tratar con la soberbia de los ricos, descubrió que la de los marginales no era tan distinta.

—Mi nombre es Julieta Olazábal, soy abogada —explicó con tono implacable—. Tengo que hacerle una pregunta; de su respuesta depende el mejor acuerdo de su vida. Hace ocho años intentó asaltar a un hombre. Usted dejó caer un arma, él la recogió, usted se la arrebató y se fue sin robarle nada. ¿Recuerda algo de eso? —El sujeto soltó una carcajada. Lejos de amedrentarse, Julieta tomó una postura todavía más dura—. ¿Va a responder o no?

—Si esto es alguno de esos trucos para convencerme de que tengo que cambiar de vida, te cuento que robando yo gano en un día lo que vos ganás en un mes. Así que *tomatela*, chiquita.

Julieta sonrió, cínica. Ese ladrón de poca monta no tenía idea de lo que ella ganaba en un mes.

—Ya veo que usted es muy inteligente —lo menospreció, igual que él a ella—. ¿Sabe cómo estoy sentada hablándole sin un permiso de visita? Pagué para eso. Como podrá imaginar, mi tiempo vale dinero, y no voy a desperdiciarlo. Tiene dos minutos para responder o me voy.

Miró el reloj y no levantó la vista para nada que no fuera oír la respuesta. Espinoza rio, se burló, preguntó si se podía retirar.

—Un minuto —anunció ella cuando solo restaban sesenta segundos.

Percibió que el reo empezaba a impacientarse. La incertidumbre era un buen anzuelo, la curiosidad siempre mataba al gato.

—¿Qué querés saber? —preguntó él con altanería.

—Mi saliva también vale dinero. Ya lo pregunté.

—Se me cayó, ¿está bien? —soltó él. Hablaba del arma.

Julieta sabía que mentía. Dejó de mirar el reloj.

—En ese caso... —dijo, recogiendo su carpeta.

Apenas alcanzó a ponerse de pie.

—¡Eh! —exclamó él—. ¿Te vas? ¿Y si digo que la tiré?

Julieta se volvió. Se sentó, apoyó las manos en la mesa y le clavó los ojos.

—¿Por qué? —indagó con tono duro.

—Alguien me lo pidió —contestó Espinoza, bastante más dócil. Lo había doblegado.

—¿Quién?

—Un tipo.

—¿A cambio de qué?

—Tres mil pesos.

El estómago de Julieta se contrajo. ¡Lo sabía! Sabía que Leonardo había caído en una trampa.

—Si le muestro la imagen de ese hombre, ¿podría reconocerlo?

—Todavía no entiendo cuál es el trato —contestó el ladrón.

Julieta admitió que tenía que ofrecer algo para obtener más, y cedió.

—Estuve revisando su causa y hay un atenuante que el tribunal no tuvo en cuenta cuando lo condenó —explicó—. Puedo tomar su caso sin cobrarle nada y reducir su pena. Los dos sabemos que la cárcel no es precisamente un lugar de segundas oportunidades: es un antro en el que se aprenden nuevas maneras de delinquir y donde debe robar para otros. Si vuelve a la vida que llevaba, me aseguraría de que se pudriera entre rejas, pero si colabora conmigo y deja la mala vida, yo colaboraría con usted. Digamos que soy su verdadera segunda oportunidad.

El silencio que siguió a la propuesta se tiñó de miradas inquisitivas. Ella lo estudiaba, y él a ella. Dudaba que el tipo cambiara de vida, pero ofrecerle la libertad era lo único con lo que podía tentarlo.

—¿Cómo sé que vas a tomar mi causa? —preguntó Espinoza.

—Porque si pruebo que su información es correcta, voy a necesitar que declare. Usted lo haría a cambio de que yo tomara su caso.

Espinoza la miró con la cabeza inclinada hacia atrás y arremetió:

—¿Qué más quieres saber?

—Cuál era el plan —respondió Julieta. No perdía la frialdad, aunque por dentro sintiera que ya había triunfado y quisiera celebrar.

—Solo tenía que tirar el arma, asegurarme de que el tipo la agarrara, recuperarla y salir corriendo. Estaba descargada, era un trabajo sin riesgos.

—Quiero saber si este fue el hombre al que le pidieron que asaltara —dijo, y sostuvo la imagen de Leonardo en la palma de la mano.

—Sí —contestó Espinoza.

—También quiero saber si este fue quien le pidió que lo hiciera —agregó, sosteniendo la imagen de Barrios.

Silencio.

Frunció el ceño, de pronto le dio un escalofrío.

—No —respondió Espinoza.

—¿No? —repreguntó ella. El hombre volvió a negar con la cabeza; lo peor era que parecía sincero. Julieta guardó las fotos y se irguió a pesar de lo frustrante de la respuesta—. Si tuviera que hacer un identikit del hombre que le encargó el trabajo, ¿podría? ¿Lo recuerda?

—Sí, lo recuerdo —aseguró él.

—Bien —aceptó Julieta, poniéndose de pie—. Si puedo comprobar que lo que dijo es cierto, lo voy a contactar —prometió mientras juntaba sus cosas—. Gracias por su tiempo.

Hizo un gesto de despedida con la cabeza y luego otro al policía para que le abriera la puerta. Salió del penal apretando la manija de su portafolio. Si Barrios no había pedido al ladrón que asaltara a Leonardo en persona, las cosas se complicaban.

Tendría que encontrar al intermediario y probar la conexión con el imputado, pero ¿quién podía ser? Ya le parecía que un sujeto como Samuel Barrios jamás descendería al infierno en pos del plan para matar a su esposa. Tenía que haber enviado a otro.

Mientras conducía, pensó en posibilidades. Aunque su teléfono sonó, recordó el pedido de Leonardo y no atendió. Además, iba tan abstraída en sus hipótesis que hasta parecía ir en piloto automático.

Cerca de la esquina de su edificio se le ocurrió lo más acertado: un matón. Barrios había contratado a alguien que trabajaba para él. Seguiría esa hipótesis antes que cualquier otra; un presentimiento le decía que estaba en lo cierto.

Llegó a su edificio, presionó el botón que abría el garaje y encaminó el auto. Frenó de golpe, anonadada. Leonardo la esperaba en la puerta principal, con los jeans rotos y una mochila al hombro.

Una oleada de calor le invadió las mejillas, las manos apretaron el volante mientras hacía sonar la bocina. Leonardo la miró, y ella lo llamó con un gesto. En cuanto subió al auto, el calor se transformó en un incendio.

—Hola —la saludó él con voz profunda.

—Hola —respondió Julieta, tratando de disimular lo que sentía.

Una extraña tensión los envolvía, en especial cuando ella pensaba que ya no tenía pareja y al fin se había liberado de una de sus tantas culpas. Solo quedaba el pasado. Si algún día podía dejar de mirar a Leonardo pensando en todo lo que él había perdido por ella, se sentiría completa.

Entró al estacionamiento y bajaron juntos para ir al ascensor.

—¿Viniste por algo en particular? —preguntó Julieta.

—Solo para asegurarme de que estás bien —contestó él. Ella rio.

—¿Por qué no estaría bien? —preguntó, presionando el botón para llamar al elevador.

Esperó unos segundos. Ante el silencio, giró la cabeza hacia Leonardo y lo encontró observando sus pies.

—Estás usando mi regalo —comentó él, señalando las chatitas.

Julieta sintió que sus mejillas ardían de nuevo.

—Son muy cómodas, gracias —replicó.

Las puertas se abrieron y Leonardo la dejó entrar primero. Subieron juntos, aceptando el silencio como compañía.

Una vez en el piso, recorrieron el pasillo y Julieta abrió la puerta de su departamento. Al entrar, pisó dos sobres. Se agachó y los recogió muy rápido: uno era la cuenta del teléfono, y el otro, de papel madera.

Avanzó mientras Leonardo cerraba la puerta y revisó el contenido del segundo. Aun sin sacar el papel, leyó:

¿Querés morir?

Su corazón se contrajo de miedo. «Maldito», pensó al mismo tiempo. «No vas a intimidarme.»

Sufrió un sobresalto cuando Leonardo apoyó una mano sobre su hombro. Al

percibir su reacción, él caminó para quedar frente a ella y apoyó la otra mano en el otro hombro.

—¿Pasa algo? —le preguntó. Trataba de interpretar a Julieta a través de su mirada, pero no alcanzaba a adivinar lo que escondía.

Ella se forzó a sonreír.

—No —contestó, fingiéndose tranquila. Leonardo entrecerró los ojos.

—Julieta, quiero que me hagas una promesa. Si algo no está bien, me lo vas a decir, ¿no?

Ella se estremeció. Sabía a qué se refería; se preocupaba demasiado desde que había decidido ayudarla. ¿Acaso él también recibía amenazas? Quería preguntar, pero así lo alertaría, y no quería que se echara atrás por las advertencias que estaba recibiendo ella. La única manera de acabar con todo eso era poner a Barrios entre rejas, y no se detendría hasta conseguirlo.

—Sí —mintió—. Te lo diría.

Leonardo respiró con falso alivio. Presentía que Julieta mentía, pero que ella supiera que contaba con él lo hacía sentir un poco mejor. Le apartó el pelo de la cara y sonrió. Ella pestañeó, sobrecogida, y estrujó los sobres. Él puso las manos a los costados de su cabeza y siguió mirándola a los ojos.

—¿Qué hiciste hoy? —le preguntó, acariciándole las sienes con los pulgares.

—Hoy estuve con el ladrón —contestó ella; le costaba hablar, incluso pensar, mientras él la tocaba.

—¿Qué? —replicó Leonardo, cambiando drásticamente de tono.

Creía haber oído mal. La naturalidad de Julieta para expresar algo que a él le ponía los nervios de punta lo sorprendió. Ya sabía que ella era fuerte, pero temía que eso mismo la destruyera.

—Está preso en Devoto —aclaró Julieta.

La soltó de inmediato, preocupado y temeroso.

—¿Estuviste en la cárcel hablando con el ladrón?

—Sí, pero las cosas no salieron como esperaba.

—¿Te hizo algo? —indagó, apretándole los brazos a los costados del cuerpo—. ¿Te pusiste en peligro de alguna manera?

—¿Qué peligro puedo correr en una cárcel? —rio Julieta—. Tal como sospechábamos, dejó caer el arma a propósito. El problema es que no fue Barrios quien se lo encomendó.

Leonardo la soltó.

—¿Cómo puede ser? —replicó. Estaba conmovido porque la verdad al fin estaba saliendo a la luz y, a la vez, preocupado.

—Sospecho que Barrios contrató a alguien para que haga el trabajo sucio.

—Y vos vas a buscarlo.

—Por supuesto.

Leonardo se apartó y se pasó una mano por el pelo. Miró el ventanal, focalizó en el cartel publicitario y volvió a girar hacia donde la piel de Julieta se teñía de rojo.

—Un asesino, un ladrón, alguien que hace trabajos sucios... —enumeró—. No sé si valga la pena.

Julieta enarcó las cejas.

—¿Qué querés decir con que no vale la pena?

—Siempre estuviste del otro lado, esto puede ser muy peligroso.

—No siempre defendí acusados —discutió ella.

—Decime si alguna vez te enfrentaste a algo como esto.

—Entonces sugerís que, porque es peligroso, deje las cosas como están. Barrios sigue libre, vos seguís siendo culpable...

—Yo no soy culpable, nunca lo fui —la interrumpió él—. Jamás admití un crimen que no cometí ni lo voy a hacer.

—Entonces dejá que demuestre lo mal que funcionó la justicia.

—¿Para qué? ¿Qué cambiaría? Vos misma dijiste que es imposible devolverme los cinco años que perdí. Emilia tampoco va a resucitar. Barrios tiene poder y podría salir por la otra puerta mientras vos lo hiciste entrar.

—No es así; si fuera tan fuerte, no me habría necesitado hace ocho años. No tiene tanto poder, ni voy a permitir que me lo haga creer.

«¿Y vos tenés tanto poder?», pensó Leonardo con desesperación. Suspiró. Sabía que no había modo de convencer a Julieta de abandonar el caso. Seguiría a su lado sin importar nada, pero ya no estaba tan seguro del modo. Durante el fin de semana había tratado de establecer prioridades, y descubrió que nada le importaba más que ella. No quería que dejara la vida tratando de demostrar que él era inocente, si acaso eso la movía. No quería que se arriesgara, ni siquiera si lo que la impulsaba era demostrar a Barrios que no se jugaba con ella. Enfrentarse al sistema era estúpido e imposible.

Después de lo sucedido contra el ventanal, había pensado todo el tiempo en Julieta. El sábado en el bar, el domingo cuando trataba de dormir, esa madrugada mientras despachaba bebidas a un cliente habitual.

Había pensado en Julieta, y por primera vez en muchos años, se había sentido bien.

—¿Cenamos? —le ofreció ella.

Guardó los sobres en el cajón de siempre, debajo de la *notebook*, y huyó a la cocina antes de que la conversación siguiera un curso que a ninguno le convenía.

Se detuvo delante de la mesada y pensó qué haría. No sabía si su mucama le había dejado algo preparado y ella no había tenido tiempo de comprar nada. Espió en la heladera: solo halló tomates y arroz hervido. En la alacena encontró una lata de atún, así que decidió hacer tomates rellenos.

—No voy a quedarme a cenar —escuchó a su espalda.

Le bastó girar un poco la cabeza para ver a Leonardo detrás de ella. Se había cruzado de brazos y se apoyaba contra la abertura.

—¿Por qué no? —preguntó, tirando del gancho para abrir la lata.

—Porque vine sin avisar y me sentiría incómodo de ponerte en un compromiso —respondió él—. Además, pensé que el chico nuevo del bar tenía experiencia, pero me dijo mi amigo que no, así que tengo que entrenarlo esta semana. Voy a trabajar horas extras de noche, por eso quería avisarte que no voy a tener mucho tiempo estos días. —Ella todavía peleaba con la lata—. Menos mal que es un *abrefácil*.

La última frase la descolocó. No hizo tiempo a entender. El pecho de Leonardo se pegó a su espalda y sus brazos ascendieron. La rozó con las manos en su camino a la lata y le quitó el dedo enrojecido para tirar él.

Julieta se quedó estática. Sus pechos se tensaron y su mente se puso en blanco. La tapa salió al primer intento. Ahora que el problema estaba resuelto, pensó que Leonardo se alejaría. No lo hizo. La abrazó por la cintura, con la otra mano le apartó el pelo y le dio un beso en la mejilla.

—No me importa que hayas venido sin avisar —susurró ella; no sabía cómo actuar. Él sonrió.

—¿Puedo preguntarte algo? —pidió. Julieta asintió mordiéndose el labio, se había olvidado de la cena. Esa voz ronca en su oído la obnubilaba—. Me dijiste que estabas en una relación. ¿Todavía lo estás?

—¿Por qué querés saber? —indagó.

—Por algo tan existencial como entender por qué termino siempre enredado con mujeres ocupadas.

Julieta dejó la lata en la piletta y giró entre los brazos de él. Quedaron frente a frente, tan cerca que sus cuerpos se rozaban. Sentía el calor tomando sus mejillas, miraba los labios de Leonardo y solo podía recordarlos sobre los de ella.

—Dedicándome al derecho penal aprendí mucho sobre psicología; quizás pueda ayudarte —respondió en broma—. ¿Tus padres se llevaban bien? ¿Alguno de los dos tenía amantes? No, claro, supongo que si hubiera sido así, en realidad te habrías transformado en alguien como yo.

—¿Alguien como vos? —repitió él. Aunque la cuestión de sus padres también le pareció importante, la omitió.

—Yo no creo en la fidelidad. Ni siquiera creo en el amor. La monogamia es un invento cultural para el control social. Y como el ser humano, por su naturaleza, es incapaz de tener una sola pareja sexual, existen tantos divorcios.

—Ajá. Entonces sos una mujer que jamás sería feliz con una sola pareja. Necesitás más —interpretó él.

—No, yo no —rio ella—. Yo soy asexual.

—¿«Asexual»? —repitió Leonardo entre risas.

—Sí.

—¿Siguen saliendo o no?

—No.

—Qué bien, porque un tipo que te deja creer que sos asexual, no es el tipo para vos.

—No era culpa de él —replicó Julieta enseguida.

—No, era culpa de su relación. No eran compatibles.

—¡Éramos de lo más compatibles! Los dos abogados, de buen pasar, con un excelente gusto por la música clásica y el cine de colección.

—¡Eso no es ser compatibles! Es aburrirse. Un hombre compatible con vos tiene que tener un trabajo que jamás harías, enloquecerte sexualmente, mirar películas de acción y escuchar rock —aseguró él. Julieta rio—. Tiene que ser como yo.

Los labios curvos de ella se convirtieron de repente en una línea. Respiró profundo cuando Leonardo le acarició una mejilla y contuvo el aire cuando él se aproximó a sus labios. Le dio un beso suave y apenas la acarició con la lengua.

—El que está entretenido no tiene necesidad de otra cosa —expuso él.

—¿Esa es tu teoría? ¿El que tiene buen sexo con su pareja no necesita otra? —preguntó ella, arrugando la remera de él a la altura del abdomen. El torso de Leonardo era como un muro caliente que la aprisionaba contra la mesada.

—Buen sexo y una buena vida —aclaró él. Ella se encogió de hombros.

—Supongo que alguna encuesta y un par de especialistas podrían decirnos quién tiene la razón —determinó.

—¿Siempre complicás así las cosas? ¿Son así todas las abogadas?

—¿Nunca saliste con una abogada? Hiciste bien. Somos retorcidas y siempre queremos tener la razón.

—No hacen falta encuestas ni especialistas —afirmó él—. Te lo voy a demostrar.

—Estoy esperando tu alegato.

—No tiene el mismo formato que el tuyo.

—No entiendo.

—Tus argumentos se basan en la razón. Los míos, en la experiencia.

Julieta rio.

—Entonces vamos a ver películas de acción y escuchar rock —conjeturó.

—Entre otras cosas.

Julieta volvió a bajar la cabeza, reía. Leonardo dio un paso atrás y la remera se escapó por entre los dedos de ella. Fue a la sala y recogió la mochila.

—¿De verdad te vas? —le preguntó Julieta, siguiéndolo.

—Tengo que trabajar —contestó él.

Lo acompañó a la planta baja y se despidieron solo con un gesto. Cuando Julieta

subió a su departamento, sintió la soledad. Leonardo llenaba cada ambiente con su presencia, y ahora que se había ido, todo parecía vacío.

Cenó sentada en el piso de la sala. Aunque el televisor estaba encendido en un canal de noticias, ella solo pensaba en Leonardo. Se fue a la cama repasando su conversación, no dejaba de sonreír con algunas frases. Él era muy hábil y siempre, de alguna manera, se las ingeniaba para dejarla sin palabras. No hacía falta ser abogado para enmudecerla, de hecho, ninguno lo había conseguido antes. Solo hacía falta ser Leonardo.

* * *

Los labios masculinos sobre la tersa piel de su nuca le causaron una cosquilla placentera. Abrió los ojos y allí estaba Leonardo, tumbado a su lado, acariciándola. Todavía adormecida, llevó las manos a su cinturón y empezó a desabrocharlo. Miró hacia abajo y descubrió que él ya le había bajado los breteles del vestido y sus pechos estaban a la vista. Leonardo los acunó y empezó a tensarlos con las caricias de su lengua. Ella enredó los dedos en su pelo, apretándolo contra su cuerpo, ofreciéndose entera.

Echó la cabeza atrás y se agitó cuando Leonardo deslizó una mano por sus muslos. Muy pronto, dos dedos encontraron la puerta de su intimidad y la invadieron. Gimió en su humedad. Se movió contra él y le apretó los hombros para que se moviera; lo quería en su interior. Leonardo obedeció y muy pronto estuvo sobre su cuerpo. Le pasó la lengua por el cuello y las mejillas. Llegó a su oreja y la acarició de la misma manera. Julieta se aferró a su cadera y, entonces, abrió los ojos.

Tembló al darse cuenta de que lo anterior había sido un sueño. Estaba sola, viendo el techo, agitada y deseando hacer el amor. Ella nunca tenía sueños eróticos.

«Entonces vamos a ver películas de acción y escuchar rock.»

«Entre otras cosas.»

Quería esas «otras cosas» con urgencia.

* * *

Ni bien se fue de la casa de Julieta, Leonardo subió a su moto y condujo hasta el bar de la calle Necochea. Subió los escalones de acceso a la vereda frente a un paredón con viejas pinturas de tango y cuando pasó por la puerta de reja, otra vez alguien lo sorprendió.

Terminó en un edificio en ruinas, acorralado por dos hombres de su tamaño y un tercero que se le aproximó. Lo reconoció enseguida: era el mismo que lo había abordado la primera vez. Era alto de pelo negro, ancho de espaldas, y tenía una cicatriz cerca del ojo. Los otros dos lo tomaron de los brazos, impidiéndole moverse, mientras el de la cicatriz lo estudiaba con expresión arrogante.

—Parece que tenemos que hacerte entender de otra manera —dijo.

Leonardo trataba de soltarse: no podía. El sujeto sacó una navaja, la asentó sobre

su mejilla y eso lo obligó a quedarse quieto.

—Convencé a la abogada de que no se meta con Barrios o vamos a tener que hacerlo nosotros, y sabés que no andamos con jueguitos.

¡Habría deseado ser capaz de convencer a Julieta de algo!

Entrecerró los ojos. Había esperado a que los dos que lo sostenían creyeran que ya no se movería, y ahora que habían aflojado un poco, aprovecharía. Se soltó bruscamente del apretón del que tenía a la izquierda, golpeó al que estaba a la derecha y pateó al que tenía delante. Antes de que el que había quedado en pie reaccionara, giró hacia él y lo detuvo: pretendía usar un arma. Forcejearon hasta que consiguió estrellarlo contra la pared. El arma cayó y Leonardo la pateó debajo de unas chapas.

Se volvió hacia el que había hablado: trataba de levantarse; la patada que Leonardo le había dado lo mantenía doblado en dos. Lo sujetó del pelo para levantarle la cabeza y le habló cerca de la cara:

—Si se atreven a tocarla, voy a hacer que mis cinco años en prisión hayan valido la pena —le dijo, y le golpeó la frente contra la pared.

Salió del edificio agitado. Nunca fallaba cuando tenía que ser fuerte, pero, en realidad, estaba harto de serlo. Jamás hubiera imaginado que terminaría involucrado en ese mundo de delito. Ya sabía él que abandonar la cárcel no sería suficiente: las marcas lo perseguirían de por vida.

Recordaba todo como si hubiera sucedido el día anterior. Tal era el modo en que esas vivencias lo habían marcado.

El día que allanaron su departamento, le tomaron declaración indagatoria durante horas. A pesar de que explicó lo que había pasado con lujo de detalles y respondió todas las preguntas de los allí presentes, estaba nervioso. Nunca había estado siquiera cerca de un delito, y la perspectiva de ser acusado de un crimen tan grave lo aterraba. Terminó agotado, pero con la esperanza de que lo liberaran.

Se equivocó. Se dictó la prisión preventiva y terminó en la cárcel.

La primera noche en el penal sintió que su alma se desvanecía. Su cuerpo no tenía ni la mitad del tamaño que le había dado el entrenamiento carcelario y era como un chico asustado. De hecho, acababa de cumplir treinta años y nunca había pasado siquiera una noche en la comisaría.

Para colmo, estaba solo. Con sus padres fallecidos y ningún otro familiar vivo, solo le quedaban algunos amigos que, ni bien se enteraron de lo que había ocurrido, lo abandonaron.

Su abogado defensor intentó sacarlo, pero le negaron el pedido. Tuvo que habituarse a un lugar que desconocía y a gente con la que jamás pensó que se relacionaría. Para muchos presos, él era rico, aunque en realidad no lo fuera. Pensaban que debían vengarse de las personas como él: según la mayoría de los reos, los tipos de clase media como Leonardo se creían superiores, pero en el penal estaban igualados.

Su vida se convirtió en un infierno: era el blanco de todos. Después de ser golpeado y humillado por presos y policías, después de recibir maltratos y amenazas, entendió que aprendía a subsistir o moría.

Su amigo de La Boca lo ayudó a sobrellevar los primeros cambios. Era un hombre

bueno que cumplía una condena por haber matado al tipo que había abusado de su hija y saldría en libertad antes que él.

Se entrenó, golpeó, aceptó tratos deshonrosos. Poco a poco se mimetizó con ese mundo que antes le causaba rechazo y terminó entendiendo sus códigos. Acabó jugando a las cartas con ladrones y policías.

El día que el juez Olazábal dictó sentencia, ya era mucho más fuerte. Después de dos años en la cárcel, le quedaban tres para cumplir su condena. Estaba acostumbrado a golpear y a ser golpeado, a lastimar y a ser lastimado. A medida que la causa avanzaba, sabía que las cosas no iban bien. Cuando su abogado le aconsejó declararse culpable, enfureció: jamás lo haría. Sin embargo, por otro lado entendió que ya estaba condenado, por eso la decisión del tribunal no lo sorprendió. Lo único que le generó fue odio y rencor. Odiaba al juez que lo presidía, a su hija y en especial a Barrios.

Llegó al bar pensando en todo eso y en lo que acababa de suceder. «Si se atreven a tocarla, voy a hacer que mis cinco años en prisión hayan valido la pena». ¿Por qué defendía a Julieta, si ella no lo merecía?! ¿Por qué se seguía involucrando en el mundo que tanto daño le causaba por la mujer que lo había empujado ahí sin piedad? Le creía que ella no había plantado el arma, pero aun así tenía razones para despreciarla. La veía y olvidaba todo eso. Pensaba en ella y, si no anteponeía la cárcel, acababa sintiéndose bien. ¿Podía ser tan estúpido?

Su amigo le habló. Él hizo un gesto con la mano y atravesó el salón para ir al patio del fondo. Se sentó solo en la oscuridad, sobre unos cajones vacíos, y trató de volver a sentirse quien sea que fuese desde que la injusticia lo había transformado. Trataba todos los días de ser menos arisco, más sociable y crédulo, como cuando tenía un bar en Palermo y vivía en un departamento sobre su negocio después de haber hecho muchos sacrificios. A veces daba resultado; otras, no. En ese momento solo quería golpear a Julieta y quizás también a su padre.

La vibración de su celular lo interrumpió. Lo sacó del bolsillo, miró la pantalla y leyó: «Doctora Olazábal».

Fue increíble, de pronto el odio desapareció y solo había en él preocupación. Era tarde. Si Julieta lo llamaba, tal vez le había pasado algo. ¿Y si la habían amenazado a ella también? Tarde o temprano sucedería si no dejaba el caso.

Atendió sin demora.

—Hola —dijo ella.

—Hola —respondió él a secas—. ¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —siguió interrogando Julieta.

—¿Qué pasa? —repitió Leonardo.

Julieta tragó con fuerza; sabía que algo no estaba en orden, pero aun así decidió continuar con el propósito de su llamado. Acababa de despertar pensando en él y quería que lo supiera.

—Te extraño.

La mandíbula de Leonardo se tensó, su corazón comenzó a latir como si los años en prisión no lo hubieran endurecido. Cerró los ojos y trató de serenar su respiración. Estaba acostumbrado a odiar a la abogada, pero iba a protegerla, porque cuando estaba a su lado lo demás desaparecía. Cuando estaba con ella se comportaba como el hombre que alguna vez había sido.

—Julieta —le dijo—. Necesito un abrazo.

El estómago de Julieta se anudó.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Leonardo se arrepintió de haberse dejado llevar. Le estaba pidiendo consuelo a la persona que lo había herido y, además, no quería explicarle lo que sentía. En el fondo presentía que la verdad la lastimaría.

—Nada, no te preocupes —mintió—. Supongo que es mi manera de decirte que yo también te extraño.

Julieta aceptó la excusa, aunque no le creyó. Estaba segura de que algo había pasado y si él la necesitaba, quería estar a su lado. Supuso que, si le decía de pasar por el bar, Leonardo se negaría, así que ocultó su intención.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor? —preguntó.

—Descansar —contestó Leonardo, mirando su mano—. Es tarde y mañana trabajás. Todo el tiempo, en realidad —se corrigió con una sonrisa. Julieta rio.

—Sí, va a ser mejor que cortemos. Nos vemos.

—Nos vemos —contestó él con la voz apagada.

Cortó y se quedó mirando el teléfono. Suspiró, un poco más relajado, y aceptó una vez más que no podía borrar el pasado. Solo ignorarlo, como solía hacer. Entró al bar y fue directo a la barra.

—¿Estás bien? —le preguntó su amigo.

—Sí, ya pasó —contestó él.

—Me voy. ¿Te quedás con el chico nuevo un rato?

—Sí, andá tranquilo.

El hombre sonrió, agradecido, y se fue dejando todo a su cargo.

La hora siguiente, aunque continuaba malhumorado, Leonardo se entretuvo explicando al empleado nuevo peculiaridades del local. Era un bar de mala muerte, pero hasta los antros más oscuros necesitan un encargado.

Terminaba de poner una botella de cerveza sobre una bandeja cuando la vio: Julieta se acercaba a la barra, y de pronto lo único que existía era ella. Se había puesto ropa deportiva y llevaba el pelo recogido en una cola. Nunca la había visto así, y le pareció tan hermosa como con los trajecitos.

—Hola —lo saludó ella, con una sonrisa y un gesto de su mano.

Se paró sobre el apoyapié de la barra, puso las manos en la fórmica y se estiró para darle un beso.

—¿Puedo pasar del otro lado? —preguntó. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que el chico nuevo los estaba mirando.

Julieta se movió sin esperar respuesta y Leonardo la siguió con la mirada.

—¿Qué hacés acá? —interrogó, sorprendido.

Ella no respondió. Tan solo se puso en puntas de pie y lo abrazó.

Para él, fue como si en sus venas hubiera habido hielo y de repente alguien les inyectara fuego. Los latidos de su corazón se aceleraron, su respiración se profundizó.

¡Necesitaba tanto ese abrazo! Pero... ¿y si los tipos que acababan de amenazarlo todavía estaban afuera? ¿Y si habían visto a Julieta?

La tomó de la cintura y la apartó.

—¿Podés llevar esto a la mesa dos? —preguntó a su compañero, señalando la bandeja con la botella de cerveza.

El chico asintió y él se llevó a Julieta hacia la parte del fondo.

Salieron y se quedaron a oscuras, entre los cajones vacíos.

—No me gusta que vengas a este lugar tan tarde —le informó.

—Estuve en lugares peores —replicó Julieta, encogiéndose de hombros.

—No me importa. ¿Por qué viniste?

—Porque me dijiste que necesitabas un abrazo —contestó ella con naturalidad.

—Y después te pedí que te fueras a dormir.

—¿Cuál es el problema? Ya estoy acá. ¿Me invitás con un trago? ¡Me muero por verte preparar uno!

Leonardo se sentó en un cajón, de pronto se sentía enojado. ¿Cómo se le había ocurrido decirle a la abogada del diablo que la necesitaba? ¿Acaso no se cansaba de cometer errores?

Julieta se agachó en cuclillas y le tomó la mano.

—¿Querés contarme qué te pasa? —preguntó.

Leonardo suspiró. Si bien sabía que Julieta era sincera, que se mostrara preocupada lo indignó. Ella, que lo había llevado a la cárcel, que ayudaba a liberar culpables, de pronto fingía que él le importaba. ¡Mentirosa!

—El pasado me pasa —respondió—. Me pasás vos. Te va a parecer que soy un cretino, y tenés razón, pero por momentos siento que estoy traicionándome a mí mismo. Esta noche, por ejemplo, después de que me fui de tu casa me sentí un estúpido. ¿Por qué te hablé como si quisiera que tuviéramos una relación? ¿Por qué te provoqué, si egoístamente vas a aceptar la provocación? Permitís que te seduzca sin siquiera pensar por un momento en lo que debo estar sintiendo yo. Cuando te miro, quiero seguir viendo el pasado. No quiero mirarte y sentir que mi futuro está ligado a vos.

Julieta tragó con fuerza. Bajó la mirada; nunca se había sentido tan humillada. «Permitís que te seduzca», «egoístamente vas a aceptar la provocación». Se sintió una tonta que soñaba con que un tipo que la despreciaba le hiciera el amor.

Leonardo sintió en carne propia las consecuencias de sus palabras. Supo que se estaba comportando como un necio: trataba bien a Julieta, y al instante siguiente, la lastimaba. Le hubiera gustado controlar sus actitudes, pero era dos personas al mismo tiempo, y sus sentimientos no se ponían de acuerdo.

Ella lo soltó y se puso de pie. Él cerró los ojos, tratando de recuperar el sentido. No quería que se fuera, debió haber sonreído y preparado un trago, como le había pedido. ¿Por qué tenía tantos problemas para ordenar sus emociones? Ella lo alteraba todo.

Julieta respiró profundo: podía irse ofendida o comprender que las heridas de Leonardo eran demasiado profundas. Era lógico que a veces quisiera estrangularla, pero ella se había propuesto ayudarlo, y nunca desistía ante nada.

—¿Me prepararás un trago? —pidió.

Leonardo alzó la cabeza y la miró. ¿Por qué Julieta no salía corriendo? ¿Por qué se

quedaba, si esa noche él solo podía herirla? Luchaba para ser un hombre normal, pero no podía.

Le tomó la mano y le acarició los nudillos.

—Julieta, no tenés por qué soportar esto —le dijo—. Usame para que Barrios vaya preso y dejemos de vernos. Por favor, no quiero seguir lastimándote.

—Ves futuro —replicó ella y se acuclilló de nuevo. Él frunció el ceño—. Eso dijiste: que en mí veías futuro mientras te sentías atado al pasado. Sé que soy la persona equivocada, pero si puedo hacer que veas algo de luz en toda tu oscuridad, no me importa salir lastimada. Soy una mujer de hielo, puedo soportar que me hieras si eso te ayuda.

Leonardo se la quedó mirando. Sin pensar, le acarició una mejilla. ¿De qué hablaba? ¿Cómo podía pensar que hiriéndola él se sentiría mejor? Cada vez que lo hacía, terminaba lastimándose a sí mismo.

Le rodeó la cara con las manos y se inclinó para besarla. Empezó despacio, rozándola apenas, y cuando ella se entregó rodeándole el cuello con los brazos, la invadió con su lengua.

Sus dedos se deslizaron de las mejillas sonrosadas al cuello y de allí siguieron hasta los hombros. Julieta le acarició los brazos y el pecho por sobre la remera. Bajó para ir por adentro y su uña le rozó la piel sensible del abdomen.

Los dos se levantaron al mismo tiempo. Leonardo caminó hasta respaldarla en la pared y en el trayecto pateó una caja. Julieta apoyó las manos en sus mejillas, él le acarició la cintura. Se miraron. Y el impacto fue tan profundo que acabaron besándose de nuevo.

Como en el sueño, Julieta le desabrochó el pantalón y él le metió la mano por debajo de la remera. La hizo temblar con su forma de acariciarla; sus dedos en la piel tan sensible de sus pechos le arrancaron jadeos. Abajo, sus cuerpos se presionaban uno contra el otro, demostrándole que, en realidad, podía sentir a extremos impensados.

Mientras le bajaba el pantalón deportivo y la ropa interior, Leonardo le besó las piernas. Ella se descalzó y dejó caer la ropa al suelo. Estaba sucio y oscuro, era el infierno mismo, pero mentía si decía que no lo estaba disfrutando.

Él se irguió y la levantó sobre su cadera; no quería que pisara el suelo frío. Entró en ella facilitado por el deseo que los atormentaba. Julieta le apretó los hombros. Él apoyó una mano en la pared y, con la otra, volvió a acariciarle los pechos. Después la sujetó de los muslos y siguieron moviéndose hasta que tuvieron que ahogar sus gemidos finales en la boca del otro.

Después de terminar, Leonardo la sostuvo contra su pecho un rato, acariciándole el pelo y besándole la frente. Julieta lo abrazaba, rendida, con la cabeza apoyada sobre su hombro.

—Creo que te gustó mi alegato —susurró él. Ella rio, incapaz de negarlo—. A mí también —reconoció Leonardo y la besó de nuevo. En esos momentos en que la tenía entre sus brazos, le parecía tierna y hermosa.

Unos minutos después, se separaron. Él se acomodó los pantalones, y recogió y sacudió la ropa de Julieta para que ella se la pusiera. Cuando vio que había terminado de vestirse, le arregló el pelo.

La caricia y el recuerdo de lo que acababan de vivir estremecieron a Julieta. Leonardo la miraba con tanta calidez, que le hizo cosquillas el pecho.

—¿Tomás píldoras anticonceptivas? —preguntó él. Ella asintió con la cabeza. Desde que había dejado a Christian no se ocupaba mucho de las píldoras, pero sí, las tenía. Leonardo sonrió como respuesta—. ¿Qué querés tomar? No hay mucha variedad.

—Voy a dejar que me sorprendas —respondió Julieta guiñándole el ojo.

Mientras la invitaba a volver al salón poniendo una mano en su cintura, Leonardo pensó en lo mal que se había comportado hacía un rato. La hizo sentar en una mesa bastante apartada de los clientes y fue a la barra para inventar algo suave. Estaba seguro de que Julieta había ido en su auto y tenía que estar lúcida para manejar.

Mientras esperaba, ella no despegó la mirada de la barra. Leonardo dio algunas indicaciones al empleado nuevo, buscó dos botellas y mezcló algunos ingredientes en una coctelera. Cuando la batía, los músculos de sus brazos se demarcaban, y a ella le hacían añorar su cercanía. Recordó que acababan de hacer el amor y su imaginación voló.

Él sirvió el vaso, se le acercó y se sentó frente a ella.

—No vuelvas a este lugar tan tarde —le pidió.

—¿Te asusta lo del tipo de la otra vez? —preguntó Julieta mientras revolvía el trago—. A mí tampoco me gustó eso; cuando estacioné hace un rato, miré hacia todas partes con un pinchazo en el pecho, pero al entrar se me pasó. Quedate tranquilo, no es la primera vez que recibo amenazas. Nunca de manera tan directa, solo llamados telefónicos, pero todo queda en la nada.

Leonardo sabía por experiencia que Barrios no dejaba las cosas «en la nada», así que no estaba dispuesto a arriesgarla. Si Julieta iba a seguir adelante con las acciones legales, era mejor que se moviera por lugares seguros: su casa sobre avenida del Libertador, su oficina en microcentro, Tribunales. Mucho más ahora que le habían advertido qué pasaría si ella seguía adelante. Le hubiera gustado tener el poder de convencerla para que abandonara todo, pero sabía que sería en vano intentarlo; solo podía seguir a su lado como había hecho hasta ahora.

—Para que estés tranquilo —continuó ella, abriendo el cierre del bolsillo de su pantalón deportivo, y extrajo el móvil—, voy a activar el GPS de mi celular y te voy a poner como contacto de emergencia. —El teléfono de Leonardo vibró—. Aceptala, es la invitación para saber dónde estoy las veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año —bromeó.

—¿Cuando te atacaron en la puerta del bar ya estabas siguiendo a Barrios? —preguntó Leonardo, sacando su móvil.

—No.

—Entonces quien te atacó no tenía que ver con él.

—Supongo que no.

No le diría que Barrios le había mandado cartas. Herir o matar a un abogado penalista era casi tan grave como hacerle eso a un juez o a un fiscal. Esperaba que, al igual que las dos veces en las que había recibido llamadas intimidatorias, no concretaran la amenaza. Ni Barrios ni quien fuera que se había tomado la molestia de golpearla frente al bar.

Leonardo aceptó la invitación y descargó la aplicación de rastreo mientras Julieta probaba su trago.

—Está muy bueno —juzgó—. ¿Me vas a preparar más otro día?

—Por supuesto.

—Cuando era adolescente nunca fui a bares, ¿sabés? —contó ella—. Las cosas que hacía la gente de mi edad no me parecían divertidas.

Leonardo le dedicó una mirada cálida. Le causaba mucha ternura verla hablar cerca del sorbete, con los ojos muy abiertos.

—Es fácil imaginarlo —admitió.

Cuando ella terminó, la acompañó hasta el auto. Julieta sacó la alarma y él le abrió la puerta. Antes de subir, se miraron.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó ella.

No esperó respuesta: se puso en puntas de pie y lo abrazó.

Cada vez que Julieta hacía eso, el corazón de Leonardo se ablandaba un poco más. Le rodeó la cintura y la apretó contra su pecho; hubiera deseado conocerla en otras circunstancias, que ella no tuviera que ver con la parte más oscura de su pasado. Hubiera deseado sentir solo amor.

—Gracias —susurró Julieta con una sonrisa cuando lo soltó.

Si bien no respondió, Leonardo se quedó pensado. Él debía agradecerle, ¿por qué lo hacía ella?

—Tené cuidado —le pidió antes de cerrar la puerta.

Julieta sonrió y arrancó. Le bastó recorrer un par de cuadras para que su mente se dispersara repasando lo que había sucedido en esa última hora. Lo primero que se le cruzó fue el fuego que la consumía cada vez que Leonardo estaba cerca. Había hecho el amor sin pensar en nada, entregada al placer, y no podía creerlo. Jamás hubiera esperado sensaciones tan intensas, mucho menos que el deseo siguiera intacto aun después de haberlo satisfecho. La teoría sobre el buen sexo había sido comprobada: ella no era asexual y, además, si estaba con Leonardo, no tenía necesidad de nadie más.

Lo siguiente en lo que pensó fue en sus palabras previas, las que los llevaron a la intensa conclusión. Él todavía le guardaba rencor, y no era para menos. Ella conocía muy bien el trasfondo de una cárcel y lo que ese lugar podía hacer en una persona de bien. Leonardo estaba destruido, ya no era el mismo de antes. El hombre que había sido se mezclaba con el nuevo, y a veces la bestia salía a su encuentro.

Estaría ahí para contenerlo. Era la menos indicada, pero también la mejor para ese trabajo. Como ella tenía parte de culpa, era lógico que la bestia la atacara. Sin embargo, se quedaría a su lado. Era tarde para ignorar sus sentimientos, tarde para seguir convenciéndose de que quería a Barrios entre rejas solo para demostrarle que no podía burlarse de ella.

Lo quería preso porque eso podría resarcir en algo a Leonardo. Lo metería en la cárcel para que nunca nadie más osara pensar que él había sido un asesino. Y estaba dispuesta a sanar las heridas que le había causado como fuera, incluso si tenía que correr el riesgo de salir herida.

Había una espina que, tarde o temprano, se tendría que clavar. No podía perder más tiempo, debía reunir coraje y hablar con su padre. Solo él podía orientarla y, además,

reabrir el caso.

Al llegar a casa consultó su agenda: era la primera semana del mes, por lo tanto, ese jueves su madre ofrecía la cena familiar a la que ella nunca asistía. Era su oportunidad para ver a Enrique Olazábal y hablarle de lo que le interesaba.

Por la mañana sentía que se dormía mientras escuchaba a un cliente quejarse de la denuncia que le había llegado por coimas. «Si es un coimero», pensó con los ojos entrecerrados. ¿Lo había pensado o lo había dicho? Estaba tan dormida que no razonaba de manera apropiada.

—Disculpe —lo interrumpió—. Debió negarse a declarar si todavía no había decidido su defensa.

El hombre rio.

—¡Doctora! Jamás pensé que serían tan estúpidos de seguir adelante con una denuncia como esta. ¡Ninguna de esas causas siguen! Es evidente que el juez me tiene entre cejas por mi partido político.

—Está bien, voy a tratar de arreglar el lío que hizo su abogado anterior —contestó—. ¿Está bien si me comunico con su secretario en la semana para que me dé más datos? Primero tengo que revisar bien la causa.

—Sí, está bien —aceptó el político.

Se saludaron estrechándose las manos y Julieta volvió a caer en el asiento. Se reclinó y cerró los ojos; solo quería dormir, y si era junto a Leonardo, mejor. Rio al imaginarse en su cama, rodeada por sus brazos. Habría sido mucho más cómodo hacer el amor así que de pie en un patio, pero en el momento, ni siquiera lo había pensado. Su primera vez con Leonardo había tenido lugar en un depósito oscuro lleno de cajones, pero con la pasión que jamás había experimentado en la pulcritud de una casa acaudalada.

—¿Era un caso divertido? —preguntó Victoria, señalando la puerta por la que acababa de salir el político.

Julieta dejó de reír de inmediato, se irguió y fingió que nada había pasado.

—¿Estuviste leyendo lo que te di del homicidio? —interrogó.

—Sí, y creo que vas por muy buen camino. Yo también sospecho que hay alguien más involucrado.

—Lo difícil va a ser encontrarlo —replicó Julieta—. Ya mandé a Charly al penal, tiene que reunirse con Espinoza el viernes. Espero colabore y no se comporte como un maldito.

—Ya sabés cómo es ese tipo de hombres.

—Sí, ya sé.

Cuando Victoria salió, Julieta miró el teléfono y suspiró. No podía seguir dilatando el problema, tenía que reunirse con su padre.

Tomó el inalámbrico y marcó el número de su madre.

—Hola, mamá —dijo ni bien Nora respondió el llamado.

—¿Julieta? —indagó la mujer—. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás?

—Bien. No tengo mucho tiempo: ¿este jueves hacés la cena del mes?

—Sí. ¿Vas a venir?

—Sí.

La imponente mansión de estilo renacentista de los Olazábal estaba emplazada en un gran terreno de Acassuso. El parque que rodeaba la gran estructura blanca tenía vista al río y variadas especies de plantas. Nora Guerrero de Olazábal era arquitecta paisajista, pero desde que Julieta había nacido solo ejercía su profesión en casa.

Julieta ingresó por la reja principal, donde la detuvieron dos guardias de seguridad. Visitaba tan poco a sus padres que, como había cambiado de auto hacía unos meses, no la habían reconocido.

—Perdón, señorita Olazábal —se disculpó uno de los hombres en cuanto ella bajó la ventanilla. El otro era nuevo.

Avanzó por el camino iluminado hasta la casa. Reconoció el automóvil de su hermana y el de sus tíos, pero no los otros. Estaba anocheciendo, y el poco resto de sol que quedaba se ocultaba detrás de la lomada. Bajó y caminó hacia la puerta principal. Las paredes blancas y el techo gris estaban immaculados, como siempre.

Abrió el ama de llaves.

—¡Julieta! —exclamó la mujer en cuanto la vio.

Julieta le dedicó una sonrisa apretada. Se había desacostumbrado al olor de los recuerdos, a verse corriendo por las escaleras de esa casa y a los viejos conocidos.

—¿Guardo su abrigo? —le preguntó la mucama.

Julieta le entregó el saco, agradeció y se acomodó el vestido negro. Había tenido que volver a los tacones y le dolían los pies. Suspiró y avanzó hacia la puerta que llevaba al comedor. Tomó el pomo y permaneció un momento quieta; tenía las manos húmedas. Suspiró para darse ánimos; compartir con gente, y más con su familia, no era lo suyo. Cuando logró reunir coraje, abrió.

Todos estaban sentados a la mesa: su padre, en la cabecera; su madre, a la izquierda. También había allí tíos, amigos y su hermana con su marido y sus dos hijas.

—Buenas noches —dijo Julieta, adentrándose en el comedor.

—¡Julieta! —exclamó su madre, girando hacia ella, y se puso de pie para recibirla.

Julieta estaba rígida. Apenas alzó una mano para responder a la efusividad de su madre. Todos la estudiaban con distintas expresiones: los menos allegados se sentían curiosos. Su hermana y su padre parecían enojados.

—¿Llego tarde? —preguntó, señalando los platos. La cena ya había sido servida.

—Nunca es tarde —respondió Nora, tomándola del brazo.

La llevó a la mesa y le ofreció un asiento cerca de ella. A Julieta le bastó ocupar su lugar para empezar a sentirse como sapo de otro pozo. Miró a los invitados: todos la saludaron con gestos formales. Ella respondió de la misma manera mientras se acomodaba la servilleta sobre el regazo.

Muy pronto continuaron con conversaciones de las que ella no entendía una palabra. No era de extrañarse, si ni siquiera cuando vivía allí participaba; siempre había sido una niña y luego una adolescente callada. Era muy introvertida, por eso

había comenzado las clases de violín a los ocho años; la música le permitía liberarse. Con el tiempo se había transformado en una mujer que no sabía interactuar con las personas si no hablaba de trabajo.

—Tu hermana acaba de darnos la buena noticia —comentó su tía, apoyando una de sus arrugadas manos en su antebrazo.

—¿Qué buena noticia? —preguntó Julieta.

—¡Que está embarazada, hija! ¿No sabías? —replicó la anciana.

Julieta se paralizó. Miró a su madre y luego a Sofía.

—¿Lo sabés desde hace mucho? —preguntó. Ahora que observaba su vientre, lo notaba un poco abultado.

—Dos meses —contestó Sofía a secas.

La respuesta sumió a Julieta en un incómodo estado de frustración. Su tía Ruth, que había viajado para la cena desde Mendoza, se había enterado del nuevo embarazo de su hermana antes que ella, que vivía a unos kilómetros. Sin duda la distancia geográfica no se comparaba con la del corazón.

A partir de ese momento, se abstuvo de conversar más que antes. Sabía que su familia directa no la quería, excepto su madre, y que nada tenía que aportar a los de afuera. Ahora recordaba por qué evitaba ir a esa casa, por qué se había hecho fuerte. Sin embargo, desde que ya no vivía allí, sentirse afuera nunca le había dolido tanto.

Miró a su madre, de pelo rojizo como ella, y a su hermana, rubia como su padre. Nora era muy bella, y sus hijas habían heredado sus ojos y su rostro de princesa. Por primera vez, Julieta se preguntó qué se sentiría tener una familia y en lo triste que sería que alguien heredara su personalidad. Veía a su hermana alimentar a su hija más pequeña y recordó que ella jamás tendría a nadie a quien cuidar de esa manera.

Su tía Ruth intentó involucrarla de nuevo en la conversación. Como si supiera cuál era la única manera de hacerlo, le habló de trabajo.

—El otro día te vi en televisión. Saliste muy linda.

Como tantas otras veces, Julieta se preguntó por qué, en lugar de destacar su inteligencia, la gente solo se fijaba en si había salido linda. Era el karma de las mujeres profesionales, valoradas primero por su aspecto físico antes que por su capacidad intelectual.

—Yo también la vi —se entrometió uno de los amigos de la familia, mirando a Julieta—. Si no se ofende, ¿puedo hacerle una pregunta? ¿Cómo hace para sacar libre a un asesino y a la salida encontrarse con los familiares del muerto reclamando justicia? Debe ser duro.

—¡Roberto! —lo codeó su mujer, entendiendo que su marido había hecho un comentario fuera de lugar.

—Es cierto, a mí también me da curiosidad —intervino otro hombre—. Pero hay que ver... ¿serán todos culpables?

—No me parece correcto hablar de mis clientes —replicó Julieta, tratando de salvarse.

—No creí que tuvieras esos escrúpulos —la atacó el juez con voz poderosa desde la cabecera de la mesa.

Todos callaron. Las miradas se debatían entre él y su hija.

—¿P... perdón? —balbuceó Julieta.

—Sos una profesional mediocre y me das vergüenza.

—¡Enrique! —gritó su madre.

Las mejillas de Julieta ardieron, su cuerpo se transformó en una piedra que temblaba como si pendiera de una cornisa. ¿«Mediocre»? Todo lo que había hecho había sido para enorgullecer a ese hombre. Cada paso que había dado solo pretendía obtener su aprobación y cariño, pero siempre se estrellaba contra su indiferencia.

Se puso de pie, dispuesta a huir; cada vez que pisaba esa casa se convertía de nuevo en una adolescente, y odiaba esa sensación. Jamás iba a volver a ese lugar donde se sentía tan vulnerable. Casi al mismo tiempo, Leonardo se cruzó por su mente y se detuvo. Con él también se sentía transparente, pero su intuición le decía que estaba a salvo. Había regresado por su caso, no podía irse con las manos vacías.

—Tenemos que hablar —dijo a su padre, y miró a la empleada que esperaba órdenes en un rincón—. Necesito mi bolso.

—No tenemos nada de qué hablar —contestó Enrique.

—Tomé un caso que... —comenzó ella. Él la interrumpió.

—¿«Tomé un caso»? —le espetó—. ¡¿Querés hablar de trabajo?!

La empleada le dio el bolso y Julieta lo abrió con dedos temblorosos.

—...un caso que tuviste... —intentó seguir.

—Hija, no creo que sea momento para hablar de trabajo —sugirió su madre, preocupada. Julieta sacó la carpeta.

—Necesito que me escuches —insistió a su padre.

—No —replicó el juez.

—¡Necesito que me digas por qué mandaste a un inocente a la cárcel!

Golpeó la mesa, y todos la miraron. Solo se oyó el tintineo de un cuchillo cayendo sobre la loza y una exclamación de la hija mayor de Sofía.

Enrique se puso de pie como una fiera.

—A mi escritorio —ordenó con rudeza.

Julieta recogió sus cosas y lo siguió. Tenía un nudo en el estómago. Entró al estudio y cerró la puerta.

—¿Quién te creés que sos para poner en duda mi profesionalidad delante de los invitados? —la reprendió él.

—Es lo mismo que hiciste conmigo —contestó ella—. Pero no vine para discutir, necesito hablar del caso.

Enrique rio con sorna. Era un hombre alto, de pelo rubio entrecano y vientre abultado. Imponía respeto, y muy pocos se atrevían a desafiarlo.

—Parece que tu cliente te paga muy bien —ironizó—. Tiene que ofrecerte una buena suma para que te hayas atrevido a confrontarme de esta manera.

Julieta respiró profundo mientras abría la carpeta. Le temblaban los dedos, solo Dios sabía cuánto le costaba mantenerse fuerte delante de su padre.

—Leonardo Durán fue acusado de homicidio simple hace ocho años. Tu tribunal encontró atenuantes y lo sentenció a cinco años de prisión efectiva. Le negaron la libertad condicional. Era inocente.

—Si lo declaramos culpable, no era inocente —discutió el juez.

—Voy a demostrar que sí —replicó Julieta, alzando la cabeza—. Necesito reabrir la causa.

El hombre volvió a reír como un claro gesto de menosprecio.

—Hasta un estudiante de primer año de Derecho sabe que reabrir una causa conlleva ciertos pasos que no incluyen irrumpir en la mesa de un juez. Además, si estás involucrada, imagino lo inocente que será ese condenado.

—No voy a dar la cara yo, sino una colega —trató de explicar ella—. Voy a seguir los pasos que sean necesarios, solo quiero pedirte que, por favor, releas la sentencia y me digas todo lo que recuerdes del caso. No te pido que hagas nada fuera de la ley, solo que me ayudes a demostrar la verdad.

—¿Qué te hace pensar que haría eso? —preguntó él—. No soy como vos, no voy a revisar nada.

Julieta sintió que desesperaba. De modo que su padre también creía el mito que corría acerca de ella. ¿O el mito había nacido porque él lo creía?

—Te lo suplico. No es por mí, es por el hombre que pagó una pena que no merecía y por un asesino que sigue libre —rogó.

—Hay cientos de asesinos libres. Y al otro, nadie va a devolverle nada —replicó el juez.

—Ya lo sé, pero quiero demostrar que era inocente y encerrar al verdadero culpable.

—No comprendo tu interés en ese caso. ¿Qué te dan a cambio?

—¡Basta! —terminó gritando ella—. ¿Por qué siempre pensás lo peor de mí? ¿Por qué, ante tus ojos, siempre soy mala?

—No voy a discutir esto —determinó Enrique y se volvió hacia la puerta. Julieta lo retuvo tomándolo del brazo.

—¿Entonces no vas a ayudarme? —insistió—. ¿Es tan profundo tu odio hacia mí que no te importa que un hombre haya sido víctima de un error judicial?

—No fue mi error. Yo no reuní las pruebas que lo declararon culpable.

—¡No es culpable!

Enrique se soltó con un movimiento brusco y abrió la puerta.

—No seas infantil, Julieta —ordenó—. Y si no querés pasar más vergüenza, andate.

—¡¿Por qué?! —gritó ella, tratando de cerrar la puerta—. ¿Qué tiene Sofía que no tenga yo? ¿Por qué todo lo que ella hace es perfecto y lo mío solo te avergüenza?

—Seguís actuando como una chiquilina celosa.

—¡Necesito respuestas!

—Y yo necesito que te apartes de mi camino.

La movió con el brazo y salió sin más. Julieta se quedó temblando, atragantada con el dolor.

No volvió a la mesa. Al salir al jardín descubrió que todos estaban posando para una foto. Sin duda su madre había tratado de distraer a los invitados sacándolos de la casa y, como siempre, ella no formaría parte de eso. Un recuerdo más del que la excluían.

Miró la escena, ocultó su pena y se encaminó al auto.

—¡Julieta! —la llamó Nora.

Acababa de arrancar el motor. Bajó la ventanilla por respeto a su madre.

—Adiós, mamá —la saludó.

—Quedate.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó.

—Por favor, sabés que tu padre es duro, no deberías ponerlo nervioso.

—No es duro con Sofía —replicó Julieta—. Además, todo lo que hago lo pone de mal humor, es así desde que tengo uso de razón. ¿Qué hice ahora? Me atacó sin que hubiera hecho nada.

—No te atacó, solo quiere lo mejor para vos.

Julieta cubrió la mano de su madre, que aferraba el borde de la ventanilla.

—Andá, mamá —le pidió.

—No puedo dejarte ir así. Estás muy nerviosa y no quiero que te pase nada por el camino.

—Estoy bien, quedate tranquila —le aseguró ella.

Aunque no estaba convencida, Nora se alejó y agitó una mano como despedida. Julieta cerró la ventanilla y tomó el camino de salida. Aunque solo quería llorar, sus ojos estaban secos. Hacía tiempo había aprendido a no flaquear.

Como sucedía siempre que encontraba piedras en el camino, pensó que el escollo la haría más fuerte. Trató de evadirse de las consecuencias de la discusión con su padre pensando cómo refutar la sentencia. Leonardo todavía le adeudaba parte de la historia, necesitaba completarla con urgencia.

Se olvidó del pedido que él le había hecho y lo llamó desde el auto.

—¿Todavía tenés que entrenar al empleado nuevo? —indagó.

—No —contestó él. Aunque notó que Julieta sonaba más dura y expeditiva, no se atrevió a hacer preguntas.

—Entonces necesito que vengas a mi casa.

Lo esperó con un centenar de papeles sobre la mesita de la sala y casi toda la casa a oscuras. Apenas llegó, Leonardo se dio cuenta de que Julieta estaba trabajando sin descanso, aun peor que cuando apenas la había conocido. No hizo referencia a cenar, aunque él la había acostumbrado a que eso era más importante que trabajar. Estaba sentada en el sofá, con las piernas dobladas una debajo de la otra y el anotador sobre el muslo. Le hizo tantas preguntas, que cuando Leonardo miró la hora, eran las dos de la madrugada.

—Julieta. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo? —preguntó.

—No puedo parar para comer nada —respondió ella—. Necesito encontrar errores o voy a tener que fabricarlos.

—Estás obsesionada de nuevo, ¿pasó algo? —Tenía miedo de que la hubieran amenazado y lo guardara en secreto.

Julieta alzó la mirada de inmediato. Nada había pasado, solo necesitaba cerrar el caso.

—No puedo perder más tiempo —contestó, impaciente—. Si no encuentro pruebas contundentes, todo lo que ya trabajamos iría a la basura.

—¿Y eso implica dejar de comer? No voy a trabajar de esta manera.

—Soy yo la que está trabajando —contestó Julieta.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué podría pasar? ¡Nada! Necesito demostrar que eras inocente.

—No quiero responder más preguntas hoy —determinó Leonardo, poniéndose de

pie.

—No te vayas, necesitamos avanzar —pidió ella. Leonardo no le prestó atención—. ¿A dónde vas?! —se ofuscó entonces, soltando el anotador.

—A mi casa. No voy a seguir con esto —replicó él, recogiendo la mochila.

—¡Ah, vamos! —exclamó Julieta—. ¡Como si no te beneficiara!

—No, no me beneficia en lo más mínimo —respondió Leonardo, pensando en las amenazas que tenía que soportar por ella.

—Es tu honor el que estoy reparando —le espetó Julieta.

—¡Yo no te pedí nada!

Se volvió y empezó a caminar hacia la puerta. Tenía claro que ese día Julieta estaba intratable, y seguir soportando su altanería solo los enfrentaría. Tenía la intención de irse, sin embargo, se detuvo al oír un quejido.

Recordó la conversación telefónica del lunes y se sintió un egoísta. «Julieta, necesito un abrazo», le había dicho él. Y a pesar de que se había comportado como un canalla, ella había permanecido a su lado. ¿Cómo podía dejarla ahora, si parecía que se gritaran «ámame cuando menos lo merezca»?

Giró sobre los talones y la encontró cabizbaja, cubriéndose la cara con las manos. Claro que algo había pasado, pero eran tan distintos que, mientras él pedía un abrazo si lo necesitaba, ella lo ocultaba con rigidez y trabajo. Cuando se sentía vulnerable, hería a los demás, pero eso no quería decir que no necesitara ayuda.

Dejó caer la mochila, regresó al asiento y sin mediar palabras, la abrazó. La apretó contra su pecho, y ni bien el rostro de ella quedó oculto entre su ropa, se echó a llorar, indefensa.

Leonardo sintió que su corazón se partía. Jamás hubiera esperado que Julieta reaccionara de esa manera, si procuraba que todos creyeran que no tenía sentimientos. Le dolió el pecho, necesitaba saber qué le pasaba.

—Juli —susurró contra su frente, tratando de alzarle la cara. Le apartaba el pelo de la frente—. Por favor, ¿qué pasa?

—Perdón —sollozó ella y salió corriendo.

Ni siquiera lo pensó. Dejó pasar un minuto y la siguió.

La encontró sentada en la orilla de la cama.

—Andate, por favor —pidió ella—. Esto es tan infantil. ¡Perdón!

Leonardo negó con la cabeza y se sentó a su lado. La tomó de los brazos, la levantó y la hizo extenderse de costado. Antes de que tuviera tiempo de protestar, se acostó junto a ella y la abrazó.

—¿Qué hacés? —le preguntó Julieta—. Andá a tu casa, por favor. Hay teléfonos de taxis en la heladera.

—Sí, ya me voy.

Julieta supo que Leonardo mentía, pero era justo lo que necesitaba: alguien que permaneciera a su lado sin que la hiciera sentir débil. Alguien que se quedara aun cuando todos los demás la hubieran considerado digna de abandono. De alguna manera, él había aprendido a tratarla, y ella se estaba acostumbrando a su forma de ser.

Leonardo le acarició el pelo, y Julieta se atrevió a estrujar su remera. Fue el claro mensaje que confirmaba lo que él imaginaba, un sonoro «aunque te pida lo contrario, no me dejes».

—¿Qué hiciste hoy? —indagó. Sabía que si hacía una pregunta más directa, obtendría una evasiva.

Para su sorpresa, la respuesta de Julieta esclareció todo.

—Fui a la casa de mis padres.

Desde que ella había dejado entrever que sus padres tenían amantes y que nadie iba a su departamento, Leonardo intuía que la relación con su familia no debía de ser buena. Le intrigaba qué la habría llevado allí. Imaginaba que tendría que ver con el caso, pero no preguntó; solo quería que se sintiera mejor.

—¿Qué comiste? —indagó.

—Maltrato e indiferencia, lo que como desde que nació.

No esperaba eso. La apartó unos centímetros y la miró a los ojos.

—Juli... —susurró.

Ella bajó la mirada y continuó entre lágrimas:

—Mi padre me rechaza desde que tengo uso de razón. Era la mejor alumna en el colegio, pero no tenía amigos. Me costaba socializar, no me sentía cómoda con las personas de mi edad. Empecé el conservatorio y me destacué en violín, aunque seguía siendo una chica solitaria. Hacía de todo para que él me prestara atención, pero yo no le interesaba.

»A los diecisiete me eligieron para hacer mi primer solo en un concierto prestigioso. De pronto me encontré en el escenario, con la ilusión de que, por una vez, los eventos de mi hermana no fueran los únicos importantes. Pero cuando miré al público y conseguí ubicar a mi mamá en la primera fila, el asiento de mi padre estaba vacío. Entendí que yo nunca sería suficiente para él, y empecé a temblar. No pude

tocar. Salí corriendo, y a partir de ese día dejé la música.

»Estudié Derecho y me gradué con honores. Pensé que si seguía sus pasos lo haría sentir orgulloso, pero fue peor: según él, todo lo que yo hacía estaba mal. Entonces me fui de casa y seguí haciendo posgrados y creciendo en mi carrera hasta ser todo lo exitosa que deseaba. Lo soy. Sin embargo, cada vez que piso esa casa, me siento otra vez la adolescente que se puso a temblar en un escenario y tuvo que huir porque no podía tocar frente al público.

Dos minutos. Apenas dos minutos que le sirvieron a Leonardo para entender toda una vida.

Era fácil imaginar a Julieta incapaz de hacer amigos: una chica tan inteligente no podía sentirse identificada con las personas de su edad, ni siquiera con las personas en general. Comprendía de golpe la raíz de su aparente frialdad, su obsesión por el trabajo y su manía de herir cuando se sentía frágil. Supo que su perfeccionismo y minuciosidad se originaban en su pasado como alumna, que si se creía mala y aburrida era porque otros la habían convencido de que lo era. Entendió tanto de golpe que, de pronto, no pudo mirarla de la misma manera.

Le dio un beso en la frente y le acarició la sien con el pulgar. Quería decirle que el juez Olazábal era un tonto por no haber disfrutado de una hija tan capaz y hermosa como ella, pero sabía que así la haría sentir vulnerable. Era lo que Julieta más odiaba, por eso, a cambio, susurró:

—Me muero por verte tocar el violín.

Tampoco le costaba imaginarla haciendo eso, estaba seguro de que la apasionaba tanto como su caso o como cuando habían hecho el amor.

Su admiración por Julieta creció. Dudaba de que muchos conocieran su verdadero rostro, y se sintió especial por ser uno de esos pocos. «¿Por qué yo?», se preguntó. Era el menos indicado, pero de alguna manera la había liberado, y se habría sentido un tonto si la hacía retroceder.

No podía creer que la reina de hielo no tuviera secretos para él, que un gesto o una palabra suyos pudieran derretir la coraza y rescatar a la mujer. ¿Pero acaso ella no hacía lo mismo con él? ¿No se sentía el hombre que había sido cuando la miraba, cuando la tenía cerca? Después venía el pasado a arruinarlo todo, pero seguía siendo incapaz de controlar su corazón cuando estaban juntos. A cada instante se convencía más de que la niña dentro de Julieta era incapaz de condenar a un inocente. Era incapaz de liberar a un asesino sin sentir remordimiento.

La mantuvo abrazada mucho tiempo, hasta que dejó de llorar y el silencio y las caricias empezaron a adormecerla. Poco después, su respiración profunda le indicó que ya estaba dormida. La miró y le tocó una mejilla; mientras la contemplaba, se sentía liviano: no había pasado ni futuro, solo importaba el presente.

No se dio cuenta cuando se quedó dormido. Al despertar, todavía de madrugada, tuvo que dejar de abrazar a Julieta para ir al baño. Usó el de la habitación y, después de lavarse las manos, abrió el botiquín solo por curiosidad. Había maquillajes, anticonceptivos y sedantes. Tal como imaginaba, dormir no resultaba fácil para Julieta si la niña interior sentía culpa y miedo.

Regresó a abrazarla. Julieta, todavía inconsciente, se acurrucó contra él y volvió a apretar su remera. «Estoy a tu lado y, hagas lo que hagas, no me voy a ir», pensó

Leonardo. Porque la compleja mujer que para todos era fría e insensible, para él era hermosa y no guardaba misterios: sabía qué se ocultaba detrás de sus acciones, y eso era suficiente para quererla.

* * *

Como cada mañana, Julieta abrió los ojos antes de que sonara el despertador. Esta vez, no se encontró con la luz filtrándose por la ventana, sino con el pecho de un hombre. Respiró profundo el aroma agradable de Leonardo y lamentó tener que levantarse. Giró despacio para no molestarlo y apagó el despertador: eran las siete menos cinco, y estaba programado para sonar a las siete.

Se levantó, fue al baño y se recogió el pelo en un rodete suelto. Se quitó la ropa y la sustituyó por una musculosa y un short. Quería poner en marcha el desayuno antes de ducharse, pero se detuvo en la sala y se acercó al ventanal, pensando en el día anterior. Los cortinados habían quedado abiertos, y el tono azulino del amanecer, mezclado con la luz roja del cartel publicitario, teñía el ambiente de morado.

Se cruzó de brazos, un gesto que la hacía sentir falsamente protegida. El recuerdo de la vergüenza que había pasado en la mesa familiar y el posterior enfrentamiento con su padre le anudaron el estómago. No entendía tanto odio. Desde hacía años tenía una sospecha, pero nunca se había atrevido a comprobarla. Quizás era hora de hacerlo.

También se acordó de la madrugada. Había confesado su secreto más íntimo a Leonardo sin pensar, y temía mirarlo a los ojos. Moriría de vergüenza cuando tuviera que mostrarse inclemente delante de él, dado que ahora conocía sus heridas.

La sorprendió un brazo alrededor de su cintura. El pecho cálido de Leonardo se apoyó en su espalda y la hizo temblar de nervios.

—Odio ese cartel —se quejó, tratando de no pensar—. Todos los días me digo que voy a iniciar acciones legales para que lo saquen de mi ventana, pero nunca lo hago.

Leonardo sabía exactamente lo que ella estaba sintiendo. Ahora que se permitía verla solo con los ojos del presente, ¡era tan legible para él! Le dio ternura y lo demostró besándola en el cuello. La piel de Julieta reaccionó al instante, al igual que su intimidad. Él también notó eso y la apretó más contra su cadera; quería que sintiera que le pasaba lo mismo. Le soltó el pelo. Las hebras rojizas cayeron sobre su hombro pálido y desnudo; estaba muy deseable con ese estilo informal y juvenil, y él se moría por ella.

Julieta giró apenas la cabeza y Leonardo aprovechó para rozarle los labios. Los acarició con los suyos muy despacio, hasta que ella alzó un brazo y enredó una mano en su pelo. El beso se profundizó, la respiración de ambos se agitó. Los dedos de él entraron por debajo de la remera de ella hasta alcanzar sus pechos y los acarició.

Cuando ya no soportó más tanta provocación, Julieta giró entre sus brazos y lo tomó de la nuca. Le quitó la remera, admirando los músculos que se demarcaban en el torso de Leonardo, y empezó a seguir sus líneas con los dedos. Nunca había deseado tanto a alguien: le gustaban sus brazos fuertes, su rostro duro, su mirada cálida y seductora; sus ojos parecían devorarla y venerarla al mismo tiempo. La miraba distinto de la primera vez que habían hecho el amor, ya no solo con lujuria, y

el odio había desaparecido.

Alzó los brazos y él le sacó la musculosa. Tembló cuando Leonardo bajó la cabeza y contempló sin reparo sus pechos; quería que los tocara. Un brazo de él volvió a envolverle la cintura para apretarla contra su torso y sus labios tomaron los de ella en un beso húmedo.

Julieta se sentó en el suelo y Leonardo se arrodilló. La impulsó a recostarse y se quedó entre sus piernas para besarla de nuevo. Pronto su boca se trasladó a la mejilla sonrosada de ella y bajó al cuello. Siguió hacia el hombro, los pechos, el vientre y el ombligo. Julieta temblaba y arqueaba la cadera hacia él, incapaz de contener el deseo. Leonardo le quitó el short junto con la ropa interior y él se sacó el vaquero y el bóxer. Con la desnudez como testigo, usó el pulgar para acariciarle los pechos.

—No hagas nada con el cartel —ordenó con voz ronca, respirado sobre su abdomen—. Me gusta el color que imprime a tu piel.

Se inclinó hacia abajo doblando los codos y continuó el camino de besos que había suspendido por la ropa. Pasó por la cadera, la parte interna del muslo, las piernas... así hasta llegar a los pies.

Julieta pensó que moriría. «Un hombre compatible con vos tiene que enloquecerte sexualmente», recordó. «Sos vos», pensó.

—Oh... —se le escapó. Nunca gemía cuando hacía el amor.

Quería ordenarle que se apurara, confesarle que no podía más sin dar otro paso. Leonardo sonrió al interpretar su necesidad y decidió cumplir su deseo, agradecido de que los dos quisieran más. Se sostuvo sobre ella y se impulsó dentro de su cuerpo. Gimieron al mismo tiempo.

Julieta no podía creerlo. Allí estaba, disfrutando de lo que jamás pensó que disfrutaría, añorando ser capaz de dar más de lo que recibía.

Jadeó mientras los movimientos se tornaban más rápidos y la unión de sus cuerpos, más profunda. Pensar resultaba imposible cuando las sensaciones eran tan poderosas, y se dejó llevar.

Cuando todo terminó, se miraron y supieron que mucho estaba cambiando. Julieta le rodeó las mejillas y buscó su boca. Lo besó con una pasión que desbordaba su cuerpo.

Él se quedó un rato más en ella, acariciándole la frente con los pulgares justo donde nacía el pelo. Julieta no se cansaba de mirarlo; nunca un hombre le había parecido tan hermoso.

De pronto recordó que ella había tenido que ver con lo peor de la vida de aquel que estaba cambiando la suya. No quería sentirse culpable.

—¿Qué pasa? —le preguntó Leonardo, presintiendo su ánimo vacilante.

Julieta se estremeció. Leonardo estaba aún dentro de ella, dándole todo, y ella solo le había quitado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No —le ordenó él, secándose las.

—Quiero que sepas que...

—Ya lo sé. No fue tu culpa, Juli. Lamento si alguna vez pensé eso —volvió a acariciarla y le besó la frente—. No te preocupes.

—Quiero que vuelvas a tener tu bar con estilo escocés y tu departamento.

Él rio.

—Así que fuiste a mi bar —dedujo por la descripción que ella acababa de hacer—. Tengo un departamento.

—Pero no es lindo como seguro era el otro.

—No me importa que sea lindo —aseguró y la besó de nuevo—. Vamos, no llores. Sos la única abogada que me cae bien.

Julietta no pudo hacer más que reír.

Leonardo la abrazó, la sentó sobre su cadera y enredó los dedos en su pelo para besarla. Lo hizo con lentitud, saboreando cada rincón de su boca, mientras sus cuerpos unidos volvían a reaccionar.

Lo hicieron de nuevo, con el amanecer tiñendo sus cuerpos y la voz adormecida entre besos. Después permanecieron abrazados; ella con la cabeza en el hombro de él y él acariciándole la espalda, hasta que la temperatura de sus cuerpos comenzó a bajar. Leonardo recogió la remera y apartó a Julieta para sentarse. Era tan suave y cálido cuando la tocaba, que le aceleraba el pulso y a la vez le estrujaba el pecho.

Ella volvió a abrazarlo antes de que pudiera ponerse la ropa y le dio un beso en la espalda.

—¿Sabés el milagro que acabás de hacer? —preguntó.

—¿Cuál? —indagó él, girando el cuello para mirarla.

—No tengo ganas de ir a trabajar.

Leonardo rio, terminó de darse vuelta y la besó en la frente. Después se quedó con las manos sobre sus mejillas, mirándola a los ojos.

—Sos hermosa, Juli —le dijo, y la levantó con él.

Mientras Julieta se duchaba, Leonardo se vistió, sirvió el café e hizo tostadas. Ella reapareció con un trajecito de color rosa viejo, una blusa blanca con detalles calados y chatitas negras. Se había puesto el collar de perlas, aros combinados y un maquillaje al tono de la ropa. Olía a perfume importado.

—¡Wow! —exclamó él—. No puedo creer que esta preciosa mujer esté interesada en mí.

Julietta bajó la cabeza, sonrojada. Leonardo amaba arrancarle sonrisas llenas de inocencia.

Se sentaron a la mesa, y él le untó una tostada mientras ella miraba el celular. Al parecer la doctora desayunaba revisando obligaciones.

—Juli —susurró.

—Mmm... —murmuró Julieta, abstraída en el teléfono.

Leonardo la observó con una sonrisa orgullosa: el pelo enmarcaba su rostro delicado, los labios rojos no necesitaban lápiz labial. Era hermosa y, más importante aún, brillante. Se preguntó cómo encajaba con él. La contempló mientras bebía un sorbo de café y cuando, después de devolver la taza a la mesa, se llevó un dedo a los labios.

—¡Lo sabía! —exclamó de repente y lo miró—. El socio de mi cliente acusado de tráfico de estupefacientes tiene una cuenta secreta en un paraíso fiscal, una fábrica de pastas y un restaurante que no podrían facturar lo que indica al agente de recaudación en su vida. Lavado de dinero. Drogas. Todo encaja a la perfección. Solo debo hacer que el fiscal investigue esto sin delatar que mi cliente pagó para que yo pudiera

obtener la información de manera clandestina.

Leonardo estiró una mano sobre la mesa. Julieta entendió su intención y le entregó la de ella. Él la atrapó entre sus dedos y comenzó a acariciarla.

—Prometeme que no te vas a meter en nada peligroso —pidió.

Julieta se encogió de hombros.

—Todo es peligroso. Hay fiscales que viven con guardia policial delante de la casa las veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año —replicó.

—Y vos serías una de esas.

—Si te deja un poco más tranquilo: estoy tomando clases de defensa personal.

La información incrementó la admiración que Leonardo sentía por ella, pero no lo tranquilizó en lo más mínimo.

—Sabés a lo que me refiero —contestó—. Si tenés que ir a algún lugar parecido al bar donde trabajo o peor, prometeme que me vas a llamar.

—¿Para qué?

—Para acompañarte.

Julieta rio y retiró la mano.

—No tenés que acompañarme, siempre hice mi trabajo sola.

—Si te pidiera que contrataras un guardaespaldas, jamás lo harías.

—¿Un guardaespaldas, como si fuera una cantante de moda? ¡Nunca! —rio ella. Una sola vez había tenido un custodio por orden de su padre cuando era adolescente, y no quería repetir la experiencia.

—Entonces dejá que te acompañe. Es el guardaespaldas o yo —determinó él. Julieta intentó hablar otra vez, pero Leonardo no la dejó—. No me importan tus argumentos, doctora, las opciones no se negocian.

Sabiendo que no tenía salida, Julieta calló. Miró la taza.

—El café está muy rico, ¿le pusiste algo? —preguntó.

—Esperaba que lo notaras —sonrió él—. Por un momento pensé que había perdido mi toque.

—¿«Tu toque»? —repitió ella, alzando las cejas.

—Un bartender no solo prepara tragos, ¿sabías?

—¿Qué le pusiste? Tiene que ser algo que tenga en mi casa —se entusiasmó ella, entrecerrando los ojos. Era obvio que amaba descubrir cosas, incluso mínimas.

—No te voy a decir. Si conservo el secreto, siempre que quieras tomarlo, me vas a necesitar.

—Te necesito por muchas otras razones —confesó Julieta. Sus mejillas tomaron color enseguida—. Cuando estamos juntos me siento una persona mejor.

Leonardo volvió a sentir que se le partía el corazón. Podía ocultar a Julieta el secreto de su café, pero no lo que él veía en ella.

—No quiero que sigas pensando que sos aburrida y mala —pidió—. No sos ninguna de esas cosas.

—No hace falta que trates de convencerme de nada, sé muy bien cómo soy —aseguró ella—. Nunca tuve amigos. Cuando era adolescente, las pocas veces que me invitaban a bailar prefería quedarme en mi cuarto leyendo clásicos o practicando violín.

—Eso no quiere decir que seas aburrida —arguyó él—. ¿Quién dice que lo que los

otros hacían era la única manera posible de divertirse?

La doctora suspiró. Leonardo supo que la había desestabilizado; la sensación de competir con ella no solo era divertida, sino excitante. Le parecía así desde que había tratado de meterse en su casa y él la había forzado a detenerse citando la Constitución y el Código Penal.

—Tengo que admitir que ese es un buen punto —contestó Julieta—. Sin embargo, el grado de aburrida de una persona no puede medirse porque sus actividades sean consideradas divertidas para una minoría. Si la mayoría cree que...

—¡Objeción! —exclamó él entre risas—. La mayoría cree que sos fría, insensible y calculadora. ¿Es verdad?

—Sí.

—¡No! Para mí sos cálida, sensible y pasional.

Julieta rio avergonzada.

—Estás equivocado —aseguró.

—No vas a mandar sobre mis sentimientos. Doctora: el grado de aburrido es tan subjetivo como la belleza. Punto.

Julieta ya se había dado cuenta de que Leonardo tenía razón, pero eso no cambiaba lo que sentía respecto de sí misma. ¿Por qué seguía considerándose todas esas cosas, si ya sabía que, en realidad, eran una construcción de su pasado? Incapaz de discutir más, bebió otro sorbo de café y volvió a su celular.

—¿No vas a decir nada más? —preguntó él. Aunque ella lo miró, permaneció en silencio—. ¡No puedo creerlo! Acabo de ganarle una discusión a la mejor abogada de Buenos Aires, al mito de todos los correccionales.

Julieta rio, completamente roja, y le arrojó la servilleta.

Después de un rato, se despidieron en la puerta del edificio. Leonardo sonrió del otro lado de la ventanilla del auto, metió una mano y le rozó la punta de la nariz con un dedo.

—Vaya a usar su brillante cabecita, doctora mía —dijo, y fue en busca de su moto, que estaba a unos metros.

Mientras conducía a su estudio, Julieta no dejó de pensar en todo lo que había vivido esa mañana. Lo acontecido el día anterior en casa de sus padres perdía importancia frente a la fuerza del presente. Leonardo ganaba cada vez más espacios de su corazón y su mente.

En la oficina se reunió con sus empleadas para tratar temas de la semana y al finalizar, se quedó un momento a solas con Victoria.

—Estoy esperando el mail de Charly —explicó—. En cuanto tenga el identikit del contratado de Barrios, se lo envío al comisario. Si el hombre existe, voy a comprobar sus conexiones con nuestro acusado. Después de eso, vas a pedir la reapertura de la causa. Va a tardar algún tiempo, pero voy a mover mis influencias para que el expediente esté activo y no lo cajoneen; quiero presentar las pruebas, que la fiscalía investigue y que se eleve a juicio enseguida. Tenemos que asegurarnos de que la defensa no pueda hacer nada. El trabajo que quiero que hagas mientras yo sigo investigando es pensar todas las posibilidades de defensa que pudiera tener Barrios si mi hipótesis es correcta.

—Lo más probable es que insistan con la culpabilidad del primer condenado.

—Ya sé. ¿Tenés clara nuestra hipótesis? Barrios supo que su esposa lo engañaba con Leonardo y premeditó una venganza. De alguna manera consiguió que su esposa tomara una pistola. Contrató a un sujeto externo para que se reuniera con un ladrón y ese ladrón hizo que Leonardo Durán dejara sus huellas en la misma arma. La noche del asesinato entró sin ser visto, mató a su esposa y se llevó la pistola. Hizo que su defensa inculpara a Durán, le plantó el arma y completó su venganza cuando el acusado fue sentenciado a cinco años de prisión.

—Sería bueno que pudiéramos resolver los dos blancos que tenemos: cómo consiguió que su mujer dejara sus huellas en el arma y cómo la mató. ¿Pensaste que pudo haber sido un sicario? ¿Y si no fue Barrios en persona?

—Sí, lo pensé, pero tengo la corazonada de que él quería matarla con sus propias manos —respondió Julieta entrecerrando los ojos—. Ya sé que el juez no se va a conformar con mi intuición, pero sabés que suelo acertar.

—Claro que lo sé. No te preocupes, voy a pensar todas las posibilidades de defensa de Barrios de acuerdo con lo que tenemos.

—Gracias —contestó Julieta con una sonrisa y le apretó el antebrazo. Victoria frunció el ceño.

—Estás rara —dijo.

—¿Rara cómo? —preguntó Julieta.

—No sé, radiante.

Julieta rio y se puso de pie.

—¡A trabajar! —exclamó, risueña.

En cuanto Victoria salió, volvió a pensar en Leonardo. Fuera del discurso laboral, su presencia se hacía mucho más fuerte. Cuando lo nombraba refiriéndose al caso, podía mantenerse distante; en cambio cuando lo recordaba de manera personal, su corazón latía muy rápido.

Se le ocurrió mirar la hora y descubrió que eran las once. A las once y media tenía que estar en un correccional, así que salió corriendo.

Llegó diez minutos tarde. Su cliente se molestó en cuanto la vio entrar.

—Pensé que mi papá me iba a mandar a un abogado —masculló.

Julietta se detuvo. Pensó en el valor de su dignidad como mujer y profesional en comparación con el dinero que recibiría por defender a ese chico rico acusado de abusar de una compañera de la facultad, y eligió su dignidad. Tal como había llegado, giró sobre los talones y se redirigió a la puerta.

—¿Qué hace?! —le gritó el muchacho.

Ni siquiera le respondió. Tenía decenas de clientes esperando por ella, no perdería el tiempo con un chiquito malcriado.

Llegaba a su auto cuando su celular sonó. Se sentó, dejó su maletín en el asiento del acompañante y revisó el teléfono: acababa de recibir un mail de Charly. Encontró el identikit en un archivo adjunto.

Así que ese era el contratado de Barrios: un sujeto de rostro amenazante, de pelo negro y ojos marrones. Nada fuera de lo común, excepto por la cicatriz que tenía cerca del ojo. Las marcas siempre servían como distintivo.

Guardó la imagen y la reenvió al comisario. A continuación lo llamó para explicarle qué necesitaba y le aseguró que su secretaria pasaría a dejarle «lo suyo» esa misma tarde.

Sentía que estaba cada vez más cerca de la verdad, y eso la excitaba. Tal vez sí era apasionada, como sugería Leonardo. Tal vez era todas esas cosas que él veía, solo que las ocultaba incluso de sí misma.

Esa tarde, antes de que cayera la noche, fue al natatorio y después a su casa. Cenó sentada en el suelo, en la mesita de la sala, leyendo documentación de un caso. Sin embargo, una idea rondaba su mente, y cuando eso sucedía, no podía concentrarse en otra cosa. Quería ignorar el pensamiento, lo consideraba una locura. Pero no pudo. Si no hacía lo que anhelaba, no podría seguir trabajando.

Se levantó, llevó la vajilla sucia a la cocina y fue a su cuarto.

Hacía años que su violín dormía en el fondo del placar, junto a una caja con ropa que no estaba usando. Lo rescató y se sentó con él en la orilla de la cama. Abrió el estuche y cuando lo vio, se le iluminó la cara. Tenerlo en sus manos después de tanto tiempo le produjo una sensación muy agradable. Le traía recuerdos, quizás los mejores de su pasado. Cuando tocaba, se transportaba a un universo paralelo donde solo existían ella y la música.

Colocó la hombrera y extrajo el arco. Lo ajustó, buscó en un bolsillo del estuche y extrajo también la resina para frotarla en la cerda. Una vez que lo tuvo listo, lo apoyó sobre su hombro. La sensación del instrumento en contacto con su cuerpo le resultó extraña en un primer momento, como si volviera a ser una alumna de primer año. Intentó tocar un poco. Sonó tan mal que hizo una mueca; por lo menos su oído seguía entrenado y se daba cuenta de que estaba desafinado.

Pasó un rato tratando de ajustarlo, pero dos cuerdas necesitaban un cambio. A pesar de eso, consiguió que sonara bastante bien y volvió a colocarlo sobre el hombro.

Comenzó despacio, creyendo que no recordaba el Concierto N° 1 de Paganini. Era lo último que había preparado antes de salir corriendo de un escenario. Para su sorpresa, muy pronto el instrumento pasó a ser una extensión de su cuerpo: no solo

recordaba las notas, sino que además todavía era capaz de disfrutar tocando, quizás más que antes.

Sonrió y dejó el instrumento recién cuando una locura atravesó su mente. Se debatió entre hacer caso o no a la idea, hasta que concluyó que no era tan descabellada.

Dejó el violín sobre la cama y buscó su computadora. Se sentó con ella delante de la mesita de la sala. Sabía el estilo de canciones que le gustaban a Leonardo y quería encontrar una que la apasionara tanto como su música para poder fusionarlas. Después de investigar en distintos tipos de rock, encontró lo que necesitaba en una balada de *hard rock*. Se moría por empezar, pero era medianoche y tuvo que ir a dormir a la fuerza.

El sábado lo dedicó a recuperar la clase de defensa personal que había perdido el jueves y fue al natatorio. El domingo aprovechó para avanzar en los casos que había descuidado. Pasó el día en la oficina con ropa deportiva; sabía que si intentaba trabajar en casa, el violín la tentaría y otra vez se atrasaría.

Por la noche, sin embargo, empezó a preparar la fusión. La canción en sí misma tenía la intervención de violines en algunos momentos, solo tenía que conjugar esas intervenciones con su propia música. Llevaba un cuarto de acompañamiento compuesto cuando sonó el celular. Su corazón palpité cuando en la pantalla leyó el nombre de Leonardo.

Él le preguntó cómo estaba y qué hacía. Como esperaba que la canción fuera una sorpresa, Julieta le dijo que estaba trabajando; no era difícil que le creyera. Sonrió, divertida, mientras él le daba un sermón sobre la importancia de descansar y le jugaba bromas para que se distendiera. Después le contó que el chico nuevo había renunciado y que otra vez tenía que ocuparse del turno de la noche.

—¿No pensaste en buscar trabajo en otro lado? —le preguntó ella.

—La gente no suele emplear ex convictos. El caso salió en televisión, y cuando fui a buscar trabajo apenas salí de la cárcel, el dueño de un local bailable me reconoció. Me dijo muchas cosas, lo pasé horrible.

Julieta se quedó callada. Una estaca se le había clavado en el corazón; la condena social a veces era peor que la misma cárcel. Cuando los medios de comunicación asumían una postura e implantaban sus tendencias en la gente, era muy difícil revertirlas. ¿Quién le creería a Leonardo que era inocente, si acaso él se molestaba en aclararlo?

Permaneció tanto tiempo en silencio, que Leonardo se dio cuenta de lo que pasaba.

—Juli —le dijo—. No quiero que pienses que te estoy reprochando nada. Por favor, no hagamos que cualquier cosa que decimos arruine lo que tenemos. Si tuviéramos que callar, mentir u ocultar lo que pasó, no seríamos nosotros mismos. La condena es parte de mi vida, y no puedo borrarla. Si la menciono, no te sientas mal. De hecho, en otro momento me habría enojado por tu pregunta, pero ya no. ¿Estamos bien?

No, nada estaba bien. Julieta sabía que, aunque ahora demostrara que Barrios era el verdadero culpable, lo que había vivido Leonardo no se borraría. Le resultaría muy difícil conseguir otro trabajo, viajar, vivir una vida sin secuelas.

—Sí, está bien —mintió.

El lunes por la mañana, al fin recibió el e-mail del comisario. Le avisaba que le había costado bastante conseguir los datos que le había solicitado y que no podía hacer uso de ellos de manera pública, ya que se los había pedido a un amigo.

José Castro era un inmigrante de nacionalidad colombiana que vivía en una casa tomada en Avellaneda, cerca de la bajada del puente Pueyrredón. Por las palabras del comisario, entendió que contaba con algún tipo de protección política o policial. Tendría que volverse todavía más fuerte si entraba en juego la corrupción.

Se moría por subir al auto y conducir hasta la dirección del empleado de Barrios, pero había acordado otra cosa con Leonardo. No quería ignorar la promesa y avanzar sola, como había hecho siempre.

Tomó el teléfono y lo llamó.

—¿Estás trabajando? —le preguntó.

—Entro a las diez de la noche.

—¿Podés acompañarme a un lugar esta tarde?

—¿Es un lugar peligroso?

—Puede que sí.

—Voy.

Se encontraron en la puerta de su casa a las seis de la tarde. Como estaba empezando el invierno, el sol ya había desaparecido y hacía frío. Julieta había salido por la puerta principal con ropa deportiva. Leonardo llevaba un jean, campera de cuero y botas. Dejó el casco atado a la moto, que estaba junto a un árbol, y se saludaron. Para su sorpresa, ella le indicó que caminara hacia un Fiat muy nuevo con vidrios polarizados.

—¿Y tu auto? —le preguntó él.

—Alquilé este —explicó Julieta—. Vamos a pasar un rato frente a una casa; no puedo arriesgarme a que alguien tome nota de mi patente y sepa que estoy ahí.

Leonardo asintió, cada vez más convencido de que las estrategias de Julieta no tenían límites, y la siguió al coche. Si bien estaba intrigado por lo que harían, no hizo preguntas. Encendió la radio y buscó una emisora que no pasara música de moda.

Julieta tomó por la autopista 9 de Julio y cruzó el puente Pueyrredón. Dio una vuelta y después empezó a circular muy despacio. Estacionó frente a unas casas muy precarias de la avenida Hipólito Yrigoyen, mirando hacia otras viviendas que estaban del lado de enfrente. Apagó las luces y el motor.

—¿Y ahora qué? —le preguntó él.

—Ahora esperamos.

—¿Qué estamos esperando?

—Queremos ver a alguien.

—¿Por qué no enviaste a otra persona?

Julieta lo miró como si acabara de preguntarle una tontería.

—Más de una vez desearía hacerlo. A veces no puedo. En este caso, sería imposible.

—¿Por qué?

—La persona que esperamos está protegida por la policía, y puede que por alguien de un rango todavía mayor. Si enviara a otra persona, la pondría en peligro.

Leonardo respiró profundo. Aunque la información no le agradaba, ya nada de Julieta lo sorprendía. Era evidente que asumiría todo el riesgo sola, pero le parecía increíble que, aun habiendo podido elegir la vida acomodada que su familia le ofrecía, estaba pasando frío en un auto alquilado frente a la casa de algún delincuente protegido.

Ella giró la cabeza y volvió a mirar la vereda de enfrente. Leonardo estiró una mano y le acarició el pelo, que estaba recogido de manera desprolija en un broche.

—Contame, ¿a qué se dedica tu hermana? —preguntó.

Julieta volvió a mirarlo con una semisonrisa y el ceño fruncido. Después, otra vez se ocupó de prestar atención a las puertas de chapa.

—Es licenciada en Filosofía, pero trabaja para el Museo de Arte Latinoamericano.

La imaginación de Leonardo voló hacia una larga mesa de madera lustrada presidida por el juez Olazábal. Podía imaginar a su esposa perfecta y a sus dos hijas perfectas hablando con propiedad sobre cómo había estado su día. Una, salida de un conservatorio, y la otra, de un museo. Rio al contraponer esa imagen con el desastre que era su familia: había tenido los mejores padres del mundo, pero en la mesa solo había risas algunos días; otros, retos porque él se llevaba materias o se portaba mal en el colegio. Durante muchas cenas, los acompañaba el televisor.

—¿Es gracioso? —preguntó Julieta, mirándolo de nuevo.

—No, es solo que no paro de preguntarme por qué elegís esta vida. Vos también podrías estar en un museo. —«Preferiría que lo estuvieras», pensó—. ¿A quién esperamos? —preguntó, cambiando de tema.

Julieta giró, buscó en su bolso y extrajo una carpeta. Se la puso sobre las piernas, la abrió y señaló una foto.

—José Castro, el contratado de Barrios —soltó. No hacía falta que le aclarara quién era, Leonardo lo reconocía: era el tipo que lo había amenazado dos veces—. Necesito comprobar que existe y que tiene conexión con Barrios. De esa manera podremos reabrir la causa, y entonces me las voy a ingeniar para que el fiscal lo investigue. Espero que su protector no esté tan arriba, o va a ser difícil que quieran meterse con él. Sospecho que no, tiene que ser un oficial, pero no un político. Si así fuera, en el expediente que me consiguió el comisario habría figurado su militancia para algún partido.

Leonardo suspiró, asqueado de ese mundo de delito y corrupción al que Julieta no parecía temer. Él temía por ella.

No tenían que pasar horas ahí para comprobar que ese hombre existía y que tenía relación con Barrios. ¡Si tan solo hubiera podido decírselo!

La vio estremecerse de frío, y su corazón endurecido se ablandó otro poco. Sí, la prefería en un museo que arriesgando la vida.

La tomó de los hombros, la atrajo contra su pecho y la rodeó con los brazos para darle calor.

—¿No te parece que esto, en realidad, es trabajo de la policía? —le preguntó con suavidad y la besó en la cabeza.

Ella se aferró a su antebrazo sin dejar de mirar la vereda de enfrente.

—¿Qué agente se metería con un protegido? —respondió—. ¿Por qué lo seguirían, si ni siquiera puedo denunciarlo todavía?

Leonardo la apretó un poco más y volvió a besar su pelo. Nunca había conocido a una mujer como Julieta. Ni siquiera Emilia había tenido la valentía y la determinación de ella. Se había enamorado de la mujer de Barrios cuando era un hombre que conocía el sacrificio, pero no el infierno. En cambio, ahora dudaba de que alguien como Emilia pudiera atraerlo. Nadie, solo Julieta.

Pasaron un buen rato dentro del auto. En todo ese tiempo apagaron la radio y se quedaron solo en compañía del silencio. Hacía cada vez más frío y por las puertas no salían más que niños, perros y una mujer con una bolsa de basura.

A las nueve, Julieta se separó de Leonardo y se acercó a la ventanilla. Acababa de ver algo: un grupo de chicos golpeaba una de las puertas. Castro salió y les entregó un paquete a cambio de dinero.

—¡Sí! —exclamó, dando un golpecito al volante. Se acercó un poco más a la ventanilla con el ceño fruncido. Castro tenía una venda en la frente—. ¿Qué le habrá pasado? Me parece que alguien le dio su merecido —bromeó.

Leonardo apretó los puños, ¿cómo decirle que había sido él? No podía creer que Julieta se alegrara de encontrar un delincuente cuando a él se le congelaba la sangre. No quería seguir con la reapertura del caso; presentía que Barrios no estaba jugando y que Julieta corría serio peligro.

—¿Es suficiente? ¿Podemos irnos o vamos a bajar a preguntarle si conoce a Samuel Barrios? —ironizó.

Julieta lo miró sin entender su repentino cambio de ánimo.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Que no me gusta todo esto. Lo que viví en la cárcel fue horrible, y quiero estar lo más lejos posible de este mundo oscuro y corrupto.

—Vos me hiciste prometer que te pediría que me acompañaras —le recordó Julieta, indignada. Ella solo le había pedido que testificara con la verdad sobre la muerte de Emilia, no que descendiera al infierno a su lado.

Comprendiendo su error, Leonardo la atrajo hacia sí, le apretó la cara contra sus labios y la besó en la sien.

—Vamos. Y no vuelvas, por favor —pidió.

Julieta esperó a que Castro se metiera en la casa para encender el auto.

—¿Cómo supiste quién era el empleado de Barrios? —le preguntó Leonardo, camino a Capital.

—El ladrón que tiró el arma para que la recogieras hizo un identikit.

—¿Qué te pidió a cambio? Esa gente no hace nada sin sacar rédito.

—Le ofrecí tomar su caso para que le reduzcan la pena.

Leonardo sabía que cuanto más indagara, más se preocuparía. Julieta seguía involucrándose en el peligro.

—Juli, estuve pensando, y sería mejor que dejáramos todo.

Ella rio sin reparos.

—¿Puedo pedirte un favor? No vuelvas a decir eso.

Leonardo miró por la ventanilla. Odiaba todo aquello.

Llegaron a la avenida del Libertador poco después de las nueve y media. Se despidieron y ella lo vio alejarse en la moto. Se cruzó de brazos, extrañando el calor que solo Leonardo podía brindarle, y se metió en el edificio.

Al entrar a su casa, otra vez pisó un sobre de papel madera. Las amenazas ya ni siquiera le daban miedo, solo enojo. Abrió sin titubear, y cuando extrajo el nuevo papel, su corazón dio un salto. Lo soltó de inmediato y cayó, pesado, a sus pies. Le habían abrochado una cucaracha aplastada y debajo habían escrito: «Así te vamos a dejar a vos».

—¡Imbéciles! —gritó, exaltada, y se esforzó por recobrar la compostura. Cuando se ponía nerviosa, no podía pensar.

Pisó el insecto, tomó el papel de la punta contraria y lo rompió de modo que pudiera tirar el bicho a la basura. Lo hizo con furia contenida, como si arrojando la cucaracha al cesto se deshiciera también de la impunidad y la injusticia. Buscó los demás papeles que había escondido en el cajón y se sentó en el sofá para hacer un llamado.

—Charly, ¿cómo estás? ¿Puedo alcanzarte algo mañana para que lo lleves al laboratorio? Necesito saber si tiene huellas y a quién pertenecen. Sí, ya sé que eso es costoso, no te preocupes. ¿A qué hora podemos encontrarnos?

No iba a desistir por un par de papeles. Si se metían con ella, ella se metería con ellos. Y cuando los tuviera entre manos, iba a destrozarlos. ¿Quiénes se creían para amenazar a un abogado? Así hacían con jueces y fiscales y, a veces, conseguían acallarlos. Eso tenía que terminar. No permitiría que le hicieran lo mismo, no podrían con ella.

Al día siguiente, antes de salir del edificio, pasó a ver al encargado.

—No quería molestarlo, pero voy a tener que revisar la grabación de seguridad de ayer. ¿Usted dejó este sobre debajo de mi puerta? —preguntó, mostrándoselo.

—Sí. Y como vi que era un sobre idéntico al de la otra vez, ya preparé una copia de la grabación durante la franja horaria en que pueden haberlo dejado.

—¿De verdad? —Julieta no cabía en sí de asombro, adoraba la efectividad.

—Si me espera un momento, se la doy.

El hombre se internó en su casa y salió con un *pendrive*. Julieta agradeció y volvió al ascensor, ansiosa por revisar el video.

Pasó un buen rato mirando la grabación, en la que solo se veían entrar y salir vecinos y algunas visitas. Media hora después, alguien se acercó solo para dejar un sobre en el buzón y se fue. Era ese el responsable de las amenazas, su intuición se lo dictaba.

Pausó la reproducción e hizo zoom hasta que la imagen se pixeló. La alejó un poco y así consiguió el mejor acercamiento. Era imposible distinguir el rostro: el sujeto tenía puesta una capucha, pero estaba claro que la contextura física coincidía con la del que la había atacado a la salida del bar. Se llegaba a ver una de sus manos. Recordaba la cruz tatuada, pero no alcanzaba a verla en la imagen. Si tan solo hubiera podido mejorar la calidad de la foto para obtener detalles...

Más tarde, entre una audiencia y una entrevista con un cliente, fue a ver a Charly. Le dejó los papeles con las amenazas para que los llevara al laboratorio donde podrían analizar las huellas dactilares y le pasó la grabación.

—Necesito detalles, en especial de la mano izquierda —solicitó.

Charly le avisó que sería difícil mejorar la calidad del video, sin embargo, prometió hacer lo posible.

Al llegar a su casa a la noche, se dejó caer en el sillón y cerró los ojos. No podía creer lo agotada que estaba desde que había tomado el caso de Leonardo. Ese día en particular, se sentía débil y le dolía la garganta. Tomó un analgésico y se acostó sin cenar.

No podía dejar de pensar. Hasta el día anterior había creído que las amenazas venían de Barrios, pero si la imagen de quien había dejado el sobre coincidía con la del sujeto que la había atacado frente al bar, las cosas se complicaban. Era más fácil si sabía a quién se enfrentaba.

Por la mañana concurrió a una audiencia y después a su oficina. Esperaba con ansias alguna novedad de Charly, aunque estaba claro que no le escribiría hasta el fin de semana.

Se rompió la cabeza pensando de qué manera podía probar una conexión entre José Castro y Samuel Barrios, pero no se le ocurría nada. Aunque mandara a seguir a Castro, era improbable que se encontraran en persona. Barrios jamás descendería a un estrato tan bajo.

Esa misma tarde recibió un llamado sorpresivo del comisario Ramírez.

—Hace un tiempo me pidió información sobre un tal Leonardo Durán, y después, de Luis Alberto Espinoza —le dijo el hombre—. Como sabe, cada vez que me solicitan algo investigo un poco, y vi que están vinculados a una misma causa: el homicidio de la esposa de Samuel Barrios.

—¿Y eso qué? —replicó Julieta, precavida. Si alguien más le iba a decir que Barrios o cualquiera de sus secuaces estaban protegidos y que debía dejar el caso, era capaz de insultar.

—Tengo un dato que quizás le sea útil: la nueva mujer de Barrios pasó por una clínica privada. Como dijo que sufría violencia de género, los médicos llamaron a la policía, pero en cuanto los agentes llegaron, se negó a hacer la denuncia y cambió la

historia. Típico de mujer golpeada.

—¿Barrios tiene una nueva pareja? —preguntó Julieta, anonadada, mientras preparaba su bloc de notas y una lapicera. No entendía cómo se le había pasado ese dato—. ¿Sabe algo más sobre ella?

El comisario le dio el nombre completo y su número de documento.

—Gracias —dijo Julieta.

—Tómelo como un favor por todos los trabajos que me pide —replicó el comisario—. Buena suerte, y no se meta con Castro. Es por su bien.

No respondió a eso, no tenía más remedio que meterse con él también.

Cortaron y miró los datos de Analía Montero, la nueva mujer de Barrios. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Si conseguía que ella hablara, sin duda podría decirle mucho más que cualquier otra persona, sería como escuchar a Emilia. Se dio cuenta de que tampoco había preguntado a Leonardo qué le decía su amante del marido, y anotó hablar con él al respecto. Aun así, lo más importante era Analía. Si conseguía su testimonio y ella certificaba que Barrios tenía conexión con Castro, la causa se reabría.

¿Cómo encararla? No podía decirle que era abogada y que quería hundir a su marido. La mayoría de las mujeres no declaraban en contra de sus parejas. Las que eran golpeadas, además, estaban amenazadas y sentían terror de que sus esposos tomaran represalias contra ellas. Analía creería que era una trampa. Tenía que ganar su confianza.

Empezó por algo tan básico como buscarla en Internet. Como sabía dónde vivía Barrios, se centró en las mujeres en cuyas redes sociales figuraba esa localidad. Su corazón latió más rápido ante la foto de una chica muy joven, rubia de ojos verdes, muy parecida a Emilia. Entró y halló unas pocas fotos públicas: en una estaba en el Hipódromo y en otra, en un restaurante. «Cena en familia. Los #Barrios en la #Costanera.»

—¡Sí! —exclamó, feliz con su intuición. Si bien no había fotos con Samuel, ya no tenía dudas de que se trataba de su mujer.

Siguió buscando información; la cuenta era bastante nueva y solo había publicaciones de ese año y del anterior. Nada que le sirviera para encontrarla sin ponerse en evidencia.

Leyó su información: había egresado de un colegio religioso de Capital Federal hacía diez años. Buscó el nombre de la institución con la leyenda «egresados 2006» y halló un grupo de Facebook al que incluso Analía pertenecía. Revisó los demás miembros y abrió varios perfiles de mujeres hasta dar con una que tenía casi todo público. Robó algunas fotos, creó un perfil falso con la identidad de la ex compañera de Analía y le envió una solicitud de amistad; era el único modo de acceder a más información y fotos. Solo faltaba que la aceptara.

Se cruzó de brazos y se respaldó en el asiento, consciente de que estaba cometiendo una infracción. De todos modos, la legislación sobre delitos informáticos era tan nueva que no se cumplía. No estaba segura, pero apostaba a que nadie había sido sentenciado por falsificar un perfil de Facebook, ni siquiera en Estados Unidos.

Se levantó y decidió ir a su casa. Tenía una canción que ensayar.

Al día siguiente encontró que Analía había aceptado la solicitud. Incluso le había enviado un mensaje privado: *Lu, ¿creaste una cuenta nueva?* Tenía que apresurarse a investigar antes de que se diera cuenta de la falsificación.

Recorrió las imágenes: solo en dos estaba Barrios. Odiaba la expresión altanera de ese hombre; había algo en su mirada que delataba crueldad y ensañamiento.

Entre las fotos nuevas que aparecieron, halló una en la que Analía posaba sonriente en bata junto a una piscina. «Otro viernes en el #SpaBrisas», decía el epígrafe. Buscó en Google: se trataba de un spa en Recoleta. Ya tenía plan para el día siguiente.

* * *

El viernes, después de ordenar a Lorena que cancelara todas sus actividades del día, fue al spa a las diez de la mañana. Contrató el servicio de ocho horas, rogando que Analía apareciera en algún momento.

Luego de un baño de inmersión con hidromasaje y una sesión de sauna, se sentó sola en una mesa del comedor. Observó a cada una de las mujeres que almorzaban allí y maldijo por dentro al darse cuenta de que ninguna era Analía. Se mordía el labio con indignación cuando una mano se apoyó en su hombro.

—¿Julieta?

La voz de su madre la sobresaltó. Giró la cabeza y se encontró con ella.

—¡Mamá! ¿Qué hacés acá? —preguntó.

—¿Qué hacés vos? —respondió Nora, apartando una silla—. No pensé que un spa fuera un lugar para vos.

—No lo es —reconoció Julieta. Siempre había sentido que un spa era una pérdida de tiempo, un lugar al que iban las mujeres de la alta sociedad para hablar mal de otras.

Nora se sentó. Sonreía, parecía genuinamente feliz de verla.

—¿Viniste por algo en particular? —interrogó, todavía sorprendida.

Julieta se le acercó y bajó la voz para preguntar:

—¿Venís siempre? —Su madre asintió con la cabeza—. Por casualidad, ¿conocés a una chica que se llama Analía Montero?

—¡Sí, es divina! —exclamó Nora con entusiasmo—. Y el marido es un caballero.

A Julieta se le escapó la risa. Tuvo que cubrirse la boca y respaldarse en la silla para que las demás mujeres no se dieran vuelta para mirarla. Barrios era tan caballero que golpeaba mujeres y las mataba.

—Perdón —dijo, tratando de recomponerse. Era reír o llorar—. ¿Hoy vino?

—¿La chica? —preguntó Nora. Julieta asintió—. No, no vino. Me dijeron que está enferma, pobrecita. Viste que en esta época todo el mundo se resfría. ¿La buscás para algo? ¿Cómo la conocés?

¿Cómo no se le había ocurrido antes? Era imposible que Analía estuviera allí ese día si todavía tenía secuelas de los golpes de su marido.

—Mamá, si te pidiera que hicieras algo por mí, ¿lo harías?

—¿Qué necesitás?

—¿Cómo te llevás con Analía? ¿Tienen confianza? ¿Son amigas?

—Somos amigas del spa... No nos vemos fuera de acá, pero sí, nos llevamos bien.

—Necesito que te comuniqués con ella y le pidas tomar un café en el bar de la esquina.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Pero está enferma, no puede salir de su casa.

—Cítala para mañana.

—¿Cómo la voy a citar? ¿Con qué excusa? —rió Nora. Su sonrisa desapareció cuando se dio cuenta de que su hija hablaba en serio—. ¿Le digo que querés verla?

—¡No! Ni se te ocurra.

—¡Encima querés que mienta!

—Quiero que venga, y si le hablás de una abogada, seguro se asusta. ¿A quién le gustan los abogados? Somos sinónimo de problemas. Por favor, ponete una excusa convincente y hacé que venga. —Nora suspiró; dudaba—. ¡Por favor! No es para nada que la perjudique. ¿O vos también pensás, como papá, que solo puedo ser mala?

Nora la miraba, y Julieta creyó que el silencio respondía por ella. Resopló, pensando que su madre jamás la ayudaría, y empezó a tramar cómo se acercaría a Analía si ahora ni siquiera podía mentir. No podría ocultar quién era, ni siquiera por un tiempo; su madre en el spa limitaba sus acciones.

—Está bien, la llamo —aceptó Nora con reticencia. A Julieta no le importó que no estuviera convencida, nunca nadie lo estaba.

Mientras Nora conversaba con la mujer que ella tanto buscaba, sentía la sangre correr por sus venas; la excitaba hallarse tan cerca de su meta. Nora le dijo a Analía que quería verla por un asunto de caridad. Cuando cortaron, Julieta la observó, llena de expectativa.

—Propuso que nos encontráramos mañana a las cinco de la tarde en el bar de la esquina.

Julieta miró el reloj en su teléfono: era la una; había invertido toda la mañana en Analía Montero y tenía que avanzar con los casos que la esperaban en su despacho. Se puso de pie de inmediato.

—Gracias —dijo a su madre—. Nos vemos mañana a las cinco menos cuarto en el bar.

—¡Esperá! —exclamó Nora—. ¿Por qué te vas? Quedate. Compartamos un rato, las máscaras faciales de acá son espectaculares.

Julieta evitó hacer una mueca de disgusto; jamás perdería tiempo en ese sitio, y menos para una máscara facial. Si quería, se la aplicaba en su casa.

—Tengo mucho que hacer —se excusó—. Nos vemos mañana. Por favor, no falles: te espero a las cinco menos cuarto en el bar.

La besó en la mejilla y salió apurada.

Al día siguiente, Julieta fue al bar a las cinco menos cuarto. Llovía. A las cinco menos diez llegó su madre. Le pidió que se ubicara en la silla que estaba a su lado y ordenaron un licuado para cada una.

—¿Me vas a decir por qué me hiciste llamar a Analía? —preguntó Nora. No era ninguna tonta, y tenía sospechas.

Julieta miró por la ventana, esperando ver a la chica.

—No puedo —respondió, distraída, y volvió a mirar a su madre—. Por favor, en cuanto llegue presentame como una persona confiable y andate.

—¿Es broma? ¿Cómo me voy a ir?

—¿Podés hacer lo que te pido? Te lo suplico.

—Si no me decís por qué la citaste, la llamo para que no venga.

Julieta abrió la boca, molesta por la actitud de su madre. Sabía que tenía razón, pero no podía contarle. ¿Por qué no confiaba en ella?

—Sé que no te doy motivos, pero por favor confiá en mí por una vez en tu vida. No soy tan horrible como papá te hace creer.

—Tu padre no me hace creer nada.

—De eso también tenemos que hablar, pero no hoy.

Julieta volvió a mirar la ventana y al fin divisó a Analía. Bajaba de su auto cubriéndose la cabeza con la cartera para protegerse de la lluvia. Sabía que tenía veintisiete años, pero aparentaba menos; un aire ingenuo la envolvía.

Entró arreglándose la ropa y buscó la mesa. Llevaba lentes de sol; a Julieta le resultó muy fácil deducir por qué no se los sacaba. Notó que se sobresaltó cuando se dio cuenta de que su conocida no estaba sola.

—Hola, Analía —la saludó Nora, y se dieron un beso en la mejilla—. Ella es mi hija Julieta —la presentó. Julieta le dedicó una sonrisa apretada y Analía hizo un gesto amable con la cabeza. Se sentó.

—Perdón por los lentes, tengo un problema en el ojo —se excusó. Tenía una voz cálida y dulce que Julieta enseguida identificó como de alguien sufrido.

—Me dijeron en el spa que estabas enferma, pensé que era un resfrío —le contó Nora—. ¿Es de la vista? ¿Seguís mal? Perdoname por haberte hecho venir hasta acá, mi hija insistió en verte.

—Sabés que la beneficencia me puede —contestó Analía, con un poco más de confianza, y miró a Julieta—. ¿Es tu hija la que lleva adelante la causa?

Nora miró a Julieta.

—Algo así —contestó, y de nuevo se volvió hacia su amiga—. Yo me tengo que ir. Solo quería presentarlas; ella te va a explicar todo. Es una abogada muy exitosa.

Julieta suspiró. Hubiera preferido que su madre la ayudara con algunas palabras de ella como persona, más que buena propaganda profesional, pero no podía esperar demasiado si nadie creía en sus buenas intenciones.

Nora se puso de pie con una sonrisa, saludó a Analía y a su hija y se alejó.

Mientras salía del bar, la chica no dejó de mirarla, ni Julieta a ella. Inspiró hondo y se preparó para comenzar, presentía que esa sería su única oportunidad y no podía desperdiciarla.

—Gracias por venir —comenzó para atraer su atención.

—De nada. No tengo mucho tiempo, me gustaría saber de qué se trata la causa.

—Quiero que nos ayudemos mutuamente. Por favor, no te asustes por nada de lo que voy a decir. ¿Puedo contar con eso?

—No entiendo una palabra —masculló la chica, ahora un poco nerviosa.

Sería difícil hablar con Analía; Julieta estaba acostumbrada a ser fuerte y directa, y primero tenían que entrar en confianza.

—Vamos a ponerlo así: las dos estamos en peligro a causa de la misma persona —intentó explicar. Analía frunció el ceño.

—¿En peligro? ¿Qué peligro?

Julieta volvió a inspirar profundo. Se moría por ser expeditiva: «Linda: tu marido es un maldito que mató a su primera esposa, y si no lo metemos entre rejas, las dos vamos a terminar igual que ella». Pero no. No podía decir eso.

—Resulta que hace ocho años, yo fui la abogada de tu marido.

—¿De Samuel? —preguntó la chica.

«No, de Rogelio», pensó Julieta con impaciencia. Así acostumbraba a responder a muchos de sus quisquillosos clientes, pero ese no era el caso, y tenía que contenerse.

—Sí —contestó—. No soy de su bufete habitual, soy abogada penalista. ¿Sabés por qué me contrató?

—Puedo imaginarlo —respondió la chica.

—¿Conocés la historia de Emilia?

—Un poco, mi marido no suele hablar de parejas anteriores.

—Samuel fue acusado de homicidio.

—No entiendo el motivo de esta cita.

Julieta lo supo: Analía acababa de ponerse a la defensiva.

—Yo fui su defensora —se apuró a explicar. Sabía que la chica estaba a un segundo de irse—. Logré que lo sobreyeran, pero a causa de eso el tribunal condenó a un inocente.

—Sigo sin entender qué tengo que ver yo con todo eso —replicó Analía, molesta—. Emilia tenía un amante y ese hombre la mató.

—Creo que sospechás que eso no fue así, al igual que yo —contestó Julieta, implacable—. Sé lo que te hace tu marido y puedo librarte de ese infierno si decidís ayudarme.

—No sé de qué estás hablando. Disculpame, tengo que irme —dijo Analía, y se puso de pie.

Julieta hizo un esfuerzo por ocultar su desesperación.

—No vivas de esta manera, ¡no elijas terminar igual que Emilia! —soltó, ahogando la voz; tenía ganas de gritar. La chica se detuvo, se la notaba angustiada—. ¿Sabés por qué la mató? Empezó con lo que te hace a vos.

Analía se humedeció los labios y se volvió. Se sentó otra vez, cabizbaja y sollozando. Las dos permanecieron en silencio un momento.

—Es difícil escapar, lo sé —continuó Julieta—. Por eso te estoy ofreciendo hacerlo

limpiamente. No tendrías que dejarlo, ni siquiera tendrías que pedirle el divorcio. Voy a encerrarlo por homicidio simple agravado por el vínculo y, entonces, vas a ser libre.

—¿Cómo sé que funcionaría? —preguntó Analía con un hilo de voz.

—Me llamo Julieta Olazábal. Buscá en Internet. Leé algunas notas, mirá un par de videos y descubrí qué tipo de persona soy: no me detengo ante nada, siempre consigo lo que quiero.

—¿Qué tendría que hacer?

—Contarme algunas cosas y repetir lo que nos sirva en tu declaración.

—¿Y si él se entera? ¿Si me castiga por eso?

Por primera vez, Julieta no sintió impaciencia ante las dudas de alguien: sintió lástima. Ella jamás toleraría a un golpeador, ni siquiera a un hombre que pretendiera cambiarla en lo más mínimo. Comprendía, sin embargo, que no todas las mujeres eran tan fuertes y que estaba lleno de manipuladores como Barrios, capaces de dilapidar el amor propio de las personas más increíbles.

Bajó la mirada. Si convencía a Analía de que la ayudara, no podría fallar. Fracasar podría suponer, incluso, su muerte. Y aunque cargara con más responsabilidades y posibles culpas sobre su conciencia, la necesitaba; tendría que asumir más riesgos.

—No podría castigarte —replicó con un tono mucho más compasivo—. Con una acusación de homicidio simple agravado por el vínculo y violencia de género, sería suicida que se arriesgara a hacerte daño. Además, pediríamos prisión preventiva, y eso te libraría de él enseguida. En tal caso, si consigo que se reabra la causa de Emilia, te ayudaría a irte de la casa. Mientras tanto, podría pedir que tus declaraciones fueran protegidas. ¿Me ayudarías si te doy todas esas garantías? —Se produjo un instante de silencio. Analía asintió con timidez, moviendo apenas la cabeza—. En ese caso, aprovechando que te dejó de esta manera, sería bueno que hicieras una denuncia. Eso sentaría precedentes.

El error de Emilia había sido no denunciar a su marido. Si lo hubiera hecho, le habría complicado un poco más la defensa. Le costaba creer que Leonardo se hubiera mantenido junto a su amante soportando que apareciera golpeada sin hacer nada; sin duda ella se negaba.

—No, eso jamás —replicó la chica—. Si se enterase, me castigaría.

—No va a enterarse —le aseguró Julieta—. La mayoría de esas denuncias quedan en la nada, pero tenemos que hacerla para que, cuando lo acusemos, nos ayude a demostrar que tu marido es violento. Debemos cubrir todos los ángulos para que el juez nos crea y asegurarnos un resultado final positivo.

—¿Y si no pasa desapercibida?

—Confiá en mí, estoy cansada de ver que esas denuncias no prosperan —ratificó con firmeza—. Por otra parte, necesito que me digas si conocés a esta persona.

Abrió su bloc de notas y extrajo la foto de José Castro que el comisario le había pasado. Analía no dudó.

—Sí —dijo—. Lo vi reunirse con Samuel en nuestra quinta de fin de semana, dos veces en el último tiempo.

Julieta se sintió feliz de saber que con esa respuesta, el juez no podría negarse a reabrir la causa.

—¿Podrías repetir que los viste reunidos cuando declares? Solo tendrías que decir

la verdad. —Analía asintió, y Julieta fue incapaz de contener la sonrisa—. Gracias —dijo—. Gracias, gracias —sentía un inexplicable alivio.

La llevó a la comisaría y la ayudó a hacer la denuncia. Oírla exponer cómo su marido la había golpeado, la forma y los motivos, le heló la sangre. Haría pagar a ese malnacido todo el daño que había hecho, cada día estaba más convencida de que estaba en el camino correcto. Se sentía completa, había olvidado lo gratificante que era luchar por una causa justa. Ella tenía la valentía, la fuerza y la resistencia para hacerlo, ¿por qué había optado tantos años por el camino más fácil?

Dejó a la chica en la esquina del bar para que pudiera recuperar su auto y le informó que se comunicaría con ella en cuanto la necesitara para hacer la declaración. Antes de despedirse, le suplicó que no se arrepintiera. Analía le aseguró que, mientras ella le garantizara seguridad, estaba dispuesta a terminar con la tiranía de su marido.

Llamó a Victoria desde el auto.

—Tenés este fin de semana para preparar todo. El lunes solicitamos que reabran la causa.

—¿Verificaste la conexión entre Barrios y Castro? —preguntó Victoria, entusiasmada.

—Sí —replicó Julieta de la misma manera—. Tenemos todo para probar nuestra hipótesis, vamos a encerrarlo de por vida.

En el auto revisó su celular: tenía dos llamadas perdidas de Charly. Se comunicó con él y el chico le informó que podía pasar a buscar los resultados de los análisis por su casa. Fue enseguida.

—No había huellas, además de las tuyas, y tampoco pude mejorar la calidad de la imagen del video. Lo siento —le explicó él, entregándole un sobre blanco en la puerta del edificio donde vivía. Al parecer quien la amenazaba tenía la experiencia suficiente para usar guantes mientras elaboraba las notas intimidatorias.

Aunque la búsqueda no había dado resultados, Julieta llegó a casa contenta. No tenía sentido dar más vueltas a ese asunto; estaba en un círculo y seguir la marearía.

Dejó los papeles sueltos en el mismo cajón donde estaban antes y escuchó los mensajes del contestador del celular con el altavoz activado: uno era de Leonardo. Le preguntaba cómo estaba y si quería que la visitara esa noche. Lo llamó y le dijo que sí, omitiendo contarle sus avances en el caso. Le daría la sorpresa cuando se vieran personalmente.

* * *

Julieta recibió a Leonardo con sushi sobre la mesita de la sala. Ni bien se sentaron en el sofá, ella sonrió y se irguió, orgullosa.

—Tengo algo que contarte —anunció.

—¿Es sobre el caso? —le preguntó Leonardo. No dejaba de mirarla; cada vez que se ponía ropa deportiva le resultaba más atractiva.

—Sí.

—Hoy no hablemos del caso. Vamos a hacer otra cosa —propuso, y abrió la mochila. Extrajo un *pendrive* y lo sostuvo de un aro con un dedo.

—¿Qué es eso? —rio Julieta.

—Películas.

—¿Vamos a ver películas de acción?

Leonardo asintió con la cabeza y ella rio.

Después de cenar, se recostaron en el sillón con las luces apagadas y dieron inicio a la función. Julieta aguantó callada menos de quince minutos.

—¿Es en serio? —preguntó—. Qué increíble, está peleando contra ocho a la vez y les gana, eso es imposible.

Leonardo bajó la cabeza: desde la posición en la que se encontraban, solo podía ver el pelo de Julieta. Estaba recostada sobre su pecho, entre sus piernas.

—Eso también es imposible —continuó ella un rato después—. ¿Sabías que disparar una pistola de lado queda *cool*, pero es muy peligroso? El retroceso del arma podría lesionarle el brazo.

Duró diez minutos sin decir nada, hasta que otra vez habló:

—¡Por favor! La probabilidad de que un auto explote por un disparo es casi nula.

Un rato después, arremetió:

—¿De verdad piensan dejar todo eso ahí? Cualquier forense podría descubrir de quién es ese auto en medio minuto. Nunca se dijo que el personaje no tuviera identidad reconocida. Dejó sus huellas en el volante, en el baúl...

Leonardo le cubrió la boca con una mano mientras reía.

—¿Podés olvidarte de todo y tan solo disfrutar? —preguntó.

Julieta se sentó, liberándose de su apretón. Sonreía y su mirada era radiante; se notaba que se divertía.

—¡Podría disfrutarlo si lo hicieran verosímil! —exclamó.

—Es verosímil para el común de la gente —discutió él entre risas.

—Ya tengo mi próximo trabajo —replicó Julieta, volviendo a recostarse sobre su pecho—. Voy a ser asesora en Hollywood para que sus películas de acción y policiales sean más creíbles.

Leonardo la abrazó. Era insoportable, pero mentiría si no reconociera que adoraba su forma de ser.

Cuando la película terminó, Julieta volvió a mirarlo.

—Tengo que ser sincera: lo mejor de la película fue el actor protagonista, que estaba muy, muy lindo. Lo demás... —negó con la cabeza haciendo una mueca de disgusto.

—¿Estaba bueno? —preguntó él—. ¿Mejor que yo?

—Vos podrías haberlo reemplazado —reconoció Julieta, y rieron—. ¿Querés ver una película de verdad? Esto es cine.

Sacó la variedad de películas de acción que Leonardo había llevado y eligió uno de sus DVD de colección. Volvió a su posición cómoda en el sofá, lo cual Leonardo agradeció: de no haberse entretenido tocándole el pelo, podría haberse dormido solo con la primera escena.

A diferencia de ella, esperó un buen rato antes de emitir una opinión.

—Juli —murmuró, bajando un poco la cabeza—. Me estoy durmiendo.

—¿En serio? —preguntó ella, riendo mientras se sentaba.

—Sí. Es aburridísima, no pasa nada. Es más, parece una película gay y pedófila.

Julieta lo golpeó jugando.

—¡No digas eso de *Muerte en Venecia*! ¡Qué sacrilegio! —exclamó—. Es una metáfora.

—¿Una metáfora de qué? —indagó él, incrédulo—. ¿De «me gusta ese chiquito y lo voy a perseguir hasta el fin del mundo»?

—¡No! Es una metáfora del artista y su búsqueda de belleza y perfección.

—¿Dónde dice eso? ¿En qué escena se da a entender?

—Es para interpretarlo. La perfección es inasible para los humanos, por eso el artista muere.

—¿Encima muere?

—Sí, al final.

—¡Para colmo me arruinaste el final! —Rieron otra vez y después él le tomó el rostro entre las manos—. ¿Sabés qué es lo mejor de esta película? —preguntó. Julieta esperó callada—. Tu pasión para explicarla.

Esa noche se demostraron que la pasión se expresaba de mil maneras distintas, en especial cuando hacían el amor.

Julieta abrió los ojos y se encontró acunada por los brazos de Leonardo. Alzó un poco la cabeza y contempló su mentón.

La calidez de su cuerpo desnudo contrarrestaba el frío del amanecer. La luz azulina que provenía del exterior teñía su piel. Lo acarició con un dedo, feliz de tenerlo a su lado; cuando estaban juntos conseguía olvidar el pasado. Hubiera deseado ser digna de él, pero en ese momento no podía pensar en eso. Si recordaba cuántos errores había cometido tendría que dejarlo, y temía no ser capaz de soportar el vacío.

Se apartó despacio, casi sin mover la sábana, y salió de la cama con cuidado. Leonardo, que estaba acostumbrado a despertar ante el más mínimo estímulo, estiró un brazo y le tomó la mano.

—¿Vas a tardar mucho? —le preguntó con los ojos cerrados.

Julieta se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Enseguida vuelvo —prometió.

—Abrigate.

Ella sonrió, enternecida por la manía que tenía Leonardo de cuidarla.

—No va a hacer falta —aseguró, confiada en que él volviera a dormir hasta que ella se alistara para lo que se había propuesto.

Fue a la sala y regresó a la habitación con una silla y la computadora. Buscó el violín, se preparó y suspiró antes de poner *play*.

Leonardo abrió los ojos ante los primeros acordes. Se sentó, un poco confundido, y creyó que todavía estaba soñando: Julieta se hallaba desnuda, sentada en una silla delante de la cama. Tenía las piernas cruzadas, el violín al hombro, y sonaba *Open Your Heart*, una balada de Europe. Cuando el cantante mencionó la primera palabra, ella comenzó a tocar, acompañando. Los suaves movimientos de su cuerpo seguían la delicadeza del instrumento; sus ojos, cerrados por momentos, demostraban el placer que experimentaba. Solo se le ocurrió una palabra para describir la escena: intensidad. Julieta era intensa.

Se respaldó en la cama y se cruzó de brazos con una sonrisa de admiración. Julieta y él eran muy diferentes, pero de alguna manera se conjugaban tan bien como la música clásica y el rock.

Tardó muy poco en sentirse excitado. Era imposible resistirse a la piel de Julieta teñida de madrugada, a la pasión que demostraba mientras tocaba el violín, a sus piernas cruzadas llenas de promesas ocultas. Tampoco se resistió a su mirada cuando la clavó en él una vez que la canción terminó y, en un instante de silencio, solo se oyó su respiración. La música volvió a empezar, ya sin el acompañamiento del violín, y él ya no lo soportó.

Se trasladó por la cama y bajó frente a Julieta. Ella dejó el violín sobre la cómoda mientras Leonardo se arrodillaba. La sujetó por las rodillas, le abrió las piernas y se adueñó de su intimidad con la boca, haciéndola gemir de sorpresa y excitación.

Mientras se dedicaba a arrancarle exclamaciones, le acarició el vientre en dirección

ascendente y se detuvo en sus pechos. Julieta se aferró a sus hombros, arqueándose hacia él. Tocó su pelo y acabó apretando los dientes mientras su garganta rugía de placer.

Leonardo alzó la cabeza y se deleitó con la imagen: Julieta tenía el pelo revuelto, la piel radiante y las mejillas y los labios muy rojos. Era hermosa. Tan hermosa que quería ahogarse en ella y nunca salir.

Julieta se inclinó y le introdujo la lengua en la boca. Se besaron con el sabor de su cuerpo todavía latente, incapaces de escapar a lo que seguían anhelando.

Él le rodeó la cintura, la levantó y la llevó a la cama. Julieta lo hizo acostarse, se sentó sobre su cadera y se unieron reclamando satisfacción. Las manos de Leonardo ascendieron por el costado de Julieta y buscaron sus pechos para ir de un lado a otro sin descanso. Ella también lo recorrió a él, delineó su torso y sus brazos, hasta que se arqueó hacia atrás y los dos sintieron aproximarse el final.

Después del placer, Julieta se dejó caer, rendida, sobre él.

—¿Soy buena? —preguntó—. Me refiero al violín —aclaró enseguida, completamente roja.

Leonardo rio mientras le apartaba el pelo de la cara y le besó la frente.

—Sos perfecta, Juli —dijo—. No entiendo cómo hay gente que no lo ve.

—Me basta con que vos me veas un poquito buena.

Leonardo negó con la cabeza, la hizo levantarse un poco para mirarla a los ojos y le rodeó la cara con las manos.

—A partir de este momento y para toda la vida, quiero que te olvides de lo que hayas visto reflejado en los ojos de las personas que te hicieron creer esas cosas sobre vos misma. Quiero que solo recuerdes lo que ves en los míos. ¿Qué ves, Juli?

Julieta se humedeció los labios, temerosa de que sus ojos se llenaran de lágrimas. Vio amor, pero le pareció que era muy pronto para decirlo.

—Calidez —susurró—. Inteligencia. Un poco de diversión.

—Mis ojos reflejan lo que veo en vos. Si yo, el hombre que hasta hace unas semanas te odiaba, veo todas esas cosas, ¿cómo no podés verlas vos? ¿Me prometés que no vamos a sostener otra conversación como esta?

Julieta sonrió y levantó una mano.

—Sí, juro —replicó, fingiendo el tono solemne de los testigos que juraban sobre la Biblia en las películas norteamericanas.

Leonardo rio y la abrazó muy fuerte.

* * *

Horas después, Julieta despertó con la luz del sol en la cara. Giró en la cama y se preocupó al no hallar a Leonardo. Se levantó, se puso un pantalón deportivo y una remera, y fue a la sala. Él estaba junto al sofá, con un papel en una mano y un sobre marrón en la otra.

Alzó la mirada, y a Julieta no le gustó lo que vio. Si ella se reflejaba en esos ojos, estaban furiosos.

—¿Dónde están las demás? —preguntó él, mostrándole el papel.

Te vamos a matar.

Otra amenaza.

Julieta intentó arrebatársela. Leonardo alzó el brazo y se lo impidió. Avanzó y la obligó a retroceder con su cuerpo hasta que a Julieta no le quedó más que sentarse en el sillón.

—Quiero saber dónde están las demás —exigió él—. Tiene que haber más.

—No hay más.

—¡No mientas! —gritó, y se encaminó a la habitación.

Julieta se adelantó y abrió el cajón. Sacó las notas y se las arrojó a la cara antes de que entrara al cuarto.

—¡Acá las tenés! —bramó—. ¿Qué diferencia hay entre una o diez?

—Te pedí que me avisaras si pasaba algo como esto —replicó él, mirando el piso. El único papel en el que lo escrito había quedado visible decía: «Así te vamos a dejar a vos».

—¿Para qué? ¿Para qué te pusieras así? ¿Para qué me exigieras dejar todo?

—¡Claro que vamos a dejar todo! —exclamó Leonardo, mirándola de nuevo.

—Nunca.

—¡Julieta! ¿No te das cuenta? No tiene sentido arriesgar tu vida para demostrar nada.

—No es solo una cuestión de demostraciones.

—¿Entonces qué es? ¡Atrevete a decirme que no querés que Barrios sepa que hizo mal en usarte hace ocho años, que no querés limpiar mi nombre para demostrarle que con vos no se juega!

—¡Sí, quiero todo eso! ¿Y qué? Ninguno de esos tipos que son tan hábiles dejándome amenazas en el buzón tiene un ápice del coraje que tengo yo para meterlos entre rejas.

—¡Sos tan inteligente y en esto parecés tan caprichosa! ¿Todavía no te das cuenta de que, justamente, estás del otro lado? Querés encarcelar a los hombres que siempre defendiste. Eso no es gratis, Julieta, y no estoy dispuesto a que pagues tan alto precio.

Julieta rio, resignada, e hizo un gesto con las manos denotando frustración.

—Necesito hacerlo —dijo.

—Yo no necesito que lo hagas —replicó Leonardo con voz calmada—. No quiero que limpies mi nombre a costa de tu vida. Para mí, vos valés mucho más que mi honor.

A Julieta la conmovieron las palabras y todo lo que él había perdido por culpa de Barrios, pero no podía echarse atrás. Para ella, el honor de Leonardo sí tenía valor, como también la vida de Analía.

—No me importa lo que quieras. Ya tengo todo listo y mañana vamos a pedir que se reabra la causa. Si no querés seguir adelante, podés irte —dijo, señalando la puerta.

Para Leonardo fue como si le enterraran una estaca en el pecho.

—Me echás —murmuró. Había prometido permanecer junto a Julieta sin importar lo que ella hiciera, pero no le dejaba opciones.

—Sí —contestó Julieta, muy segura, y señaló los papeles—. No quiero estar al

lado de un cobarde como ellos.

Herido por la actitud de Julieta, Leonardo soltó la nota y el sobre que todavía tenía en la mano, recogió la mochila y salió del departamento sin preocuparse siquiera por quién le abriría la puerta del edificio.

Ni bien él salió, Julieta tragó con fuerza y cerró los ojos. Quería tanto llorar, que le ardía la garganta. Tuvo que sentarse en el sillón para no correr detrás de Leonardo y pedirle perdón. Ya no solo se trataba de ellos dos, de honor o reputación: Analía estaba en el medio, y no podía defraudarla. Presentía que poniendo a Barrios entre rejas, en realidad estaría previniendo otro asesinato.

Leonardo salió del edificio gracias a una vecina que sacaba a su caniche toy. Era domingo y la gente paseaba por la avenida. Cruzó la calle y se sentó en un banco del parque. Se preguntaba si había hecho bien en irse y cómo podría permanecer junto a Julieta aun sin estarlo físicamente. Ella le había asegurado que ya tenía todo listo para pedir la reapertura de la causa, eso quería decir que había probado la conexión entre Barrios y Castro. No podía negar su admirable determinación. Ella jamás renunciaría, y él no tenía más remedio que cambiar de estrategia si quería protegerla. ¡Si tan solo hubiera podido apartarse de ella! Pero era tarde para dejarla. Parecía que su pasado y su presente lo condenaban a atarse a las mujeres equivocadas.

Trató de consolarse pensando que los dos sabían que, tarde o temprano, su relación acabaría. Se habían apasionado muy rápido. No tenían nada que ver el uno con el otro; desde el primer momento, hacía ocho años, sus destinos debían cruzarse pero no unirse. La ayudaría desde la distancia y una vez que el juicio terminara, desaparecería para siempre.

Se puso de pie y fue a buscar su moto. Condujo sin pensar hasta la casa de José Castro, dejó su vehículo cerca de unos chicos que jugaban a la pelota y golpeó la puerta de chapa. En cuanto una muchacha abrió con un bebé en los brazos, se metió sin permiso. No le temía a nada.

—¡Eh! —lo llamó la chica.

—¿Dónde está José? —preguntó Leonardo, golpeando puertas a su paso. Recorría un largo y delgado pasillo sin techo atestado de departamentos.

—¡Pará! —ordenó ella. Él no le prestó atención—. ¡José! —gritó entonces la mujer.

Leonardo vio a quien buscaba por la ventana del anteúltimo departamento. Pateó la puerta y se le acercó sin importar que el sujeto lo apuntara con un revólver. Su voz resonó en el ambiente atestado de objetos.

—Vine a negociar.

Julietta suspiró por centésima vez en el día. Tenía la mirada perdida y estaba distraída.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Victoria. Acababa de contarle que ya había solicitado la reapertura de la causa y, en lugar de alegrarse, su jefa solo había esbozado una sonrisa rígida.

—No —aseguró Julieta del otro lado del escritorio—. ¿Qué podría pasar?

—¿Te preocupa algo del caso? ¿Pensás que nos quedó alguna arista sin cubrir?

—No, estoy segura de que vamos a ganar.

—¿Entonces?

—No pasa nada, no te preocupes. Ahora esperemos a que revisen el pedido y nuevo mis contactos para que apuren el expediente. Seguí con lo demás que tengas que hacer.

Fingió que leía un documento para que Victoria se fuera. Usó la excusa hasta que su colega cerró la puerta. Entonces, volvió a respaldarse en la silla y a pensar en Leonardo.

El fin de semana le había dejado el sabor más dulce, y también el más amargo. Desde que se habían encontrado, su vínculo oscilaba en los extremos, y los sentimientos eran tan confusos que le costaba entenderlos. Siempre había sabido que tenían que terminar. Tarde o temprano, las diferencias los distanciarían, y era mejor que sucediera antes de que el dolor se hiciera insoportable, si acaso ya no lo era.

Pasó la semana tratando de relegar los recuerdos entre audiencias, escritos, reuniones con sus empleadas y clientes. Fue dos días a natación y a su clase de defensa personal. Se llevó trabajo a casa y se fue a dormir muy tarde, como para que el sueño no tardara en vencerla. Procuró no dejar un solo segundo libre y volvió a usar los tacos; las chatitas le traían recuerdos. Para colmo, dictaron la prisión preventiva para Rojas, su cliente imputado por tráfico de drogas, y sentir que el caso se le iba de las manos le provocó una poco conveniente sensación de injusticia.

Llegó al viernes agotada. Estaba pálida e incluso se sentía un poco descompuesta, sin embargo fingía que todo estaba en orden. Llenó a Lorena de pedidos ni bien entró a la oficina, sin darse cuenta de que la chica la miraba exhausta. Había tenido que trabajar al ritmo demencial de su jefa toda la semana.

Una vez que distribuyó las tareas, se encerró en su oficina, dispuesta a pasar otro día tratando de olvidar a Leonardo. Abrió un expediente y trabajó en él hasta que Gabriela, la otra abogada de su estudio, golpeó y abrió la puerta.

—¿Vamos a comer? —preguntó.

—No puedo, tengo mucho trabajo —respondió Julieta.

—¿Te traemos algo?

—No, gracias. —Hacía tres días que solo cenaba. Gabriela se encogió de hombros y se retiró.

Julietta se cruzó de brazos, miró la puerta unos segundos y suspiró preguntándose

cómo haría para recuperar la energía, si ni siquiera tenía hambre y dormía poco.

Continuó con otro expediente hasta las seis de la tarde, cuando su teléfono sonó. El detector de llamadas señalaba número desconocido.

—Hola —respondió con cautela.

Del otro lado se oían ruidos y la línea tenía interferencia.

—Tengo un dato para usted. ¿Quiere enganchar a Diego Iribarne en el negocio de drogas? En este momento está depositando mercadería en una fábrica abandonada de Quilmes.

—¿Quién habla? —preguntó, impostando un tono despectivo. Si sonaba dura o, en el otro extremo, titubeaba, denotaría nerviosismo. Era mejor la indiferencia.

—Prefiero quedar en el anonimato. ¿Quiere la dirección o corto?

La mente de Julieta tejió una decena de hipótesis en un microsegundo. Tenía instantes para decidir si daba algo de crédito al llamado o cortaba antes de que lo hiciera el sujeto.

¿Y si era cierto? ¿Y si se trataba de un *dealer* que resolvía el caso de su cliente? No podía tan solo descartar el llamado, tenía que investigarlo.

—Dígala si quiere —replicó con frialdad.

Apenas terminó de pronunciar las calles, el misterioso informante cortó. Julieta anotó los datos y dejó el teléfono sobre la base. Se respaldó en el asiento y miró el reloj: eran las seis y cinco. Ir hasta Quilmes a esa hora demandaría al menos cuarenta minutos, y no tenía idea de en qué momento de la supuesta descarga de mercadería se hallaría Iribarne, si acaso la información era cierta. Tal vez llegaba y ya no había nada. Además, sonaba demasiado peligroso.

Pensó en llamar a la policía, pero se abstuvo: si Iribarne tenía arreglos con algún político o comisario de la zona, solo entorpecerían su defensa. Por otra parte, pasarle el dato al fiscal sin que fuera certero podía jugarle en contra: ¿y si no le creían, nadie iba y perdía la oportunidad? Mandar a otra era impensado: no tenía quién pudiera llegar más rápido que ella. Debía ir personalmente, y tenía los minutos contados para tomar una decisión.

Pensó en Leonardo más que nunca; le había prometido que lo llamaría si tenía que ir a algún lugar peligroso, pero no podía. No iba a involucrarlo en sus problemas si lo había echado de su departamento, y menos si el asunto no tenía que ver con su caso. Podía dejar pasar el llamado, pero se habría sentido una cobarde. No podía fallar a su cliente, así que recogió su bolso y salió.

Excedió el límite de velocidad en la autopista, circuló por la banquina en las áreas donde había mucho tránsito y consiguió llegar en media hora. Miró la dirección que marcaba el GPS de su celular, se internó en un barrio de clase media-baja y siguió por la calle señalada hasta un inmenso terreno que abarcaba cuatro manzanas. Tres de ellas estaban ocupadas por enormes construcciones que tenían todo el aspecto de una fábrica abandonada. Al menos eso era cierto.

Dio una vuelta con el auto para verificar si había movimiento. Presentía que había algo, pero en realidad no se veía nada. Tendría que entrar.

Estacionó en una calle de tierra y esperó un momento hasta que los latidos de su corazón se serenaron. Si se ponía nerviosa, no podría hacer su trabajo. Hubiera deseado ser el tipo de abogado que se quedaba sentado detrás de un escritorio,

esperando que las pruebas se le presentaran. Ella cobraba por encontrar las pruebas, pero nunca antes se lo había cuestionado. «No estoy dispuesto a que pagues tan alto precio», le había dicho Leonardo. Cuando las palabras resonaron en su mente, se apresuró a bajar. Trabajaba de la misma manera desde hacía diez años y jamás le había ocurrido nada, ¿por qué tenía que pasarle algo ahora?

Sin una orden de allanamiento, meterse en propiedad privada era un delito. Aunque sacara fotos y filmara, no constituiría una prueba si había obtenido el dato de manera clandestina. Se dijo que cometería el delito de entrar, pero solo espiaría. Una vez que certificara la información, saldría corriendo y pasaría el dato al fiscal, como si ella jamás hubiera ido. Le serviría para saber si Iribarne estaba cubierto: si el fiscal negaba la existencia del depósito, sabría que jugaban sucio.

Desde todo punto de vista le convenía meterse, así que se dirigió a la reja. Lo primero que le llamó la atención fue que, si bien el pasador estaba cerrado, no tenía candado. Miró hacia los dos lados de la calle y tras comprobar que se hallaba sola, abrió. Entró despacio, arrió la reja y avanzó por un camino de cemento entre pastizales que asomaban por las rajaduras del suelo.

Se puso en puntas de pie y espió por una ventana. Las telarañas y algunas manchas le impedían ver con claridad el interior. Alcanzó a distinguir un enorme espacio vacío, columnas de ladrillo a la vista y una larga mesa de madera roída.

Avanzó otro poco rodeando el edificio y se asomó por otra ventana: daba a un cuarto desocupado. Se dio cuenta de que, si en efecto había algo, no lo hallaría en ese sector.

Rodeó una parte de la fábrica hasta el primer pasillo exterior que dividía dos edificios. Espió antes de internarse en él: solo vio un enorme contenedor de basura arrumbado y más pastos crecidos entre el suelo de concreto. Avanzó, pasó el contenedor, y entonces su teléfono vibró en el bolsillo de su saco. Tenía que acallararlo. Lo sacó y miró la pantalla: era un llamado de Victoria.

Estaba a punto de deslizar el dedo para cortar cuando alguien la chocó por detrás. Aunque por un microsegundo se sorprendió, al instante siguiente todo fue terror. Entendió lo que estaba pasando con tanta claridad, que el pinchazo a la altura del riñón casi no la sorprendió. Tampoco el dolor cuando la piel se abrió y la navaja la desgarró.

«¿Qué hago ahora?», pensó. «¿Cómo sobrevivo?»

Sintió la hoja salir y supo que, si no se defendía, podía morir. Intentó darse vuelta, pero un empujón la arrojó de boca al piso. El celular salió despedido de sus manos y terminó debajo del contenedor.

«Me va a matar. Si me apuñala de nuevo...»

Vio pasar una sombra negra junto a su cuerpo debilitado. Pestañeó tratando de capturar la imagen y se dio cuenta de que veía nublado. El dolor era demasiado intenso, sentía que estaba rota por dentro. Apretó los párpados para aclarar la visión, pero cuando los abrió, nada mejoró: todo era dolor y apenas distinguió una sombra alejándose. «Al menos no siguió apuñalándome», pensó.

Supo al instante que era un consuelo tonto: si no había seguido, era posible que el atacante supiera de armas y con una sola puñalada bastaba para que muriera. Estaba sola en un lugar al que nadie sabía que había ido, herida e imposibilitada de moverse.

Luchó con todas sus fuerzas para alejar la desesperación que había comenzado a invadirla. Si se dejaba llevar por el miedo, la muerte era segura. Intentó respirar con normalidad, aunque le resultara muy difícil. Trató de arrastrarse para alcanzar el celular, pero las fuerzas parecían abandonarla y cada vez le costaba más moverse.

«Por favor, no», rogó para sus adentros cuando empezó a sentirse mareada. Era inútil: estaba perdiendo la conciencia. «Estoy muriendo, ¡me muero!»

Movió un brazo con mucha dificultad y al pasar tocó un pequeño charco de sangre. ¿Cuánta habría perdido? ¿Tendría suficiente para sobrevivir hasta que alguien la rescatara? Tenía que llegar a su teléfono.

Intentó arrastrarse, pero fracasó. «Me muevo o muero», pensó para recuperar fuerzas, y así consiguió avanzar un milímetro. El dolor la carcomió y le llenó los ojos de lágrimas. «De nuevo», insistió, dándose ánimos.

Repitió el proceso tantas veces que el dolor se hizo crónico. Estaba tan débil que no tenía idea de cómo lograría hablar. Estiró el brazo debajo del contenedor y comenzó a tantear el suelo en busca del celular. Lo rozó con la uña, todavía estaba lejos. Pegó una mejilla al plástico del contenedor y consiguió estirarse un poco más. Cada movimiento representaba una tortura para la piel rasgada en la parte baja de su espalda.

Arrastró el aparato, lo encerró en una mano y se corrió unos centímetros para que la cara ya no rozara el contenedor. La leve esperanza de haber obtenido el teléfono comenzó a apagarse en cuanto se dio cuenta de que otra vez estaba a punto de perder la conciencia. Se sentía mareada, había olvidado el vocabulario y ya ni siquiera pensaba con claridad.

Apretó el botón de encendido y el ícono de llamada de emergencia. Quería llamar al 911, pero no veía los números y temía perder su única oportunidad de sobrevivir marcando mal. Terminó apretando el contacto de emergencia número uno, el único que tenía.

* * *

—Leo —dijo el empleado nuevo. Leonardo dejó de revisar el stock de cerveza y lo miró—. ¿Cuál dijiste que era la proporción? —continuó el chico, señalando dos botellas.

Leonardo cerró la heladera, se levantó y se dispuso a enseñarle. Le hubiera gustado que su amigo contratara personas con experiencia, pero ¿qué barman querría trabajar en un antro como ese?

—Treinta por ciento de whisky, setenta de Coca-Cola —respondió—. No te preocupes, te lo mencioné por las dudas, pero la mayoría solo pide cerveza, bebidas fuertes puras y, a lo sumo, fernet.

El chico dudó antes de seguir.

—Y... ¿hay muchos borrachos? ¿Es nuestro trabajo sacarlos del local?

Conque eso quería preguntar en realidad.

—Sí, es nuestro trabajo también; como limpiar el salón —replicó, preguntándose qué pretendía ese novato de un trabajo en un bar de mala muerte y, encima, sin experiencia—. Pero la mayoría son clientes habituales y una vez que aprendés cuánto

venderles para que el local no se funda y que ellos no pierdan la razón, es fácil sacárselos de encima. Solo tuve problemas un par de veces, cuando recién empecé. —Rio ante la expresión disconforme del muchacho—. No te preocupes, me quedo acá en tu horario hasta que aprendas y no necesites sacar a nadie a la fuerza.

—¿Y si se pelean entre ellos?

—Yo los saco por mi cuenta porque no quiero saber nada con la policía, pero vos podés llamar a un patrullero. Aunque no lo parezca, el local está habilitado y no vas a tener problemas.

Dejó al chico para volver a revisar la mercadería. Antes de agacharse frente a la heladera, sacó el celular del bolsillo del jean y lo miró. Hacía días que esperaba que Julieta lo llamara, pero cada vez que sacaba el teléfono en busca de alguna señal de ella, se llevaba una nueva decepción.

Desde que lo había echado de su casa, había pensado en llamarla, como mínimo, una docena de veces. Sin embargo, siempre lo evitaba diciéndose que, esta vez, ella tenía que ceder. Él tenía razón: aunque no fuera su responsabilidad, solo quería protegerla, y no llamarla era una buena manera de hacérselo entender. Estaba seguro de que, tarde o temprano, así fuera con la excusa del caso, ella lo contactaría. Solo esperaba que hasta ese momento recordara sus palabras y se mantuviera a salvo.

Guardó el teléfono y volvió a su trabajo. Un rato después, mientras explicaba a su compañero algunas cuestiones de la caja registradora, el celular vibró en su bolsillo. Se apartó unos pasos y espío la pantalla. Cuando leyó que se trataba de Julieta, su cuerpo resucitó: ya no tendría que esforzarse para no pensar en ella, ni llenar sus horas con el bar, tratando en vano de no estar preocupado. Hacía una semana que sentía su falta; si bien no se veían todos los días, saber que ella estaba pensando en él le daba la sensación de estar acompañado. Le bastaba responder para adivinar los pensamientos de Julieta mientras ella trataba de fingir que solo lo necesitaba para algún dato, y eso lo hizo sonreír.

—Hola —dijo con un tono sereno, tratando de ocultar sus emociones—. Hola —repitió ante el silencio.

Una ligera desilusión le hizo doler el pecho. Julieta no respondía: ¿y si el teléfono se había marcado por accidente en su cartera? Lo apartó y controló que la llamada estuviera activa. Tras comprobar que así era, se llevó el teléfono a la oreja de nuevo y repitió el saludo. Del otro lado solo había silencio.

La caída de una bandeja lo sacudió. Miró al novato, quien le pedía disculpas al tiempo que se agachaba para recoger lo que se le había caído, y pensó que quizás no escuchaba por el ruido del bar. Fue al fondo, donde había silencio, y subió el volumen.

Le pareció oír la respiración de Julieta, y por instinto supo que no era normal. El miedo recorrió su cuerpo. Pensó en un secuestro, en una amenaza o en que ella acababa de encontrar a quien le dejaba las notas metido en su casa. Fue a la pantalla de inicio sin cortar la llamada y buscó la aplicación para rastrear el teléfono de Julieta. Tardó un momento eterno en plasmar la información. Cando sucedió, tembló: el celular se hallaba en Quilmes.

Frunció el ceño, dudaba: ahora solo podía pensar en un secuestro. Para aumentar su preocupación, cuando fue a recuperar la comunicación, se cortó. Probó volver a

llamar: nadie respondió. Entonces corrió al bar, recogió su campera y se dirigió a la puerta mientras le avisaba a su compañero que tenía una emergencia. Se abrigó, subió a la moto sin ponerse el casco y se echó a andar a toda velocidad.

Aun conduciendo de forma demencial, llegar hasta Quilmes le demandaría al menos media hora. Trató de pensar que el teléfono había sido robado, pero entonces ¿por qué había oído la respiración de Julieta? Estaba seguro de que era ella.

Odiaba a la policía, nunca la llamaba si había problemas en el bar, y cuando veía agentes en la calle, escapaba de ellos. En su experiencia, solo se había cruzado con policías corruptos que tenían más cualidades de criminales que de protectores de la sociedad. En la cárcel lo habían burlado, humillado y golpeado; había convivido con ellos cinco horribles años y ahora los quería muy lejos. Aunque se suponía que estaban para servir a la comunidad, cada vez que veía uno, lo hacía sentir inseguro. Esta vez los necesitaba. No tenía más remedio que ignorar sus malos recuerdos y pedirles ayuda.

Se comunicó con el 911. Explicó a la operadora que algo estaba pasando en Quilmes y que involucraba a una abogada llamada Julieta Olazábal. Dijo las calles y pidió que un móvil fuera enseguida.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó la mujer.

—No lo sé, pero sé que pasa algo.

—Necesitamos saber cuál es el problema.

Cortó. Si no lo hacía, tendría que decirle que su llamado se basaba en la intuición, y lo ignorarían.

Probó llamar de nuevo a Julieta. Otra vez no atendió. Guardó el teléfono en el bolsillo de la campera de cuero, se puso el casco y aceleró al tiempo que esquivaba un colectivo.

Llegó a la zona cuando anochecía. Estaba bastante descampado, se oían grillos y hacía frío. A simple vista no había rastros de policías ni de Julieta. Pensó que quizás la habían encontrado y ella se había ido con los agentes. Fue bueno sentirse un poco aliviado un instante, sin embargo, enseguida volvió su preocupación: no había rastros de personas, y si se había tratado de un secuestro, ¿no investigarían la zona del hecho?

Su corazón perdió toda esperanza al doblar la esquina: allí estaba el Mercedes Benz de Julieta, era imposible que la policía lo hubiera ignorado. Sin duda no habían ido.

Extrajo el teléfono y volvió a iniciar la aplicación de rastreo. Supuestamente, el celular todavía estaba ahí, sobre la calle de tierra. Lo buscó en el pastizal que ocupaba la mitad de la vereda, en la tierra, en el único árbol en pie. No estaba. Alzó la cabeza y miró el portón de reja. Solo quedaba una posibilidad: el predio.

Suspiró mientras caminaba en dirección al primer delito que cometería en su vida. Recordó el artículo 150 del Código Penal, el mismo que había citado cuando Julieta entraba en su casa, y se preguntó qué tenía esa mujer que sin querer lo obligaba a hacer las cosas que más odiaba: colaborar con un juicio relacionado con el hombre que había arruinado su vida, entrar en contacto con la policía, delinquir con el riesgo de volver a la cárcel.

Abrió la reja que estaba sospechosamente arrimada y avanzó por el costado, entre

la pared de ladrillo a la vista y el tejido que lo separaba de la vereda. Aunque intuía que el lugar estaba vacío, espío por una ventana para asegurarse de que no hubiera nadie. El cuarto sucio y oscuro no era suficiente garantía, pero al menos le sirvió para atreverse a llamar a Julieta por su nombre.

Solo su voz chocaba contra la pared y regresaba a él en forma de punzante temor. Por un instante pensó que estaba loco si pretendía recorrer cuatro manzanas buscando a Julieta dentro y fuera de los edificios, pero no se detuvo. La llamó por teléfono de nuevo, y entonces, distinguió una leve vibración.

Aunque agudizó el oído, fue imposible determinar de dónde provenía. Cuando el llamado se cortó, intentó de nuevo. Caminó hacia la izquierda hasta que se dio cuenta de que, de ese modo, el sonido se alejaba. Entonces viró a la derecha. Llegó hasta la mitad del edificio y giró en un pasillo. La vibración terminó. Volvió a llamar, y recomenzó con más fuerza.

Avanzó un paso, la oscuridad le dificultaba la visión. Encendió la linterna de su teléfono y divisó un enorme contenedor. Pensó que el celular de Julieta había ido a parar ahí, pero se equivocó: el aparato se movía, iluminado, detrás de un objeto. Dio otro paso y el corazón se le fue a la garganta: el «objeto» era Julieta, y estaba tirada detrás del contenedor.

Guardó su teléfono mientras corría hacia ella. Cayó de rodillas a su lado, tratando de entender qué sucedía.

—Juli —la llamó—. ¡Julieta!

Poco a poco, sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. Repasó muy rápido el cuerpo de Julieta con la mirada y encontró su saco manchado de sangre. Había también un charco en el piso. La idea de que le habían disparado lo aterró. Levantó el borde del saco y halló la camisa sucia de rojo. La apartó también y vio la herida.

Apretó los dientes, conmovido por el miedo y por el dolor. No lo habían apuñalado a él, pero se sentía como si así fuera.

—Julieta —repitió, moviéndola.

Estaba pálida y helada, y su respiración era muy débil. Había perdido mucha sangre y temía lo peor. Puso una mano sobre la herida sin pensar, preocupado solo por detener la hemorragia.

—¡Julieta! —gritó.

Los párpados de ella se movieron, entreabrió los ojos, y eso le transmitió un poco de alivio.

—Tranquila —le dijo, y a continuación le prometió—: vas a estar bien.

Le temblaban las manos.

Extrajo el teléfono sin dejar de presionar la herida y se preguntó qué sería lo mejor. Su primera intención fue llamar a la policía, pero se arrepintió antes de marcar el primer número. A juzgar porque no habían ido ante el primer llamado y por la demora que a veces tenían las ambulancias, quizás era mejor buscar un hospital cercano y llevarla él. Usó el mapa del celular para ubicar sanatorios: había uno a veinte cuadras.

No dudó en guardar el teléfono en la campera y buscar la llave del auto de Julieta en los bolsillos de su saco. Las guardó en su pantalón junto con el celular de ella y la alzó en brazos. Salió del predio abriendo la reja con el pie y la cargó en el auto. Se

sentó a su lado y encendió el motor. Por suerte el coche era automático y eso le permitió seguir presionando la herida mientras conducía.

Miraba alternadamente al frente y a Julieta. Ella intentaba mantener los ojos abiertos, pero se le hacía cada vez más difícil.

—No dejes de mirarme —le pidió. Necesitaba asegurarse de que estaba consciente.

Iba muy rápido y pasaba los semáforos en rojo. En una esquina tuvo que frenar porque un camión estaba doblando y pensó que la lentitud de la maniobra lo enloquecería. Volvió a mirar a Julieta. Desesperó cuando se dio cuenta de que estaba tardando demasiado en volver a abrir los ojos.

—¡Juli, no! —gritó.

Ella intentó mirarlo, pero no pudo.

Cuando su cuerpo cayó hacia el costado, Leonardo sintió que el frío de la muerte acechaba. Temía que fuera el final.

—¡No! —gritó.

Quitó la mano de la herida, enderezó a Julieta y la movió. Ella no respondió.

Llevó ambas manos al volante para maniobrar mejor. Esquivó el camión, tocó bocina a los autos que le impedían el paso y con el terror oprimiéndole la garganta, consiguió llegar al sanatorio en tiempo récord.

Bajó, alzó a Julieta y entró en la sala de emergencias. La recepcionista le señaló un pasillo y él lo siguió. Un médico salió a su encuentro.

—¿Qué pasó? —preguntó, rodeando la muñeca de la paciente con los dedos.

—Tiene una herida de arma blanca —explicó. Sabía reconocer algunos tipos de heridas que había visto en la cárcel.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Me llamó, y cuando llegué, la encontré así.

Lo hicieron pasar a una habitación y dejar a Julieta en una camilla, donde el médico le hizo una rápida revisión. Él se quedó a un costado, junto a una enfermera, hasta que el hombre la miró:

—Al *shockroom* —ordenó, y se dirigió a él—. Espere afuera, por favor.

Se moría por llenar al médico de preguntas, por tomar la mano de Julieta y ordenarle que no se atreviera a irse, pero entendió que así solo complicaría la situación. Dio un paso atrás con la mirada fija en ella mientras el médico le rompía la ropa y le enfermera apretaba un botón detrás de la cama. Siguió retrocediendo sin dejar de mirarla, respirando profundo para contenerse.

Por su mente se cruzaban toda clase de imágenes: recordaba a Julieta la primera vez que la había visto en persona, la primera vez que la había besado, la primera vez que habían hecho el amor. La veía metiéndose en su casa casi a la fuerza, echándolo de la de ella, esperando frente a la de un delincuente durante horas. La veía tocando el violín para él y como una diplomática en su estudio. La veía de todas las maneras posibles y se dio cuenta de que estaba tan enamorado de ella que perderla lo mataría.

Caminó por el pasillo y se sentó en un banco. Parecía que de repente le hubieran absorbido todas sus fuerzas, estaba en *shock*. Se miró las manos sucias de sangre y tragó con fuerza. Apretó el puño como si así pudiera retener a Julieta y rogó que sobreviviera. Como siempre, la odió al mismo tiempo. ¿Por qué se había metido en ese lugar horrible? ¿Por qué no se cuidaba? ¿Por qué lo hacía sufrir? No tenía idea de cuánto tiempo había pasado ahí tirada, al lado de un contenedor, como si fuera basura. Y con ese pensamiento se dio cuenta de que también odiaba a quien había tratado a la mujer que amaba de esa manera.

Levantó la cabeza cuando una recepcionista se le acercó.

—Disculpe. ¿Usted vino con la paciente? —preguntó. Él asintió con la cabeza—. ¿Sabe si tiene obra social? Tengo que hacer el ingreso.

Era hora de relegar sus emociones. Asintió con la cabeza, le aseguró que pasaría por la recepción enseguida y fue al baño para lavarse las manos. Mientras veía la

sangre correr por la loza blanca, pensó en cuánto le dolía lo que estaba pasando. Cuando se había enterado de la muerte de Emilia estaba en el bar y había visto la noticia por televisión. ¡Presenciar el sufrimiento de Julieta era tan distinto! Aunque sabía que lo sucedido no era su culpa, jamás se lo perdonaría.

Una vez que terminó de higienizarse, fue al auto para buscar la cartera de Julieta. La halló debajo del asiento. Volvió a la Mesa de Entradas e indicó a la recepcionista el nombre y apellido de la paciente, la edad, el teléfono y su dirección. Para saber qué seguro médico tenía, tuvo que abrir su cartera y buscar el carnet en la billetera. Mientras la chica anotaba el número de socia, él sonrió mirando la matrícula de abogada: Julieta era hermosa hasta en una foto carnet.

Después de completar los trámites, guardó el celular de Julieta en la cartera, volvió al mismo banco y se quedó allí, con sus objetos personales como única proximidad con ella.

Un rato después, el médico que los había recibido apareció. Leonardo se puso de pie para ir a su encuentro con el corazón galopando en su pecho.

—La paciente llegó en *shock* —explicó el doctor—. El traumatismo le provocó una hemorragia que requiere una transfusión y cirugía, por eso fue trasladada a quirófano. Le sugiero esperar en el edificio de al lado. —Señaló la dirección—. Anúnciese con el personal y le van a indicar adónde debe dirigirse.

Leonardo agradeció y caminó lo más rápido posible al sitio que el médico le había indicado. El recepcionista lo hizo aguardar en una sala que, a diferencia de la Guardia, estaba vacía. Otra vez se sentó: no había más que pudiera hacer. Apoyó los codos en las rodillas y la frente sobre las manos, vencido por la tensión que lo dominaba. Parecía tranquilo, pero por dentro era un volcán.

Había olvidado lo horrible que era sentirse impotente, el miedo y la desesperación ante la posibilidad de perder lo más importante. Julieta lo ponía a prueba todo el tiempo, le devolvía las sensaciones más espantosas y a la vez lo más maravilloso. Desde que ella estaba en su vida, había vuelto a pensar que existía el futuro. Reía, se preocupaba por alguien, disfrutaba de acariciar y de que lo acariciaran. Había recuperado parte de quien era en el pasado, sin dejar de ser el hombre en el que se había convertido.

Después de un rato, la cartera comenzó a vibrar. Se enderezó y extrajo el celular: era un llamado de Victoria. Recordaba ese nombre, era la abogada que iba a tomar el caso de Emilia. Deslizó el dedo para atender.

—Hola, Julieta —dijo la mujer, sin darle tiempo a saludar—. Me acabo de enterar por una fuente extraoficial que el pedido ya se revisó. Podés mover tus contactos.

Leonardo se quedó un momento callado; estaba seguro de qué pedido hablaba la doctora: se refería a la reapertura de la causa por el asesinato de Emilia. Aunque por un instante le dolió el pasado, no podía pensar en eso ahora.

—Hola —dijo finalmente.

Percibió la sorpresa del otro lado de la línea.

—¿Este no es el celular de Julieta? —replicó la mujer con tono áspero—. ¿Quién habla?

—Sospecho que estás familiarizada con el caso de Emilia Macías —replicó—. Soy Leonardo Durán.

El silencio que siguió lo ayudó a comprobar que Victoria era quien él pensaba, y también a percibir su desconfianza.

—¿Y por qué usted tiene el teléfono de Julieta? —preguntó ella, confirmando sus suposiciones.

Si bien impostaba un tono duro, Leonardo sonrió al pensar que no tenía la fortaleza de Julieta. Estaba acostumbrado a la desconfianza; desde que había sido acusado del crimen de Emilia, para la sociedad jamás había dejado de ser un criminal. Ahora que lo pensaba, la única que no le temía era la mujer que estaba al borde de la muerte.

Dudó sobre lo que debía responder. Estaba convencido de que tenía que informar a los seres queridos de Julieta lo que había pasado, por eso había atendido el llamado, pero no estaba seguro de cuánto querría ella explicar. Seguro no quería decir nada.

—No te asustes —pidió, aunque sabía que era en vano—. Julieta está en un sanatorio.

—¿En un sanatorio? ¿Qué pasó? ¿Por qué está usted con ella?

¿Cómo explicarle todo lo que había pasado para que él respondiera ese teléfono? Decidió resumirlo en una frase muy simple.

—Soy su amigo.

—¿«Su amigo»? —replicó Victoria, incrédula—. Ella no me dijo que...

—Imagino que no te lo dijo —la interrumpió, y abrevió—: Julieta sufrió un percance y no podrá ir al estudio por unos días. ¿Podrías avisar a quien corresponda?

Ansiaba preguntarle si sabía por qué Julieta había ido a esa fábrica, pero para no ponerla en evidencia en caso de que fuera un secreto, no lo hizo.

—¿Qué pasó? —indagó la mujer—. Julieta nunca falta. Viene con fiebre, contracturas... Tiene que ser grave.

—Prefiero que ella te lo explique cuando pueda —contestó—. Quédete tranquila, prometo mantenerte informada. También puedo darte mi número, por si quieres llamar; este celular se está quedando sin batería.

Le dio su teléfono y después de asegurarle que Julieta se hallaba bien, cortó. En realidad no estaba seguro: debía fingir, tal como habría hecho ella.

Se quedó mirando el celular, tratando de pensar como Julieta. Sabía que jamás le habría contado a su madre lo que le pasaba, pero en ese sentido, él no coincidía con ella. No estaba de acuerdo con que siempre se las arreglara sola, como si su familia no existiera, y creía que, si su madre había ido a su concierto a los diecisiete años, se preocupaba por ella.

Tomó la decisión antes de que la batería se agotara. Presionó el botón que encendía la pantalla y deslizó el dedo para que solicitara el código de seguridad. Había visto a Julieta marcarlo varias veces y, acostumbrado a registrar todo, lo había memorizado: cuatro, seis, nueve, dos. Accedió al menú y buscó «mamá» en los contactos. No existía, pero sí una persona registrada como Nora O. Supuso que la O era de Olazábal y se arriesgó a llamar.

—¿Julieta? ¿Hija? —preguntó la mujer ni bien atendió. Por su tono, al parecer era toda una sorpresa que Julieta la llamara.

—Buenas noches. Me llamo Leonardo Durán.

—¿Por qué tiene el teléfono de mi hija? —indagó Nora, enojada—. Si esto es un secuestro virtual...

—No es eso —contestó Leonardo, comprensivo: ser la esposa o la hija de un juez no debía de ser fácil—. La estoy llamando porque hay un problema. Por favor, no entre en pánico, pero Julieta está en un sanatorio de Quilmes.

Volvió a usar la excusa del accidente negándose a dar detalles y agregó lo de la intervención quirúrgica. Nora le pidió la dirección y él se la dio; se la notaba asustada. Después de cortar, supuso que la mujer comprobaría que el lugar fuera un sanatorio y acudiría enseguida. Por suerte, con la preocupación del momento, no le había preguntado qué relación tenía con su hija. Guardó el teléfono de Julieta en la cartera y volvió a mirar el vacío. Se sentía tranquilo de haber hecho lo correcto, sin embargo el silencio era aterrador.

Poco más tarde, un recepcionista lo llamó. Se acercó al mostrador y allí le indicaron que subiera al segundo piso. Mientras iba en el ascensor, pensó que moriría de nervios; no tenía idea de qué clase de información le darían. ¿Y si la operación había salido mal? No quería imaginarlo.

En cuanto llegó, se dirigió a la primera enfermera que vio. Le explicó que lo enviaban de recepción para saber de una persona que había entrado a quirófano. Les dio el apellido y le indicaron que la paciente se encontraba en la habitación 204 y que podía acompañarla si quería.

Si no hubiera tenido tanto control sobre sí mismo, habría corrido al cuarto. Al llegar se quedó un instante en la puerta, tratando de respirar. Julieta estaba dormida, cubierta por una sábana gruesa y un fino acolchado blanco. La notó pálida y débil. Se acercó despacio, acomodó una silla junto a la cama y se dejó caer, agotado. Colocó la cartera sobre la mesa de luz, le tomó la mano y bajó la cabeza hasta apoyar la frente en su brazo.

—¿Por qué me hiciste esto? —susurró contra su piel helada. Quería recriminarle que se hubiera puesto en peligro, que lo hubiera echado de su casa, que no lo hubiera llamado para ir a un lugar peligroso, como habían acordado... Nada de eso tenía sentido ahora. Agradecía que estuviera viva y, a partir de ese momento, la cuidaría mucho mejor.

Se levantó en cuanto escuchó que se abría la puerta. El cirujano entró, le explicó a grandes rasgos lo que había hecho y le comentó que la expectativa de recuperación era favorable. A pesar de que el panorama no había sido el mejor en un comienzo, una vez que habían conseguido estabilizar a Julieta, todo había evolucionado como esperaban. Le advirtió que la mantendrían sedada y que por eso dormiría unas cuantas horas. Leonardo le agradeció la información y el médico se retiró.

Pasó otro rato en silencio, sujetando la mano de Julieta, hasta que oyó la puerta de nuevo. Giró la cabeza y halló a una mujer de aspecto distinguido, bastante parecida a Julieta. No tenía dudas de que era su madre.

Los ojos de Nora bajaron estudiando cada centímetro del hombre que tomaba la mano de su hija. ¡Era imposible que tuvieran tanta confianza! Julieta jamás saldría con un sujeto con el aspecto de ese hombre. Mucho menos si, por debajo de una de las mangas de su remera, sobresalía un tatuaje.

Para Leonardo, la desconfianza de Nora Olazábal no pasó desapercibida. Trataba de comprender, pero no podía negar que le dolían ese tipo de miradas, en especial de parte de la esposa del hombre que lo había enviado a la cárcel. Antes de la acusación,

nadie lo había despreciado de esa manera. Desde hacía ocho años, por el contrario, era una costumbre.

Durante un instante su mente se llenó de pensamientos negativos: su relación con Julieta era imposible, las diferencias los separarían. La miró: la clase social se le escapaba por los poros. Los Olazábal estaban acostumbrados a un nivel de vida que él ni siquiera imaginaba. No había podido alcanzarlo antes, cuando no era un ex convicto, mucho menos ahora. Por otra parte, la familia de ella jamás lo aceptaría. ¡Si su padre lo había condenado! Le hubiera gustado ser capaz de alejarse de ese cuarto y jamás volver a verla, pero no podía. Vivir sin Julieta habría sido peor que soportar todas las diferencias y miradas de desconfianza.

—Hola —saludó a Nora, dejando salir algo del hombre que había sido, y le ofreció su mano. La mujer se la estrechó con recelo—. Soy Leonardo, mucho gusto.

—Nora —respondió ella.

En cuanto se soltaron, Nora caminó hacia la cama y se quedó de pie junto a su hija. Su rostro se tiñó de pena; se mordió el labio igual que hacía Julieta y le pasó una mano por el pelo.

—¿Por qué está dormida? —indagó—. Tengo que hablar con los médicos y pedir el traslado a una clínica mejor.

La información hizo eco en la mente de Leonardo: «una clínica mejor». No entendía qué tenía de malo esa en la que se encontraban, si incluso la habitación era individual y parecía un hotel antes que un sanatorio.

Otra vez las diferencias económicas lo acobardaron. Nada de lo que él pudiera dar a Julieta se acercaba siquiera a la vida que llevaba ella. Sin embargo, se forzó a relegar los pensamientos negativos y volvió a concentrarse en Julieta. Quizás no le hacía falta dinero, si podía ganarlo por sí misma. Le hacía falta amor.

—No vamos a trasladarla —replicó, muy seguro.

Nora lo miró, tratando de ocultar una expresión de asombro. Entonces él dejó de sentir vergüenza por el hombre en el que se había convertido y decidió aprovecharlo. Si no podía obtener confianza, intentaría obtener respeto, como había hecho en la cárcel.

—Julieta está bien, trasladarla implicaría riesgos innecesarios —explicó, cruzándose de brazos a la vez que se respaldaba en la pared.

—Eso lo decide su familia —contestó Nora con expresión altiva—. Por cierto: el encargado de seguridad me dejó subir con la condición de que el otro ocupante de la habitación se vaya. Le agradezco lo que hizo por mi hija, pero ya no es necesario. ¿Le debemos algo por haberla traído?

El discurso hizo que Leonardo se tensara, luciendo todavía más peligroso. No quería irse, y solo había una manera de quedarse.

—Julieta y yo estamos en pareja —soltó sin vueltas. Nora frunció el ceño.

—¿Debería creerle? —contestó, mirándolo de arriba abajo.

—Si quiere, puede preguntárselo a su hija cuando despierte. Por el momento, se queda aquí, y yo me quedo con ella.

Nora respiró profundo. Aunque dudó, no quiso discutir. Volvió a mirar a Julieta y le acarició una mejilla.

—¿Qué dijo el médico? —preguntó.

—Dijo que está estable y que va a dormir por varias horas —explicó Leonardo, conforme con que la mujer hubiera entendido que ella no imponía las reglas en esa habitación.

—En ese caso, puede irse —se apresuró a ofrecer ella—. Yo me quedo.

Era imposible que la señora cediera tan rápido.

—No —contestó Leonardo—. Dígame una cosa: ¿su otra hija está en pareja?

Nora entrecerró los ojos; no acostumbraba a dar datos de su familia y nunca hablaba con hombres como ese.

—¿Eso qué importa? —gruñó.

—Si la que estuviera en esa cama fuera su otra hija, ¿dejaría que se quedara con su novio, esposo, o lo que sea?

—¡Es diferente! —exclamó Nora.

—Sí, lo sé —reconoció él—. La pareja de su otra hija no debe lucir como yo, pero puedo asegurarle que los seres humanos no somos tan distintos. Al final, todos vamos a terminar de la misma manera.

Nora cambió de postura, y así, era mucho más parecida a Julieta. Dejó de tocar a su hija, fue hacia un sofá de dos cuerpos que estaba delante de la ventana y se sentó.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó.

—Por un caso.

—¿Usted era el acusado?

Leonardo sonrió: ahora entendía de quién había sacado Julieta su estilo mordaz.

—Me ofreció ser el querellante, pero pasé a ser testigo.

—¿El querellante? —sonrió ella—. Debe estar equivocado, mi hija nunca está de ese lado.

—Entonces conoce muy poco a su hija.

El silencio que siguió a esa afirmación se tornó tan incómodo para Nora, que se levantó.

—Digamos que le creo: va a cuidar de mi hija esta noche, pero... ¿ser su pareja? No quiero sonar ofensiva, pero a mi hija no le gustan los hombres como usted.

Leonardo, lejos de sentirse ofendido, volvió a sonreír.

—Entonces comprobamos que no conoce a su hija —replicó. Dudaba de muchas cosas, pero no de la pasión que él despertaba en Julieta.

Nora apretó la cartera.

—Me voy por el momento, antes de que echen a alguno de los dos, pero antes pienso hablar con el médico. Además, vamos a hacer un acuerdo: doy una fiesta en mi casa en dos semanas. Si de verdad usted es la pareja de mi hija y es tan importante para ella, debería traerlo. Estoy segura de que no lo hará.

—Julieta no va a ese tipo de fiestas —replicó con seguridad. Intuyó que había acertado por la mirada de Nora.

—Yo la voy a convencer de que venga —aseguró ella. Luego sonrió con cortesía fingida y se retiró.

Leonardo no se molestó: no iba a explicarle por qué jamás podría pisar su casa ni le hacía falta hacerlo para saber que él era importante para Julieta. Estaba seguro de eso.

Después de que Nora se fue, Leonardo pasó una hora sentado junto a la cama, recordando fragmentos de la conversación que habían mantenido. Esa mujer tenía un aspecto inteligente y frívolo a la vez; era capaz de ser desconfiada e inquisitiva, mientras que, por otro lado, pretendía que su hija asistiera a una fiesta sin siquiera saber cuánto le demandaría recuperarse. Quizás estaba acostumbrada a que Julieta jamás caía y, si lo hacía, al instante estaba en pie.

Cuando tuvo un tiempo para pensar con frialdad, repasó lo que había sucedido y las posibles consecuencias: los médicos estaban obligados a informar a las autoridades sobre heridas dudosas, y la de Julieta lo era. Sintió un escalofrío al darse cuenta de que una intrusión policial tendría lugar en cuestión de horas.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, rogó que se tratara de Victoria. Para su mala suerte, era un agente de seguridad del sanatorio y una mujer policía.

—Buenas noches. ¿Usted es quien trajo a la paciente? —preguntó ella. Leonardo asintió—. Me va a tener que acompañar.

Los fantasmas del pasado se abatieron sobre él. Su corazón se aceleró ante la posibilidad de volver a una comisaría y se le cortó la respiración. Se sentía tan nervioso como si fuera culpable, quizás porque, después de la muerte de Emilia, nunca había dejado de parecerlo. Tenía que controlarse, ser el reo temerario y no el temeroso muchacho al que los maltratos y la adaptación a un ambiente terrible habían destrozado.

Se puso de pie y recogió la campera sin palabras, con un gesto brusco. Salió de la habitación antes que los demás.

Subió al patrullero luchando contra los recuerdos; todo lo que tenía en mente era el momento en que lo habían arrancado de su casa después del allanamiento. Apretó los puños para contenerse y trató de pensar que todo estaría bien. Esta vez no se hallaba del lado de los acusados, sino de la víctima; la policía podía ayudarlo a proteger a Julieta. Aun así, la mirada que el conductor le dedicaba por el espejo retrovisor y la horrible sensación de hallarse ahí otra vez lo obligaron a bajar los ojos y apretar los dientes. Si no hubiera aprendido a comportarse como un criminal, se habría puesto a temblar de miedo.

Las primeras noches en la cárcel había llorado. Sufrió ante los golpes y las humillaciones, hasta que se hizo fuerte. Sabría responder a esos agentes, en la cárcel lo había pasado mucho peor que en un interrogatorio. ¿Qué podía ser peor que lo que ya había vivido? Vivirlo otra vez. Pero eso no iba a pasar, no lo llevaban para una declaración indagatoria. Ahora tenía experiencia, era uno más de ese ambiente hostil y peligroso, y podía con él.

En la comisaría lo sentaron detrás de una computadora, le pidieron su documento y que explicara lo que había pasado. Mientras una agente comprobaba sus datos, él reconstruyó la historia para su compañero.

—Estaba trabajando cuando recibí el llamado de la doctora Olazábal. Somos

amigos desde que estamos trabajando juntos en un caso. No habló, pero escuché su respiración y rastreeé la ubicación de su teléfono con una aplicación que habíamos instalado en el celular.

—¿Por qué instalaron eso? —preguntó el agente. Al parecer le resultaba extraño que alguien quisiera ser rastreado por otro sin razón.

—Es un caso peligroso y temíamos que algo así pasara.

—Entonces sospecha de alguien.

—No. Puede tratarse de otro caso. Es abogada penalista y está involucrada en muchos casos peligrosos.

El agente asintió.

—Prosiga —pidió. Leonardo suspiró.

—Llamé a la policía y les di la ubicación, pero como no sabía decirles qué estaba pasando, sospecho que no fueron.

Los dos agentes lo miraron.

—Si el hecho ocurrió en propiedad privada, no pueden entrar por la fuerza. Seguramente nuestros compañeros fueron, pero no notaron nada sospechoso en la calle —replicó el hombre.

—Tal vez —concedió Leonardo. Estaba seguro de que no habían ido, pero esa era la impunidad que tenían las autoridades: podían acomodar todo a su conveniencia, y si se los ponía en contra, saldría perdiendo.

Continuó explicando que había llegado a la fábrica y que allí encontró herida a Julieta. Les dio la dirección y algunos horarios.

—¿En qué lugar de la fábrica la encontró exactamente? —indagó el agente.

Leonardo entrecerró los ojos; empezaban a dar vueltas. Si decía que la había encontrado dentro de una propiedad privada, ella pasaría a ser una criminal. Tenía que mentir.

—Estaba en la puerta.

—¿Cuánto tardó en llegar al lugar desde que se produjo el llamado?

Estaba acostumbrado a ese tipo de preguntas, querían saber si alguien más podía encontrar a Julieta antes que él. Se adelantó a las intenciones del hombre.

—Media hora. Me hubiera gustado que alguien la encontrara antes, pero estaba en una calle de tierra por la que prácticamente no circula gente. Si la hubieran hallado a tiempo, quizás ni siquiera habría necesitado una cirugía.

En ese momento la mujer policía extrajo unos papeles de la impresora y se los dio a su compañero golpeándolo con el codo. Leonardo tragó con fuerza, sabía que venía lo difícil: acababan de encontrar sus antecedentes penales.

—¿Puede repetirme qué relación lo une con la víctima? —pidió el agente.

—Soy testigo en uno de sus casos.

—¿La conocía de antes?

—Defendió a alguien involucrado en el caso por el que fui condenado injustamente —replicó.

La mirada burlona de los agentes le dolió, pero relegó esa sensación enseguida.

—De modo que, quizás, usted también tenía razones para apuñalarla.

Leonardo rio.

—Sí, por eso me comuniqué con la policía ni bien ella me llamó y la llevé al

sanatorio para que le salvaran la vida —contestó—. Puede comprobar que llamé al 911 en minutos. De todos modos, no me interesa si lo hace o no. Ni siquiera entiendo para qué me está interrogando, si no le va a importar lo que diga y solo va a creer lo que quiera. La verdad, no tengo nada más para decir; solo Julieta puede aclarar qué pasó cuando despierte. Siendo así, si me lo permite, preferiría ir con ella antes que seguir perdiendo el tiempo.

Después de leer y firmar la declaración, salió ansiando un poco de aire. Caminó algunas cuadras hasta un kiosco y compró una lata de cerveza. Mientras la bebía sentado en el banco de una plaza, pensó en cuánto odiaba todo lo que se veía obligado a atravesar desde que Julieta Olazábal había reaparecido en su vida: el regreso a su pasado, las amenazas de la clase de delincuentes que había conocido en prisión, el contacto con la policía, las miradas que siempre lo declararían culpable. La condena social era tan espantosa como los cinco años en una cárcel. «¿Qué es más fuerte?», se preguntó. «¿Mi amor por ella o el odio hacia todo lo que representa? ¿Cuánto podré resistir de esta manera?»

Se puso de pie, estrujó la lata vacía con la mano y la tiró a un cesto de basura. Cruzó la calle hasta una remisería, pidió que lo llevaran a la fábrica y allí recuperó su moto. Con ella volvió a la clínica.

—Debería alejarme, pero acá estoy —le dijo a Julieta, acariciando su antebrazo con un dedo. Otra vez se había sentado junto a la cama para custodiar su sueño—. Todo es tu culpa.

* * *

Julieta respiró profundo. Sentía una fuerte presión en el costado y otra más leve en la mano izquierda. La claridad teñía sus párpados de un tono anaranjado, era de día y podía apostar a que el sol brillaba en el cielo. Abrió los ojos despacio al tiempo que intentaba mover las manos. Miró hacia donde sentía la presión y halló a Leonardo. Su frente estaba apoyada en su antebrazo, le tomaba la mano y tenía los ojos cerrados. Él no tardó en abrirlos y encontrarse con los de ella. Su mirada se iluminó y le sonrió.

—¡Hola! ¿Cómo te sentís? —preguntó mientras se enderezaba.

La calidez de su mirada y de su voz abrumó a Julieta. Todo lo que había vivido regresó a su memoria sin aviso previo, y recordó que había estado al borde de la muerte. «Estoy viva», pensó. «Estoy viva y me alegra, aunque no lo merezca.»

Empezó a temblar y se echó a llorar, avergonzada.

—Juli —le dijo Leonardo y se puso de pie para aproximarse a su rostro. Se lo encerró entre las manos y le besó la frente—. No llores, todo está bien —aseguró con voz suave mientras le acariciaba las mejillas, llevándose sus lágrimas—. Sé que esto te incomoda, pero tengo que llamar a la enfermera —presionó un botón que estaba detrás de la cama y volvió a mirarla y a sonreírle secándole los pómulos. Le dio un beso en la mejilla—. No te preocupes por nada: estás a salvo y vas a estar todavía mejor.

La enfermera acudió enseguida, y Leonardo se alejó.

—¿Ya despertaste? —preguntó la mujer con una sonrisa—. ¿Te sentís bien?

Julieta se mordió el labio y asintió con la cabeza. No se sentía bien, ni física ni

mentalmente, pero jamás lo diría mientras pudiera resistirlo.

La enfermera le tomó la presión, el pulso, la saturación de oxígeno en sangre y la temperatura. Después se dirigió a Leonardo y le pidió que abandonara un momento la habitación para valorar la herida. Cuando salió le informó que estaba todo en orden.

Él volvió a entrar y se sentó. No podía dejar de mirar a Julieta, estaba aliviado y feliz de verla despierta. Ella se había respaldado en una almohada; había recuperado el color. Que se pasara una mano por el pelo tratando de arreglarlo le dio ternura y la ayudó con eso.

Julieta sintió que le devolvían la vida; la caricia de Leonardo la hizo temblar. No solo estaba aturdida por lo cerca que se había hallado de la muerte, sino porque percibía que alguien le daba amor por primera vez en mucho tiempo. La mano de Leonardo despedía tanta energía que el calor se extendió por todo su cuerpo, como un destello sanador.

—¿Cuánto tiempo pasó? —preguntó.

—Dieciocho horas —respondió Leonardo con voz pausada.

—¿Y estuviste acá todo ese tiempo? —siguió indagando ella. Él alzó las cejas, tratando de disimular la risa.

—No tenía nada que hacer —contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Y el bar? —preguntó Julieta, disconforme con la respuesta—. No debiste haberte quedado.

Leonardo suspiró y se le aproximó. Sus ojos y su voz la envolvieron cuando susurró:

—¿Preferís que te diga que me quedé porque no puedo separarme de vos? ¿Que cuando me llamaste llevaste mi corazón al extremo de sus latidos, que me desesperé cuando te encontré herida en esa fábrica, que pensé que me moría cuando perdiste la conciencia en el auto? Puedo decir todo eso también.

El corazón de Julieta se aceleró. Tragó con fuerza y bajó la cabeza, tratando de ocultar sus mejillas sonrojadas.

—Entonces no tenías nada que hacer —concluyó.

Leonardo sonrió y se cruzó de brazos mientras se respaldaba en la silla.

—Así es —asintió.

De pronto la razón volvió a apoderarse de Julieta y empezó a sacar conclusiones.

—Vos me ingresaste acá, ¿no? Los institutos de salud tienen la obligación de dar parte a la policía si...

—Lo dieron —la interrumpió él.

—¿Y vinieron? ¿Qué les dijiste?

—No hizo falta que les dijera demasiado: pensaron que había sido yo.

—¿Qué?! —exclamó Julieta, indignada—. ¿Cómo pueden ser tan inútiles? —Miró a ambos lados de la cama—. ¿Te quedaste con mi celular? Por favor, decime que tenés mi teléfono; tengo mi vida ahí adentro. No te preocupes, dámelo que hago un llamado y te dejan en paz.

Leonardo rio con ternura y le tomó la mano para tranquilizarla.

—Tengo tu celular, pero podemos ocuparnos de eso más tarde —propuso. Le importaba más que ella se recuperara que liberarse de otra acusación absurda—. Les dije que te había encontrado en la puerta del predio, supuse que te ayudaría a encubrir

el delito de haberte metido sin permiso. Es importante que no nos contradigamos en eso.

—Voy a decir que intentaron asaltarme.

—Pero no fue así.

—No.

Los ojos de Julieta delataron el temor que regresaba a su cuerpo. Leonardo lo notó y la alejó del asunto. Dejaría las preguntas para más tarde.

—Victoria llamó, dijo que el pedido ya se revisó. Supongo que se refería a la reapertura del caso de Emilia.

—¿Victoria llamó? —repitió Julieta. El miedo dio paso a la preocupación—. ¿Vos la atendiste? ¿Se sorprendió? ¿Qué le dijiste?

—Le dije que estabas en el sanatorio por un accidente menor.

—¡No! —exclamó ella—. ¿Por qué le dijiste que estaba en un hospital? Debiste haber inventado otra cosa.

—También llamé a tu madre.

—¿A mi madre? —Los ojos de Julieta se abrieron, enormes—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Para qué?

—Es tu madre, habría sido injusto ocultarle lo que te pasó —contestó él con calma.

—¡Pero a ella no le importa!

—Julieta: aunque te parezca imposible, la gente te quiere y se preocupa por vos. Victoria se preocupó, yo me preocupé, tu madre se preocupó; incluso vino a verte.

—¿¿Vino a verme?!

—Sí, y me invitó a una fiesta.

¡Era imposible! ¿Acaso estar al borde de la muerte había hecho que su mundo se pusiera de cabeza? No. Había sido Leonardo.

—¿Por qué te invitó a una fiesta? —interrogó.

Leonardo suspiró y se preparó para la explicación más difícil.

—Quería quedarse. Supuse que no te agradecería despertar junto a ella y, además, no quería irme, así que tuve que solucionarlo de manera drástica.

—¿Cómo lo resolviste?

—Le dije que era tu pareja.

El corazón de Julieta volvió a colapsar. Sus mejillas enrojecieron: nunca se había pensado como pareja de Leonardo, aunque en parte lo era. La idea, lejos de desagradarle, le provocó cosquillas en el estómago, como si volviera a ser una adolescente.

—¿Y te invitó a una fiesta así sin más? —preguntó—. ¿No te dijo ninguna barbaridad?

Leonardo sonrió: de modo que Julieta sabía cómo era su familia y se preocupaba porque su madre lo hubiera lastimado. Eso lo conmovió.

—En realidad me invitó a la fiesta para comprobar algo que a ella no le incumbe. Pero como sé que ninguno de los dos va a ir, prefiero que hagamos la fiesta en tu casa o en la mía —bromeó; el doble sentido era evidente.

—Claro que jamás te llevaría a esa casa a ver la cara del hombre que... —«que te condenó», pensó, pero se interrumpió—. De mi padre —completó.

Leonardo volvió a acercar su rostro al de ella. Le acarició el pelo y la miró a los

ojos para bañarla de calidez.

—Si fueras, iría —aseguró—. No para probar algo a tu madre, sino porque a partir de ahora las cosas van a cambiar. No tenés que enfrentar el mundo sola, Julieta. Dejá que al menos seamos dos.

Toda la frialdad desapareció de la mirada de Julieta; sus ojos volvieron a humedecerse con el recuerdo de la muerte. Atrajo a Leonardo hacia sí y él se sentó en la orilla de la cama. Julieta lo abrazó por el cuello y lo besó en la mejilla.

—¿Te llevaron a la comisaría? —le preguntó al oído. Después le rodeó la cara con las manos y lo miró a los ojos—. ¿Te asustaste mucho?

—Un poco.

—Lo siento. No va a volver a pasar, te lo prometo.

—No va a volver a pasar, porque vas a tener más cuidado —repuso él, jugando con un dedo sobre su pómulo.

Julieta rio.

—Dame el teléfono, ¿sí? Tengo que hacer llamados.

Leonardo se apartó de ella riendo.

—¿Así que esto era una extorsión? —preguntó—. Si no estuvieras convaleciente, te castigaría con cosquillas.

—Por favor... —suplicó ella con expresión aññada—. Por favor, por favor, por favor...

Él se apartó, buscó la cartera y se la entregó.

—De todos modos, no tiene batería —le advirtió con un dejo de triunfo en la voz.

—Pero tengo esto —canturreó Julieta extrayendo un cargador portátil.

Leonardo sacudió la cabeza: había perdido.

—Esperá —pidió. Julieta lo miró—. Solo tres llamados, ¿puede ser?

Aunque dudó en un primer momento, Julieta terminó aceptando.

Usó el primer llamado con Ramírez.

—Hola, comisario, ¿cómo le va? Habla Julieta Olazábal. —Silencio—. Me alegro mucho, a mí me va excelente. Verá: ayer me asaltaron. Fue una tontería en Quilmes, pero quien me trajo al sanatorio fue un amigo con antecedentes penales y los agentes que le tomaron la declaración lo molestaron un poco. No quiero que nadie vuelva a molestarlo; de ser posible, me gustaría que ni siquiera se tocara mi caso, no le veo sentido. ¿Podemos hacer algo con eso? —Otra vez silencio—. Sí, ya sé que usted no tiene injerencia en provincia de Buenos Aires, pero seguro algún amigo suyo sí. —Esperó—. Sí, claro, mi secretaria puede pasar el lunes con lo suyo y lo de su amigo. —Rio mientras escuchaba la respuesta—. Perfecto. Muchas gracias.

Leonardo se quedó pensando en la expresión «lo suyo». ¿Así le llamaban al dinero en negro?

Julieta ni siquiera tuvo que meditar en qué gastaría el segundo llamado.

—Vic, soy yo. Estoy bien, no te preocupes. No pasó nada, fue un accidente tonto: un ladrón me pidió el celular. Te imaginarás que, con todo lo que tengo en él, me negué a entregárselo, entonces me clavó algo y terminé en el hospital. Pero no fue nada, en serio; de lo contrario, no te estaría llamando. Sí, es mi amigo, ¿por qué te sorprende tanto? ¿El pedido ya se revisó? Perfecto. Voy a llamar a Ibarguren para ir acelerando las cosas. Sí, no te preocupes, nos vemos en el estudio.

Tampoco dudó ante el tercer llamado. Miró la hora, buscó en la agenda y presionó el ícono verde.

—Hola, doctor, habla Julieta, la hija de su amigo, el juez Olazábal. —Rio—. Estoy muy bien, gracias. Lo molesto porque necesito una entrevista urgente con usted. ¿Podrá avisarle a su secretaria que me ubique en algún minuto libre de la semana? Prometo no robarle mucho tiempo. No sabe cuánto se lo agradezco. Claro, puede llamar a mi estudio el lunes. Nos vemos.

Cuando cortó, respiró; parecía que no lo había hecho en mucho tiempo. Miró el teléfono con codicia, pero no atinó a hacer otro llamado. Alzó los ojos hacia Leonardo. Él llegó despacio a su mano y se apoderó del aparato. Le alegraba que Julieta hubiera cumplido con el trato, pero a la vez lo entristeció que solo hubiera utilizado sus tres llamadas para ocuparse del trabajo.

—Voy a tener que romper la regla —lamentó, buscando en los contactos. Llamó a uno—. Hola, señora Olazábal —dijo ni bien Nora atendió. Julieta empezó a hacer gestos desesperados con las manos—. Su hija despertó y ya puede hablar con usted.

Julieta frunció los labios, reprochándole con la mirada, y tomó el celular a regañadientes.

—Hola, mamá —dijo—. Estoy bien. No te preocupes, no fue nada. No, no me apuñalaron, ¿quién te dijo eso? —Rio—. Me asaltaron y el tipo me clavó algo, pero no fue nada. No exageres, por favor. —Sus mejillas ardieron en cuanto su madre le preguntó por Leonardo—. No puedo hablar ahora, no tengo batería —se excusó para salvarse—. Adiós. —Cortó—. ¿Por qué hiciste eso? —le preguntó a él, rabiosa.

—Porque es tu madre y estaba preocupada, no podías dejarla de esa manera.

Julieta volvió a depositar el teléfono en la palma de la mano de Leonardo.

—Nunca vuelvas a hacer algo así —le advirtió.

—No puedo prometértelo: volvería a hacerlo muchas veces si fuera bueno para vos.

—No sé por qué suponés que estrechar el vínculo con mi familia podría beneficiarme de alguna manera. Por favor, no...

La calló con un beso antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse. Cuando volvió a mirarla, descubrió que la ira se había disipado. La peinó con los dedos y la besó en la frente.

—Sería mejor que descansaras —sugirió.

Julieta aceptó sin objeciones. Intentó deslizarse para acostarse de nuevo, pero el dolor le arrancó una mueca y un quejido. Recordó el horror que había pasado en la fábrica, y se puso pálida.

Leonardo la abrazó, pensando que el efecto del calmante que le administraban debía de estar disminuyendo. Cuando la notó mejor, pasó un brazo por debajo de sus rodillas, otro por detrás de su espalda y la acostó con suavidad. Julieta ya estaba rendida con eso, pero como si fuera poco, también la cubrió con el acolchado.

—No salvé tu vida para que la desperdicies —le advirtió mirándola a los ojos—. Vamos a tener que buscar la manera de que tu trabajo sea menos peligroso, ¿estamos de acuerdo? —Julieta asintió, sin atreverse a discutir—. Así me gusta —aprobó él—. Voy a buscar a la enfermera para preguntarle por qué te duele.

En cuanto Leonardo salió, Julieta se quedó mirando la puerta. Sabía que ella tenía

ciertas cualidades: inteligencia, tenacidad, gran capacidad analítica. Sin embargo, Leonardo la hacía distinta, con él revelaba otra parte de sí misma.

Había experimentado muchos sentimientos a lo largo de su vida, pero nada tan confuso como lo que sentía por él. Lo recordó detrás del mostrador la primera vez que lo había visto, y reconoció que desde ese momento le había parecido magnífico. Lo recordó odiándola, lo recordó cuando hacían el amor, y entonces supo que amaba cada parte de él, sus luces y sus sombras, como él amaba las de ella. Estaba tan enamorada que haría lo que fuese para que ese amor sobreviviera, aun a pesar de ella misma.

Le dieron el alta el lunes. Por supuesto, quería ir al estudio. Pero ni bien bajó de la cama, le pareció que se le abría el cuerpo en dos, así que desistió de la idea.

Leonardo la llevó en el auto hasta su casa. Estacionó el coche en el subsuelo y la ayudó a bajar. Caminar era difícil; aunque ella se esforzaba por fingir que todo estaba bien, Leonardo se dio cuenta de que le dolía y la abrazó para facilitarle la tarea.

Una vez en el departamento, la obligó a ir a la cama y programó en su celular las alarmas para los analgésicos y antibióticos.

—¿Eso significa que te vas a quedar conmigo? —le preguntó Julieta, acariciándole el antebrazo.

Leonardo, que se había sentado a la orilla de la cama, le acarició la cara.

—¿Querés que me quede? —preguntó.

Julieta asintió con la cabeza. No estaba acostumbrada a que alguien se ocupara de ella y temía malacostumbrarse; sin embargo, no quería prescindir de él.

Leonardo le preparó la cena y le dio las medicinas a la madrugada. La abrazó toda la noche y la abrigó un poco más cuando afuera se desató una tormenta y la temperatura bajó drásticamente.

Quizás fue ese exceso de calidez lo que hizo que Julieta se sobresaltara al despertar. La cama estaba vacía, y por un instante creyó que le habían arrancado algo muy preciado.

Se levantó llevando una manta liviana sobre los hombros y fue a la sala. Allí encontró a Leonardo. Había movido el sillón de un cuerpo y estaba sentado mirando el ventanal. Como todavía llovía, los vidrios se habían empañado y las gotas rodaban por el cristal. Como si hubiera percibido su cercanía, él giró la cabeza y le sonrió. Había algo oscuro en su mirada, y aunque la asustaba lo que pudiera ser, ella no se apartó. Caminó hacia él y apoyó una mano sobre su hombro. Leonardo la cubrió con la suya y después la hizo sentarse sobre sus piernas. Julieta se acurrucó contra su pecho, acunada por sus brazos. No hizo falta que le preguntara nada, él decidió hablar por sí mismo.

—Mientras estuve en la cárcel, a veces me sentaba en el patio a mirar la pared. Cuando perdés todo, añorás algo tan simple como sentarte frente a una ventana a ver el mundo pasar.

La garganta de Julieta se cerró. Le dolía el dolor de Leonardo más que la puñalada que había recibido. Deseaba ser capaz de volver atrás. Quería devolverle todo lo que había perdido, pero ¿cómo cerrar las heridas que por siempre estarían abiertas? Ni siquiera su amor era suficiente para borrar las huellas del pasado; su pobre y maldito amor no conseguiría retroceder un solo segundo.

—Todo lo que pasaba por esa pared era odio —siguió confesando él—. A veces veía el cadáver de Emilia. Otras, a su marido; otras, a tu padre. Incluso llegué a verte a vos.

Bajó la cabeza para mirarla: Julieta parecía tan frágil entre sus brazos... De haber

querido la habría lastimado, por dentro y por fuera. Pero la amaba. Le apartó un mechón de pelo de la cara con suavidad y veneración.

—Por favor, Juli, no sientas miedo de mí porque diga esto —agregó—. Nunca te haría daño.

—¿Por qué me lo pedís? ¿Vos sentís miedo de mí? ¿Pensás que podría volver a lastimarte? —indagó ella.

—Todo el tiempo. Acabás de hacerlo en esa fábrica.

—No te tengo miedo. Sos la única persona en la que confío. Te confiaría mi vida, porque sé que jamás me traicionarías.

Leonardo le sujetó la cabeza y ocultó la cara en su cuello. La apretó delicadamente contra su pecho y respiró profundo. «Sé que jamás me traicionarías.» Esperaba no tener que hacerlo.

Pasaron tanto tiempo así, que Julieta perdió la noción de lo que la rodeaba y se adormeció. Cuando entreabrió los ojos, se sintió tan reconfortada que se le escapó una sonrisa. Acarició el mentón de Leonardo. Él volvió a bajar la cabeza y disfrutó de la caricia.

—No te asustes, voy a decir algo que jamás le dije a nadie —susurró Julieta—. Quisiera quedarme así para siempre.

Leonardo sonrió; su corazón se había llenado de futuro de nuevo.

—Tampoco te asustes: eso me encantaría —respondió, y le dio un beso en la cabeza.

Pasaron el resto de la mañana frente al ventanal, sin conciencia del tiempo.

Almorzaron en la mesita de la cocina y después miraron una película de acción en el sillón. Leonardo se alegró de que el ánimo de Julieta se recuperara; lo notó porque no paraba de hacer comentarios. Mientras ella se quejaba de un error en el sistema de implosión de un edificio, él la miraba y pensaba que tendría que habituarse a ver todas sus películas favoritas arruinadas por la erudición de su pareja. Era fácil imaginarla en el colegio inglés, levantando la mano cada vez que el profesor hacía una pregunta, rodeada de libros.

El día habría sido perfecto si a las cinco no hubiera sonado el teléfono. Por los comentarios de Julieta, entendió que se trataba de Victoria.

—Claro que me interesa —dijo ella, buscando un anotador—. Mañana a las cinco en su estudio de la calle Florida. Ahí voy a estar. Gracias. —Cortó y miró a Leonardo—. Mañana tengo una entrevista con Iburguren; él puede hacer que el expediente de Emilia se mueva más rápido.

Leonardo suspiró. Todavía no había tenido oportunidad de comprobar si el atacante de Julieta tenía que ver con Barrios, pero aun así le convenía apartarla de todo peligro, y Barrios era uno.

—Quiero que hablemos seriamente de dejar el caso —dijo. Julieta rio, a la defensiva.

—Ya hablamos de esto. Por favor, no repitamos la misma historia.

—Estuviste al borde de la muerte.

—No hace falta que me lo recuerdes. Siento que me falta el aire de solo recordar ese momento, pero tengo que ser fuerte. Sea quien sea el que mandó al atacante, quiere decir que estoy muy cerca de alguna verdad, y no puedo desistir ahora.

—Quedamos en que íbamos a buscar una manera de que estuvieras más protegida. Trabajar así es muy peligroso.

—Lo sé, pero tengo que terminar con esto. Si los dejara salirse con la suya, perdería todo lo que conseguí hasta ahora y, además, hay más personas involucradas. No puedo. Todavía no puedo dejarlo. Por favor, estamos tan cerca, tenemos que soportarlo solo un tiempo. Ayúdame. Ayúdame, Leo, por favor.

Leonardo maldijo por dentro. Del mismo modo que había ocultado tantas emociones antes, también escondió el miedo y decidió seguir adelante. No había forma de retroceder si Julieta lideraba la marcha.

—Entonces tenemos un paseo mañana —dijo—. Vamos juntos, te espero en la puerta.

Julieta sonrió, satisfecha. De no haberse sentido un poco dolorida todavía, habría saltado sobre las piernas de Leonardo para abrazarlo.

—Gracias —dijo.

—Agradeceme teniendo cuidado —rogó él.

—Así será —prometió ella.

Esa noche, al notar que Julieta estaba mucho mejor, Leonardo le anunció que iría al bar.

Tal como temía, Julieta se dio cuenta de que se había acostumbrado a su presencia y lamentó que se fuera, pero no podía apartarlo de sus obligaciones. Mientras él se preparaba para irse, abrió un cajón y sacó una llave de repuesto.

—Quiero que la tengas —dijo, entregándosela—. Así me ahorro bajar a abrirte cada vez que nos peleemos, soportando el silencio en el ascensor.

Rieron, y él se fue. Por suerte ella no había imaginado que mentía: no iba al bar, solo quería reencontrarse con Castro. Su sangre bullía mientras salía de Capital y bajaba el puente en Avellaneda. Había contenido todo su odio esos días, en espera de que Julieta se recuperase un poco.

Estacionó la moto frente a la vivienda e ingresó al pasillo por la puerta abierta. Pateó la de su casa y la abrió de par en par. Encontró a Castro en el sillón, haciendo el amor con la vecina del bebé, que bien podía ser hijo de él.

Castro se levantó e intentó asir su revólver. Leonardo no le dio tiempo: lo tomó del cuello de la remera y le estrelló la espalda contra la pared. Castro todavía tenía los pantalones bajos. La chica salió corriendo, cubriéndose los senos.

—¿Por qué intentaste matarla si ya teníamos un acuerdo? —gritó, volándole el pelo de la cara con su aliento.

—¿De qué estás hablando? —rugió el otro.

—¡De la doctora Olazábal! —replicó Leonardo, golpeándolo de nuevo.

—¿Estás loco? ¡Yo no hice nada!

Parecía en verdad desconcertado. ¿Debía creerle? ¿Por qué le mentiría? Lo soltó bruscamente y Castro acabó en el suelo. Se arrastró hasta su arma mientras Leonardo daba una vuelta por el cuarto desordenado. Lo apuntó.

—¡Salí ya mismo si no querés que te mate! —ordenó.

Leonardo giró sobre los talones y lo miró con expresión despectiva. No le temía a un estúpido revólver, mucho menos a un maleante con la mitad de las agallas de los

que había enfrentado en la cárcel.

—No quiero que te acerques a ella —ordenó—. Decile a Barrios que tengo todo bajo control. No puedo parar la indagatoria, pero puedo hacer otra cosa.

—Ya sabés lo que dijo —contestó Castro bajando el arma—. Ya contrató al sicario para que la mate si él va a juicio, y ahí sí que la doctorcita no va a contar el cuento. Ese tipo no es como yo, es un asesino profesional que se cargó al hijo de un diputado.

—No te acerques a Julieta —repitió Leonardo, ignorando lo demás, y salió golpeando la puerta contra la pared.

Ya no tenía dudas de que Julieta estaba bajo amenaza por otro caso, y no podía evitar asociarlo con quien la había atacado esa primera noche a la salida del bar. El asunto se ponía cada vez más oscuro, pero no cometería de nuevo el error de abandonarla. Permanecería a su lado, aunque se le helara la sangre.

* * *

La mañana despuntó soleada. Julieta se vistió con un trajecito de pollera y blazer negros, y camisa blanca. Dudó acerca de ponerse los zapatos de tacón; eran la mejor opción para presentarse ante el amigo de su padre, pero le dificultarían todavía más caminar. Tal como Leonardo le había pedido, puso por delante su salud y decidió usar las chatitas.

Todavía le dolía a la altura del riñón y la herida tiraba según sus movimientos. Ahogó una mueca de dolor frente al espejo cuando levantó el brazo para hacerse un rodete. Como fue imposible, se dejó el pelo suelto.

Terminaba de maquillarse cuando sonó el timbre. Al instante siguiente, escuchó la llave en la puerta y sonrió. Nunca nadie había tenido la llave de su casa, ni siquiera estaba habituada a recibir visitas. Saber que era Leonardo quien llegaba le hizo latir muy fuerte el corazón.

Salió a su encuentro perfumándose. Él no le dio tiempo a dejar el frasco, estuvo frente a ella en pocos pasos y la abrazó.

—Hmm... —susurró Julieta, rodeándole la cadera—. Necesitaba esto.

Leonardo se apartó y la sujetó de los hombros.

—¿Tomaste la medicación a horario? —le preguntó.

—Sí.

—¿Dormiste bien?

—Sí.

Después miró sus pies y sonrió: se había puesto el calzado cómodo.

—Así me gusta —dijo—. No esperaba un nivel menor de perfección en mi chica aplicada.

Él condujo hasta el microcentro. Dejaron el auto en un estacionamiento y caminaron hasta la calle Florida. Había mucha gente, era la franja horaria en que todos salían del trabajo. Recorrieron una cuadra hasta una puerta de madera lustrada. En la pared había una placa en la que podía leerse: «Ignacio Ibarguren, abogado».

Julieta tocó el timbre; una chica le preguntó quién era por el portero eléctrico. Cuando la puerta se abrió, se miraron para despedirse y ella entró.

Subió la escalera de mármol despacio, sujetándose de la baranda dorada, hasta que

llegó a una puerta de madera y vidrio cubierto por una cortina blanca. Golpeó y abrió cuando oyó un timbre suave. Muy pronto se encontró en una sala de espera antigua, con paredes revestidas en madera oscura y muebles del mismo material. Se aproximó al escritorio de la secretaria.

—Buenas tardes —la saludó la mujer, y señaló un sillón—. El doctor la va a llamar en un momento, puede sentarse.

Julieta agradeció, pero se quedó parada. Temía que, de acomodarse en un asiento tan bajo, se la notara débil al levantarse.

Ibarguren abrió la puerta de su oficina unos cinco minutos después. Estaba tal como lo recordaba: canoso, un poco mayor que su padre, de traje y con los zapatos lustrados. Julieta se le aproximó con una sonrisa que él devolvió y se estrecharon las manos.

La oficina conservaba el mismo estilo antiguo de la recepción. Detrás del escritorio había dos ventanas cubiertas por cortinados verdes, muebles de roble y asientos de cuero al tono de las cortinas. Las lámparas estaban encendidas, allí dentro parecía que afuera era de noche. Olía a madera y a papeles.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Ignacio mientras se sentaban.

—Muy bien, gracias —replicó Julieta. En realidad, no tenía novedades del juez Olazábal, así que inventaría.

—Aún recuerdo los hermosos fines de semana que pasamos navegando en el yate. ¿Todavía lo tiene?

—Sí, pero ya no lo usa tanto.

—¿No sabés cómo lo entiendo! La vida se volvió cada vez más vertiginosa y nos deja poco tiempo para distendernos. ¿Él también tiene el escritorio lleno de casos? Cada vez hay más.

—Sí —afirmó Julieta. No tenía idea.

—Debo confesar que me sorprendió tu llamado. Considerando que seguro nos veíamos en la fiesta dentro de dos semanas, imaginé que tenía que ser algo urgente.

—¿La... fiesta? —replicó ella con los ojos entrecerrados.

—La fiesta de aniversario de tus padres.

—¿Ah, sí! ¡La fiesta! —exclamó ella. Debía de ser la fiesta que su madre le había mencionado a Leonardo—. Bueno, no me hubiera parecido apropiado hablarle de esto entre los invitados —inventó en el momento.

—¿Qué es eso tan importante que no podíamos hablar ahí? —preguntó él con amabilidad y también un poco preocupado.

—Necesito pedirle un favor —anunció Julieta, extrayendo un papel de la cartera, y lo deslizó sobre el escritorio—. Es el número de un expediente que en estos días tiene que ser asignado a un nuevo juez de instrucción. Usted sabe cómo son esas cosas: hasta que la causa se reabra, pueden pasar meses. Necesito que se mueva rápido: tengo testigos en peligro y acusados protegidos por círculos de poder.

—¿De qué año es este caso? —indagó Ibarguren, tratando de leer el papel que le había dado Julieta sin anteojos.

—El crimen se cometió hace ocho años.

—Ah, en ese caso no creo que tengamos problemas en apurarlo un poco —dijo, volviendo a ella—. Ya sabés: si le damos prioridad a asuntos recientes, llamaría la

atención.

—Sí, lo sé, pero no sería el caso.

—No te preocupes, voy a hacer todo lo que pueda.

—Muchas gracias.

—Quizás pueda darte alguna información en la fiesta. Nos vemos ahí, ¿no? Hace tiempo que no veo a la familia Olazábal completa.

Julieta se forzó a sonreír.

—Sí, claro —asintió. Si en apenas dos semanas podía tratar con el juez que retomara el caso, se sentiría en la gloria.

Conversaron un poco más sobre los momentos que ambas familias habían compartido y se despidieron en cuanto la secretaria de Iburguren le anunció que su esposa lo llamaba al teléfono fijo.

Julieta bajó las escaleras y salió del edificio con una esperanza implacable. Como mucha gente caminaba por la peatonal, le costó ubicar a Leonardo. Lo encontró mirando libros en la entrada de la librería de enfrente. Sonrió al sentir que su corazón se llenaba de él y fue a su encuentro.

Se detuvo de pronto a mitad de camino. Ni bien alguien le rozó la espalda, su mente se nubló y se vio de nuevo en la fábrica. Una fracción de segundo después, cuando esa misma persona la llevó por delante chocando su mano contra la herida, creyó otra vez que moriría. Todo se puso negro, se le cortó la respiración y sus oídos zumbaron de tal manera que ni siquiera oyó las disculpas.

Leonardo levantó la cabeza justo para ver lo que pasaba: el choque, la expresión perdida de Julieta, su palidez. Soltó el libro y estuvo frente a ella en menos de un segundo. La abrazó y la condujo hasta dejarla entre su cuerpo y una pared.

—Mirame —pidió. Tuvo que repetirlo para que ella le hiciera caso—. No pasa nada: detrás está la pared, y delante, yo. Respirá.

—No puedo —balbuceó Julieta. Los ojos se le humedecieron de impotencia—. ¿Por qué me pasa esto? Quiero ser normal.

—Esto es lo normal —la corrigió él—. Casi te matan, ¿cómo podrías reaccionar?

Se horrorizaba del nivel de autoexigencia de Julieta. Si hubiera podido, le habría quitado todas esas ideas estúpidas por las que creía que siempre debía ser fuerte y decidida, pero era imposible. Tan solo podía abrazarla, y eso hizo.

Cuando ella se repuso, la llevó pegada a su costado hasta el auto. Se mantuvieron en silencio hasta salir del estacionamiento.

—No entiendo por qué me puse así, ¡qué exageración! Si hubiera podido controlarlo... —se quejó ella.

—Los robots no andan entre nosotros por el momento —respondió él.

Julieta lo miró con los ojos muy abiertos. Estaba tan involucrada en la autocrítica, que le demandó un instante comprender el chiste. Cuando lo hizo, rio. Leonardo se sintió reconfortado de que lo hiciera; fue una lástima que su expresión relajada durara tan poco.

—Iburguren me prometió información en dos semanas. Voy a tener que ir a la fiesta de mis padres —comentó ella, mirándose las manos.

—¿Vas a ir a la fiesta? —indagó él con el ceño fruncido. Recordaba la invitación de Nora Olazábal.

—Sí, pero no te preocupes: aunque te necesitara conmigo, de ninguna manera permitiría que fueras —respondió Julieta, interpretando su tono.

Leonardo jamás hubiera imaginado que ella asistiría a esa fiesta. No tenía ganas de ver la cara del juez Olazábal, ni de ser el hazmerreír de sus invitados ricos. Él no tenía nada que ver con esa gente y le hubiera gustado prescindir de todos ellos. Sin embargo, le había prometido a Julieta que, si ella quería ir, él la acompañaría. Además, tenía miedo de que el rechazo que él sentía por la clase de gente que era esa familia terminara dañándola. Si de verdad iban a intentar seguir adelante con su relación, no iba a exigirle que eligiera entre él o su familia; hubiera sido arcaico.

Por otro lado, Julieta acababa de admitir que lo necesitaba a su lado. Deseaba asegurarle que allí estaría, pero en ese momento no pudo. No se sentía seguro de sí mismo ni de las reacciones que pudiera experimentar ante el juez Olazábal. Como el choque de un desconocido había hecho estallar el volcán de miedo que se ocultaba en Julieta, temía que la presencia de ese hombre hiciera estallar en él el odio.

Tenía dos semanas para tomar la decisión correcta.

No dejaba de pensar en la fiesta. Estaba con los codos apoyados en el mostrador del bar, tratando de soportar tres horas más, cuando una idea clarificadora se le ocurrió. Si bien la cárcel lo había revestido de poder, por otro lado había enterrado su autoestima. Miró alrededor y por primera vez se le ocurrió que esas paredes descascaradas y esas mesas viejas no eran el lugar para él. Tenían mejor aspecto que la prisión, pero ¿por qué se conformaba con eso?

Descubrió que no quería ir a la fiesta porque, en realidad, no aborrecía a los ricos sino a sí mismo. La condena lo había enterrado, y todavía no había salido en libertad. No de verdad. Se preguntó si Julieta merecía a alguien así, y supo enseguida que no. Le resultaría muy difícil volver a tener un negocio propio, pero al menos podía aspirar a un sitio mejor. Aún recordaba lo mal que lo había pasado buscando trabajo ni bien había salido de la cárcel, y eso le impedía probar suerte de nuevo. ¿Hasta cuándo se dejaría acechar por el pasado? Debía ser valiente.

Extrajo el celular y revisó algunas páginas de búsquedas laborales en Internet. Descubrió que en varios avisos solicitaban bartenders y también custodios, que era su segunda opción. Decidió crear un usuario en la que había más avisos de su interés, completó el currículum virtual y lo envió. No sabía si se atrevería a asistir a las entrevistas si lo llamaban, pero al menos había dado el primer paso hacia algo un poco mejor.

Recibió el primer llamado al otro día. Era para el puesto de custodio en un bar de Palermo. Anotó el horario de la entrevista y la dirección, y ni bien cortó se dio cuenta de que quedaba a dos cuadras del que había sido suyo. Una doble sensación de tristeza y bienestar lo confundió: por un lado, pensaba que la cercanía entre bares era una señal. Por el otro, le dolía volver a su antiguo barrio. Viviendo en las sombras, había olvidado lo bien que se sentía la luz, y temía añorarla si la veía de nuevo.

Aunque no estaba seguro, media hora antes de la entrevista, decidió ir. Planeó esquivar su antiguo bar, pero se topó con algunas calles cortadas por reparaciones y, entre tantas vueltas, terminó en la puerta. Fue imposible no mirar. Giró la cabeza y se quedó prendado del toldo verde musgo, las ventanas con vidrios repartidos y los carteles de grupos de música europeos que él había mandado a colocar en carteleras sobre la pared de ladrillo a la vista. Nada había cambiado; apostaba que, en el interior, también todo seguía igual.

Detuvo la moto, la dejó en la orilla de la vereda y se sacó el casco. Contempló la fachada de cerca y recordó muchas vivencias que habían tenido a ese lugar como testigo. En su detenida observación, encontró un cartel pegado en la puerta: buscaban barman. Sonrió y negó con la cabeza cuando se le cruzó la tonta idea de que era otra señal.

Tanteó en el bolsillo de su campera: tenía el currículum que había impreso para la otra entrevista. No decía que había sido el dueño de ese bar, sino que había trabajado allí, además de su experiencia anterior. Estaba tentado de entrar, pero no se decidió

hasta que un ladrillo despintado lo convenció. De haber sido él el dueño todavía, no hubiera permitido ese descuido.

Ni bien entró, la penumbra lo envolvió al igual que el pasado. La música estaba encendida: Scorpions sonaba tan bien... Miró las molduras del techo, las lámparas de hierro forjado que había comprado a un artesano de Tigre y los cuadros. Los cuadros de Emilia en los que había representado las obras dramáticas de Federico García Lorca. Se acercó a uno en particular, el que siempre le había gustado más por su calidad técnica: *Yerma*. Había pintado a una mujer arrodillada con un niño desmayado en brazos, o quizás muerto. El que no conocía la obra podía interpretarlo de cualquier modo.

—¿Cree que valgan algo? —le preguntó un hombre a su espalda.

Leonardo se dio vuelta con expresión melancólica. Los cuadros eran invaluable para él.

—No —contestó—. Son de una artista desconocida.

—¿Sabe de arte? —siguió indagando el sujeto.

—No, pero conocí a la pintora —respondió Leonardo—. Ella solía venir a este bar hace muchos años.

—¿En serio? —se sorprendió el hombre, y señaló el cuadro—. Nunca me gustó esa imagen, ¿le aclaró ella lo que significa o, al menos, si el niño está muerto o dormido?

—Está muerto —respondió Leonardo sin dudar—. Es el sentido de la obra literaria a la que representa.

—¡Qué horror! Una cosa así colgada en un bar donde la gente viene a divertirse. Por cierto, ¿qué le sirvo?

—Nada. Entré por el aviso —respondió Leonardo sin pensar, señalando la puerta con el pulgar.

—¡Ah! ¿Sos barman? Es requisito tener estudios, no quiero improvisados.

—Tengo estudios.

—En ese caso, sentémonos a conversar.

Señaló una silla y Leonardo la ocupó antes de arrepentirse. Sacó el currículum del bolsillo, lo desdobló y estiró un poco antes de ofrecérselo a quien, al parecer, era el nuevo dueño de su negocio.

Mientras el hombre leía, aprovechó a mirar de nuevo alrededor: ahora notaba que varias partes del local estaban un poco descuidadas. Las mesas no recibían una limpieza a fondo desde hacía tiempo y a algunas sillas les faltaba un pasante de madera. ¡Había amado tanto ese lugar! Todavía lo amaba, y le habría encantado devolverle su brillo.

—Leonardo Durán —dijo el hombre, atrayendo su atención de inmediato—. Tu nombre me suena.

—Solía trabajar en este lugar.

—¿Ah, sí? Qué bien, ¿y por qué te fuiste?

—Cerró.

El hombre asintió y siguió leyendo.

—Trabajaste en Cancún y en Ibiza. Bien... Sin embargo, dice que tu último trabajo terminó hace ocho años. ¿Cambiaste de rubro, por eso no incluiste nada más en el currículum?

—Sí, me dediqué a la carpintería —replicó Leonardo, pensando en el taller que había hecho en la cárcel—. Si quiere, puedo repararle esas sillas —señaló.

El hombre las miró y sonrió.

—¿Por el mismo sueldo? —preguntó.

—Sí, claro, solo para que el lugar se vea mejor.

El dueño del bar se cruzó de brazos y se respaldó en la silla.

—De acuerdo —dijo—. Veamos qué podés hacer en la barra.

Hizo que Leonardo fuera del otro lado del mostrador y le dio un menú.

—Quiero que prepares un trago que no esté en mi carta.

Leonardo recorrió las páginas. Excepto por el precio, el diseño y algunas bebidas faltantes, casi no había cambios.

Pocos días antes de la muerte de Emilia había creado un trago que iba a implementar en su menú. Ella tenía que probarlo para dar el visto bueno, pero no había hecho a tiempo. Quizás era hora de que otro hiciera la prueba en su lugar.

Buscó lo que necesitaba y en pocos minutos lo tuvo listo. A pesar de que no lo practicaba desde hacía ocho años, había quedado perfecto: rojo con gruesas líneas negras. Con el sorbete negro y el borde del vaso azucarado, era una belleza para el paladar y los ojos.

—Me gusta cómo se ve —comentó el hombre, y luego probó el contenido. Su sonrisa lo dijo todo—. Es excelente, me encanta. No lo había probado nunca. ¿Cómo se llama?

No le había puesto un nombre, pero al verlo tan hermoso y perfecto, se le ocurrió uno enseguida.

—Julieta —dijo.

—¡Contratado!

Leonardo no se dio cuenta de lo que había hecho hasta que puso en marcha la moto. A partir del sábado, excepto los lunes de franco y la noche de la fiesta, para la que había pedido un permiso de antemano, tenía un nuevo trabajo. Todavía no decidía si quería ir a la casa del juez, pero le pareció conveniente reservar esa noche por si acaso.

Cuando le contó a su amigo dónde iba a trabajar, el hombre sintió una gran pérdida y a la vez alegría. Hacía tiempo que esperaba que Leonardo se atreviera a buscar empleo de nuevo; su bar tenía las puertas abiertas para él, pero era consciente de que no era su lugar.

Si bien Julieta lo visitó el viernes, no le explicó lo que había pasado. Temía no aguantar, y no quería ilusionarla con un hombre mejor si todavía no estaba seguro de que podría serlo. Le dijo que había tomado el turno de la noche de nuevo y que tendrían que encontrarse durante el día. Ella aceptó, preocupada por si tantos cambios de horario no le harían mal a su salud.

La prueba de fuego llegó el sábado. Se presentó en el bar a las ocho y recibió de manos del dueño una remera negra con el logo del local en blanco. Mientras lo conducía a la barra le dio algunas indicaciones.

—Los sábados tenemos personal temporario: una chica y un chico, además del cajero, el barman de siempre y ahora vos. Desde la entrevista te noto un poco estructurado, sabés que para trabajar en lugares como este tenés que soltarte un poco,

¿no? Ya sabés, ser simpático. A las chicas les gusta eso.

Lo sabía mejor que nadie, y alguna vez había cumplido con todos esos requisitos. Ya no estaba seguro de tener ese tipo de personalidad. Por un instante pensó que tal vez debió de haber asistido a la entrevista para custodio, donde valorarían su expresión de reo y que cuanto menos sonriera, mejor. Aun así, tomó coraje. No podía pasar la vida escondido en papeles que no le pertenecían, era hora de actuar de sí mismo.

Sus primeros clientes fueron una pareja que ordenó un daikiri de frutilla para ella y una cerveza importada para él. A medida que entraba la madrugada, el local se iba llenando de gente *chic*, como en el pasado. Se había desacostumbrado a los códigos de esa clase de personas y al rock de los 80 a todo volumen, y mucho había cambiado. Sin embargo, no tuvo problemas en adaptarse de nuevo. Era mucho más fácil adecuarse a lo bueno que a la cárcel.

Cerca de las tres de la madrugada, una chica estiró los brazos sobre la barra, atrayendo su atención. Era rubia de ojos verdes y tenía un escote pronunciado. Se notaba que había bebido un poco y que eso la había puesto alegre, pero estaba en sus cabales.

—¿Me prepararás algo? —pidió.

—Claro —respondió él—. ¿Qué querés?

—No sé... Algo fuerte y dulce, como vos.

Leonardo bajó la cabeza y, por primera vez en toda la noche, rio. Su reacción fue tan auténtica, que el corazón de la chica se aceleró.

—Mmm... —replicó él, pensando con los ojos entrecerrados—. ¿Te parece bien un Tequila Sunrise?

—Lo que quieras.

Mientras preparaba el trago, ella no le sacaba los ojos de encima. Había olvidado la sensación de las miradas femeninas, y le parecía increíble que todavía resultara atractivo para las chicas.

—¿Tenés novia? —le preguntó ella.

También se había desacostumbrado a esa pregunta y durante ocho años había creído que por siempre la respuesta sería «no». Recordó a Julieta y, aunque estaba seguro de que la amaba, por un instante su ánimo decayó. No pudo evitar que, al recordarla, una parte de él volviera a una celda.

—Sí —respondió, fingiéndose despreocupado.

—¡Ay, no! ¡Encima honesto! —se lamentó la chica, riendo—. Tu novia se sacó la lotería con vos.

Leonardo sonrió. No estaba convencido de que él fuera tan bueno para Julieta, por eso echó mano de lo único que sí sabía con certeza.

—No. Yo me saqué la lotería con ella —dijo y le guiñó un ojo. La chica se derritió.

Terminó su turno con una sensación muy agradable. Era increíble cómo, solo con haber cambiado de ambiente, se sentía mucho mejor. Hacer a un lado a los adultos ebrios para volver a los jóvenes había renovado sus energías; como así también variar el silencio por la música que le gustaba. Las chicas que lo habían observado con deseo, y en especial la que se había animado a coquetear con él, le demostraron que, cuando olvidaba que había estado preso, los demás tampoco parecían notarlo.

Solo había una situación que lo hacía sentir incómodo: el único instante de la noche en que había pensado en Julieta, su recuerdo le había transmitido primero una sensación desagradable. No lo merecía, ella no tenía la culpa de nada, y la amaba. No quería volver a recordarla con resentimiento jamás.

Tenía que cerrar el círculo de su vida, y para eso era bueno volver a ver al juez Olazábal. Solo esa barrera lo separaba de Julieta todavía, y quizás era la responsable de que aún no pudiera desvincularla de su pasado.

Miró el reloj: a esa hora, Julieta debía de estar preparándose para ir a trabajar. Sintió tanta necesidad de verla, que en lugar de conducir a su casa fue a la de ella. Abrió la puerta del edificio con su llave, subió y tocó el timbre mientras hacía sonar su celular. Como no atendía, abrió por su cuenta. Al entrar chocó con ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Julieta, preocupada.

Leonardo la abrazó y entonces sintió que su alma se llenaba de nuevo. Si no hubiera sido por ella, jamás se habría atrevido a salir del agujero. Recordaría eso la próxima vez que una chica le preguntara si tenía novia, y no la cárcel.

—Te extrañé —le dijo al oído.

—¿Por qué viniste a esta hora? Algo pasa —respondió ella, y apoyó las manos sobre el pecho de él para mirarlo a los ojos.

Leonardo se dio cuenta de que, en lugar de tranquilizarla, la estaba preocupando, así que la miró.

—No pasa nada —le aseguró—. ¿No puedo extrañarte?

Julieta se quedó anonadada: algo había cambiado en Leonardo. Nunca le había parecido inseguro, pero de alguna manera se lo veía fortalecido. Se lo notaba más relajado, más libre.

No hizo a tiempo a responder. Él le rodeó la cara y la besó con la misma calidez que acababa de manifestar en la mirada. Julieta dejó de pensar y lo abrazó por el cuello mientras respondía al beso.

Leonardo la guió hasta la habitación sin dejar de besarla. Moría por que hicieran el amor, pero la herida de Julieta todavía no había sanado y tenía miedo de lastimarla. Tendría que inventar otra manera.

Cuando sus piernas tocaron el borde de la cama, Julieta se sentó. Mientras Leonardo le quitaba el saco y la pollera, ella ni siquiera recordó que tenía una audiencia a las diez de la mañana.

Después de quitarse su propia ropa, él se ocupó de desprender uno a uno los botones de la camisa de ella. Se la sacó y luego hizo lo mismo con el *soutien*. Cuando su mirada se deslizó, encendida, por sus pechos, Julieta se ruborizó.

Se acostaron uno frente al otro para mirarse y acariciarse mutuamente el rostro. Poco a poco, sus miradas se intensificaron y las manos iniciaron otros recorridos. Julieta pasó por el torso, los brazos y la cadera de Leonardo. Él le acarició los pechos, el vientre y el costado del muslo. Se sostuvo sobre un codo para besarla en los labios mientras sus dedos buscaban la zona de mayor placer. Julieta gimió en su boca y su respiración se agitó con el roce de sus dedos.

Cuando empujó a Leonardo para que se colocara sobre ella, él sonrió y abrió los ojos para mirarla.

—No vamos a hacerlo de esa manera —le hizo saber. Julieta frunció el ceño,

confundida—. Ya no me extraña que no tengas cuidado de vos misma. Pero si no lo tenés vos, lo voy a tener yo. —Ella seguía sin entender una palabra—. Tu herida: ni siquiera te sacaron los puntos. ¿No te duele? Te dolería si lo hiciéramos como siempre.

Julieta se quedó un momento boquiabierta.

—Un poco, pero... —susurró. Él la interrumpió.

—Te prometo que va a ser igual de bueno o mejor.

Cuando sus dedos entraron en ella y más tarde lo hizo su lengua, le demostró que decía la verdad. Pero Julieta no se contentó con eso y fue por más: ella también tenía mucho para dar. Entregó placer a Leonardo de la misma manera y entonces, vencidos ambos, se abrazaron para recuperar fuerzas.

Pasaron mucho tiempo callados, entre el sueño y los recuerdos de lo que acababan de hacer.

—Juli —susurró él.

—Mmm...

—Voy a acompañarte a la fiesta.

El cuerpo de Julieta se tensó. ¿Había oído bien? ¿Para qué quería Leonardo ir a la fiesta de sus padres? ¿Por qué había cambiado de opinión, si habían acordado que no iría? ¿Cómo se sentiría al estar otra vez frente a una de las personas que habían arruinado su vida? ¿Y si el reencuentro con el juez hacía que volviera a despreciarla a ella? Temía llevarlo a su casa y perderlo para siempre: si ni siquiera ella podía defenderse de su padre, ¿cómo lo protegería?

—No hace falta —dijo, evitando entrar en detalles.

Leonardo la apartó unos centímetros. Dejó las manos en sus mejillas y la miró a los ojos.

—A mí me hace falta —respondió. Julieta se apartó y se levantó para buscar su ropa sin dar explicaciones—. ¿Qué hacés? —le preguntó Leonardo desde la cama.

—No sé qué hora es, pero seguro se hizo tarde. Tengo una audiencia a las diez.

—Estábamos hablando —objetó él.

Julieta se puso la ropa interior, otra vez sin responder. Recogió el bóxer y se lo arrojó. Esperaba que él lo atrapara, pero no lo hizo.

Aunque no quería que la conversación quedara en la nada, Leonardo trató de comprender: una abogada no podía faltar a una audiencia. Se levantó y se puso el bóxer mientras ella se prendía el *soutien*.

—¿Por qué no querés que vaya a la fiesta? —preguntó.

—No hace falta, voy a estar bien —repitió Julieta, como una máquina.

Mientras ella se ponía la camisa, Leonardo se colocó el pantalón de jean.

—¿Por qué escapás de la conversación? —insistió.

Julieta dejó los botones a medio abrochar y lo miró.

—¿Por qué te parece? —replicó—. No voy a llevarte a la casa de mi padre. Punto.

Se miraron en silencio hasta que ella rompió el contacto para terminar con los botones.

Leonardo trataba de entender, pero solo podía pensar que Julieta intentaba proteger al juez.

—¿Qué te pensás, que me voy a vengar de él delante de todos los invitados? No

deberías preocuparte, no creo que tenga oportunidad, siquiera, de hacerlo sentir un poco culpable por su error.

Julieta se detuvo antes de prender el último botón y lo miró con expresión incrédula.

—¿Qué? —balbuceó.

—Lo que escuchaste: yo no era un asesino, ustedes me convirtieron en uno, ¡y ahora resulta que yo soy indigno de confianza!

Julieta abrió la boca, sorprendida con la acusación. Si bien también pensaba en su familia, ahora solo intentaba protegerlo a él. Podía gritárselo a la cara, sin embargo su orgullo la llevó a callar. Jamás daba explicaciones a nadie.

—Si eso pensás, por mí está bien —respondió, y se volvió de espaldas para buscar el resto de su ropa.

—¿Cómo podrías confiar en un reo? —continuó Leonardo, irónico—. Además, los pobres no encajan con los ricos.

Antes de que la discusión se ramificara, Julieta dejó de buscar y se cruzó de brazos; trataba de parecer un poco más fuerte frente a la inmensidad de Leonardo.

—Sé que cargo con muchas culpas, pero no todas son mías —soltó, impía—. ¿Qué querés? ¿Arrojarme otra vez contra una ventana y gritarme que soy egoísta y malcriada? Si eso te hace sentir mejor, hazlo, pero yo no fui el estúpido que salía con una mujer casada, y encima cayó en la trampa del marido.

Un cuchillo cortó el ambiente, trazando una línea insondable entre ambos. Leonardo se quedó tieso, con la mirada encendida de ira, y Julieta de orgullo. De pronto todos los golpes y humillaciones recibidos en la cárcel volvieron a la mente de Leonardo, transformando sus manos en puños. Su respiración agitada y profunda señaló el rumbo de sus pensamientos: ¡ahora resultaba que él también tenía la culpa! No podía dejar de mirar a Julieta, odiándose por amarla. Sí, hubiera querido arrojarla de nuevo contra una ventana hasta arrancarse el amor de adentro, pero siempre acababa haciendo lo contrario. Cuando ella se agachó para recoger su falda de debajo de la cama, hizo una mueca de dolor, y la primera reacción de él fue ayudarla. Estiró el brazo y recogió la prenda. Julieta se enderezó y se la arrebató de las manos. Su expresión altiva volvió a provocarlo, transformando sus palabras en otro cuchillo.

—Al menos yo no soy una ficción forjada para conformar a mi padre —dijo, solo para herirla como ella lo había herido a él.

Las pupilas de Julieta temblaron, le pareció que acababan de enterrarle otro puñal, esta vez en el corazón. Soltó la ropa que todavía tenía en la mano y huyó al baño en suite antes de que se le escapara una lágrima.

—Andate —ordenó, atravesando la puerta.

Cerró con un golpe y puso llave.

Leonardo esperó unos segundos, esperanzado con que el nudo de dolor se disolviera. ¡No podía creerlo! Solo Julieta sacaba de él el monstruo que había enterrado al salir de la cárcel: ese hombre que atacaba y devolvía los golpes donde más dolía; ese que no escuchaba y solo creía en su instinto.

Apoyó las manos en el tocador y bajó la cabeza. Había visto el alma de Julieta quebrarse, y era su culpa. Tener el poder de herirla era una responsabilidad inmensa. No podían seguir con ese juego: se adaptaban el uno al otro o acabarían lastimándose

de manera irreparable.

Fue al baño y golpeó a la puerta.

—Juli —la llamó.

Silencio. ¿Por qué no le pedía que se fuera de nuevo? Solo había una posibilidad: que estuviera llorando.

No había sabido manejar la situación, había cerrado a Julieta con su actitud. No quería hacerle creer que abrirse había sido un error, que mostrar sus debilidades servía para que él las usara en su contra. Le había dado tantos mensajes equivocados con una sola frase que temía no poder arreglarlos.

—Esto es infantil. Abrí la puerta, por favor —pidió, tratando de sonar lo más calmado posible. Seguía el silencio y, si no hacía nada, continuaría hasta el cansancio—. Julieta, tenés hasta tres para abrir o ponerte a resguardo. Uno... Dos... ¡Movete!

Se arrojó de costado con tanta fuerza, que abrió al primer intento. Julieta apenas tuvo tiempo de levantarse de la tapa del retrete, donde se había sentado; nunca había imaginado que Leonardo concretaría la advertencia. Dio un paso atrás en dirección a la bañera en cuanto él avanzó hacia ella. Trastabilló, pero Leonardo le rodeó la cintura con un brazo y la estabilizó contra su pecho.

Tal como sospechaba, ella estaba bañada de lágrimas, temblando todavía. Lo miraba como toda una engreída, pero detrás del velo había miedo y dolor. Abrió la mampara con una mano y la sentó en la orilla de la bañera. Se arrodilló frente a ella y le cubrió las manos con las de él; no soportaba verlas temblar.

—Perdón —dijo con sinceridad—. Te prometí que nunca te haría daño y no estoy cumpliendo. No soy perfecto, no debí tratarte de esa manera. Es cierto: soy un estúpido y vos una ficción, pero somos mucho mejores que eso. No quiero que nuestra relación se base en momentos de pasión desmedida y después odio, no quiero que sigamos hiriéndonos. —Ella se humedeció los labios, cabizbaja—. Por favor, necesito que dejes el orgullo de lado y respondas una pregunta. Por mi parte, voy a escuchar sin rencor, no importa qué dicte mi lado lleno de odio y dolor. ¿Podemos hacer ese acuerdo? —preguntó. Como ella no respondía, puso un dedo bajo su mentón y le alzó la cabeza. Los labios de Julieta estaban muy rojos, odiaba que se vieran así por otras causas que no fueran sus besos. Ella hipó con las lágrimas rodando por sus mejillas y asintió con la cabeza—. ¿Por qué no querés que vaya a la fiesta? —indagó mientras le apretaba la mano para transmitirle seguridad. Además, necesitaba darse fuerzas a sí mismo para oír su respuesta.

Julieta volvió a humedecerse los labios y tembló mientras dejaba su orgullo de lado.

—¿Cómo podría llevarte frente al hombre que arruinó tu vida? —confesó entre lágrimas—. ¿Cómo podría cenar pensando en cuánto debe de estar doliéndote ver nuestra casa, nuestra ropa, nuestros autos, cuando te quitamos todo? ¿Cómo podría ver a mi familia como buenas personas teniéndote a mi lado? Ante mi padre soy débil, no podría protegerte, y no puedo permitir que siga lastimándote.

Por un momento, Leonardo no fue capaz de romper el silencio que siguió a la confesión.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, indignado—. ¿Por qué dejaste que creyera lo peor de vos?

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo pensás que forjé un mito? ¿Por qué creés que todos asumen que soy mala?

—Pero no tenés que hacer lo mismo conmigo. Yo te conozco.

—Sí, pero no puedo manejarlo. Ya no sé cómo ser yo misma.

Con el corazón roto de impotencia, Leonardo se levantó y se sentó a su lado. La abrazó contra su costado y la besó en la cabeza.

—Perdoname, Juli —suplicó. Se sentía despiadado al haberle dicho que pretendía conformar a su padre. Si conocía en carne propia el dolor de la humillación y los castigos, ¿cómo había sido tan duro con ella?—. Tenés razón: no sé cómo me voy a sentir frente a todo lo que mencionaste. Es posible que muy mal, pero a la vez necesito cerrar ese círculo, sentir tanto odio como me quepa dentro y expurgarlo de mí. Por eso quiero ir a la fiesta.

—¿Y si eso cambia en algo tus sentimientos hacia mí? ¿Y si vuelvo a ser solo la abogada desalmada que defendió al asesino de la mujer que amabas?

Leonardo la separó de él, dejó las manos sobre sus mejillas para no perder el contacto físico y respondió mirándola a los ojos.

—Sería imposible: es tarde para que solo sienta odio. Si no se trata de que sientas vergüenza de mí o de la ética que impide que me sienta en la mesa de uno de los jueces que me condenó, dejame ir. Entiendo lo incómodo que pueda resultar para vos, pero prometo no hacer nada que empeore esa sensación. Confiá en mí, por favor. Sé que nadie lo hace desde que fui acusado de un crimen, pero te juro que no quiero vengarme de tu padre, ni...

—No sigas —rogó ella—. No sé cómo podés pensar que desconfío de vos. Por otro lado, de los únicos que siento vergüenza es de mí y de mi familia, así que sí. Si querés, vamos.

Él suspiró, aliviado.

—Gracias —dijo.

Julieta parpadeó y miró hacia la entrada del baño. La cerradura estaba rota.

—Mi puerta... —se lamentó—. Podría demandarte por destrozos.

—Y yo por lesiones —respondió él, señalándose el hombro.

Julieta lo miró: estaba hinchado y rojo. Preocupada, se acomodó para verlo mejor y lo acarició.

—¿Te lastimaste? —preguntó.

—Me lo merecía.

—Hagamos un trato: vos reparás mi puerta y yo trato de reparar tu corazón.

Leonardo sonrió: era un trato bastante injusto para ella; siempre era más difícil reparar las heridas internas.

Le apartó un mechón de pelo de la cara y de paso le acarició la sien.

—Ya lo estás haciendo —confesó.

Sentada en el borde del sofá, Julieta estrujó la cartera sobre plateada. Llevaba un vestido negro, largo y brillante, con un tajo en la pierna y un pronunciado escote en la espalda. Todavía no había recogido su abrigo, un chal que descansaba sobre el sillón, y trataba de soportar los zapatos. Miró la hora en su reloj pulsera de oro blanco: eran las ocho menos un minuto.

El sonido del timbre la hizo enderezarse de golpe. No se había dado cuenta de que parecía cargar un enorme peso en la espalda; sin duda eran los nervios. Suspiró antes de ponerse de pie, recogió el chal y salió del departamento.

Leonardo la esperaba a la salida del estacionamiento. Cuando lo vio, casi se olvidó de frenar. Se había puesto un esmoquin y llevaba la corbata de moño en la mano. Lo recorrió desde los zapatos hasta el pelo y le pareció el hombre más atractivo del mundo. Tenía presencia, una fuerza extraordinaria parecía rodearlo. Se notaba que no era un empresario ni un abogado, pero a la vez resultaba imposible arriesgar nada sobre él. Era todo misterio y seducción.

Ajeno a los efectos de su imagen, Leonardo apoyó una mano en el techo del auto y se inclinó para mirar a Julieta por la ventanilla.

—¿Estás bien? —le preguntó, alertado por las mejillas enrojecidas de ella.

—S... sí —susurró Julieta.

—¿Me vas a abrir?

—Sí, perdón —se excusó Julieta con rapidez, destrabando las puertas.

Cuando Leonardo entró al auto, el ambiente se llenó de su perfume. Julieta se sonrojó más, no podía creer que el miedo hubiera cedido lugar al deseo. Él la besó con naturalidad, y eso le anuló la razón.

—¿Fuiste a la clínica esta semana? ¿Qué te dijo el cirujano? —oyó de repente.

—Que la herida evolucionó muy bien —contestó, fingiendo un tono despreocupado.

Leonardo se respaldó en el asiento y buscó el cinturón de seguridad.

—Me alegro —dijo mientras lo abrochaba.

Julieta se esforzó por concentrarse en conducir. Aunque lo disimulaba, le transpiraban las manos; otra vez los nervios se habían apoderado de ella.

Leonardo se dio cuenta: notó que soltaba el volante y estiraba los dedos en los semáforos. Esperó hasta que se detuvieron en un peaje para iniciar una conversación al respecto.

—Juli —le dijo—. Estuve pensando y me arrepentí de haberte insistido para que me trajeras. Fui obstinado porque pensé que no querías llevarme por razones erróneas. Eso ya está aclarado, así que, si te resulta demasiado incómodo, podés dejarme al bajar la autopista.

En un primer momento, el comentario alarmó a Julieta. Un instante después, puso los pensamientos en orden y contestó:

—Solo es incómodo para mí porque sé que lo será para vos. Si mi padre te

reconoce, temo por su reacción.

—No te preocupes por mí. No creo que me reconozca, pasó mucho tiempo. Aun así, sigue siendo poco ético, así que, si preferís ir sola, puedo bajar.

Julieta no respondió.

Un rato después, se adentraron en un barrio de calles solitarias y terrenos delimitados por frondosas enredaderas. Solo algunas rejas y calles perpendiculares cortaban el verde oscuro de las plantas; era evidente que se aproximaban a la casa de los Olazábal.

Llegaron a una verja negra labrada. Dos guardias de seguridad salieron a su encuentro, uno a cada costado del vehículo. El que estaba de su lado le pidió con un gesto que bajara la ventanilla, el otro observaba el rodado. Ella obedeció.

—¡Señorita Olazábal! —exclamó el hombre—. Disculpe, había olvidado que este era su auto.

—No hay problema —respondió ella.

El que acababa de hablar hizo un gesto al otro para que dejara de mirar y se apresuró a ir a la casilla para abrirle la verja. Julieta ingresó mientras cerraba la ventanilla.

Cuando ella había mencionado una casa, Leonardo había imaginado una muy vistosa, pero jamás pensó que se refería a una mansión. Miró la inmensa construcción blanca de tejas grises: los balcones circulares tenían balaustradas con pequeñas columnas, el parque era inmenso y estaba iluminado con preciosas farolas. A simple vista todo era lujo, y aunque podría haberlo envidiado, solo añoraba su bar.

Se detuvieron al costado de la casa, en un sitio reservado para los vehículos de los invitados. Descendieron y Julieta cedió el lugar del conductor a un acomodador contratado. En cuanto ella y Leonardo quedaron frente a frente, se sostuvieron la mirada. Él sonrió y así consiguió relajarla un poco. Le ofreció su mano y ella la tomó. Caminaron juntos hacia la parte de atrás del terreno.

En cuanto el fondo de la mansión quedó al alcance de su vista, aparecieron los invitados. Había allí más de cincuenta personas, todas con ropa de gala. Leonardo distinguió vestidos de todos los colores, como así también mesas con mantelería blanca, camareros de hotel de lujo y una bellísima estatua de hielo. Sonrió al recordar la putrefacta celda de la cárcel: había salido del infierno y, de repente, estaba en el paraíso.

Julieta ralentizó los pasos y se detuvo cuando estaban a punto de enfrentar el primer grupo de invitados. Suspiró, tensionada, y cerró los ojos. Los abrió en cuanto Leonardo le rodeó la cintura.

—No me gusta la gente —confesó con la voz entrecortada.

A él se le vino una sola idea a la mente: el concierto del que ella había salido corriendo. Julieta aseguraba que desde niña era solitaria, ¡cuánto más miedo habría tenido de la gente desde que se había sentido tan humillada! Se dio cuenta de que él no era el único que había sufrido humillaciones y que, de una u otra manera, los dos estaban marcados por el pasado. Si Julieta contestaba mal a las personas a veces, era antes por miedo que por maldad. Prefería alejarlas.

En lugar de preocuparse por sus propios sentimientos, se encontró pensando en los de Julieta. La hizo girar para mirarla de frente y la abrazó por la cintura.

—Entonces olvidate de todos —susurró cerca de su boca y la besó.

Por un instante Julieta olvidó dónde se encontraban, pero todo volvió a su mente en cuanto su madre se aclaró la garganta. Tanto ella como Leonardo la miraron. Entonces, la incomodidad de Nora se transformó en una sonrisa.

—¡Hija, viniste! —exclamó, y se acercó para abrazar a Julieta.

Leonardo la soltó para que la madre ocupara su lugar. Notó que su afecto era sincero y se preguntó cuán distinto podía ser el del señor Olazábal.

—¿Cómo estás del accidente? —indagó Nora—. Te llamé, pero no respondiste.

Julieta se sintió descubierta. Le había ocultado a Leonardo que no había vuelto a hablar con su madre desde que él la había obligado.

—Siempre estuve bien, todos exageraron —se excusó ella, buscando algo en el sobre. Extrajo su celular—. Perdón, tengo que responder un llamado —anunció y se alejó unos pasos.

Mientras Julieta hablaba por teléfono, Nora aprovechó para acercarse a Leonardo.

—Lo traje —murmuró—. Supongo que eso significa que debo aceptarlo.

—No vine buscando su aprobación —respondió él.

—Apostaba a que no vendría. Como Julieta no respondió mis llamadas, no tuve manera de convencerla, de modo que tiene que haberlo hecho usted. Eso me dice que, si me pongo en su contra, la alejaría más todavía.

Leonardo sonrió.

—Nadie puede convencer a Julieta de nada, ella hace lo que quiere.

Nora lo estudió en silencio: estaba segura de que él tampoco era fácil de llevar, tenía a la vez un buen y un mal presentimiento respecto de ese hombre. Le hubiera gustado indagar un poco, pero Julieta cortó y se volvió guardando el teléfono.

—No te avisé que veníamos —dijo a su madre—. ¿Hay lugar para nosotros? De todos modos, no podemos quedarnos mucho tiempo.

—¡Siempre estás apurada! —se quejó Nora. Leonardo no podía creer que ese tono ingenuo perteneciera a la misma mujer que acababa de enfrentarlo.

—Tengo muchos asuntos pendientes y mañana tengo que levantarme temprano —mintió Julieta.

—Claro que hay lugar. Voy a mover a dos invitados que todavía no llegaron para que ustedes puedan sentarse en la mesa principal.

Julieta se puso en alerta. Dudaba de que el juez reconociera a Leonardo, pero ella le había mencionado su caso hacía poco, y quizás se le había ocurrido buscar datos.

—No, mamá... —murmuró; no sabía cómo pedirle que no los sentara con su padre.

—Ya vuelvo —la interrumpió Nora, y corrió en busca del organizador.

Julieta suspiró. Leonardo la abrazó por la espalda y cortó así un escalofrío que empezaba a recorrer su columna.

—¿Cuál era tu cuarto? —preguntó, direccionándola hacia la mansión.

Julieta tardó un momento en responder.

—No se ve desde acá, da al frente.

—Quisiera conocerlo. ¿Me podrás llevar en algún momento?

—Sí, claro.

Acababa de imaginarla practicando violín delante de una de esas preciosas

ventanas y quería hacer más vívida la imagen.

Julieta giró y lo miró.

—Tengo que buscar a Iburguren, inventar un momento adecuado y que me dé la información que me prometió. No veo la hora de irme.

Miró alrededor en busca de su objetivo. Mientras tanto, una banda comenzó a tocar música de jazz. Un matrimonio se les acercó por un costado.

—Julieta, tanto tiempo —dijo el hombre.

Leonardo percibió que los músculos de Julieta se tensaban. Acababa de convertirse en la abogada fría e inescrupulosa del mito, le hubiera gustado saber el motivo.

—Hola, diputado —lo saludó ella. Era el hombre que la había contratado para defender a su hijo cuando había atropellado a dos peatones—. ¿Cómo está su hijo?

—Muy bien. Gracias a usted en este momento está en su auto, rumbo a Punta del Este con sus amigos. Siempre vamos a estar agradecidos —respondió él, como si se tratara de una anécdota.

A Julieta se le anudó el estómago. ¿Tan tonta había sido? Siempre se había consolado creyendo que después de pasar por un proceso penal la gente aprendía la lección, pero no era así. Ahora ese chico estaba otra vez detrás de un volante, quizás incluso drogado, mientras las víctimas seguían muertas.

Solo Leonardo notó que se puso pálida, por eso la abrazó por la cintura.

—Disculpen —dijo sin presentarse, y se llevó a Julieta hacia el lado de la estatua de hielo—. ¿Estás bien? ¿Quién es? —le preguntó.

—No importa. Ocupémonos de lo que nos interesa y nos vamos —respondió ella. No podía confesar qué la vinculaba con ese hombre.

—¡Julieta! —oyeron. Era Nora que se les acercaba de nuevo—. Ya está todo arreglado, vamos a la mesa.

—En un momento te alcanzamos —intentó excusarse Julieta.

Presintiendo que su hija quería huir de la fiesta, Nora la tomó del brazo y la arrastró con ella.

—Acaban de llegar los Novelo. ¿Te acordás de esa familia? Los conocimos cuando pasamos Año Nuevo en Nueva York. Tenías catorce años.

Julieta miró a Leonardo por sobre el hombro, esperanzada con que la rescatara de las garras de su madre, pero no había mucho que él pudiera hacer frente a Nora. Además, por poco que le conviniera, creía que Julieta debía acercarse más a su familia, así que caminó despacio detrás de ellas.

Cerca de la mesa, reconoció al juez. Estaba de espaldas, conversando con un hombre más joven. Una mujer llegó y tomó del brazo al muchacho; por su porte dedujo que se trataba de la hermana de Julieta. Llevaba un vestido rosa y el cabello rubio trenzado. Era bellísima, y se notaba que tenía unos pocos meses de embarazo.

Julieta se puso tiesa. Se le cerró el estómago y se quedó sin aire. La sensación empeoró en cuanto quedaron frente a Enrique.

Ni bien percibió que alguien se le había acercado, el juez apartó la mirada de su yerno y se dirigió a ella. La observó con desaprobación hasta que alguien más robó su atención. Recorrió los zapatos, el pantalón y el saco hasta llegar al rostro.

Cuando los ojos del juez Olazábal se cruzaron con los suyos, Leonardo sintió que le disparaban en el pecho. El odio creció hasta límites insospechados, tanto que tuvo

que aferrar la muñeca de Julieta para contenerse; le había prometido que no la pondría en una situación todavía más difícil, y estaba dispuesto a cumplir como fuera.

—¿Qué significa esto? —preguntó el juez con voz dura.

—Cariño, él es... —intentó explicar Nora.

Enrique ni siquiera la miró, solo se concentró en Julieta.

—¿Cómo te atreves? —la increpó, cubriendo la voz de su esposa—. Incluso es un delito dar la dirección de un juez, y vos traés al reo a mi mesa.

—¿Qué? —se sorprendió Nora. Ni ella ni su yerno entendían nada.

Julieta se puso tan pálida que Leonardo olvidó su odio y le rodeó la cintura para brindarle seguridad. No iba a hacer un escándalo, pero tampoco permitiría que ese hombre siguiera acusándolo.

—Que usted me haya considerado culpable no me obliga a vivir como si de verdad lo fuera —respondió con entereza.

—Julieta —se entrometió Sofía—. ¿Este hombre es un reo y vino con vos? ¿Es un acusado que papá condenó? ¡¿Estás loca?! ¿Tan poco te importa tu familia? ¿No aprendiste nada de la importancia de nuestra seguridad en todos estos años? ¿Cómo te atreviste a traerlo a casa?

—¡Del mismo modo que papá invita a ese diputado! —exclamó Julieta, sin poder contenerse—. ¿No es que los poderes no deben mezclarse, que la justicia debe ser independiente de cualquier partido político?

—¿Es un ex convicto? —preguntó Nora, señalando a Leonardo, todavía anonadada.

—Soy un empleado de bar, señora —replicó él, haciendo acopio de todo su orgullo—. Soy un hombre trabajador y creativo. Me gustan las películas de acción y las conversaciones ingeniosas, por eso me agrada pasar tiempo con su hija. Creo que todo eso me define mucho mejor que la palabra «ex convicto».

—¿Y ahora Julieta lo defiende? —se entrometió Sofía con sorna—. No se ofenda, pero mi hermana nunca estuvo del lado correcto.

—Entonces no conocés a tu hermana —replicó Leonardo, muy tranquilo, mucho más que cuando hablaban de él.

—¡Dios mío! Bajemos la voz, no queremos llamar la atención de los invitados —exclamó Nora—. Por favor, Julieta, pongamos una excusa para que te vayas y llevátelo. Cuando lo invité, jamás imaginé que...

—¿Vos lo invitaste? —rugió el juez, interrumpiéndola.

—Yo no sabía que...

—Pero sí sabías que tu hija estaba enredada con un hombre así y lo invitaste a tu casa. De tal madre tal hija.

—Papá —intervino Sofía, tomando a Enrique del brazo—. El reo ya sabe tu dirección, ahora es tarde para cambiar eso.

—¡No lo llares «reo»! —volvió a exclamar Julieta. Le dolía más la injusticia hacia Leonardo que su propio dolor.

—Amor, no te hace bien ponerte nerviosa —intervino el marido de Sofía, y miró a Leonardo con desprecio—. No merece la pena.

—¿Por qué vino? —le recriminó Nora—. Lo invité sin saber quién era, ¿cómo se atrevió a hacerme caso?

—Vine para amar más a Julieta —contestó Leonardo con voz calmada. Las miradas de los Olazábal se posaron sobre él, como si acabara de decir una locura—. Vine para comprobar cuán distinta es de todos ustedes y que el fantasma de su familia rica y su padre injusto dejen de dominar mi vida. Sigán. Cuanto más hacen, más la amo.

Julieta también lo miró, pero de manera distinta. ¿Había escuchado bien? ¿Leonardo acababa de decir delante de todos los que la rechazaban que la amaba?

—¡No podés creer que este tipo habla en serio! —bramó Sofía—. Te está usando. ¡Te hacés la intelectual y sos tan ingenua!

—Basta, por favor, que la gente se va a dar cuenta —rogó Nora de nuevo.

Julieta suspiró, cansada de la patética situación, giró sobre los talones y comenzó a caminar en dirección al auto.

Leonardo la siguió.

—Juli, esperá —le pidió.

La tomó del brazo, la hizo girar y la abrazó. Ella no lloraba, pero se la notaba al borde de un ataque de nervios.

—Sabía que esto iba a pasar —murmuró contra el pecho de él—. No entienden razones, no creen en nadie más que en ellos.

Leonardo se sorprendió: Julieta parecía renegar de su familia a raíz de lo que acababan de decir de él, y no por lo mal que se comportaban con ella. A él le enfurecía más eso que todo lo demás.

—Perdoname —le dijo—. No pensé que me reconocería. Lo mejor será que nos vayamos.

Ella lo miró: no era Leonardo quien tenía que disculparse. Era su familia. Era ella.

A veces soñaba con ser otra persona. Alguien normal, alguien que no cargara con la tortura de saber que un chico andaba detrás de un volante después de haber matado a otros dos que jamás tendrían ese derecho. Los culpables salían libres, y ella ayudaba a liberarlos. No merecía ser amada.

—No —contestó Julieta—. Vine con un objetivo, y no me voy a ir hasta conseguirlo.

—No vayas a buscar a Iburguren todavía, calmate un poco. ¿Me mostrarás tu cuarto? Eso nos va a dar un rato lejos de todos.

Julieta vaciló, pero al final aceptó con un leve movimiento de la cabeza. Le dio la mano y lo condujo hacia la entrada principal de la mansión.

La sala central estaba decorada en tonos blancos, y en el techo había un gran tragaluz. Una araña con todas las luces encendidas iluminaba el ambiente y una imponente escalera de mármol conducía al piso superior. Subieron y fueron hacia el lado que daba al río, en el pasillo había mesas con jarrones y cuadros. Leonardo se preguntó si el cuarto de Julieta se vería igual de lujoso. El misterio se resolvió cuando ella abrió una puerta y del otro lado apareció una hermosa habitación con aire juvenil.

La cama con dosel, los muebles blancos victorianos y una silla con pana rosada le daban el aspecto de un lugar digno de una princesa. Podía imaginar a Julieta sentada en esa silla, con su violín al hombro, practicando música clásica. Podía imaginarla llena de sueños y promesas, pero también infeliz. No sabía explicarlo racionalmente, pero la energía de ese cuarto lo oprimía. No sentía envidia por la riqueza; presentía que el poder, en definitiva, no la llenaba, y que esa era su prisión.

Se sentó en el borde de la cama. Julieta se quedó de pie: otra vez estaba asustada del amor. Había un recuerdo que opacaba todo lo demás: Leonardo diciendo delante del mundo que la amaba. No había conocido a ningún hombre capaz de eso, y mucho menos por ella.

—No debiste decir eso —masculló cabizbaja. Había pensado que enfrentar a su familia haría que Leonardo la despreciara, así que no alcanzaba a comprender cómo y

por qué sucedía lo contrario.

—¿Que te amo? —adivinó él—. ¿Por qué no?

—Porque no puede ser verdad. No lo entiendo. Quiero decir, ¿por qué me amarías?

—Porque sos maravillosa —respondió él con una sonrisa serena—. Porque sos hermosa e inteligente. Me gustás porque no soy nadie, pero cada vez que me mirás, me hacés sentir el centro del universo. Seré egoísta, pero después de todo lo que pasé, eso se siente bien. ¿Sigo?

—No, por favor —suplicó ella, sonrojada.

—¿Por qué te avergüenza que te halague como persona? Si dijera que sos una profesional capaz y dinámica, no te sonrojarías.

—Eso me lo dicen siempre —explicó Julieta, encogiéndose de hombros. Ansiosa por terminar con la conversación, agregó—: Tengo que ir al baño. Ya vuelvo.

Salió preguntándose qué había hecho para ganar palabras tan profundas. Cerró la puerta y se respaldó en la pared con los ojos cerrados. Sonrió sin darse cuenta; nunca le habían dicho que la amaban. ¿Acaso de verdad ella era diferente de su familia? Siempre había sabido que sí, pero había creído que para peor. Ella era la oveja negra: primero, una chica tímida y solitaria; después, una abogada que no tenía escrúpulos. Nunca había creído en el amor, nunca había estado enamorada. Ni siquiera ahora se sentía atontada por la pasión, como las chicas de las películas románticas. Sin embargo, no tenía dudas de sus sentimientos. ¿Por qué, entonces, no había respondido? ¿Por qué le costaba tanto decir «yo también te amo»? Por temor. Temía salir herida. Además de su padre, Leonardo era el único con el poder de lastimarla.

Caminó hasta el baño, donde se arregló el maquillaje como excusa para pasar algo de tiempo a solas. Después de mirarse un rato al espejo, decidió que confiaría en Leonardo, como él confiaba en ella. Jamás se perdonaría que, indirectamente, lo hubiera herido en el pasado, y esa era quizás una de las razones por las que intentaba seguir actuando con frialdad. No quería luchar más contra sus verdaderos sentimientos.

Caminaba por el pasillo de regreso a su cuarto cuando la voz angustiada de Nora la obligó a detenerse delante de la habitación de sus padres.

—¡Fue mi error! —bramó ella—. Julieta no tiene la culpa, no pidió nacer, ¡no la castigues a ella!

—Si no te hubieras empeñado en ocultármelo, podríamos haberla evitado —replicó su padre—. En el fondo, querías que naciera.

—No habría podido vivir si me hubiera deshecho de ella.

—Y yo no puedo vivir cuando está cerca. Su presencia representa mi humillación y mi condena, no la quiero aquí. Ocupate de que no vuelva.

Julieta oyó pasos, por eso se ocultó en una habitación vacía. Su corazón latía desbocado y se le había formado un nudo en la garganta. «Julieta no tiene la culpa, no pidió nacer», «podríamos haberla evitado», «su presencia representa mi humillación y mi condena». No había que ser muy inteligente para comprender que sus sospechas eran ciertas: era hija de otro hombre. Solo eso explicaba tanta indiferencia, tanto rechazo. Su madre había quedado embarazada, se lo había ocultado a su marido hasta una etapa en la que un aborto hubiera sido riesgoso, entonces habían mentido. La familia perfecta, sin una sola grieta, ocultaba el polvo bajo la alfombra. El polvo era

ella.

Se llevó una mano al pecho para acallar su angustia. Espió y vio pasar la figura del juez que bajaba las escaleras. Su primera intención fue ocultar lo que había oído, sin embargo, no se movió. ¿Hasta cuándo ignoraría una verdad que siempre había sospechado? ¿Hasta cuándo sería cómplice de la mentira?

Salió al pasillo y se apresuró a entrar en el cuarto de su madre antes de que ella también se fuera. Nora, que en ese momento se limpiaba las mejillas sucias de rímel frente al tocador, se sorprendió con la presencia de su hija. Julieta cerró la puerta y se le acercó.

—¿No te habías ido? —preguntó la mujer. Temblaba.

Julieta la observó en silencio por un momento. Quería gritar, pero no le salían las palabras.

—¿Podemos hablar? —preguntó con un hilo de voz.

Nora trató de fingir que no pasaba nada. Sonrió, se aproximó a ella y le apretó los hombros.

—¿Decidiste quedarte? Me parece bien, pero tenés que entender que ese hombre no puede estar en esta casa.

Julieta le rodeó las muñecas y la obligó a sentarse en la cama. Nora la miró, asustada; nunca había sentido en carne propia el ímpetu de su hija.

—Decime la verdad —ordenó Julieta—. Ya la sé, pero quiero oírla de tu boca.

—¿De qué estás hablando? —contestó Nora. Reía, nerviosa—. Vamos a la fiesta.

Intentó ponerse de pie, pero Julieta volvió a sentarla sobre la cama.

—Si no me decís la verdad, voy a salir gritándosela a todos —amenazó, señalando la puerta—. No soy su hija, ¿cierto? Solo eso explica que ame a Sofía y que a mí me odie.

Le dolió el pecho al pronunciar esas palabras, pero siempre duele desanudar vendas que cubren los ojos.

Nora la miró.

—¡No te odia! —replicó, tratando de menospreciar el asunto.

—¿Todavía te atreves a negarlo?

Un tenso silencio se interpuso entre ambas. Nora bajó la cabeza, otra vez lloraba.

—Hice lo que creí mejor para vos —susurró.

La comprobación de que su padre no era su padre, terminó de quebrar a Julieta. Aun así, sus ojos estaban secos, y sus sentimientos, bajo llave.

—Entonces no soy su hija —balbuceó—. ¿Por qué dice que se lo ocultaste? ¡¿Por qué dice que no pudieron evitarme?! —bramó.

Nora alzó la cabeza, bañada en llanto.

—¡No me atrevía a decirle que estaba embarazada! —exclamó—. Él estaba de viaje, no había manera de que fueras su hija. Los dos veníamos de familias conservadoras, ¿cómo nos hubieran visto si se enteraban? No me culpes, tu padre también era infiel.

—¿«Mi padre»? —repitió Julieta con una sonrisa irónica, llena de dolor.

—¡Sí, es tu padre! A pesar de mi error, guardó el secreto y te dio su apellido.

—¡Por orgullo! ¡Por su imagen! Prefirió quedarse con la hija de tu amante antes de que los demás supieran que habías tenido uno. Se quedó conmigo para vengarse de

ustedes dos.

—Estás siendo injusta.

—¡¿Yo?! —gritó, y luego bajó la voz—. Entonces, ¿quién me gestó?

Nora bajó la cabeza de nuevo. Sus mejillas enrojecieron, el llanto terminó.

—Por favor... —suplicó.

—¡¿Quién?! —

—Un empleado de mi empresa de paisajismo, cuando la tenía. Ni siquiera lo busques, nunca supo que iba a tener un hijo y, además, ya falleció.

Los labios de Julieta se abrieron, su corazón comenzó a latir de manera salvaje. «Sabías que tu hija estaba enredada con un hombre así y lo invitaste a tu casa. De tal madre tal hija», había dicho el juez Olazábal. Ahora entendía todo.

Los recuerdos colmaron su mente: volvió a su infancia, cuando abrazaba a su padre ni bien él llegaba de trabajar y el hombre solo sacudía la pierna para sacársela de encima. Recordó cuando, en la adolescencia, practicaba violín para ser la chica perfecta que Enrique anhelaba, pero él la retaba cuando la música se oía desde su cuarto. Se vio suplicándole amor toda la vida, y empezó a temblar, desconsolada: su ser adulto era en parte un producto de la mendiga que había sido de pequeña. Él la había acostumbrado a no ser amada. Él la había convencido de que solo era un estorbo y una humillación para quien se le acercara. La había convencido de que era mala. Y ahora no era capaz de aceptar el amor de Leonardo porque, en realidad, desde niña solo había probado el sabor de la injusticia.

Su respiración se agitó, su cuerpo se tensó, y para cuando giró sobre los talones en dirección a la puerta, su madre comprendió: era el fin de décadas de mentira.

—¡Julieta, no! —suplicó.

Leonardo, alarmado por la tardanza de Julieta, salió al pasillo justo para verla abandonar el cuarto de su madre. Por la prisa que llevaba y el camino que tomaba, se dio cuenta de que volvía a la fiesta. Nora salió corriendo tras ella y la sujetó del brazo en un escalón. Forcejearon, y él se adelantó un paso, temiendo que alguna se cayera.

—¡Por favor, no hagas una locura! —rogó la mujer.

—¡Soltame! —exclamó Julieta, y tiró hasta liberarse.

Siguió corriendo mientras el pecho de Leonardo se estrujaba de miedo. Era peligroso que bajara de esa manera; se la veía desencajada.

Persiguió a las mujeres hasta el jardín, donde Julieta no se detuvo. Apartó sin cuidado a varios invitados para pasar, incluido Ibarguren, y llegó a la espalda de Olazábal. Lo empujó para que se diera vuelta. En cuanto el juez la miró, ella le arrebató la copa de la mano y le arrojó la champaña a la cara.

—¡¿Por qué?! —le gritó. Los invitados habían callado, la banda había dejado de tocar—. ¡Hijo de puta, era una nena! ¡Una pobre nena tratando de parecerse a vos! ¿No te partía el corazón?

Lo empujó de nuevo, pero el inmenso cuerpo del juez no se movió. Aunque Julieta quería seguir, un sorpresivo mareo se lo impidió. Dio un paso atrás, casi inconsciente. Leonardo estuvo ahí para abrazarla por la cintura y sostenerla antes de que sus rodillas flaquearan.

Miró al juez; no entendía qué pasaba, pero era evidente que tenía que ver con él. El hombre le sostuvo la mirada, y creyó entender. Si se contuvo de partirle la cara, fue

solo porque tenía a Julieta entre los brazos y ella era más importante que todo. Para empeorar la situación, Enrique sonrió, extrajo un pañuelo del bolsillo y comenzó a secarse la cara como si nada hubiera pasado. Acto seguido, hizo un gesto con la mano y la banda siguió tocando.

Leonardo decidió apartar a Julieta de las miradas curiosas de los invitados. La ayudó a caminar hasta el estacionamiento mientras solicitaba el auto. Ella ocultaba el rostro en su pecho, estaba temblando.

Por suerte les entregaron el vehículo rápido y pudieron refugiarse tras la falsa intimidad que ofrecían los vidrios polarizados. Leonardo se ubicó del lado del conductor mientras que Julieta se arrebujó en el del acompañante.

Conducía por el camino que llevaba a la reja cuando divisó a Nora corriendo hacia ellos. Se detuvo para esperarla. Abrió la ventanilla, y la mujer llegó, agitada, de su lado.

—Cuídela. Cuídela mucho, por favor —rogó.

El pedido era sincero y, como Leonardo estaba de acuerdo, asintió con la cabeza. Nora apartó las manos de la ventanilla y los dejó partir con la angustia grabada en los ojos.

Leonardo condujo en silencio unas cuadras, solo se oía la respiración agitada de Julieta y algunos quejidos que escapaban de su garganta. Frenó frente a un ligustro y le acarició el pelo con un movimiento tan suave, que a Julieta se le escapó una lágrima. Se irguió en el asiento, sollozando.

—Juli —le habló él—. Tu vida empieza en este momento.

—¿Ni siquiera tengo que contarte lo que pasó? —preguntó ella, secándose las lágrimas.

—Creo que lo sé —replicó Leonardo, acariciándole el pelo—. Lo leí en los ojos de Olazábal.

Durante los instantes de silencio que siguieron, Julieta apretó los puños. No sabía seguir, ¿cómo olvidar que durante años había luchado en vano por el amor de un padre que jamás le correspondería?

—Siento que mi vida no valió de nada —confesó, cabizbaja—. Pienso en quién me habría convertido si mi pasado hubiera sido distinto, y...

—Deberías apreciar quién sos —intervino él—. No sos la única a la que el pasado formó de determinada manera. Yo era una clase de persona, pero después de la cárcel, me siento otra. No fue hasta que te conocí que entendí que esa otra persona no es tan despreciable como pensaba. Vos tampoco lo sos.

—Mi madre me negó mi identidad, y ahora mi padre biológico está muerto. Pasé toda mi vida tomando como ejemplo a la persona equivocada.

—Tu madre cometió muchos errores, pero te ama. En cuanto al ejemplo que tomaste, estuvo bien: todo sirve. Si algún día querés tener un hijo, ya sabés qué clase de padre jamás querrías para él.

Julieta negó con la cabeza, nunca iba a tener un hijo.

—¿Podrías dejar de buscarle un lado positivo a todo? —contestó—. Me siento terrible por lo que te dijeron.

—Eso no importa —contestó él—. Siendo sincero, si mi hija perfecta me presentara un novio como yo, querría patearlo. No estoy enojado, Juli, ni te culpo por

lo que ellos hayan hecho. Te amo.

—No digas eso. Me parece estúpido pensar que alguien pueda estar enamorado. Las relaciones solo se basan en conveniencias, a lo sumo en sensaciones. Yo no creo en el amor. —Estaba retrocediendo en sus intenciones de liberar sus sentimientos, y lo sabía, pero era lo que hacía cuando algo la lastimaba.

—No me importa. Si creés que existe el odio, también existe el amor. Yo sí creo, y no intentes boicotear lo que siento, porque no vas a tener éxito —contestó Leonardo. Se acercó a ella, le tomó el rostro entre las manos y la miró a los ojos con calidez abrumadora—. Te amo, Julieta —le dijo.

Y siguió mirándola y repitiéndoselo hasta que las mejillas de ella ardieron y su corazón se convirtió en fuego.

El lunes, Julieta al fin consiguió relegar su vida personal y volvió a la seguridad del trabajo. Había pasado el domingo dividida entre el dolor por la confesión de su madre y la emoción por la de Leonardo, ignorando los llamados de Nora. ¿Ahora se preocupaba por ella? Respondería cuando estuviera preparada para conseguir la única información que le interesaba: datos sobre su padre biológico.

Durante la semana se ocupó de sus casos, concurrió a audiencias y, con el ritmo de sus interminables obligaciones, llegó el viernes. Sus empleadas ya se habían ido, en cambio ella retrasaba su partida. En realidad, no se atrevía a llamar a Iburguren.

Cerca de las ocho, decidió olvidar lo ocurrido el sábado y volvió a ser implacable. Descolgó el teléfono, marcó el número y esperó a que él atendiera.

—Doctor, habla Julieta Olazábal. Disculpe que no pude encontrarlo el sábado, tenía una mala noche.

—No te preocupes, tu madre nos comentó que habías bebido demasiado. Nos pasa a todos alguna vez.

Julieta entrecerró los ojos: de modo que su madre había cubierto el escándalo con una borrachera. Como la mentira le convenía para mantener su imagen, decidió seguir el juego.

—Qué vergüenza —masculló.

—Me pareció extraño, nunca fuiste esa clase de mujer, pero entiendo que tal vez estés un poco estresada. Estuve mirando el caso por el que me contactaste y me di cuenta de que ese hombre que te acompañó a la fiesta fue el condenado. Lo condenó el tribunal presidido por tu padre.

—Era inocente —defendió Julieta enseguida. El abogado no hizo eco de su afirmación.

—Julieta... Te conozco desde chica y sabes cuánto estimo a tu padre. ¿Estás segura de lo que estás haciendo? ¿De verdad quieres involucrarte en ese caso?

—Estoy segura.

—Entonces, como no reviste perjuicio contra tu padre, voy a ayudarte. El expediente ya fue asignado al juez Oscar Bauer. Puedo acelerar el proceso, si lo necesitas.

—Sí, por favor.

—De acuerdo. En ese caso, seguro la semana que viene hay novedades.

—Gracias.

—Un placer.

Miró la hora y, como consideró que no era tan tarde, empezó a hacer llamados; necesitaba asegurarse de que su plan saliera a la perfección. Se contactó con cada uno de los testigos, incluso con la esposa de Barrios, y todos estaban convencidos de declarar lo antes posible. Cuando terminó, en lugar de llamar a Leonardo decidió pasar por su casa antes de que se fuera al bar.

Tocó el timbre varias veces. En ninguna oportunidad atendió. Lo llamó por celular:

tampoco respondió. Entonces condujo hasta el bar de La Boca.

En la barra encontró a un joven de tez trigueña y pelo castaño.

—Hola, estoy buscando a Leonardo —explicó.

—¿El barman? —preguntó el chico; había dejado de limpiar el mostrador—. Ya no trabaja acá.

Julieta se quedó helada. Se preguntaba por qué Leonardo había cambiado de trabajo y, en especial, por qué no se lo había contado. Acostumbrada a obtener información, a veces con métodos poco éticos, decidió mentir.

—Sí, lo sé, por eso vine. Me preguntaba si podías decirme dónde encontrarlo.

—No, lo siento. Solo sé que ahora trabaja en un bar de Palermo, pero no sé cuál.

Julieta asintió con una sonrisa prefabricada.

—Entiendo, no hay problema. Gracias de todos modos.

Lo saludó con un gesto de la mano mientras daba un paso atrás, giró sobre los talones y se marchó.

Se sentó en el auto con una horrible sensación de vacío. Ella, que jamás confiaba en nadie, tenía fe ciega en Leonardo. Sin embargo, él había sido capaz de ocultarle algo. ¿Cuánto más podía esconder? ¿Qué razón tenía para hacerlo? Un bar de Palermo... Solo podía pensar en el que le había pertenecido.

Condujo hasta la dirección que conocía y se detuvo en doble fila con las balizas puestas. Justo en ese momento, Leonardo salía cargando dos sillas que ubicó en una de las mesas de afuera.

El corazón de Julieta se anudó. ¿Qué hacía él ahí? ¿Por qué estaba trabajando en el que había sido su bar? La confusión la invadió y no fue capaz de apartar la vista durante unos minutos, ni siquiera cuando otros autos se interponían entre sus ojos y él. Lo vio agacharse y terminar de ajustar una madera en el respaldo de una de las sillas. También lijó el borde de una mesa y la limpió al finalizar. Poco después, el dueño del bar salió y Leonardo se puso de pie. Escuchó sus directivas, recogió el bolso de cuero donde llevaba las herramientas y se metió en el local.

Para entonces, el corazón de Julieta era un torbellino. Se puso triste presintiendo el dolor de Leonardo y los motivos que lo habrían llevado a emplearse ahí. El afecto que sentía por ese local saltaba a la vista, se notaba que lo cuidaba como si todavía fuera suyo.

Un coche abandonó un lugar a unos metros, y Julieta puso la reversa para estacionar. Apagó el motor y se quedó allí, de brazos cruzados, una hora. El frío arreciaba y estaba temblando. Un vaho blanco escapaba de su boca, pero no podía moverse. El bar se había llenado de clientes. Del otro lado de la barra, Leonardo parecía otro hombre. ¡Era tan distinto de ella! Tenía una gran facilidad para conectarse con la gente y vivía en la noche. Atraía miradas, y todas eran positivas. Conversaba con las chicas, había jugado una pulseada con un muchacho y hacía malabares con la coctelera. Se dio cuenta de que muchos lo admiraban, y eso reforzaba su autoestima. Era él mismo, y deseó que lo fuera para siempre.

Nunca había visto tan de cerca todo lo que le había arrebatado y jamás nada le había dolido tanto. Tal vez no hacía falta sonreír sin razón y soñar todo el día con alguien para estar enamorada. Quizás lo que ella sentía era, en realidad, el amor.

Tomó su celular y volvió a marcar el número de Leonardo. Desde afuera alcanzó a

ver que él espiaba el teléfono que escondía en el bolsillo del pantalón. Miró hacia los costados antes de sacarlo. Habló a su compañero y salió del bar para pararse en la vereda de al lado.

—Hola —respondió.

Julieta reunió coraje y habló.

—Hola, ¿dónde estás? —preguntó con la voz entrecortada.

—En el bar. ¿Por qué? ¿Estás bien?

—¿Qué hacías? —indagó.

—Despachaba a los mismos borrachos de siempre. ¿Me vas a decir qué te pasa? Algo está mal. ¿Necesitás que vaya? Por favor, no vengas vos. Acordamos que no volverías a La Boca de noche.

Julieta se cubrió la boca con una mano: esos no eran los mismos ebrios de siempre, y entendía por qué Leonardo quería evitar que ella fuera a buscarlo. Ahora había más que una cuestión de seguridad: tenía que encubrir su ocultamiento.

Tragó con fuerza.

—Nada está mal, solo te extrañaba —contestó.

—No me digas eso, o voy a salir corriendo para tu casa.

La conversación se interrumpió cuando el compañero de Leonardo salió del bar y le indicó con un gesto que se apresurara a cortar. Al parecer no podían usar el teléfono en horario laboral, y eso la hizo sentir mal. Si encima le traía problemas, no podría vivir con la culpa.

—Voy a dormir —anunció de prisa—. Nos vemos mañana.

—Que descanses. Te amo —replicó él, y volvió adentro.

Julieta encendió el auto y regresó a su casa. Sin darse cuenta, había dejado de preguntarse por qué Leonardo le habría ocultado el cambio de trabajo. Solo le importaba la tristeza que había hallado en sus ojos ni bien lo había conocido y la autenticidad que manifestaba mientras hacía lo que de verdad le gustaba. Entonces trazó un plan que pudiera devolverle algo de felicidad.

Fue a ver al dueño del bar al mediodía siguiente. Como era sábado, lo encontró en la caja, acompañado solo por una camarera y un barman.

—No sé si me recuerda, soy la abogada que le consultó sobre el dueño anterior —dijo.

—Sí, me acuerdo —respondió él—. También prometió que no me pediría nada. No quiero atestiguar en ningún caso.

—No es eso lo que me interesa. ¿Tiene un momento?

Se sentaron en una mesa, lejos de todos.

—Me pregunto si, por casualidad, no le interesaría venderme su bar y el departamento del primer piso.

El hombre se echó a reír.

—No —respondió enseguida—. Mi negocio no está a la venta, me está yendo bien.

Lejos de amedrentarse, Julieta se preparó para un largo alegato.

—Ponga un precio —pidió—. Puede comprarse dos bares iguales a este con lo que me pida.

Él volvió a reír.

—Lo siento, no está a la venta —repitió.

—¿Puede pensarlo? Por favor, reconsidere mi oferta.

—¿Por qué no compra los dos bares usted?

—Porque quiero este. Tiene que ser este. Por cierto, ¿tomó nuevos empleados últimamente?

Alertado por la pregunta, el hombre frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Qué tiene que ver eso con su oferta? —preguntó.

—Nada, es solo curiosidad. Quisiera conservar los empleados.

—Le dije que mi bar no está a la venta.

—Pero usted va a pensarlo. No pierda la oportunidad, es una excelente oferta.

Se puso de pie y extendió la mano. Estaba desesperada por una respuesta afirmativa, pero sabía que cuanto más ocultara sus intereses, mejores beneficios obtendría.

Él también se levantó, se saludaron y Julieta se retiró, rogando que recapacitara. No parecía saber que Leonardo había sido el propietario de ese lugar, lo cual la entristeció más: trabajaba con el mismo amor que depositaba allí cuando era su negocio, sin siquiera dar a conocer que había sido suyo.

Contempló el bar y las ventanas del departamento desde la vereda de enfrente y soñó con que fuera de ella. Solo así podría devolverlo a su verdadero dueño.

Al entrar en su departamento, encontró dos papeles en el piso: uno era la factura de la electricidad y el otro un sobre de papel madera. Lo abrió sabiendo lo que iba a encontrar, sin temor. Esta vez, en lugar de una amenaza, había una cita:

Vení mañana. Sola.

Debajo había un apodo: «El Payaso». Del otro lado, un día, un horario y una dirección.

Encendió la computadora y buscó en Google View: se trataba de una discoteca. Excepto que la imagen fuera vieja y ahora el lugar estuviera abandonado, la estaban citando en un lugar público.

El fantasma de lo que había pasado en la fábrica la hizo soltar el papel. Apretó los dedos para evitar que siguieran temblando y se humedeció los labios, indecisa acerca de lo que debía hacer. No era la primera vez que la citaban clandestinamente, aunque nunca con esa metodología. Por lo general, cuando llegaban a ese punto, era para negociar. Estaba segura de que le ofrecerían una coima y eso le dejaba solo dos opciones: ir a escuchar la oferta y confirmar, al menos, quiénes la habían estado amenazando, o ausentarse y prepararse para el siguiente paso que dieran. Podía ser otra amenaza, quizás tan grave como la última, o la muerte misma.

Se estremeció con el sonido del timbre. Unos golpes a la puerta la llevaron a ocultar el papel debajo de la computadora y cerrar la ventana de Google. Se levantó justo para ver a Leonardo entrando con su llave.

Sus latidos se aceleraron en cuanto quedaron frente a frente.

—¿Todavía me extrañas? —le preguntó él con una sonrisa, y abrió los brazos invitándola a refugiarse entre ellos.

Julieta avanzó sin pensar, ¡lo necesitaba tanto! Se aferró a su cadera y ocultó la mejilla en su pecho. Leonardo la besó en la cabeza y le acarició la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Ahora estoy mejor —aseguró ella.

Un rato después, se sentaron en el sofá con un café.

—¿Cómo estuvo la noche en el bar? —le preguntó Julieta. Tenía curiosidad por descubrir cuándo él le contaría la verdad.

Leonardo se sintió culpable de mentirle de nuevo, pero aún no se sentía capaz de decirle que había cambiado de trabajo. Bajó la mirada con la excusa de beber un poco de café.

—Estuvo bien —aseguró—. Aburrída, igual que siempre. —La miró con una sonrisa—. No hay nada más divertido que mirar una película con vos.

Julieta se forzó a sonreír, aunque en realidad el estómago se le había anudado. Desde que había conocido a Leonardo creía que él era todo lo contrario a ella: bueno, honesto, transparente. Ahora comprobaba que, en realidad, él también era capaz de mentir y ocultar. Así como ella escondía el papel de la cita y que había prometido protección a la mujer de Barrios, él mantenía en secreto que había vuelto a su bar. Lo había olvidado antes, pero ahora no podía dejar de pensar en cuánto más se atrevería a ocultar. No poder confiar del todo en Leonardo se sentía como un frío abrasador que tomaba cada parte de su cuerpo y le provocaba dolor. Nunca había confiado en nadie, y ahora que se atrevía, temía lo peor.

—En realidad anoche te llamé porque tengo novedades de nuestro caso —mintió.

Trató de separar la mujer de la abogada, y cuando lo consiguió, apareció un universo nuevo. Si no miraba a Leonardo con ojos extasiados, podía interpretarlo como a cualquier otro hombre, y notó que se había tensionado.

—¿Qué pasó? —interrogó él.

Julieta se mordió la lengua. ¡Quería liberar su alma de tanto peso! Sin embargo, guardó casi todo. Estaba muy cerca de la verdad, y con dolor reconoció que no podía confiar en nadie. Estaba sola. Como siempre, tenía que arreglárselas por su cuenta.

—Lo más probable es que esta semana te llamen para hacer una declaración.

—¿Tan rápido? —preguntó Leonardo y sonrió. Julieta percibió sus emociones: su lado herido y rencoroso salía de nuevo a la luz—. Cuando dictaron la prisión preventiva para mí, tuve que esperar el juicio dos años. Si me hubieran declarado inocente, de todos modos ya habría perdido dos años de mi vida. ¿Sabías que pasaría eso cuando diste mi nombre? ¿Siempre das nombres de inocentes para salvar a los culpables? —Reaccionó aun antes de que muriera la última palabra. Bajó la cabeza y se tomó la frente con las manos. Otra vez estaba incumpliendo su promesa—. No —masculló—. No quise decir eso. Perdón.

Julieta se olvidó de todo y lo abrazó, enterrándose el puñal de la culpa. Por su obsesión con Barrios, Leonardo tendría que enfrentar una nueva declaración, con todo lo que la policía y el ambiente judicial significaban para él. Pero, ¿cómo echarse atrás? Dejar en libertad a ese hombre podía significar la muerte de otra mujer. Leonardo tendría que ser fuerte y soportar.

En cuanto lo notó un poco más tranquilo, le alzó la cara y buscó sus ojos. Lo besó con suavidad en los labios y le acarició las mejillas, mirándolo a los ojos.

—Te amo —dijo—. Y cada vez que lo necesites, voy a estar a tu lado, aunque solo reciba odio.

—No quiero eso —replicó él, abrazándose a su cintura. Ocultó la cara en su pecho y la apretó con fuerza—. Quiero cuidarte y hacerte feliz.

—Lo soy aun así. Aunque te cueste creerlo, sos lo mejor que me pasó en la vida. Luego de ver cómo había vivido, no le costaba tanto creerlo.

Buscó sus labios y la besó, pidiéndole disculpas con su lengua. Después la cargó sobre su cadera y fue con ella hasta la habitación. La desnudó despacio y se deshizo él también de su ropa. La hizo extenderse en la cama y acarició todo su cuerpo, bañándolo de besos y sensaciones maravillosas. Cuando Leonardo pasaba los dedos por su piel, Julieta no podía pensar, y siempre acababa retorciéndose en espera de más placer.

Pasaron la tarde en la cama, haciendo el amor o adormeciéndose con el sonido de la lluvia que golpeaba contra el ventanal.

Mientras Leonardo dormía, ella abrió los ojos y se sostuvo sobre un codo para contemplarlo. Su rostro estaba teñido de un color azulado producto de la luz grisácea del cielo y la penumbra del cuarto. Le acarició la nariz, el pómulo y el mentón con un dedo, extasiada con lo atractivas que le resultaban sus facciones duras. Su pecho se inundó de una sensación que nunca había experimentado por ningún hombre, por más que lo había intentando. Entonces se dio cuenta de que amar no implicaba solo sentir el dolor ajeno como propio sino, también, admirar al otro. Admiraba a Leonardo porque era inteligente y cálido, fuerte y bueno, y eso lo hacía hermoso.

Él abrió los ojos y sus miradas se encontraron. Alzó una mano y acarició el pelo de Julieta.

—Pase lo que pase, nunca olvides que te amo —suplicó con mirada sincera—. No sé cómo ni cuándo, pero entraste en mí, y nunca podría dejarte ir.

Julieta se acomodó a su lado y lo abrazó. Él le acarició la espalda.

—Cuando te llamen a declarar, recordá que no sos el acusado, sos un testigo —pidió—. Yo voy a estar cerca para abrazarte cuando salgas.

Leonardo sonrió, enternecido. Esperaba que después de su declaración Julieta todavía tuviera deseos de abrazarlo, porque lo necesitaría.

Se despidieron a la hora en que él tenía que ir al bar, y entonces Julieta recuperó la nota con la cita. Sábado a las once de la noche. Miró su reloj pulsera: tenía unas cuantas horas por delante antes de ir al encuentro. Había decidido conducir hasta la zona y espiar: ante el menor indicio de peligro, huiría. Pero si de verdad se trataba de una discoteca y había gente, tomaría el riesgo. Quería corroborar sus sospechas de que el socio de Manuel Rojas era quien la había amenazado y enviado a apuñalarla. Quería comprobar que era culpable y que daba manotazos de ahogado para salvarse.

Contó los minutos hasta las once menos veinte y se dirigió al lugar. Al llegar comprobó que, en efecto, se trataba de un localailable habilitado y que incluso había fila para entrar. Extrajo su teléfono e hizo una búsqueda rápida del CUIT por el nombre del lugar y la dirección. Cuando consiguió esos números, ingresó en otra página a la parte que correspondía al DNI y descubrió que el lugar estaba a nombre

de un tal Darío Iribarne. Tenía que ser pariente de Diego, el socio de Manuel.

Bajó la cabeza y observó su ropa: se había puesto zapatillas, un pantalón deportivo negro y una campera al tono. Tenía el pelo atado en una colita alta y muy poco maquillaje. Adentrarse con ese aspecto en una discoteca podía ser bastante humillante. Apenas había pisado unas pocas cuando era adolescente y trataba de encajar inútilmente en grupos de amigos. ¿Qué más daba? No estaba ahí para tratar de divertirse. Suspiró para darse ánimos y bajó del auto como si fuera la mujer más segura del mundo.

No pensaba hacer la fila. Mientras caminaba por un costado en dirección a la puerta, notó que algunas miradas desconcertadas se posaban en ella. No les prestó atención. Para consolarse trató de pensar que ella era una gran abogada y que, en cambio, todos esos chicos apenas estarían empezando la universidad, si es que estudiaban. Un poco de soberbia siempre venía bien para afrontar situaciones estresantes.

En la entrada se dirigió a uno de los guardias de seguridad.

—Soy Julieta Olazábal, El Payaso me citó en este lugar. —El hombre señaló la ventanilla—. ¡No pretenderá que saque una entrada! —bramó.

El tipo volvió a señalar sin dirigirle la palabra.

Julieta suspiró, se acomodó la campera y se dirigió al cajero antes de que el siguiente en la fila se le adelantara.

—¡Hey! —exclamó el chico. No le prestó atención.

—Soy Julieta Olazábal. El Payaso me citó en este lugar —repitió, impaciente, al hombre de la caja.

«¡Otro mudo!», pensó Julieta en cuanto lo vio hacer un gesto a otro guardia de seguridad. El sujeto se le aproximó.

—Sígame, por favor. —«Al menos este habla».

La llevó a un rincón donde no había gente y le pidió que abriera los brazos. Julieta obedeció, fingiéndose molesta, aunque en realidad estaba nerviosa. El tipo acercó un aparato a su cuerpo y empezó a pasarlo a escasos centímetros de su ropa: era un detector de dispositivos espías. Ya no tenía dudas de que querían ofrecerle una coima y tenían miedo de que los grabara.

En cuanto terminó de pasar el aparato por sus pies, el hombre se irguió y extendió una mano.

—Su celular —pidió.

—Eso no se lo doy a nadie —replicó Julieta, decidida.

—Apáguelo —ordenó él.

Dispuesta a aceptar la tregua, Julieta extrajo el teléfono del bolsillo y lo apagó. Le mostró que había quedado inútil, y entonces el guardia la dejó pasar.

—Siéntese en la mesa roja del sector vip. Ponga el teléfono a la vista, tiene que demostrar que sigue apagado —indicó.

Julieta asintió y siguió caminando sin exponer sus emociones.

La música estridente y el enjambre de personas le dieron pánico. No estaba acostumbrada a ese tipo de lugares, mucho menos a tanta cantidad de gente. Miraba todo, temerosa de que cualquiera pudiera herirla de nuevo. Cuando un chico la llevó por delante, pensó que moriría allí mismo.

Tuvo que cerrar los ojos y aferrarse al borde de una barra para no desmayarse. Abrió los ojos de golpe, cuando una mano cálida se apoyó sobre la de ella.

—¿Estás bien? —le preguntó un barman. Era alto y musculoso, y por un instante creyó ver en él a Leonardo.

—Sí, gracias —respondió, alentada por el recuerdo, y sonrió—. ¿Podrías decirme dónde está el sector vip?

—Es por allá —señaló él. Julieta agradeció y se apresuró a ir.

Un guardia de seguridad la detuvo en la puerta vidriada del cuarto.

—Soy Julieta Olazábal. El Payaso...—comenzó a explicar. Solo mencionando el nombre, el tipo le señaló la mesa roja—. Gracias —dijo ella, cansada del protocolo, y avanzó.

Se sentó contra la pared y puso el teléfono sobre la fórmica, tal como le habían solicitado. No le interesaba grabar esa conversación, nunca servían. Miró alrededor: nada le pareció fuera de lo normal. Allí la música sonaba un poco más baja y las personas conversaban en sillones multicolores. Aunque estaba prohibido fumar, había olor a cigarrillo; incluso una nube de humo blanco flotaba en el aire. Julieta tragó con fuerza y miró las manos apretadas sobre su regazo; no entendía cómo Leonardo podía pasar tanto tiempo en ese tipo de ambientes cada noche mientras ella solo deseaba salir corriendo.

De pronto alguien se sentó delante de ella. Lo reconoció al instante: era el tipo que la había herido en la fábrica.

Su cuerpo se puso tieso. Por dentro temblaba. Por fuera era una estatua.

—Tenés suerte —dijo él con una sonrisa maliciosa. Estaba claro que se refería a que había sobrevivido.

Julieta trató de recabar detalles lo más rápido posible: era morocho de tez trigueña, tenía un diente roto y un lunar cerca de la patilla.

—No tengo suerte, soy fuerte —contestó con voz dura.

Él enarcó las cejas negras y se cruzó de brazos. Tenía el tatuaje en la mano: ¡era también quien la había atacado frente al bar de La Boca!

—Mi jefe tiene una propuesta —anunció con prepotencia.

—No sé quién es tu «jefe» —respondió ella, haciendo uso de un tono similar. Conocía a esa clase de sujetos: eran soberbios, pensaban que todo el mundo les debía algo solo por ser ellos, y la mejor manera de enfrentarlos era rebajándolos—. Como podrás imaginar, el caso de tu «jefe» no es el único que manejo, y no soy adivina.

—Si me reconociste, podés imaginar de qué caso te estoy hablando. ¿Cuánto querés para que Rojas sea culpable?

Los labios de Julieta se curvaron en una sonrisa socarrona. ¡Era tan fácil vaticinar las intenciones de los enemigos mediocres!

—Vamos a ponerlo claro: me están ofreciendo dinero para que haga mal mi trabajo. Una coima. ¿Qué pasó, el juez y el fiscal no aceptaron? ¿Qué les hace pensar que voy a aceptar yo?

—Te conozco —contó él, esparciendo en el aire una terrorífica calma. Para acrecentar la tensión, desplegó una navaja que ocultaba en la manga de su pulóver y empezó a trazar círculos en la mesa con ella. La sangre de Julieta se congeló, pero no lo demostró ni siquiera en la mirada—. Sé lo que hiciste por Samuel Barrios.

—¿Cuánto? —preguntó para acabar con la conversación. Así que Leonardo no era el único que pensaba que ella había plantado un arma. El mito crecía de forma tan vertiginosa, que ya no podía seguirle el ritmo.

—Vos ponés el precio.

—Voy a pensarlo —replicó, poniéndose de pie. Sentía náuseas.

—No demores —le advirtió él, jugando otra vez con la navaja—. El tiempo corre y mis manos están ansiosas.

Julieta abandonó la discoteca, caminó hasta el auto y condujo unas cuadras como una autómata. En cuanto se alejó lo suficiente, se detuvo en una calle poco transitada, abrió la puerta y vomitó. Mientras se limpiaba la boca con manos temblorosas pensó en el horror que Leonardo había vivido por su culpa. Si unos minutos con ese sujeto despreciable la habían dejado en ese estado, ¿cuánto habría sufrido él, soportando a cientos de tipos iguales durante cinco años?

Se respaldó en el asiento y cerró los ojos, tratando de aliviar el malestar que apremiaba su estómago. Los pensamientos no la dejaban en paz. ¿Por qué había insinuado que esos tipos se molestarían en ofrecer una coima al juez o al fiscal? Ni siquiera lo habrían intentado: ella se había forjado su propio mito y estaban tranquilos de que conseguirían sobornarla o acobardarla de alguna manera. No existía necesidad de arreglar con otros si podían hacerlo con ella.

Primero habían intentado amedrentarla con amenazas. Después, con una herida. Nunca habían querido matarla, cargar con un cadáver como el suyo era sin dudas un gran problema. No les había quedado más remedio que ofrecerle dinero, el bien máspreciado.

En cuanto se sintió un poco recuperada, condujo hasta su casa y se metió en la cama sin siquiera desvestirse. Todavía estaba mareada y descompuesta.

—¿La defensa tiene algo que decir? —preguntó la jueza.

—Sí, su señoría —replicó Julieta con frialdad—. No compartimos la exposición de la fiscalía en su afirmación de que el señor García fue el autor del hecho.

Su celular vibró. Espió la pantalla: era Victoria. No podía atender.

—Más allá de los tres testigos que la fiscalía menciona —continuó—, en el expediente de su propia investigación obran tres testimonios más que no fueron considerados para esta petición de una medida cautelar. Por otra parte, los testigos que sí fueron tenidos en cuenta son allegados a la víctima, y uno de ellos no estuvo presente en el hecho de manera directa. Dice que vio el homicidio por una ventana, pero dada la distancia entre el testigo y el hecho, es posible que ni siquiera haya podido distinguir al autor con claridad.

Después de media hora, la jueza no hizo lugar a la medida cautelar y dispuso la libertad inmediata de su cliente. Se despidieron en la puerta de Tribunales y ella llamó a Victoria, haciendo malabares con su portafolio mientras buscaba la llave del auto.

—¿Qué pasó? —preguntó, caminando hacia su vehículo.

—Citaron a declarar a Durán.

—¿Cuándo?

—Mañana a las diez.

Ese mismo día se reunió con Victoria y planearon juntas la jornada siguiente. Julieta estaba ansiosa y a la vez temerosa de que algo saliera mal. Muchas personas dependían de ella, incluido quien más le importaba en el mundo.

Por primera vez dejó la oficina antes que sus empleadas; quería llamar a Leonardo desde su casa antes de que entrara a trabajar. No hizo a tiempo a marcar, él la llamó primero.

—¿Puedo verte? —le preguntó.

—¿No vas al bar? —indagó ella, preocupada.

—Voy a faltar. Necesito que pasemos la noche juntos.

—Sí, claro —aceptó sin dudar.

Leonardo sabía cuán difícil le resultaría hacer su declaración y necesitaba recargarse de la fuerza que Julieta le transmitía.

Ella lo recibió con un abrazo. El departamento olía bien: estaba preparando la cena. Comieron sin hablar de lo que les esperaba al día siguiente y se acostaron abrazados. En la falsa seguridad que ofrecía la penumbra, Leonardo le apartó el pelo y le dio un beso en la frente.

—¿Me vas a abrazar mañana? —le preguntó.

—Muy fuerte —prometió ella—. Todo va a salir bien.

* * *

Leonardo suspiró frente a la puerta del despacho al igual que Julieta cada vez que tenía que interactuar con la gente. Reunió fuerzas, apretó los puños e ingresó fingiéndose seguro y fuerte. Le pidieron que se sentara frente al escritorio. Del otro lado estaban el fiscal, el secretario y el juez. Le preguntaron si sabía por qué había sido citado; dijo que sí. De todos modos, le explicaron lo esencial de la causa y le preguntaron si tenía algo para declarar. Leonardo conocía el proceso: primero le permitían hablar, luego le preguntaban si iba a responder preguntas y después daban paso al interrogatorio. Esperaba que no hiciera falta.

Su corazón dolía. «Jamás admití un crimen que no cometí ni lo admitiría.» Se lo había dicho a su defensor y, años después, a Julieta. Recordarla lo animó.

—Yo la asesiné —soltó con voz clara—. No quise confesarlo durante mi proceso, pero los años en prisión me hicieron recapacitar, y entiendo que debo asumir mi culpa. Todo sucedió como lo describió el tribunal que me condenó: fue un accidente, pero yo la maté.

—La querrela asegura que usted les dijo que sus huellas estaban en el arma por culpa de un ladrón.

—Sí, mencionaron eso cuando fueron a buscarme, pero no sé de dónde lo sacaron. No quise decirles la verdad, quizás por eso permitieron que me citaran. Lamento haberles hecho perder tiempo.

Después de algunas preguntas capciosas, lo dejaron ir sin más.

Cerró la puerta con un nudo en la garganta.

* * *

Julieta miró el reloj por décima vez en la misma media hora. Había tratado de pasar un café, pero no podía siquiera con un vaso de agua. Sabiéndose incapaz de concentrarse mientras Leonardo estuviera declarando, había suspendido sus actividades y solo se limitaba a intentar avanzar con algunos expedientes mientras esperaba en una cafetería.

A la una recibió el llamado que tanto anhelaba y corrió a la puerta de Tribunales. Al ver a Leonardo, ni siquiera le preguntó nada. Tal como había prometido, lo abrazó fuerte y le acarició el pelo. Sintió que las manos de él ascendían por su cintura y le tocaban la espalda. Había algo extraño en sus movimientos, titubeaba. Lo atribuyó a lo difícil que habría sido la declaración y decidió darle algo de alivio.

—¿Vamos a mi casa? —le preguntó, acariciándole la cara. Sonreía—. Mi empleada preparó unas papas rellenas riquísimas.

—Sueño con el día en que me invites a comer carne —respondió él. Procuraba sonar distendido, pero todavía estaba triste y tenía miedo.

Julieta rio.

—Eso nunca va a pasar —le recordó.

En el auto, todavía no se atrevía a hacer preguntas. Al fin tomó coraje y se largó a hablar en un semáforo.

—¿Salió todo bien?

—Espero que sí —contestó Leonardo.

Julieta lo miró. Había algo oculto en su voz.

—¿Te trataron bien? Más allá de tus recuerdos, ¿te hicieron sentir mal de alguna manera? Si hicieron eso, en cuanto pueda, se las van a ver conmigo.

Leonardo se sentía mal desde que lo habían citado, no solo por lo que ella imaginaba. Sabía que no podría ocultar lo sucedido durante mucho tiempo, pero no quería contárselo todavía. A pesar de lo duro que era para él, se sentía tranquilo con lo que había hecho, y estaba dispuesto a hacer mucho más si así podía protegerla.

—Todo estuvo bien —replicó, conciso.

Aunque Julieta seguía percibiendo que Leonardo le ocultaba algo, calló, convencida de que enfrentar uno de sus peores miedos lo llevaba a comportarse de manera extraña.

Una vez en el departamento, puso las papas a calentar en el microondas y regresó a la sala donde Leonardo la esperaba con expresión indescifrable. Estaba sentado en el apoyabrazos del sillón, de brazos cruzados. Julieta se le acercó, le tomó las manos e hizo que le rodeara la cintura. Le acarició la nuca y le dio un beso. Cuando se alejó, le sorprendió que la mirada de Leonardo no se hubiera ablandado ni siquiera con eso.

—Juli... —susurró él, apartándole un mechón de pelo de la frente—. Yo fui capaz de perdonarte. ¿Vos me perdonarías?

El estómago de Julieta se anudó. ¿Qué tenía que perdonarle? ¿Por qué hablaba de esa manera? Iba a preguntar, pero el sonido de su celular los interrumpió. Espió de quién se trataba, creyendo que podría ignorar el llamado, pero al ver el nombre de su colega de mayor confianza se arrepintió. Si Victoria la llamaba, lo más probable era que tuviera información sobre los efectos de la declaración de su principal testigo.

—Perdón, tengo que atender —se excusó con Leonardo. Se apartó y recogió el teléfono.

—Julieta, ¿qué pasó? —preguntó Victoria.

—¿Cómo que qué pasó? —repitió Julieta—. ¿De qué estás hablando? ¿Tenés información?

—¿Qué arreglaste con Durán?

—Lo que sabías.

—Estuve hablando con el fiscal. Se declaró culpable.

—¡¿Qué?! —Rio—. Es imposible. Jamás haría eso, lo sé.

—Lo hizo.

Giró sobre los talones y se concentró en los ojos de Leonardo. Pestañeó mientras trataba de verlo solo como a un testigo. Había defendido su inocencia hasta el final durante su proceso, ¿por qué ahora cambiaría de opinión? No era culpable, estaba segura. Como también sabía que Victoria no mentía. Lo leía en los ojos de Leonardo, lo delataba su cuerpo. La pregunta era por qué había hecho eso, por qué la había traicionado.

—Tengo que cortar —dijo, y colgó. Arrojó el celular al sillón y volvió a mirar a Leonardo—. ¿Es cierto? —preguntó, acercándose a él despacio—. ¿Le dijiste al juez y al fiscal que asesinaste a Emilia?

Leonardo tragó con fuerza. Se sentía avergonzado, pero no bajó la cabeza. Estaba conforme con lo que había hecho, era la única salida.

—Sí —admitió.

—¡¿Estás loco?! —exclamó ella—. ¿Por qué lo hiciste? ¡Es mentira!

—Ya sé que es mentira. Era la única manera de protegerte.

El nivel de indignación de Julieta se elevó a las nubes.

—¡Me traicionaste! —gritó.

—En tal caso, me traicioné a mí mismo. Siempre termino yendo en contra de mis convicciones cuando estás involucrada.

—Yo no te pedí que hicieras algo tan estúpido.

—No tengo nada que perder, excepto a vos —siguió explicando él con calma—. Desde que fui acusado del crimen, nadie cree en mi inocencia. Preferí sacrificar mi honor antes que tu vida.

—¿Qué te hace pensar que corría peligro? Las amenazas y lo que pasó en la fábrica no tenían que ver con Barrios. ¡Lo sabías!

—¿No te parecía raro que Barrios no intentara nada? —preguntó él. Ella calló: era cierto—. Lo intentó conmigo. Después de su primera amenaza, acrecentó mis deseos de justicia; quería que pagara por el crimen de Emilia. A medida que fue pasando el tiempo, te volviste importante para mí, y cuando Castro me dijo que Barrios ya tenía contratado un sicario para matarte si era llevado a juicio, hice un acuerdo. Debía asegurarme que perdieras. Lo siento.

Julieta negó con la cabeza, no podía aceptar que Leonardo la hubiera engañado. Ella era la que ocultaba, la que traicionaba, la que mentía, ¡no él!

—¿Por qué no me lo dijiste? —gritó—. ¿Por qué no me pediste ayuda para buscar otra solución?

—No tenía sentido —respondió él, muy seguro—. ¿Acaso hubieras abandonado el caso? Muchas veces te pedí que lo hicieras, pero sos demasiado tenaz, y todo era en vano. Te hubieras convencido de que no pasaría nada y habrías terminado peor que en esa fábrica.

—¡Me mentiste! ¡Me hacías perder el tiempo mientras tenías planeado inculparte! —exclamó ella, indignada.

No podía entender las razones de Leonardo si la vida de otra persona estaba en juego. Pensaba en la joven e inexperta esposa de Barrios y se le congelaba la sangre temiendo lo que pudiera sucederle.

—No pueden condenarme dos veces por el mismo crimen —contestó él, encogiéndose de hombros.

—¡No entendés! —siguió vociferando ella—. No somos los únicos involucrados en esto, metí a gente que corre mucho más peligro que nosotros. La nueva esposa de Barrios, por ejemplo, tiene que declarar mañana. ¡Le prometí protección! ¿Cómo podría cuidarla si él es sobreseído de nuevo?

—No lo sabía, no me lo dijiste —contestó Leonardo—. Y aunque lo hubiera sabido, de todos modos, habría elegido protegerte.

La ira se esparció por el cuerpo de Julieta. Era tan grande su frustración, que gruñó y empujó a Leonardo para sacársela de adentro. Terminó dando un paso atrás; el cuarto daba vueltas alrededor. Alzó las manos para cubrirse la cara y dio otro paso atrás. Todo se puso negro.

—Juli... —la llamó Leonardo, estirando una mano hacia ella—. ¡Julieta!

Se levantó y la sujetó de la cintura justo cuando las rodillas de ella flaquearon. La apretó contra su pecho y con la otra mano le apartó el pelo, buscaba sus ojos.

—Juli, por favor, respondeme —rogó, asustado. Estaba pálida y al borde de un desmayo.

La sentó en el sillón y le bajó la cabeza. Se quedó en cuclillas frente a ella hasta que recuperó la conciencia. Entonces le alzó la cabeza y le acarició el rostro.

—Tranquila —le pidió en cuanto notó que ella lo escuchaba.

Julieta lo apartó y se cubrió el rostro con las manos. No sabía cómo iba a proteger a Analía ni cómo probaría su hipótesis sin perjudicar a Leonardo. Ahora que había mentido, podía ser acusado de falso testimonio.

—¿Por qué mentiste? —preguntó con ojos angustiados, tomándolo de los hombros para sacudirlo—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Aceptar que no podés luchar contra el mundo —replicó él, apretándole las rodillas.

Julieta se mordió el labio con impotencia, respiraba con agitación.

—Tenía todo resuelto, el crimen probado. —Guardó silencio un instante—. Necesito pensar, quiero estar sola.

A Leonardo le impactó el modo en que el cerebro de Julieta comenzó a funcionar de golpe. Su expresión cambió, sus sentimientos se ocultaron y volvió a ser la mujer fría y calculadora que solo confiaba en su inteligencia. Ya le había causado demasiada preocupación para un solo día, era mejor darle el gusto.

Se puso de pie, fue a la cocina y le sirvió la comida. Antes de ir a la puerta le dejó el plato y un vaso con agua en la mesita de la sala. Ella ni siquiera lo miró.

—Te amo —le dijo antes de salir del departamento.

Julieta no respondió.

Acomodar la realidad a su conveniencia. Era la única manera. Un falso testimonio se rebatía con otro falso testimonio.

Abrió el cajón del mueble de la sala y recogió los sobres con las amenazas: *cerrá la boca, te vamos a matar, así te vamos a dejar a vos*. Solo dejó el que la citaba en la discoteca. No tenían huellas, aparte de las de ella, así que bien podía haberlos enviado Barrios. El único modo de sostener su acusación y rescatar a Analía de su marido evitando que Leonardo fuera acusado de falso testimonio era demostrar que había mentido al juez por estar bajo amenaza. No convenía que Analía no declarara, eso solo extendería su sufrimiento. Tenía que seguir con el plan a pesar de la traición inesperada.

Guardó todo en su portafolio, se acomodó el trajecito gris y salió para ir a Tribunales. Estaba nerviosa. Nunca se había presentado como testigo voluntario en ninguna causa, ni había usado sus influencias para llegar hasta el despacho de un juez. Esperaba poder hacerlo esta vez que estaba dejando todo por ganar.

Llegó al edificio, entró y fue en dirección al ascensor. Iba metida en sus pensamientos, esperanzada con que mentir siendo testigo fuera tan fácil como maquillar la verdad siendo defensora. No hizo tiempo a llegar: alguien la tomó del brazo y la obligó a darse la vuelta. Era Leonardo. Julieta frunció el ceño, entre molesta y confundida.

—No sé por qué presentí que ibas a venir —dijo él.

Julieta movió el brazo con intención de soltarse. No pudo. Miró alrededor, temiendo llamar la atención de alguien, y luego volvió a mirarlo a él.

—Soltame —masculló.

—¿Qué vas a hacer?

El celular de Julieta los interrumpió. Ella metió la mano libre en el bolsillo del saco y extrajo el teléfono. Atendió solo porque era Victoria. Leonardo la soltó al instante.

—Algo pasó —dijo la doctora, agitada—. Si bien Analía Montero declaró todo tal como habíamos acordado, la defensa pidió la nulidad del proceso, y el juez hizo lugar. Confirmó la sentencia anterior.

—¡¿Qué?! —bramó Julieta—. No puede ser.

—Aduce contradicciones entre los testigos. Eran nuestra base, así que...

Julieta miró a Leonardo, furiosa. Sin embargo, muy pronto fue capaz de razonar de nuevo y se dio cuenta de que él no tenía toda la culpa. Su declaración había sido perjudicial, pero no era suficiente para anular todo el proceso. Si los testigos se contradecían, eso significaba que alguno estaba equivocado o mentía. Cualquier juez honesto habría indagado en profundidad para descubrir la verdad, pero este prefería quedarse en la superficie. Disfrazaría los papeles para cerrar el caso y a otra cosa. Había algo más que declaraciones incongruentes, estaba segura, y sabía qué era.

—¿Analía ya se fue? —preguntó a Victoria.

—Sí. El juez está bajando. Yo estoy arriba, con uno de nuestros clientes.

—Gracias —dijo Julieta y colgó.

Se echó a correr hacia el ascensor. El juez salía con su secretaria justo cuando ella llegó.

—¿Cuánto le pagaron? —lo increpó Julieta.

El letrado, que ya la conocía de otros casos, la observó con frialdad. Leonardo estaba detrás de ella, anonadado. Parecía tan fría, sin embargo, ¡ocultaba tanta pasión!

—¿El fiscal también recibió algo? —siguió vociferando Julieta. El hombre rio, tan lleno de soberbia, que ella estalló—. ¡Corrupto! —gritó, y se le acercó con intenciones confusas.

Leonardo reaccionó en cuanto notó que un policía estaba a punto de abalanzarse sobre Julieta.

—¡No! —gritó con un gesto autoritario, dejando escapar al reo que dormía en su interior.

El agente se detuvo al instante. Sin duda no pensó que estaba respetando la orden de un civil.

Leonardo abrazó a Julieta por la cintura antes de que pudiera llegar al juez y la arrastró hacia atrás. Ella pateó para liberarse, le clavó las uñas en los antebrazos y siguió acusando al letrado, pero Leonardo no la soltó. La llevó con él y la liberó recién junto a un banco. En cuanto Julieta se dio vuelta para insistir en acercarse al juez e increparlo, la sujetó por los hombros.

—¡Basta! —ordenó, buscando sus ojos—. Sos una profesional, ¿qué te pasa?

—¡Las coimas pasan! —replicó ella, agitada.

—¿Nunca cobraste una? —replicó él, creyendo que el muerto se reía del degollado.

—¡No!

La convicción con la que Julieta dijo ese monosílabo le anudó el corazón. Había ética en ella, después de todo. Era cierto que, aunque no lo pareciera, siempre había estado haciendo su trabajo. Quizás solo trataba de adaptarse a las reglas del mundo en el que estaba involucrada, por eso sus métodos no siempre eran comprensibles para las personas justas.

La verdad lo hizo indulgente, y la abrazó. Le acarició el pelo, ella temblaba.

—Tranquila —le pidió, besándola en la cabeza—. Por favor, Juli, no vale la pena.

—Esto es el Derecho en este país de corruptos —se quejó ella con voz quebrada. Su pecho subía y bajaba contra el de él.

Quería llorar. Nunca se había sentido tan decepcionada de su profesión ni de sus colegas, jamás había dado todo y a cambio le habían pagado con nada. Sentía que, después de ese caso, se había quedado vacía: si ya ni siquiera tenía su trabajo para llenarla, ¿qué lo haría?

Se sentó en el banco y trató de poner la mente en blanco. Leonardo se ubicó junto a ella y le tomó las manos. Un poco más tranquila, Julieta se soltó de su agarre y lo miró, molesta.

—En parte es tu culpa —le recriminó—. Le diste la excusa perfecta para cerrar el caso.

—Quién sabe qué habría pasado si no se la daba —argumentó él.

—Como sea, parece que en este país hacer las cosas bien nunca tiene premio —

siguió lamentando ella con la garganta cerrada. Bajó la cabeza y empezó a apretarse los dedos sobre el regazo—. Me va mejor cuando el dinero de mis clientes paga testigos falsos y yo revierto una realidad horrible en su favor. Parece que «justicia» significa hacer las cosas mal.

—No es así —defendió él. Julieta lo miró con incredulidad.

—¿Y cómo es? Que yo sepa, la justicia injusta de este país te condenó por un crimen que no cometiste.

—No fuiste vos, ni siquiera fue tu padre. Fue el asesino —admitió él—. Y sí, es cierto que la justicia no funciona bien donde vivimos, pero vos podés hacer la diferencia. Te admiro, Julieta: ojalá más abogados fueran tan inteligentes y tenaces como vos. Imaginá esa fortaleza en una jueza o una fiscal: sin duda en tus casos se haría verdadera justicia. El problema es que nunca te atreviste a estar del otro lado; siempre te hicieron creer que pertenecías al lugar de los que, la mayoría de las veces, son los malos.

Julieta no podía consolarse con eso. Barrios seguía libre, y su esposa, en peligro.

—No puede seguir impune —murmuró, indignada—. ¿Por qué siempre se sale con la suya?

—Juli... —trató de hablar él, adivinando que ella se refería a Barrios.

—Acabás de convertirte en cómplice del hombre que mató a la mujer que amabas y que te condenó.

—Ella ya está muerta. Vos no.

—No me sigas, quiero estar sola —soltó Julieta, y se levantó.

Aferró su portafolio con fuerza, movió los hombros para liberarse de la tensión y marchó fuera del edificio fingiendo que era la mujer más poderosa del mundo.

Leonardo la vio desaparecer y se tomó la cabeza entre las manos. Había hecho lo que tenía que hacer, estaba seguro. Pero siempre había temido las consecuencias.

* * *

Julieta llegó a su departamento, se descalzó y se dejó caer sobre la cama. Aunque dejó el celular en la mesa de luz, no quería responder llamadas. Tenía que ir al estudio, atender casos y asistir a citas. Nada le importaba. Se preguntaba qué sentido tenía, si acaso haría alguna diferencia. El sistema estaba podrido desde adentro, y no había nada que ella pudiera hacer para cambiarlo.

Giró en la cama, añorando dormir. Sabiendo que sería inútil intentarlo, fue al baño y volvió a tomar un sedante; los había abandonado sin darse cuenta desde que Leonardo se había vuelto importante para ella. Justo cuando regresaba a la cama, el teléfono sonó. Por costumbre miró la pantalla y vio el nombre de Analía. No podía dejarla sola en un momento tan peligroso; aunque solo quisiera desaparecer, tenía que responder. Atendió con un «hola».

—Hola —contestó la chica—. Ya declaré. Estoy aterrada. Por favor, decime que el juez va a encerrar a mi marido rápido.

Julieta cerró los ojos y apretó el puño. No tenía idea de cómo le iba a contar a Analía lo que había pasado.

—Analía... —susurró—. Lo siento, tu esposo coimeó al juez y al fiscal, y cerraron

el caso.

—¡No! —bramó la chica, aterrada.

—Aun así, te prometí protección, y voy a cumplir —continuó Julieta—. Voy a llevar adelante tu divorcio. Necesito que te comportes de manera natural hasta que...

—¡¿Por qué?! —bramó Analía. Lloraba—. Me aseguraste que iba a funcionar, me dijiste que nunca te detenías.

Julieta empezó a sentirse descompuesta, ¿acaso las píldoras ya la estaban mareando? Miró la hora al pasar: apenas habían transcurrido cinco minutos, y tardaban al menos treinta en hacer efecto. Se sentía estúpida e impotente. ¿Qué podía hacer frente a un sistema corrupto?

—No fue mi culpa, yo... —intentó hablar. Se le corrían las palabras—. Yo lo intenté. Todo va a estar bien. Quiero que escapes, no vuelvas a tu casa ahora. ¿Quieres venir a la mía?

—¡No quiero nada! Lamento haber confiado en tu palabra —le gritó Analía, enojada, y cortó.

Julieta hubiera querido correr hacia donde ella se encontraba y protegerla, tal como había prometido, pero no tenía adónde buscarla y, además, se sentía tan mal que casi no podía mantenerse sentada. Apenas alcanzó a dejar el teléfono sobre la mesa de luz y acostarse antes de que el mareo le provocara náuseas.

—Todo va a estar bien... —repitió, aunque no estuviera convencida.

Se hubiera enterrado para dejar de pensar, pero a pesar de que se sentía mareada y descompuesta, su cerebro era caprichoso y siguió haciendo planes. No podía abandonar a Analía a su suerte, ella era ahora su mayor responsabilidad.

Se sentó en la cama de nuevo, tratando de recomponerse, y tomó el teléfono. Llamó a Ramírez.

—Hola, comisario, soy Julieta Olazábal. Necesito agentes que puedan hacer un trabajo personal.

—Eso es demasiado raro —replicó el hombre.

—No es nada que pudiera meterlos en problemas, se lo aseguro. Se trata de proteger a una testigo sin orden judicial.

—¿No pueden contratar guardaespaldas privados?

—No, necesito protegerla de su marido, y él no se puede enterar. Presiento que algo va a pasar. Por favor, se lo suplico.

—Páseme la dirección donde podemos iniciar el seguimiento, veré qué puedo hacer.

—Es importante que sea de manera discreta y urgente. Gracias.

Julieta le dio la dirección de Barrios, insistió al comisario para que enviara a alguien a hacer el trabajo cuanto antes y cortó. Un poco más tranquila con la esperanza de que Ramírez cumpliera, volvió a acostarse. El celular siguió sonando con llamadas de su secretaria, pero no respondió. Un rato después, se quedó dormida.

* * *

Después de una noche difícil, se levantó a la mañana siguiente con intención de seguir adelante. Revisó los mensajes y mails desde el celular mientras desayunaba,

creyendo que volver a la rutina la ayudaría a amar el Derecho de nuevo. Sin embargo, aunque trataba de recuperar el entusiasmo por las tareas que le esperaban ese día, le parecía que todo se transformaba en una enorme carga. Suspiró y desistió de leer. Tenía que recuperar la pasión por su trabajo, o estaría arruinada.

A solas con su taza de café, se preguntó por primera vez si había hecho bien en pasarse al otro lado. ¡Habría sido tan fácil permanecer en la comodidad de lo conocido! Estaba tan acostumbrada a la defensa, que no sabía soportar una derrota en la querrela. Cuando perdía una defensa era porque el acusado de verdad era culpable, por eso nunca la habían afectado los destellos oscuros de la abogacía. El dinero acababa con la justicia. Había arriesgado su vida y la de sus testigos, se había metido en lugares inimaginables, y todo para nada. Había dejado su alma para que un juez y un fiscal corruptos la pisotearan.

No quería ir a Tribunales. No tenía ganas de escuchar relatos de acusados, y mucho menos de defenderlos maquillando verdades. Cada vez que mirara a un juez a la cara se preguntaría si ese también recibiría coimas, si le importaría la verdad y si pondría a dormir las causas para mantener su vida cómoda. Cada vez que mirara a uno se acordaría del hombre al que hasta hacía poco creía su padre y seguiría sospechando que él también era un corrupto.

Estaba dolida y decepcionada. Desganada, enojada, rota. Lo que hasta hacía unas horas constituía su pasión y su vida, era ahora una carga. Ser abogada era una pesadilla.

Dejó el café por la mitad, recogió sus cosas y fue al estacionamiento antes de arrepentirse y volver a echarse sobre la cama.

Como también seguía enojada con Leonardo, dejó de lado sus advertencias y llamó a Ramírez mientras conducía.

—¿Pudo poner custodia a Analía Montero? —preguntó.

—Estoy en eso —respondió el hombre.

—Por favor, es urgente.

—Hago lo que puedo.

Julieta no insistió. Si lo hacía, temía perder sus favores, y los necesitaba. Cortó y llamó a Analía. No atendió.

Llegó a la oficina con un nudo en el estómago; ni siquiera quería entrar a su estudio. Lorena, su secretaria, corrió hacia ella.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Como ayer no atendías el teléfono, llamé a Victoria y ella me contó lo que pasó con el caso. Me dijo que suspendiera tus actividades del día, así que hoy está un poco sobrecargado.

Para Julieta, todo lo que la chica decía era un añadido más a la pesadilla. Se refugió en su oficina en un intento por recuperar la energía antes de que llegara su primera cita. Se sentó, apoyó los codos en el escritorio y la frente en las manos, y cerró los ojos. No pudo permanecer así mucho tiempo: su celular vibró sobre la mesa y la obligó a mirar: era Leonardo.

Por primera vez entendió lo difícil que era convivir con dos sentimientos al mismo tiempo: por un lado, moría por atender, ya que lo necesitaba más que nunca. Por el otro, sabía que, si atendía, iban a pelear. Por eso prefirió no responder.

A las nueve llegó su primer cliente. Tenía que darle novedades sobre su caso.

—Se conocieron los resultados de la pericia psicológica —explicó con unos papeles en la mano—. Al parecer su hijo sufre un tipo de esquizofrenia. Lo siento. — El hombre se cubrió la boca con una mano, los ojos se le humedecieron—. Lo positivo de ese diagnóstico es que no puede ir a la cárcel.

El hombre estalló en llanto. Julieta le ofreció una caja con pañuelos descartables y siguió hablando con el estoicismo de siempre. Para cuando el cliente se fue, su ánimo había mejorado. No todos los defendidos eran siniestros, ni todos los casos implicaban mentiras. A veces su trabajo también estaba revestido de verdad y servía para que los acusados recibieran un trato justo. Quizás su corazón no era tan negro después de todo y a veces hacía algo por los demás.

El teléfono volvió a sonar y en la pantalla se iluminó de nuevo el nombre de Leonardo. Julieta tampoco atendió esta vez, pero como no quería preocuparlo, le envió un mensaje de voz.

Perdón, no puedo hablar por el momento. Estoy bien, no te preocupes, solo necesito tiempo. Ojalá sepas comprender.

Lo vio «en línea» en el chat hasta que su mensaje se iluminó con el color del «visto» y el estado desapareció. Suspiró con una injusta sensación de decepción: no tenía derecho a sentirse desilusionada porque Leonardo no hubiera contestado. No era una adolescente caprichosa, nunca lo había sido. Sin embargo, le habría encantado que respondiera que la comprendía, y así quedarse tranquila.

Dejó el teléfono a un lado, y al instante vibró de nuevo. Lo recogió muy rápido y entonces encontró lo que esperaba. Leonardo respondió por escrito: «Entiendo. Cuidate. Te amo». Tres frases sencillas que hicieron temblar su corazón y su convicción de esperar a que se le pasara la irritación antes de hablarle.

Recordó lo acontecido el día anterior y volvió a temer por Analía. La llamó, y al fin respondió. La chica no la dejó hablar.

—No me llames más. Bastante miedo tengo ya, como para que encima alguien descubra tus llamadas. Dejame en paz —ordenó y colgó.

Julieta arrojó el teléfono sobre el escritorio, se sentía impotente y preocupada. Trató de razonar desde la perspectiva de Barrios: si había sido tan inteligente para planear un asesinato e inculpar a otro, también lo sería esta vez. No iba a atentar contra la vida de su mujer tan rápido, primero tenía que premeditar el crimen y preparar el escenario. ¿Qué se traería entre manos esta vez? Esperaba que nada, pero su intuición le anudaba el estómago.

Movió el cuello y sus vértebras sonaron; estaba muy tensa. Agradeció que fuera jueves y pudiera desquitarse en su clase de defensa personal. No le había servido de mucho cuando la habían herido en la fábrica, pero no quería abandonar. Podía ser útil en otra oportunidad.

Se preparaba para salir de la oficina cuando sonó su celular. La llamada provenía de un número desconocido.

—¿Sí? —respondió con tono duro. Lo único que le faltaba era otra amenaza, o que la presionaran para que aceptara la coima del socio de su defendido.

—¿Doctora Olazábal?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy el dueño del bar que usted quería comprar. Estuve hablando con mi mujer y quiere que venda. ¿Todavía está interesada?

Una vez más Julieta comprendió lo terrible de encontrarse entre dos sentimientos contradictorios. Tenía la oportunidad de hacer algo por Leonardo, pero estaba tan molesta que podría haberla dejado pasar. ¿Era más fuerte su enojo que su amor? No, jamás lo sería. Entonces no dudó.

—Sí, claro —respondió, sentándose de nuevo delante del escritorio—. ¿Podemos reunirnos en mi estudio para negociar mañana? —preguntó mientras revolvía su bolso para buscar la copia de su agenda del día siguiente que Lorena le había dado.

Una semana después era dueña de un bar y de un departamento en Palermo. Aunque en los papeles, por pedido del dueño, figuraba el precio real, los había pagado al doble de su valor. Nada le importaba, solo devolver a Leonardo un poco de todo lo que le había quitado, en especial, algo de felicidad. Le pertenecía. Era lo justo.

Era domingo. Sentada en la mesa del comedor, delante del ventanal, Julieta miró el reloj del celular y decidió que era hora de llamar. Había esperado a las doce del mediodía porque Leonardo trabajaba los sábados y no quería despertarlo temprano. Sus dedos transpiraban sobre la carpeta de color turquesa en la que ocultaba las escrituras del bar.

Respiró profundo y marcó el contacto de emergencia. Leonardo respondió enseguida.

—Al fin —dijo. Sonaba aliviado—. Estuve a punto de llamarte unas cien veces, pero me contuve. Me hiciste sufrir una semana.

Julieta había hecho tantos planes para devolverle a él su felicidad que ni siquiera había tenido tiempo de sentirse mal por su ausencia. Había pensado tanto en el momento en que pudiera devolverle lo que más amaba, que se había sentido acompañada por él en todo momento.

—¿Podemos encontrarnos? —preguntó con voz suave—. Tengo algo para darte.

—¿Puedo ir a tu casa? No veo la hora de verte.

—Sí, claro. Te espero para almorzar.

Sonrió, satisfecha: acababa de poner carne en el horno, segura de que él querría verla. Podía hacerlo feliz también con eso.

Leonardo llegó antes de que el almuerzo estuviera listo. Abrió la puerta con su llave y descubrió que Julieta lo esperaba del otro lado. Verla le produjo aún más alivio que haber oído su voz, y enseguida la abrazó. Ella alzó la cabeza y se besaron con ansias, sin mediar palabras. El corazón de Julieta estaba tan lleno de la presencia de Leonardo que le pareció estúpido arruinar el momento con reproches. No iba a quedarse estancada en su traición. Además, ahora que lo tenía delante, todo lo demás se diluía.

Aprovechando que todavía tenían que esperar unos veinte minutos para almorzar, lo tomó de la mano y lo llevó hasta la mesa.

—Sentate —le pidió, ofreciéndole una silla que miraba al ventanal. Ella se sentó enfrente y sonrió.

Leonardo se quedó de pie. Por el tono de sus mejillas, notó que Julieta se había puesto nerviosa, pero el brillo de sus ojos delataba que estaba excitada.

—¿Esto tiene algo que ver con lo que dijiste que querías darme? —preguntó, estudiándola con los ojos entrecerrados.

—Sí —susurró Julieta.

Sus dedos temblorosos se asentaron en la carpeta y despacio fueron deslizándola hacia Leonardo. Él bajó la cabeza, sus labios se curvaron.

—¿Qué es? —preguntó, desorientado.

—Es para vos —respondió ella.

Leonardo abrió la carpeta y leyó las primeras palabras. La miró. Julieta le indicó que siguiera leyendo, y él obedeció. Le bastó ver la dirección del inmueble que se

escribía para sentir que sus emociones descendían al infierno. ¿Por qué Julieta había comprado su bar? ¿No le bastaba con ser una abogada exitosa, que ahora también quería ser su jefa? Y si pensaba dárselo, estaba equivocada: no iba a aceptarlo. ¿Cuán bajo caería? ¿Cuán peor se sentiría, si ni siquiera podía salir adelante por sí mismo?

—¿Qué significa esto? —indagó, con la voz tomada por la sorpresa y la indignación.

—No es la escritura original, la otra va a llegar en unos días, pero ya es nuestro. Quiero decir: está a mi nombre, pero es tuyo —explicó ella.

—No —contestó Leonardo sin dudar.

El monosílabo fue suficiente para que Julieta entendiera que nada estaba saliendo como esperaba. El cuerpo de Leonardo se tensó, y ella tragó con fuerza. Previó lo que se avecinaba y no lo podía creer.

—¿Por qué reaccionas así? —preguntó.

—¡Porque sí! —exclamó él, dando un paso atrás—. Pensé que me habías llamado porque me amabas, pero parece que solo querías acallar tu conciencia.

—¡No es cierto! —gritó Julieta, herida. ¿Acaso Leonardo todavía la creía tan perversa?

—No quiero tu dinero —replicó él con tono rudo—. Me quitaste todo. El orgullo es lo único que me queda, ¡no voy a permitir que también me lo arrebatés!

Julieta rio, incrédula.

—¡Eso es una estupidez machista y carcelaria! —vociferó, levantándose—. Yo nací en la riqueza, no lo veo de la misma manera que vos. ¡Es solo dinero!

—No es solo dinero, ¡es mi vida!

—Estás malinterpretando todo —discutió ella.

—Igual que vos.

—¡Yo no! Solo quise devolverte algo que te hiciera bien, pero no hay manera de sacarte de ese agujero en el que te gusta estar metido. No avanzas, y yo no soy así. Yo siempre me muevo, siempre salgo adelante. En cambio vos te revolcás en tu propia tumba, solo te retorces en tu dolor. ¿Te enamoraste de la mujer que arruinó tu vida? ¡Está bien, ya pasó! ¡Aceptalo y avanza!

—¡No puedo! —reconoció Leonardo, y fue como si la hubiera arrojado contra el ventanal de nuevo. Estaba dolido. Dolido y asustado. Pero tenía el aspecto de un tigre enfurecido.

—Entonces salí de mi vida. Te aseguro que yo sí puedo seguir adelante sin vos —contestó Julieta, fría; fiel a su convicción de nunca echarse atrás. Era imposible distinguir cuánto le dolía por dentro.

Se produjo un silencio aterrador. Leonardo comprendió que sus luchas internas no habían terminado, que Julieta era demasiado obstinada, y él, un alma rota. Si seguía con ella, iba a romperla también.

Estiró una mano y la tomó de la cabeza. Julieta tembló, no tenía idea de lo que Leonardo iba a hacer. Para su sorpresa, tan solo la acercó a sus labios con suavidad y la besó. Cuando él la soltó y se dio la vuelta para irse, el cuerpo de Julieta sufrió un escalofrío.

No podía ser el final. Siempre peleaban y volvían a reconciliarse, porque

sencillamente no sabían ser de otra manera. Eran fuertes y pasionales, y si no hubieran sido así, jamás se habrían enamorado. Sin embargo, su maldita intuición otra vez le auguraba un destino oscuro.

Lo comprobó en cuanto oyó caer la llave y cerrarse la puerta. Corrió y encontró el juego que había dado a Leonardo tirado en el piso. Lo recogió con ardor en los ojos y apretó los labios: no iba a ir tras él. No iba a disculparse por una intención que no había tenido, ¡si todo lo que quería era hacerlo feliz! Esta vez, era él quien estaba equivocado, y tendría que recapacitar y volver a ella. Solo esperaba que no le demandara mucho tiempo.

Leonardo salió del edificio gracias al encargado y miró la ventana de Julieta. Se sentía cruel, pero quedarse habría sido todavía más despiadado. Si no ponía en orden su personalidad escindida, por siempre lastimaría a la mujer que amaba, y lo último que quería era herirla con sus actitudes.

Mientras conducía su moto pensó que había hecho bien en rechazar el bar. Desde que había decidido seguir adelante con la relación que lo unía a Julieta, su posición social era un fantasma para él. No quería dar lugar a dobles interpretaciones, que alguien osara pensar que estaba con ella por interés.

Por otra parte, necesitaba recuperarse. La condena injusta lo había enterrado en un pozo de humillación y dolor, y aunque ansiaba sentirse otra vez una persona valiosa, nadie podía allanarle ese camino. Debía recorrerlo solo.

No estaba seguro de cómo soportaría sin Julieta, ni siquiera de cuánto tiempo le llevaría sentirse bien consigo mismo. No era algo que pudiera conseguir de la noche a la mañana, ni podía permitir que se les pasara la vida separados. También temía por la seguridad de Julieta, pero el peligro de Barrios había pasado y, por los otros, debía confiar en que sabría cuidarse sola. Siempre lo había hecho, así que tampoco lo necesitaba ahora. El peor peligro para ella, en ese momento, era él. Tenía que alejarse, o jamás se perdonaría por haberla destruido.

* * *

Después de que Leonardo se fue, Julieta tuvo ganas de quemar las escrituras del bar y cerrarlo para siempre. Sin embargo, la idea solo ocupó su mente un segundo. No podía hacer eso, la venganza era un sentimiento inmaduro. Tarde o temprano, Leonardo recapacitaría y, para entonces, ella habría cuidado de su negocio.

Al día siguiente, revisó la lista de empleados y decidió citarlos para una reunión. Se presentó como la nueva dueña, y aunque no entendía mucho de administración de bares, su experiencia como abogada le sirvió. Acordaron los horarios de trabajo, la mantención del salario y la conservación de las políticas de atención a los clientes. Nada cambiaría, excepto el nombre del responsable del negocio.

El único que no había sido citado a la reunión era Leonardo, y nadie preguntó por él. Julieta no esperaba que fuera a trabajar, estaba segura de que no aparecería más por el bar, pero aun así le hubiera gustado verlo.

Antes de irse, no pudo resistir la tentación de visitar el departamento que había comprado a ciegas junto con el negocio. Subió las escaleras buscando la llave en la cartera. Al entrar sintió remordimientos: en comparación con el lugar que Leonardo

habitaba ahora, este era cálido y luminoso. Se notaba que era superior, además de que se encontraba mejor ubicado. Recorrió cada ambiente imaginando al hombre que habría vivido entre esas paredes, y a cada instante sintió más ganas de llamarlo. No lo hizo.

* * *

Esperar era una de las peores sensaciones del mundo, y nunca la había sufrido tanto como las dos semanas que siguieron a esa visita. La frustración que le despertaba el Derecho desde que había perdido el caso Macías y el recuerdo de la discusión con Leonardo le robaban la concentración. Le costaba trabajar: miraba el celular cada cinco minutos, pensando que él quizás había llamado y ella no había atendido. Pero el llamado no se producía y ella se moría cada día un poco más. Estuvo a punto de presionar el ícono del número de emergencia decenas de veces, y siempre se contenía. No iba a ceder. Leonardo tenía que recapacitar.

Un jueves, acababa de regresar de un almuerzo con un colega y se disponía a revisar un expediente cuando su celular sonó. Ni bien vio de quién se trataba, el corazón se le anudó. Aceptó el llamado sin demora y ni siquiera hizo tiempo a saludar.

—¡Me va a matar! —susurró Analía, desesperada. Se notaba que lloraba, llena de angustia. Julieta se puso de pie de inmediato—. Logré encerrarme en el baño, pero va a tirar la puerta abajo. Me obligó a escribir una carta suicida. —Se oyó un golpe. Julieta revolvió el escritorio en busca de las llaves del auto y fue hacia la puerta.

—¿Llamaste a la policía? —preguntó, abandonando la oficina.

—Tiene amigos ahí. Si nadie sabe la verdad, van a encubrir todo. ¡Necesitaba que lo supieras! No dejes que me haga lo mismo que a Emilia. Por favor, ¡no lo permitas!

Julieta comprendió todo tan rápido que su cerebro se puso negro. Los mismos policías del allanamiento habían plantado el arma en el departamento de Leonardo. ¡Los amigos de Barrios! Pero ella también tenía los suyos.

—Quedate tranquila —rogó. Fingía serenidad usando todo el autocontrol del que disponía—. ¿Estás en tu casa? Estoy yendo para allá. Por favor, hacé lo imposible para que no abra esa puerta. Hola. ¡Hola!

La llamada se había cortado.

Como el ascensor no llegaba, corrió por las escaleras. Llegó al estacionamiento agitada, pero la desesperación la impulsó a seguir adelante. Salió a la calle sin mirar si venía alguien y aceleró, superando el límite de velocidad. Mientras esquivaba un colectivo, llamó a Ramírez.

—¡Le dije que necesitaba proteger a mi testigo!

—No pude hacer nada. Sin una orden, era imposible disponer de agentes para protección encubierta —contestó el hombre.

—Necesito policías de confianza que no le deban nada a Samuel Barrios. Intenta matar a su mujer en su domicilio, y tienen que ir con urgencia.

—Llame al 911.

—Sí, lo voy a hacer, pero necesito infiltrar a mi gente para que no tergiversen nada. Usted es mi gente, así que haga lo que le pido. ¿Puede enviar a los suyos?

—Sí.

—Gracias.

Llamó al 911.

—El esposo de mi amiga está tratando de matarla. Ella se encerró en el baño y me llamó. ¡Es urgente, por favor!

Dio la dirección y cortó. A continuación, marcó el número de Analía. La ausencia de respuesta le dio terror.

Desde la esquina de la casa de Barrios pudo ver los patrulleros, las ambulancias y algunos vecinos amontonados. Dejó el auto y corrió en dirección a la vivienda. Un policía la detuvo a unos metros de la verja negra que daba acceso al terreno.

—Soy la persona que llamó al 911 —explicó—. Soy abogada, necesito saber qué está pasando.

—No puede pasar —respondió el agente, sujetándola de los brazos para alejarla.

No hizo falta que hiciera referencia a Ramírez para conseguir información: del otro lado de la reja aparecieron tres policías, dos de ellos sujetando a un hombre esposado. Julieta dejó de forcejear y su cabeza siguió los movimientos del grupo: aunque el sujeto tenía la cabeza cubierta con una campera y caminaba encorvado, no tuvo dudas de que era Barrios.

—¡Necesito saber qué está pasando! —volvió a gritar al policía—. ¿Cómo está Analía? ¿Qué pasó con la esposa?

El celular vibró en el bolsillo de su saco. Se alejó del agente y revisó la pantalla. Atendió al ver que era Ramírez.

—No me dejan pasar ni responden mis preguntas —se quejó, desesperada—. Necesito información.

—Estoy dentro de la casa —explicó él—. Llegamos tarde, lo siento.

Julieta sintió que le arrebataban todo el aire de golpe.

—¿Cómo que llegaron tarde? —balbuceó.

—Sospechamos que el marido quería fingir un suicidio, pero lo encontramos con el arma en la mano. Acababa de dispararle a la mujer en la sien. Quédese tranquila, voy a controlar la pericia. Tengo que colgar.

Mientras guardaba el teléfono en el bolsillo con manos temblorosas, Julieta trató de volver a respirar. Dio un paso atrás. «Llegamos tarde.» Las palabras retumbaron en su conciencia y le revolviéron el estómago. Esta vez, Barrios no tenía escapatoria, pero el precio había sido demasiado alto. No había podido encarcelarlo a tiempo, ni tampoco proteger a una chica inocente, y eso pesaría sobre su conciencia para siempre.

Analía había muerto, como hacía ocho años había muerto Emilia. Dos mujeres que habían reído, soñado y amado, ahora no eran más que sombras. La segunda esposa había hecho por la primera lo que el Estado no había sabido hacer. Había dejado la vida para obtener justicia.

Apoyó una mano sobre su estómago dolorido y dio otro paso atrás. Los ojos se le nublaron, todo daba vueltas. Lo último que imaginó antes de desmayarse fue el cadáver de Analía.

—¿Me escucha? —preguntó una voz de mujer.

Julieta se esforzó por abrir los ojos, pero estaba mareada. No entendía dónde se encontraba, ni qué había pasado. Poco a poco fue recordando, y casi se largó a llorar.

—Tranquila, está en una ambulancia —explicó la voz, y una mano cálida se apoyó sobre su hombro.

Al fin consiguió abrir los ojos. Siguió el brazo de quien la tocaba hasta un rostro femenino. Era una médica de pelo ondulado.

—¿Se siente mejor? —preguntó la doctora.

Julieta asintió despacio con la cabeza, aunque fuera mentira. Intentó levantarse y fracasó.

—Despacio —le ordenó la mujer, y la tomó del brazo para ayudarla.

Una vez sentada en la camilla, miró hacia el costado y se dio cuenta de que todavía se encontraban frente a la casa de Barrios. La puerta de la ambulancia estaba abierta y alcanzaba a ver la verja y dos policías.

—Estoy bien —afirmó e hizo un primer intento por ponerse de pie. Tuvo que volver a sentarse—. Todo está bien —repitió, agitada otra vez, y al fin pudo levantarse.

Salió del vehículo y miró alrededor: la camioneta de los forenses ya había llegado y cada vez se agolpaban más vecinos.

Bajó la cabeza y huyó a su auto.

No durmió en toda la noche. Pensaba en lo mal que actuaba la justicia, en cuánto estaba odiando ser abogada y en Leonardo. Pensaba en Emilia y Analía, hasta que se le ocurrió concentrarse en ella misma. Barrios había dicho que si iba a juicio, la mataría; que incluso ya había contratado al sicario. No podía vivir aterrorizada, sin saber cuándo le tocaría a ella. Antes nunca sentía miedo: la habían amenazado de diferentes maneras y aun así seguía adelante. Gracias a Leonardo, ahora se sentía más valiosa y a la vez más indefensa.

Por la mañana decidió llamar a Ramírez. El comisario le explicó que la investigación se había hecho correctamente y que Barrios no tenía escapatoria: a partir de la letra de la carta, el perito calígrafo podría determinar si la mujer había escrito bajo presión y, además, la misma policía había encontrado al hombre con el arma en la mano. Se había puesto guantes, pero los testigos eran los mismos agentes. También habían hallado el celular con el que Analía la había llamado escondido en el baño, y tenían grabado lo que ella había dicho al 911. Resultaba evidente que Barrios había forzado la puerta y había matado a su esposa en el solárium de su casa, junto a la piscina. No había juez que pudiera negarlo, por más dinero que le ofrecieran.

Julietta no se sintió tranquila con eso. Buscó en Internet y halló que velaban a Analía en Rosario, el lugar que la había visto nacer; sería después de la autopsia. Aunque pensó en ir, temía que los familiares de la chica la culparan de su muerte, y lo que menos necesitaba en ese momento era más tensión. No alcanzaba a recuperarse de un impacto que sobrevenía otro, y, en contra de lo que el mito rezaba acerca de ella, no estaba segura de ser tan fuerte para resistir.

En el estudio la esperaba Lorena con la agenda cargada de siempre. Todas se habían enterado de lo sucedido, pero pretendían actuar como si nada. No entendían por qué para Julieta ese caso era tan importante, y quizás tampoco terminaba de entenderlo ella.

Como todas las mañanas, revisó las notas que Lorena había seleccionado. Solían buscar en diarios y revistas qué se decía de sus casos. Estaba convencida de que era importante tener en cuenta la opinión pública a la hora de idear buenas defensas, ya fuera para usarla en su favor o para contraargumentar. Por supuesto, figuraba el caso de Analía; incluso se decía que gracias a la doctora Olazábal el asesino había sido descubierto. ¡Qué bien mentía la prensa! Ella se sentía culpable de la muerte de la chica, y los periodistas la pintaban como una heroína.

Cerró el archivo y apartó la tablet para revisar su agenda del día. No pudo. De pronto se sintió tan descompuesta que tuvo que dejar todo e ir a vomitar al baño.

Mientras se enjugaba la boca, se miró al espejo y entendió que algo raro estaba pasando. Salió calculando, como siempre hacía: podía ser una intoxicación. Los alimentos venían cada vez peor, y quizás una bacteria se había alojado en su sistema digestivo. Sacó cuentas: había vomitado antes en ese último tiempo, al salir de la discoteca. Habían pasado semanas, era imposible que una bacteria actuara de esa

manera, se trataba de episodios aislados. Pero también estaban las náuseas, los mareos y el desmayo. Se había mareado cuando discutía con Leonardo después de su declaración.

Se sentó al escritorio y buscó el calendario en el celular. Revisó las anotaciones acerca de su período y se dio cuenta de que tenía un retraso de semanas. Rio. No podía ser tan tonta: vivía tan ocupada que ni siquiera había prestado atención a algo tan esencial. ¿Estaría entrando en la menopausia? ¡Imposible!, todavía no tenía cuarenta años. Además, las píldoras anticonceptivas hacían que su período tuviera una fecha regular de aparición. Excepto que en eso también se hubiera distraído y hubiera hecho desastres. ¡Por supuesto que sí! Hizo memoria y se dio cuenta de que hacía tres días que no tomaba pastillas. ¿Por qué no pensar que le había pasado lo mismo semanas atrás?

Se levantó, recogió su portafolio y salió de la oficina.

—Suspendé mis obligaciones de las próximas dos horas —ordenó a Lorena al pasar.

—P... pero el señor González avisó que...

Julieta salió sin escuchar el resto de la frase.

Condujo hasta su casa como ausente. Entró, arrojó el maletín al sillón y huyó al baño. Extrajo las cajas de píldoras. Empezó a contar y se perdió. Lo importante era que no le daba la cuenta.

No podía creerlo. Ella, una mujer inteligente y meticulosa, había cometido el error más estúpido del mundo. ¿Qué más necesitaba para darse cuenta de que, mientras su vida laboral era perfecta, su vida privada era un caos? Estaba segura de que la más idiota recordaba tomar la píldora, ¡y ella no! Ni siquiera registraba cuando se le pasaba por alto, ni tenía importancia, porque con Christian siempre habían usado preservativo. Pero con Leonardo no.

Tal como acostumbraba en su profesión, evitó entrar en pánico. Cerró los ojos y respiró profundo para serenarse. Cuando los abrió, ya se sentía mejor. Se había sometido a importantes cuotas de estrés en ese último tiempo, y eso causaba estragos hormonales. Posiblemente no fuera más que un retraso producto de los nervios.

Para salir de dudas, fue a la farmacia que estaba cerca y compró un test de embarazo. Cuando llegó a su casa, pasó un rato sin atreverse a hacerlo, diciéndose que no tenía ganas de orinar en ese momento.

Después de tomar una botella de agua casi sin respirar, finalmente fue al baño y lo hizo. Mientras esperaba el resultado, reía de su estupidez. Miró. Nada. Miró de nuevo algunos segundos después. Una raya.

Revisó el prospecto y respiró con alivio al releer por tercera vez que una sola raya significaba resultado negativo. Lo malo fue que, cuando volvió a mirar la tira reactiva para recogerla y tirarla a la basura, había dos.

Casi se infartó.

«No entres en pánico», repitió en su mente. «Tranquila, los test pueden fallar. A veces los quistes ováricos producen reacciones positivas en las tiras y retrasos. Puede que tenga uno. Un quiste en lugar de un bebé; suena bien.»

Arrojó todo al cesto de basura, salió del baño y llamó a Lorena.

—Cancelá mis compromisos de las siguientes dos horas —ordenó, y colgó antes

de que la chica pudiera dar respuesta.

Fue a una clínica y pidió una consulta con la guardia ginecológica. Después de esperar una hora al médico y dos horas el análisis, obtuvo el papel con el resultado. El profesional le había dicho que regresara al consultorio en cuanto lo tuviera, pero no aguantó y decidió abrirlo por su cuenta en la sala de espera.

Positivo.

—Ay, no... —balbuceó.

Se cubrió la boca con una mano, no sabía qué hacer. Sintió otra vez en carne propia lo que significaba estar dividida entre dos sentimientos. Nunca había deseado ser madre. Sin embargo, quizás su inconsciente lo había buscado; era la única explicación que encontraba para haber cometido un error tan tonto. Podía rebatir los argumentos más lógicos de todo el sistema judicial, ¡pero no había tomado con regularidad una estúpida píldora anticonceptiva!

Aunque quería salir corriendo de la clínica, se contuvo y esperó al médico. Entró al consultorio, esperó a que el doctor leyera el análisis y soportó estoicamente su sonrisa.

—Es un resultado positivo —dijo, contento—. ¿Hacía mucho que buscaba un embarazo?

Julieta enarcó las cejas: debía de preguntarlo por su edad. No se atrevió a decir que no lo había buscado siquiera. De repente, solo pensaba en su trabajo; necesitaba huir de la realidad de alguna manera.

—No —contestó sucintamente—. ¿Puede darme algo para los malestares estomacales?

Se fue de la clínica con una receta, un análisis de sangre y el nombre de un obstetra recomendado en un papel. ¡El nombre de un obstetra! Lo arrojó al primer cesto de basura que encontró en el camino.

Mientras conducía, miró el reloj en el panel del auto y recordó que tenía que volver al estudio. Entre una cosa y otra, ya era mediodía. En cualquier otra circunstancia, habría relegado el almuerzo para trabajar, ¡con todo lo que se había atrasado! Pero, aunque lo pensó por un momento, supuso que la falta de alimento acrecentaría el malestar estomacal y los mareos, así que fue a su casa. Por suerte era jueves y ese día no estaba la señora que hacía la limpieza.

Llamó a Lorena mientras devoraba una ensalada.

—Suspendí mis responsabilidades del día —solicitó.

—¿Estás bien? —indagó su secretaria.

—Estoy perfecta —mintió—. Nos vemos mañana.

Tenía que usar la tarde para tomar decisiones relativas a su vida.

Después de comer, lavó los utensilios sucios y se sentó en el sofá. Desplegó el análisis sobre la mesita y lo releyó. ¡Positivo! No podía creerlo.

De repente, la desesperación que había controlado hasta ese momento resurgió con fuerza. No podía tener un hijo. Primero: nunca había querido uno. Segundo: su trabajo a veces era muy peligroso. Vivía en un país donde periodistas y fiscales morían de manera dudosa, donde los políticos parecían tener inmunidad y se liberaban decenas de culpables. Tercero: no podía obligar a Leonardo a unirse a ella para siempre a través de un hijo que él tampoco había buscado y que sin dudas no

quería, mucho menos con ella.

Ella tenía la culpa de ese incidente y la asumiría: un aborto era la mejor opción. Sin embargo, aunque todo estaba en contra de seguir adelante, había otras ideas que le impedían sentirse en paz con esa decisión. En primera instancia, lo que sabía acerca de su madre. Ella misma podría haber sido un embarazo terminado, pero Nora había decidido tenerla. Había respetado su derecho a la vida, y no podía negar que se sentía agradecida por eso.

Por otro lado, estaba Leonardo. Suponía que un hijo no entraba en su lista de deseos; sin embargo, toda hipótesis presentaba un margen de error. Ella tenía libertad de elección sobre su cuerpo, pero ¿acaso él no tenía voz y voto sobre su hijo? ¿El bebé no tenía derecho a vivir? Odiaba cuando existían conflictos entre derechos, y este era un claro ejemplo de eso. Daba trabajo resolver esos casos de manera justa, siempre alguien salía perdiendo. Pero, ¿acaso seguir adelante necesariamente implicaba un perjuicio para alguna de las partes?

Podía resolver el tema del trabajo dedicándose a casos menos peligrosos, o incluso al derecho civil y comercial. Claro que así la pasión por su trabajo descendería al subsuelo, pero era peor arriesgar la vida de un hijo. En cuanto a Leonardo, no sabía cómo enfrentarlo con una noticia tan inesperada. Sabía que él jamás se desentendería del asunto. Temía, entonces, que se quedara a su lado solo por el hijo. Para muchos, un bebé podía ser razón suficiente para continuar con una pareja. Pero era abogada, y estaba cansada de ver matrimonios que fracasaban justamente por eso. El bienestar de una pareja estaba antes que la decisión de tener un hijo, y no al revés.

Se dio cuenta de que había dejado de preguntarse si continuaría con el embarazo para pasar a cuestionarse cómo se lo diría a Leonardo y cómo seguirían después. Comprendió entonces que ya había decidido, y el miedo le erizó la piel. ¿Sería capaz de criar bien a un niño? ¿Podría hacerlo feliz? ¿Merecía tenerlo? Sin duda Leonardo sería un excelente padre, pero ella... Dudaba de su capacidad para ser madre, era demasiado egoísta. Además, tenía que resolver el asunto de su trabajo; no estaba de acuerdo con relegar sus deseos personales por una situación inesperada. Aun así, jamás arriesgaría a su hijo. «A nuestro hijo», rectificó.

Dio vueltas hasta llegar a una idea que, aunque siempre la había atraído, nunca antes se habría atrevido a concretar. Existía una manera de seguir trabajando en derecho penal, protegida por la policía. No quería ser jueza como el señor Olazábal, y era difícil conseguir una vacante en puestos tan limitados. Concursaría para ser fiscal. Eso supondría pasarse al lado contrario, al que siempre busca la verdad, pero si había sido tan buena acomodándola a conveniencia de sus clientes, ¿por qué dudar de sus aptitudes para defenderla? Le apasionaba investigar, podía hacerlo muy bien.

Se sintió más tranquila con sus ideas encaminadas; así, el túnel que iba a atravesar ya no parecía tan oscuro. Ahora solo restaba hablar con el padre.

«Ya te quité todo», pensó, como si le hablara a Leonardo. «No te quitaré también a tu hijo.»

Aunque esa noche no pudo dormir, no volvió a tomar sedantes. De hecho, los arrojó al cesto de basura junto con las píldoras anticonceptivas y volvió a la cama a tratar de conciliar el sueño.

A la mañana fue a declarar por el caso de Analía. Una parte de ella temía las posibles represalias de Barrios, por eso dejó asentadas en su declaración las amenazas que Leonardo había referido. Tal vez eso sirviera para que el imputado se cuidara de seguir creando conflictos a su alrededor. Si algo le sucedía a ella, él sería el primer sospechoso. No era mucho, pero era una pequeña garantía.

Después de declarar, fue a trabajar como de costumbre. Aunque tanto Lorena como sus colegas le preguntaron si estaba enferma, no les contó las novedades. Necesitaba coraje para enfrentar a Leonardo y no le habría parecido justo que otras personas supieran de sus asuntos antes que él. Además, le daba vergüenza decir que estaba embarazada: era algo que nadie esperaba de ella, y prefería callarlo hasta que fuera evidente.

A solas en su oficina, se preguntó si Leonardo se habría enterado de lo sucedido con Analía y, si así era, cómo habría reaccionado. Apostaba a que se sentía tan culpable como ella, aunque matizaba su sentimiento sabiendo que todo lo había hecho para protegerla. Era un alivio saber que, por lo menos, su declaración no sería necesaria. Más allá de las amenazas que había recibido, no tenía nada que ver con el caso Montero.

Esa tarde fue al natatorio y realizó una rutina breve. Después de ducharse en el baño común, decidió que por fin iría en busca de Leonardo. Pensando en eso se miró al espejo del vestuario. Nada evidenciaba que había vida dentro de ella, pero era imposible no sentirse abrumada de solo pensarlo.

Salió del natatorio y fue al departamento de Leonardo. Estacionó frente al edificio con un nudo en el estómago. Miró la hora en el panel del auto: eran las ocho. Esperaba que no se hubiera ido a trabajar a algún bar.

Bajó y caminó con paso lento, le transpiraban las manos. Se mordió el labio mientras tocaba el timbre y se cruzó de brazos para ocultar que le temblaban los dedos. Ya era de noche y, como estaban en invierno, hacía mucho frío. Miró el auto pensando en el abrigo que había dejado en el asiento trasero, pero no fue a buscarlo. Hizo sonar el timbre de nuevo: al parecer no había nadie en casa.

Extrajo el celular del bolsillo del blazer y lo observó con deseos de utilizarlo. Todos los temores la atacaron y se preguntó si no habría sido mejor llamar a Leonardo antes de presentarse en su domicilio. Presionó el ícono de emergencia y esperó el tono de llamado. Estaba tan nerviosa que, mientras pasaban los *bips*, sintió náuseas. No tenía idea de cómo iba a reaccionar él. ¿Y si colgaba? ¿Si le decía que no quería volver a verla? No podía explicarle que estaban esperando un hijo por teléfono. ¿Y si le permitía explicárselo, pero pensaba que ella quería imponérselo? Tenía que decirle que no había necesidad de que se hiciera cargo; que, si no quería

tener un hijo, seguiría adelante sola, ya que el error había sido de ella.

Se dio cuenta de que su mente se había hundido en el terror cuando el llamado se cortó. Tal vez ni siquiera quería atenderla. ¿Tanto lo había herido, solo por querer devolverle algo que jamás debió haber perdido? ¿Por qué el dinero valía más que su relación para Leonardo? Para ella, comprar un bar a un hombre no era humillarlo, ese concepto le parecía machista y retrógrado. Pero, por más que él lo hubiera dicho, no se había ofendido por eso, estaba segura. ¿Entonces por qué?

Volvió a llamar, y nada. La situación, al menos, le hizo relegar los nervios y convertirse otra vez en la mujer que jamás se daba por vencida. Ya había tomado la decisión de hablar con Leonardo y no desistiría hasta conseguirlo.

Condujo hasta el primer lugar donde se suponía que podía estar: su bar. Aunque intuía que no volvería, quizás se había equivocado.

Ni bien llegó, los empleados pensaron que había ido sin aviso para supervisarlos. Julieta no hizo más que saludar. Se dirigió al encargado, lo llevó al pasillo interno donde la música sonaba más bajo y le preguntó por Leonardo.

—Renunció hace más o menos dos semanas —contestó—. No le avisé porque era un empleado nuevo y enseguida contraté otro. Si hice mal...

—No, está bien —se apresuró a replicar ella, antes de que el hombre siguiera preocupándose—. ¿Por casualidad le dijo la causa de su renuncia?

—No. Como era nuevo, tampoco indagué demasiado. A veces los empleados no se sienten a gusto en determinados lugares, o consiguen trabajos mejores. Supongo que será su caso, ya que era muy bueno.

Dejó de preguntar, o se habría sentido en una declaración indagatoria. Agradeció con amabilidad y se retiró sin levantar más alboroto.

En el auto, hizo algunas deducciones y enseguida supuso que, si Leonardo había renunciado a su trabajo, tenía que haber conseguido otro. Había un solo lugar donde podía encontrar un empleo tan rápido: el negocio de su amigo en La Boca.

Convencida de que lo encontraría, condujo hasta allí y estacionó cerca. Acuciada por el mal recuerdo del ataque que había sufrido en la zona, corrió hasta la puerta; si la atacaban de nuevo, ya no sería su vida la única que estaría en riesgo.

Abrió y el humo de cigarrillo le hizo arder los ojos. Enseguida miró a la barra: no había rastros de Leonardo, pero al menos estaba su amigo, además del un barman de pelo castaño.

Caminó hasta el hombre y antes de hablar se aclaró la garganta.

—Disculpe, buenas noches —lo saludó para atraer su atención—. Soy Julieta Olazábal, no sé si recuerda que...

—Sé quién es usted —la interrumpió el hombre—. ¿Pasó algo?

Julieta bajó la cabeza, de pronto se sintió muy avergonzada. Se suponía que tenía una relación con Leonardo, pero estaba a punto de preguntar si alguien sabía algo de él. ¿Y si había contado los pormenores de sus discusiones a su amigo? Siempre había sido celosa de su vida privada, y habría muerto de vergüenza si percibía que el hombre la miraba como a la malvada que había hecho sufrir a Leonardo.

—Yo... —balbuceó, como nunca—. Bueno, estoy tratando de encontrar a Leonardo, pero no está en su casa, ni en el bar de Palermo. Pensé que tal vez había vuelto a trabajar acá.

La mirada anonadada del hombre le dijo cosas que no quería. Algo no estaba bien, su intuición lo anunciaba a gritos, y temía lo peor.

—¿No lo sabe? —preguntó él.

—¿Saber qué? —indagó ella. Temblaba.

—Leonardo no va a volver. Se fue.

—¿Cómo que se fue? —replicó Julieta con una sonrisa nerviosa—. ¿Qué significa eso?

—Se mudó.

—¿A dónde?

—No lo sé.

La sonrisa se transformó en una risa de incredulidad.

—¡Por favor! Esto es muy importante, no mienta. ¿En dónde está?

—Le juro que no sé. Vino a verme hace diez días y me agradeció todo lo que había hecho por él, que en realidad no es nada, pero él no lo siente así. Me dijo que se iba lejos, que necesitaba... Bueno, eso es algo personal, no importa.

—¿Le habló de mí?

—Sí, claro. Me habló maravillas de usted.

Julieta volvió a reír, presa de la confusión.

—¿Y si le habló maravillas, por qué no me dijo que se mudaba? —preguntó. Tenía tanto miedo que podía echarse a llorar allí mismo, delante de la gente.

—Ahora que lo pienso, tiene sentido —susurró el hombre para sí, pero ya que había cometido el error de verbalizar sus pensamientos, continuó—. Me dijo que estaba cansado de lastimarla a usted. Le dije que era normal que tuviera estallidos de ira, que la cárcel transformaba a cualquiera. Él respondió que tenía que avanzar, pero... usó una metáfora. Dijo que llevaba demasiada oscuridad adentro y que iba a sacarla.

—¿Eso dijo? ¿No le dio miedo? ¿No se le ocurrió detenerlo?

El hombre enarcó las cejas, sonriendo.

—¿Detener a Leonardo? —respondió—. ¿Podrían detenerla a usted? Nunca pensé que se iría sin avisarle, creí que había terminado su relación, pero no que estaba escapando. Eso sí que estuvo mal, y le pido disculpas en su lugar. Créame que no hizo referencia a que usted no conocía su decisión.

—Tengo que encontrarlo —balbuceó Julieta con la garganta anudada—. ¿Tiene idea de a dónde puede haber ido? ¿Sabe si tiene parientes lejanos en algún lado, o si alguna vez deseó mudarse a alguna ciudad específica?

—No —dijo él, negando con la cabeza.

Julieta suspiró; el miedo ocupaba cada parte de su cuerpo, y si no acababa con el interrogatorio, estallaría en llanto.

—Está bien —murmuró—. Por favor, si se comunica con usted dígame que necesito hablarle, que es urgente —dio un paso atrás—. Disculpe la molestia y gracias.

—Querida —la llamó el hombre, con un tono paternal—. No estás bien, ¿quieres sentarte un momento?

Julieta se negó, agradeció y se fue sin decir más. Para el mundo, ella siempre estaba bien; ¿tanto era el dolor, que ya ni siquiera podía disimularlo?

Subió al auto con las emociones rodando por el suelo. Aferró el volante, apretó los

ojos y agachó la cabeza para contener las lágrimas. Julieta Olazábal no se quebraba por nada, siempre sabía resolver cualquier problema y salía adelante con la fuerza de su inteligencia y su temperamento. No debía permitir que los sentimientos opacaran sus capacidades deductivas: era imposible que alguien desapareciera sin dejar rastros. Hasta se podían conseguir números de CUIL, direcciones y teléfonos por Internet; ¿por qué Leonardo tenía que ser la excepción? Y si se había mudado al extranjero, el vuelo lo delataría. De todos modos, no creía que hubiera salido del país; los antecedentes penales jugaban en contra a la hora de radicarse afuera.

Miró la hora: ya eran las diez. No era un horario adecuado para hacer llamadas de trabajo, así que fue a su casa y empezó a investigar por su cuenta. Buscó en Internet cualquier dato, pero todo lo que aparecía pertenecía a su domicilio anterior o al caso de Emilia. No resistió y leyó algunas notas de archivo: la opinión pública estaba en contra de Leonardo; para los medios era un feminicida. ¡Era tan injusto! ¿En qué podía transformar la injusticia a una persona buena?

Apagó la computadora antes de que el dolor la venciera y se fue a la cama.

Al día siguiente llamó a un investigador privado desde su oficina. El hombre solía hacer algunos trabajos para ella, aunque siempre le pagaban sus clientes. Le describió a la persona que necesitaba encontrar, le dio el número de documento y le ofreció una fotografía que envió por e-mail.

Unos días después, el investigador la citó en su oficina del microcentro y le dijo que el último dato que existía de ese número de documento era la compra en efectivo de un pasaje de micro a Neuquén.

—¿Quiere que trate de seguir su rastro? —preguntó—. Lo intenté y de verdad no hay nada, pero podría dejarlo en seguimiento y avisarle si surge algo.

Julieta se negó. Quedaba claro que Leonardo no quería que lo encontrara, e iba a respetar eso. Después de todo, no tenía muchas opciones. Había luchado para que el padre de su hijo no sufriera lo mismo que el de ella, que jamás había sabido de su existencia, pero había fracasado. Al menos no fracasaría con el bebé: en cuanto tuviera uso de razón, le diría la verdad. Jamás le ocultaría una parte tan importante de su identidad, como habían hecho con ella.

Cuando salió del edificio de la calle Esmeralda, se había desatado una tormenta. Alzó la cabeza y dejó que el agua le escurriera el dolor de la cara: tenía que volver al estudio y necesitaba ponerse otra vez una máscara.

Mientras caminaba hasta el estacionamiento sin paraguas, permitió que se le escapara una lágrima. De todos modos, se confundiría con la lluvia.

Leonardo no quería que lo encontrara. Comprendió entonces que todo había terminado y que lo único que le quedaba, como el mejor de los recuerdos, era su hijo. Se dio cuenta de que amaba a ese bebé tanto como al hombre con quien lo había gestado, por eso cuidaría de él como de su bar. No fuera que alguna vez se le ocurriera regresar y ella los hubiera desprotegido.

A la mañana siguiente, recibió un llamado anónimo en su oficina.

—¿Decidió?

Fue lo único que le preguntaron, pero enseguida reconoció la voz: era el tipo que la había apuñalado, y se refería a si aceptaría la coima.

Con todos los problemas que habían surgido, no había pensado en el caso de narcotráfico. Pero el juicio se avecinaba y era evidente que los involucrados sí pensaban en ello.

—Decile a tu jefe que no tendrá que pagarme nada —dijo y colgó.

Al instante llamó a Lorena.

—Necesito la carpeta de Manuel Rojas y que suspendas mis actividades de las siguientes tres horas. Es urgente. Gracias.

Mientras su secretaria buscaba lo que le había solicitado, ella buscó un modelo de escrito y lo completó con algunos datos. Nunca había renunciado a un caso. Siempre iba hasta el final, nunca desistía, pero la vida de su hijo era más importante que un mito profesional. Por primera vez, la doctora Olazábal iba a priorizar su vida personal antes que la laboral. Iba a pensar en ella antes que en el cliente, y aunque le doliera abandonar a un hombre que estaba a punto de sufrir una condena injusta, no podía arriesgarse más. Así sucedía con las personas que querían hacer las cosas bien en un sistema corrupto: desistían o morían. Esta vez, desistiría.

En el penal pidió entrevistarse con su cliente y, a pesar de que no tenía una cita previa, pudo pasar. Le apenó romper con la ilusión de Rojas, quien pensaba que había ido a verlo con tanta prisa porque tenía novedades satisfactorias. Aunque se sentía mal por dentro, se mostró fría y decidida. Asentó el papel con su renuncia sin titubear.

—Renuncio —expresó sucintamente.

El cliente miró el papel un segundo y enseguida volvió a ella.

—¿Cómo que renuncia? —balbuceó, aterrado. A Julieta le dolió ver tanto miedo en los ojos de un hombre justo, pero no podía hacer más. Seguir habría sido demasiado peligroso; denunciar las amenazas, suicida. Esa gente tenía amigos en todas partes y no podía ponerse en manos de otro Barrios—. ¿Por qué ahora? ¡En una semana tenemos una audiencia!

—Lo sé y lo siento —expresó con firmeza—. Pero tengo demasiadas obligaciones y este caso me demanda mucho tiempo. Va a tener que buscar otro abogado. Soy incompetente.

—¡No puede hacerme esto! —exclamó el hombre, poniéndose de pie mientras daba un golpe a la mesa.

Julieta supo que, si no se iba, flaquearía. Así que se levantó, apretó con fuerza la manija del portafolio y giró sobre los talones sin mirar atrás.

—¡Espere, por favor! —gritó Rojas—. ¡No se vaya!

Ella se volvió. No podía irse sin más, no se atrevía.

—Si su nuevo representante necesita algo, no dude en enviarlo conmigo. Yo le voy a dar todo lo que necesita —aseguró, y con esa promesa consiguió el valor que necesitaba para irse.

No podía creer que, al final, los corruptos siempre se salieran con la suya. Solo esperaba que la fiscalía hiciera un buen trabajo y no se dejara engañar por las apariencias, que no fuera corrupta. La verdad era un concepto relativo y confuso.

La idea de ser fiscal volvió a rondar su mente. Antes que perder una gota de pasión por su profesión y perjudicar a sus clientes cuando sus trabajos se tornaran peligrosos, prefería pasarse del otro lado. Por eso dedicó varios días a hacer las averiguaciones necesarias sobre cómo postularse, y una vez que lo hizo, se reunió con Victoria.

—Me postulé para la fiscalía —anunció. Los ojos de su colega se abrieron de forma desmesurada; no podía creer su decisión—. No sé si voy a ganar el concurso, pero en caso de que suceda, necesito saber si te animarías a quedarte a cargo del estudio. No me gustaría cerrarlo.

—Julieta, ¡qué sorpresa!

—Sí, lo sé —replicó ella. «¡Si supieras la otra sorpresa que todavía no te cuento!», pensó—. Si yo me fuera, contrataríamos a otra abogada. Dirán que soy feminista, pero vamos a darle la oportunidad a otra mujer, ya que en los bufetes liderados por varones suelen pagarles menos. ¿Aceptarías dirigir el estudio?

—¡Por supuesto! —contestó Victoria enseguida—. Sin embargo, hay algo que me preocupa. No lo tomes a mal, pero desde hace un tiempo estás distinta. Ni mejor ni peor: diferente, y tengo miedo de que esta decisión tenga algo que ver con eso. ¿Es por el caso Macías? Nunca entendí por qué era tan importante para vos, pero no siempre ganamos. No podemos permitir que eso nos desanime.

—No estoy desanimada —mintió Julieta. La expresión de Victoria dijo más que mil palabras—. ¡En serio! —insistió ella, tratando de sonreír para reforzar sus palabras—. Solo quiero probar qué se siente estar del otro lado.

—Si es así, estoy segura de que te van a elegir —afirmó Victoria—. Tenés una trayectoria impecable y más títulos que otros fiscales, ¿quién dejaría pasar a una profesional como vos?

Julieta sonrió, le dio las gracias y después de hablar un rato del concurso, dieron la conversación por terminada.

Durante las semanas siguientes, visitó un obstetra e incluso se hizo una ecografía. Jamás hubiera imaginado que al mirar esa imagen confusa se sentiría inundada por una gran emoción. Así era: acariciar el contorno de su hijo la hacía sonreír con ilusión.

Sin embargo, aunque intentó ocuparse de su trabajo como si todo estuviera bien, en un rincón de su mente siempre pensaba en Leonardo. Por las noches pasaba un rato imaginando qué estaría haciendo, preguntándose si pensaría en ella, como ella en él. Casi siempre terminaba convencida de que, si la olvidaba, era por su bien; solo esperaba que fuera feliz. Al final, siempre se llevaba una mano al vientre y agradecía que le hubiera dejado un precioso regalo. Si algún día lo quería, estaría allí para él.

Mientras el fiscal seguía con su alegato de cierre, Julieta volvió a cruzar las piernas. Sentía un extraño malestar desde hacía un rato, y aunque trataba de no pensar en él, era imposible porque se iba intensificando.

—David Urdampilleta, amigo del imputado, refirió que no tenía claro a qué hora este había salido del local bailable con la damnificada. Además, se ha presentado el registro de las cámaras de seguridad del hotel alojamiento Eros, en las cuales se ve claramente su automóvil, un Mini Cooper rojo, que confirma que el imputado llevó a la damnificada allí tras abandonar la discoteca. En relación con esto, debe tenerse en cuenta que, al momento de declarar, el recepcionista del hotel refirió que la pareja había estado en la habitación alrededor de dos horas, mientras que el imputado sostuvo que solo estuvo unos treinta minutos, procurando confundir y dilatar la decisión de este tribunal.

»Sobre la base de ello, la fiscalía considera que existe mérito suficiente para que se atribuya la responsabilidad penal del hecho al acusado Orellana por la comisión del delito de abuso sexual con acceso carnal, el mismo que se encuentra tipificado en el artículo 119, 3^{er} párrafo del Código Penal. Asimismo, solicitamos se imponga una pena de seis años y ocho meses de privación de la libertad con carácter de efectiva.

Un breve silencio sirvió para que Julieta se diera cuenta de que el alegato del fiscal había terminado. Estaba tan pendiente del calambre en la ingle que ni siquiera había prestado atención a las palabras.

—Escuchamos a la defensa —intervino la jueza.

Pensó que concentrarse en su discurso la ayudaría, así que empezó:

—Gracias. En principio queremos destacar que en su declaración el señor Roberto Orellana jamás negó haber conocido a la querellante en la discoteca Breeze, como tampoco haber ido con ella al hotel Eros ni haberla accedido carnalmente. A lo largo de este proceso, la fiscalía no tuvo en cuenta que en su declaración el señor Orellana afirmó que la querellante accedió a tener relaciones sexuales con él, incluso cuando todavía estaban en la discoteca. La fiscalía tampoco toma en cuenta a los testigos, incluido el señor Urdampilleta, quienes los vieron besarse de común acuerdo en el sector vip, e incluso observaron a la señorita tocar las partes íntimas del señor Orellana. En la pericia médica no se encontró evidencia alguna de sustancias que pudieran sugerir que el imputado haya llevado a la señorita engañada al motel mediante el uso de estupefacientes, en cuyo caso señalarían una doble intención por parte de...

No pudo continuar. El calambre se transformó en dolor, y entonces, se quedó sin respiración. Se dobló en dos y ocultó el rostro entre las manos.

—No puedo seguir —dijo, desesperada. Su cliente la miró como si acabara de decir una locura—. Lo siento.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la jueza.

—Por favor, suspenda la audiencia —contestó Julieta con un hilo de voz.

—Bien. Dadas las circunstancias, se suspende la audiencia. Les haremos saber la fecha en la que continuaremos mediante Secretaría. Es todo.

Temblando de miedo y de dolor, Julieta recogió sus cosas y huyó a un baño. Se encerró en un cubículo, apoyó las manos y la frente en la pared y cerró los ojos. Trataba de concentrarse para sentirse bien, pero escapaba a sus posibilidades.

Otro dolor punzante le arrancó un quejido y la hizo caer de rodillas. Cuando se sintió un poco aliviada, tomó conciencia de lo que la rodeaba y se dio cuenta de que estaba sangrando.

«No entres en pánico», se ordenó. El miedo siempre perjudicaba la razón.

Cuando el dolor se aplacó, se quitó la prenda íntima manchada y la arrojó al cesto de basura. Se limpió, la sustituyó por una nueva que siempre llevaba de repuesto en la cartera y le colocó un apósito. Revisó la pollera: como se había ensuciado en la parte de atrás y no podía perder tiempo lavándola, la giró hacia adelante y cubrió la sangre con el abrigo y el portafolio.

Corrió a su auto rogando no cruzarse con ningún conocido y condujo hasta la clínica. Allí acudió a la guardia ginecológica, atemorizada porque de nuevo volvía a sentir el calambre que había presagiado el intenso dolor y el sangrado.

La ingresaron como emergencia y después de revisarla, el médico ordenó una ecografía. Mientras se la practicaban, Julieta preguntó si todo estaba bien. Tenía el corazón anudado.

—No puedo dar un diagnóstico, tiene que esperar a su médico —respondió la profesional.

Julieta no dejaba de pensar que, si todo hubiera estado bien, se lo habrían dicho; el silencio casi siempre indicaba una mala noticia. A pesar de los mitos, era humana, y se refugió en la esperanza. Cuando las cosas se ponían mal, la mente se defendía con la negación.

La hicieron recostarse en una sala en observación. La espera le pareció eterna, el médico apareció a los veinte minutos. Su expresión no era alentadora; sin embargo, Julieta prefirió no escrutarlo.

—Lo siento —dijo él—. Sufrió un aborto espontáneo.

«¿Así me lo dice?», quería gritar ella. «¿Así se siente lo que yo hago? ¿Así se siente cuando la vida de uno es tomada por otro como un asunto de rutina?»

Se le escapó un sonido de angustia. No quería llorar.

—Yo... —balbuceó.

—No es su culpa —se apresuró a intervenir el médico, acostumbrado a que sus pacientes tendieran a sentirse culpables—. Los abortos espontáneos pueden tener varias razones, pero en la mayoría de los casos jamás es responsabilidad de la madre y son inevitables. —Bajó la cabeza un instante y luego dio paso a la siguiente actitud de rutina—. Tendrá que tomar una medicación para terminar de expulsarlo. ¿Sabe lo que eso implica? —«Sufrió un aborto espontáneo», «son inevitables»—. Señora...

—Sí, sé lo que implica —terminó respondiendo Julieta, aunque no estuviera segura.

—Le sugiero que llame a alguien para acompañarla. No lo haga sola, puede ser doloroso y psicológicamente difícil.

Escribió una orden para comprar medicamentos, adjuntó un folleto sobre el uso de

las drogas para la expulsión y le entregó ambas cosas.

Ni bien Julieta percibió que el médico estaba a punto de irse, casi se dejó vencer por la desesperación. Aunque sabía que si el feto estaba muerto ya no había nada que hacer, ansiaba gritar que no se resignaran, exigir que hicieran algo si no querían que los demandara por mala praxis. Era tanto el sufrimiento, que habría dado todo a cambio de que lo sucedido fuera solo una pesadilla.

Pero no había remedio: lo había perdido, y ni siquiera se atrevía a cuestionarse si era injusto. En algún punto, se odiaba y creía que lo merecía.

En lugar de hacer un escándalo, fue fiel a su actitud racional y dejó que el médico se fuera en silencio.

Le tomó un momento salir del cuarto, estaba en *shock*. Todavía no podía creer lo que estaba pasando, y se dirigió a la farmacia como si se hubiera alejado de la realidad.

Llegó a casa y llamó a Lorena para pedirle que suspendiera sus citas de ese día. Se puso un pijama y se sentó en la cama con la medicación entre las manos. Sabía que el embarazo ya se había interrumpido, pero en cuanto se medicara, terminaría por completo, y le costaba asumirlo.

Aunque el médico le había aconsejado llamar a alguien, no lo hizo. Se acostó, insertó el comprimido vaginal y suspiró, dispuesta a esperar con entereza el final de la situación. Con el tiempo se había vuelto una mujer muy fuerte, y creía que podría superar también eso.

Sin embargo, mientras aguardaba, revivió escenas que la angustiaron. Recordó a Leonardo cuando hacían el amor. Recordó el día que se había enterado de que estaba embarazada y el instante exacto en el que su hijo había muerto en un baño público. Se rodeó con los brazos apretándose el estómago y apretó los labios para no llorar. «Ya está, hay que seguir adelante», se forzó a pensar. Pero no había modo de dejar de sentir.

Cansada de luchar, decidió distraerse con el televisor. Buscó el control remoto en la mesita y lo encendió. Estaba sintonizado en un canal de noticias —lo único que miraba—, y justo se daban los resultados de una audiencia del caso Rojas. Su ex cliente salía esposado, con la cabeza gacha, y las personas alrededor lo insultaban. No quería ver otro error judicial en vivo y en directo, así que cambió a un canal de cocina. Estaban preparando tragos, lo cual la llevó a pensar en Leonardo, y fue tan profunda la pena que se apresuró a apretar cualquier tecla y terminó en un canal de música. Estaban pasando el video de *Open Your Heart*. Al parecer, todo se confabulaba en su contra. Enojada, apagó el aparato y se resignó a ser víctima de sus emociones.

«Mi bebé. Mi hijo», pensó. «El que nunca debió haber sido, pero terminé deseando que fuera.»

Estuvo a punto de echarse a llorar. De haber sabido que le resultaría tan difícil controlar sus emociones, le habría preguntado al médico si podía tomar sedantes a pesar de la otra medicación.

Ni siquiera se dio cuenta cuando se quedó dormida, solo lo supo porque despertó de la peor manera. Un calambre le surcó el bajo vientre. Se sentó en la cama, llorando de dolor, y se abrazó a sí misma. No había manera de controlarlo, no se iba.

Empezó a temblar, parecía que se desgarraba por dentro. Se cubrió la boca con una mano y se le escapó un quejido ahogado. Estaba teniendo contracciones.

El dolor desapareció en unos segundos que parecieron eternos. Cuando recuperó la conciencia, se dio cuenta de que temblaba y estaba transpirando. Se secó las mejillas y se levantó para ir a buscar agua.

Caminar le resultaba difícil, todavía sentía una molestia que llegaba hasta las piernas e incluso estaba mareada. Se llevó una mano a la frente: era posible que tuviera fiebre.

Regresaba a la habitación cuando el dolor volvió a atacarla. La botella se le resbaló de las manos y se dobló en dos, abrazándose de nuevo. Lloró, aterrada de estar sola, quebrada al saber que estaba a punto de perder a su hijo de forma definitiva.

Cuando el dolor retrocedió, sintió que el estómago se le saldría por la boca. Corrió al baño llevándose la puerta por delante, se arrodilló frente al retrete y vomitó.

Mientras se enjuagaba la boca, seguía temblando y otra vez fue sorprendida por el dolor. No podía más. Si seguía tratando de soportarlo sola, moriría.

Salió y se sentó en la orilla de la cama. Buscó el celular y empezó a recorrer la lista de contactos: el noventa y nueve por ciento eran de trabajo. Tenía que llamar a alguien, pero nadie sabía siquiera que estaba embarazada. No había nadie a quien quisiera ver ni que pudiera comprender la verdad de sus sentimientos sin que los confesara. La única persona capaz de eso se había ido y no quería que ella lo encontrara.

Cuando llegó al final de la lista, las emociones la tomaron por completo. Con dedos temblorosos y los ojos húmedos, llamó a Leonardo.

Mientras oía el tono, rogó que él atendiera. Si sucedía ese milagro, ¡se habría sentido tan aliviada! Pero sus esperanzas se diluyeron con el anuncio de que el teléfono se encontraba apagado o fuera del área de cobertura.

«¡Es tu hijo también! ¿Por qué me dejaste enfrentar todo esto sola?», pensó con rabia. Nunca había sentido rencor hacia Leonardo hasta ese momento.

La vista se le nubló y derramó algunas lágrimas amargas. Sus dedos seguían temblando y su vientre dolía. Siempre había enfrentado al mundo por su cuenta, pero esta vez no podía. ¿Quién se preocuparía por ella? ¿A quién podía importarle tanto como para que dejara lo que sea que estuviera haciendo y acudiera en su rescate?

La seguidilla de contactos se detuvo en el nombre de su madre. Nora la quería. Nora era la única persona que podía acompañarla, aunque no fuera suficiente.

—¿Julieta? —respondió la mujer enseguida.

Julieta procuró ocultar el llanto. No quería mostrarse débil, pero el papel ya no le salía.

—Mamá, necesito que vengas a mi departamento.

—¿Pasa algo? ¿Tengo que llamar a la policía?

—No, no es nada, solo necesito que vengas. Por favor, tiene que ser ahora.

Como no podía ser de otra manera, Nora aceptó. Aunque insistió una vez más para saber qué pasaba, Julieta se negó a decirle nada. Cortó el teléfono cuando comenzó otra contracción.

Cuando la primera expulsión se produjo, su madre todavía no había llegado. Estaba en el retrete, sangrando, y lo único que tenía en mente era el dolor, a Leonardo y a su

hijo.

«Lo siento. Me hubiera gustado que vivieras y que tu madre fuera otra. Me hubiera gustado que tu padre supiera de tu existencia, sé que te habría querido tanto como yo. Si vas a alguna parte, espero que me perdones.»

El timbre sonó. Se limpió, llamó al portero y le pidió que abriera por ella la puerta del edificio. Dejó abierta la del departamento. Cuando Nora llegó, la encontró sentada en el sofá, doblada en dos.

—Julieta, ¿qué pasó? —preguntó mientras corría hacia ella. Le apartó el pelo de la cara tratando de mirarla a los ojos.

—Tuve un aborto espontáneo y me dieron una medicación para terminar de expulsarlo —explicó Julieta, tratando de ser fuerte.

—¿Qué? —la voz de Nora delató sorpresa y tensión—. ¿Estabas embarazada? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Era muy reciente, no se lo había dicho a nadie.

—¿Ni siquiera al padre? ¿Dónde está? ¿Es el hombre que llevaste a la fiesta?

Julieta suspiró, no deseaba responder preguntas.

—El padre no está —dijo sucintamente.

—¿Cómo que no está? —replicó Nora—. Fue ese hombre, ¿verdad? ¡¿Cómo fue tan cobarde de escapar?!

—No es así, mamá —defendió Julieta, enérgica—. Leonardo no tiene la culpa de nada. El embarazo fue un accidente y la responsabilidad fue solo mía. Yo tomaba píldoras anticonceptivas, pero las tomé mal, y me enteré de que estaba embarazada cuando ya habíamos terminado. Fui a buscarlo para decirle lo que había pasado, pero él ya se había mudado y no pude encontrarlo.

Nora soltó el aire de manera ruidosa. De pronto se le revelaba una nueva Julieta: le parecía inverosímil que su hija, la gran doctora Olazábal, no hubiera sido capaz de encontrar un prófugo. ¡Y cuánto más que se hubiera equivocado en la toma de unas pastillas!

—Julieta, hija... —murmuró, apenada. No podía creer que su hija no llorara. Sus ojos secos y su tono firme denotaban la frialdad con la que tomaba el asunto, pero por alguna razón, esta vez no le creía.

—Hagamos silencio, por favor —pidió ella—. Necesito descansar.

Su madre le hacía bien: como se preocupaba por mostrarse fuerte frente a ella, el dolor parecía desaparecer.

Se levantó y fue a la cama. Nora permaneció horas a su lado en silencio, acompañándola al baño, alcanzándole algún vaso de agua y secándole el sudor cuando lo necesitaba.

Julieta, enroscada sobre sí misma, temblaba por dentro y por fuera.

—Gracias —susurró, tragándose por milésima vez las lágrimas. Su madre sonrió y le acarició el pelo.

—Siempre fuiste una persona especial. ¿Sabés por qué te puse «Julieta»? Deriva del nombre latino Julia, y significa «de fuerte raíz». Es la que sufre desde el inicio, pero al mismo tiempo cimienta mejores bases para vivir. Siempre has honrado tu nombre: estoy segura de que ahora también lo vas a hacer.

Julieta cerró los ojos y pensó en las palabras de su madre. Al fin le llegó algo de

alivio cuando se quedó dormida.

Cerca de las ocho de la noche, las contracciones terminaron, y para entonces supo que ya no quedaba nada de su hijo.

Se levantó y fue a la sala. Su madre estaba en la cocina.

—Acostate que te preparo la cena —sugirió Nora.

Julieta miraba el ventanal. Recordaba la vez que había hecho el amor con Leonardo frente a ese lugar, y sintió que se derrumbaba. ¿Cuándo habrían concebido a su hijo? ¿Habría sido en su cama o en otra parte?

Comprendió que no podía resistirse a los recuerdos y que iba a echarse a llorar. No quería quebrarse delante de su madre ni hacerle notar de nuevo que, en realidad, ella también podía ser débil.

—Ya estoy bien, andá antes de que se haga más tarde. Gracias por haber venido —pidió con amabilidad, pero también con rigidez.

—Julieta, no me parece adecuado que te quedes sola en este momento.

—No exageres, mamá —rogó, fingiéndose indolente—. Voy a ser sincera: te llamé porque estaba dolorida y tenía miedo de que algo saliera mal, pero no estoy triste. Nunca quise ser madre, lo sabés bien. Tener ese hijo habría significado un retroceso en mi profesión, me habría demandado tiempo que prefiero invertir en otros asuntos. La verdad es que no lo lamento. La naturaleza es sabia y me ahorró el trabajo de tener que terminar con el problema. Así que, por favor, quedate tranquila. Estoy bien, de verdad, solo quiero descansar.

Nora se quedó quieta, con los brazos en jarras: no sabía qué hacer. Aunque Julieta sonaba muy convencida, ella no lo estaba.

—¿Estás segura? —insistió. No quería irse.

—Segurísima. Andá tranquila, gracias por todo.

Nora asintió, decidida a respetar las necesidades de su hija. Había descubierto un nuevo lado de Julieta, y podía comprenderla. Recogió su cartera y salió del departamento con la llave de repuesto.

Julieta puso el seguro para que su madre no pudiera entrar si regresaba, se cambió la ropa de dormir y se ocultó en la cama.

Tapada hasta la cabeza, solo ansiaba desaparecer. Había sufrido a lo largo de su vida, pero nunca tanto como ese día. No entendía por qué el destino se empeñaba en castigarla con tanta rudeza. Primero con un padre que la rechazaba, después con la noticia de que no era en realidad su padre. Siguió el abandono de Leonardo y ahora, la muerte de la única ilusión que le quedaba.

Se sintió una estúpida por haber imaginado el rostro de su hijo, por haberlo visto entre sus brazos antes de que naciera. Nunca debió haberlo querido. Odiaba los errores, y últimamente cometía uno tras otro. Ella había defendido a Barrios y luego había fracasado al intentar llevarlo a la cárcel; ella se había enamorado de Leonardo, se había embarazado y lo había echado de su vida. ¿Qué más faltaba para terminar de comprobar que era una completa idiota?

—Mi bebé —lloró a viva voz, protegida por la intimidad de la soledad y la penumbra—. ¡Mi hijo!

Y estalló en un llanto que la desgarraba en todo sentido: el alma y el pecho, la actitud de hierro y el vientre vacío. Estrujó las sábanas y se mordió el labio. Quería

golpear y golpearse. Por momentos odió a Leonardo y se odió a sí misma. Por otros, solo ansiaba que él la abrazara y poder abrazarse. Anhelaba quererse, pero todavía se odiaba. Se enojó con la vida y con su estupidez. Se enojó con Dios, con el mundo, y al final se dio cuenta de que, hiciera lo que hiciese, el dolor no se iría. Solo quedaba dejarlo salir a través de las lágrimas.

A la mañana siguiente llamó a Victoria y le avisó que se tomaría unas vacaciones repentinas. Le pidió que se ocupara de los asuntos más importantes de su agenda durante una semana y que ordenara a Lorena que suspendiera lo demás. A continuación llamó a la señora de la limpieza y le pidió que no fuera. Lo mismo hizo con su madre. A diferencia del resto, Nora hizo preguntas y le rogó que le permitiera visitarla, pero, como buena abogada, Julieta supo disuadirla. Entonces, apagó el celular y desconectó el teléfono de línea.

Durante días se mantuvo encerrada en su casa. Lloraba de a ratos; otros, dejaba de sentir, como si estuviera muerta. Cada vez que iba al baño y encontraba manchas en el apósito, las observaba pensando si allí habría todavía algún rastro de su hijo, y enseguida odiaba su cuerpo por haberla traicionado. Ni siquiera servía para retener un bebé en el útero.

La única comida que ingería era la cena. Se sentaba cada noche en la mesita de la sala con las luces apagadas; solo el cartel publicitario la iluminaba, ese que teñía su piel de un tono rojizo que a Leonardo le gustaba. Mientras trataba de pasar las ensaladas en silencio, miraba la única foto que tenía de su hijo cuando vivía dentro de ella y la acariciaba. Así, las lágrimas terminaban condimentando las verduras. Tenía que dejarlo ir, pero no sabía cómo.

Seis días después, decidió encender el celular. Mientras leía y escuchaba cientos de mensajes, recibió una llamada de Lorena.

—¡Doctora! —exclamó la chica—. Acaba de llegar una nota al estudio. ¡Felicitaciones! Es fiscal.

La emoción de su secretaria no se correspondía con su estado de profunda tristeza, pero al menos la novedad profesional consiguió brindarle un destello de alegría.

Esa misma noche, con lágrimas en los ojos, guardó la foto de su hijo dentro de una Biblia que descansaba en el cajón de su mesa de luz. Cerró despacio, como si lo enterrara poco a poco, y después se puso de pie secándose las mejillas.

No estaba destinada a tener éxito en su vida privada, pero sí en la laboral. Era tiempo de avanzar.

Dos años después.

En su despacho de la fiscalía, Julieta miraba el diario. «Caso Montero: Barrios condenado a prisión perpetua.» Había esperado dos años para ver ese titular, aunque debió haber salido hacía diez. Se podía engañar a la justicia una vez o dos, pero la soberbia tenía un alto precio y, a la larga, había que pagarlo.

Dejó el periódico sobre un montón de papeles, cerró la carpeta que había estado revisando y la arrojó al escritorio de su asistente.

—Olvidate de ese expediente, no hay manera de probar que lavaron el dinero. El tipo es inocente, es una causa inventada —dijo y se puso de pie—. Para mañana traeme algo bueno.

El chico rio y respondió cuando Julieta ya estaba llegando a la puerta.

—Y usted tráigame las masitas naturistas que me prometió. Me dijo que eran las más ricas y todavía las estoy esperando.

—Dicen que lo que se hace esperar es dos veces mejor —replicó ella y salió.

Lo siguiente en su lista del día no era tan fácil como trabajar.

Fue al auto, revisó los datos que había anotado en el celular y condujo hasta el cementerio. En la puerta compró unas flores y llegó a entrar justo antes de que prohibieran el ingreso.

Caminó entre las tumbas buscando la que le interesaba con un escalofrío. Se la pasaba viendo escenas del crimen: cuerpos, sangre y todo tipo de horrores. Nada de eso la impresionaba, estaba acostumbrada. Sin embargo, jamás iba a los cementerios.

Cuando en una lápida rota leyó el nombre que buscaba, su corazón dio un salto. Al igual que las demás tumbas que llevaban allí muchos años, esta estaba igual de descuidada: sin flores, sucia y con algunos yuyos crecidos alrededor. Juan Rodríguez. El nombre de su verdadero padre era bastante común.

Se sentó en un borde de la tumba y desarmó el paquete. Limpió el pequeño florero que se hallaba en un sostén de alambre y empezó a acomodar las flores.

—Hola —susurró. Necesitaba verbalizar lo que sentía, pero habría muerto de vergüenza si alguien la escuchaba hablando sola—. Tardé un poco en venir a verte, perdón. —Hizo una pausa mientras arrancaba un pétalo roto a una margarita—. Me dijo mamá que cuando hacías paisajismo, siempre insistías con que en alguna parte de cualquier jardín tenía que haber margaritas. También me contó que fue eso lo que la enamoró de vos: tu convicción de que lo más sencillo esconde la mayor belleza. Me dio la foto que aparecía en tu legajo de empleado, eras lindo. Claro que eso no es suficiente, una hija quiere saber otras cosas; por ejemplo, cómo era tu sonrisa, o qué te hacía enojar. Mamá me dijo que tenías buen sentido del humor, me hubiera gustado heredarlo. —Rio al tiempo que se secaba los ojos—. Como sea, aunque nunca hayas sabido que yo existía, quiero darte las gracias y pedirte que, si ves a mi bebé, le digas

que lo amo y que jamás voy a olvidarlo.

Se cubrió la cara para llorar sin que las almas la vieran, y cuando sintió que ya se había liberado, extrajo un pañuelo. Se secó los ojos y sonrió mientras se ponía de pie.

—Lamento haber tardado tanto —repitió—. Prometo volver pronto.

Salió del cementerio con el ánimo renovado. Se sentía bien.

En esos dos años se había animado a hacer muchas cosas. Empezó cambiándose de lado en el derecho penal. Siguió acercándose de a poco a su madre e incluso se animó a volver a tocar el violín.

Todavía recordaba el día en que había decidido regresar a la música, había sido pura casualidad. Caminaba por la calle después de una indagatoria y en la cartelera de un teatro pequeño leyó que buscaban violinista y chelista para la orquesta estable. Sin nada que perder, se inscribió para las audiciones y practicó en su tiempo libre. Aunque no tenía muchas esperanzas de ser seleccionada, quería probarse a sí misma que podía asumir un desafío difícil.

Cuando le tocó salir al escenario y enfrentar a los jueces, pensó que saldría corriendo como a los diecisiete años. Tembló al momento de sentarse y ponerse el violín al hombro, pero en cuanto empezó a tocar, solo existieron ella y la música. Había elegido *El cisne*, de *El carnaval de los animales* de Saint-Saëns, y mientras tocaba se acordó de tantas cosas que acabó lagrimeando.

Su interpretación hecha con perfección y tanto sentimiento convenció al jurado. No la dejaron ir sin antes decirle que era una violinista excelente y que serían tontos si no la tomaban en su orquesta.

Había pasado un año de eso, y ya había participado en dos conciertos. En uno, incluso, había hecho un solo, y había disfrutado de que su madre fuera la única persona conocida que había ido a verla.

Los sábados ensayaba con la orquesta, los jueves seguía con las clases de defensa personal. Los lunes y miércoles iba al gimnasio y al natatorio, los martes había empezado un curso para aprender un cuarto idioma: alemán. Entre sus actividades personales y el trabajo, tenía una vida muy activa y, de cierto modo, era feliz. La adrenalina de poner su mente en funcionamiento todo el tiempo, así como enfrentar desafíos y peligros, la hacía sentir bien.

Sin dudas, la visita al cementerio había removido recuerdos, y por suerte eran gratos. En eso pensaba mientras conducía hasta su casa para buscar ropa deportiva y concurrir al natatorio. No había planeado hacerlo ese día, pero de pronto tenía ganas de consumir energías.

Estacionó en un lugar cercano, dobló la esquina y empezó a caminar en dirección a su casa. Vio pasar un Ford Focus, y su mente se iluminó. Estaba trabajando en un caso de robo y tráfico de autopartes. No había podido probar la relación entre el dueño del taller mecánico donde habían aparecido las partes robadas y los que habían ejecutado los robos, pero si podía probar que el Focus de los ladrones había pasado alguna vez por ese taller, tal vez...

—Julieta.

Se detuvo en seco. Conocía esa voz.

—¡Alto! —ordenó otra persona. Era el agente masculino de los dos policías que la custodiaban.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó la agente mujer.

Giró sobre los talones: no estaba equivocada, ¡era Leonardo! ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué había regresado? Miles de preguntas se agolparon en su mente al tiempo que su presión arterial se disparaba. Se puso pálida, su corazón daba tumbos. Una mezcla de odio y amor la inundó. Todo lo que había tenido que atravesar sola volvió a su mente en ese breve segundo y deseó liberar su ira. Sin embargo, se olvidó de todo cuando se dio cuenta de que los agentes lo habían arrinconado contra la pared. La invadió la preocupación. Sabía los recuerdos que la policía evocaba en Leonardo, y aunque hubiera deseado ser capaz de dejarlo a su suerte, no pudo.

—¡Déjenlo! —ordenó. Los agentes la miraron, inmóviles—. Todo está bien, lo conozco —agregó, más tranquila.

Retrocedieron unos pasos, y el hombre explicó:

—Venía caminando detrás de usted en actitud sospechosa, por eso...

—Está bien —lo interrumpió Julieta con una mano en alto—. Gracias.

Los policías hicieron un gesto con la cabeza y se retiraron murmurando unas disculpas.

A pesar de lo nervioso que se encontraba, Leonardo no pudo evitar que su corazón resucitara al encontrarse cara a cara con Julieta. Había anhelado dos años su mirada y había luchado contra todos los demonios para devolverle un hombre que solo fuera capaz de amarla.

—Veo que, de alguna manera, conseguiste protección —dijo, agitado.

—Ahora soy fiscal —explicó ella, apelando a la brevedad.

Todavía no entendía qué estaba haciendo él ahí, ni por qué había regresado. Cuando ella creía que jamás se reencontrarían, de pronto volvía para poner su mundo de cabeza de nuevo. No lo permitiría.

—¿Qué haces acá? —preguntó con tono duro.

Leonardo recogió su bolso, que ante la acción de los agentes había ido a parar al suelo, y aprovechó ese instante para recuperar fuerzas. Sabía que haberse ido sin dar explicaciones no había sido justo, pero tenía la esperanza de que, al escuchar sus razones, Julieta lo perdonara.

—Necesito que hablemos —pidió.

A Julieta se le escapó una risita. Ella también había necesitado hablar con él, pero él se había ido. ¿Ahora pretendía que lo escuchara? Aunque quería decirle mil cosas a la cara, no le daría el gusto de mostrarle su rencor, como si él todavía fuera importante para ella.

—Ahora no puedo —contestó.

—¿Cuándo podrías?

—Nunca.

Giró sobre los talones y pretendió seguir caminando, aunque le doliera el alma. ¿Y si Leonardo se iba de nuevo? ¿Y si nunca más volvía? Quería que desapareciera y, a la vez, descubriría que todavía lo necesitaba a su lado.

—Julieta —la llamó él.

Desde que había decidido volver, sabía que Julieta lo maltrataría, la conocía demasiado. Tendría que trabajar duro para sanar las heridas que le había causado y que ella se atreviera a perdonarlo. Pero si Julieta todavía lo amaba, estaba dispuesto a

todo.

Como ella no se detuvo, arremetió:

—No voy a sujetarte del brazo para retenerte, así que, por favor, date la vuelta.

«¿Eso querés?», pensó Julieta, y giró hecha una furia. Quedaron tan cerca que podían respirarse, todo el cuerpo de ella se estremeció de ira y de alivio. Leonardo estaba ahí, ¡había regresado!

—¡Te fuiste! —masculló apretando los dientes. Ansiaba gritar, pero a la vez no quería mostrar ese signo absurdo de debilidad—. Me dejaste sin dar explicaciones. Tomaste en serio todo lo que te dije. ¿Qué diferencia había con otras discusiones que habíamos tenido? Siempre peleábamos, pero me habías prometido que estarías conmigo.

Leonardo solo la miraba en silencio, y eso la enfurecía todavía más.

—Entremos a tu casa —propuso él con un tono suave. La reacción de Julieta acababa de confirmarle que todavía lo amaba, y haría valer ese sentimiento.

—¡No! —exclamó ella.

—Por favor...

—¡Andate! Sos un egoísta; solo te importa decir lo que viniste a decir y...

—No es por eso que quiero que entremos.

—¿Ah, no? —rio ella—. ¿Y por qué es?

—Por vos.

—¿Por mí? ¿Ahora fingís que te preocupo? ¿Te dijo tu amigo que le pedí que me llamas?

—No hablé con mi amigo hasta hace unos días, cuando volví.

—¡Ah, sí, claro!

—Entremos —insistió Leonardo con voz calmada.

—¿Para que puedas decir lo que querés?

—Para que puedas gritarme todo lo que necesites sin contenerte. En este momento estás pensando que, si lo hicieras, tus amigos policías, tus vecinos y hasta los transeúntes pensarían que sos débil. ¿Me equivoco?

Supo que la había descubierto porque los labios de Julieta temblaron.

Cuando se dio cuenta del efecto que él todavía le producía, ella bajó la cabeza y trató de recuperar el control de sí misma. Estaba agitada y le ardía la garganta por el esfuerzo de controlar la voz. Sin decir más, giró sobre los talones y se encaminó al edificio. Leonardo la siguió.

En el ascensor se mantuvieron en silencio. Lo mismo sucedió en el pasillo y cuando apenas entraron en el departamento. Volver a los lugares en los que Julieta y él habían vivido algunos momentos difíciles y otros maravillosos le provocó un vuelco en el corazón. La miró con su pelo rojizo y su piel muy blanca mientras abría las cortinas del ventanal y le pareció que el tiempo no había pasado. Solo algo había cambiado: la amaba mucho más. Había regresado solo para amarla.

Cuando terminó de abrir las cortinas, Julieta se dio vuelta y se cruzó de brazos.

—¿Qué querés? —preguntó con firmeza.

—Que liberes lo que sientas. Me lo merezco.

Aunque la propuesta era tentadora, no caería en esa trampa.

—No intentes jugar conmigo —contestó—. ¿Qué hay en el bolso?

Era perspicaz, siempre lo había sido. Leonardo apoyó el bolso sobre la mesa y abrió el cierre. Ella no se atrevía a mirar.

—¿Todavía tenés mi bar? —preguntó.

Julieta evitó demostrarlo, pero se sintió decepcionada por dentro. Con que a eso había regresado Leonardo, a indagar sobre su bar.

—Sí —contestó.

—Quiero que me lo vendas. Sé que el dinero que hay en el bolso no alcanza para cubrir su costo, pero me preguntaba si igual podrías vendérmelo.

—¿Cuál es el origen de los fondos? —preguntó ella, fingiendo frialdad.

—Es legal, puedo probarlo si lo necesitás. Vendí mi casa y mi moto y estuve trabajando en pozos petroleros. Ahorré casi todo lo que me pagaban, y pagaban muy bien.

—Sí, te lo vendo —resolvió entonces, todavía sin mirar el dinero—. Mi escribana te va a llamar cuando estén listas las escrituras. ¿Algo más?

—Juli...

—¿Algo más?

—Preferiría que me gritaras.

«¡Y lo que yo más quiero es gritarte!», pensó ella con desesperación. «Gritarte que cuando te fuiste estaba embarazada, que te busqué por cielo y tierra para decírtelo, que lo perdí y no estabas a mi lado.» Quería decirle todo eso, pero no le encontró sentido. Por su culpa, Leonardo había perdido todo. ¿Cuánto más sufriría si le decía que también había perdido un hijo?

—Si no tenés nada más para decir, te acompaño a la salida —propuso. Intentó avanzar, pero Leonardo se paró en un lugar estratégico y no le permitió seguir. Alzó la cabeza y lo miró—. Ya te dije que mi escribana te va a llamar cuando esté lista la escritura. ¿Ahora podés moverte?

—Sé que no pudiste olvidarme, Juli. Yo jamás podría olvidarme de vos. No me fui por...

—¡No me importa por qué te fuiste! —exclamó ella. Al final, terminaba gritando, como él quería—. ¿Te das cuenta? Esto era lo único que te interesaba de entrar a mi casa: decir lo que querías.

No era cierto, pero Leonardo ignoró la acusación injusta.

—No me fui por nuestra pelea.

—¡Pero no me avisaste que te ibas! —contestó ella, enojada—. Tan solo me abandonaste. Ya sé que te pedí que salieras de mi vida, pero se supone que las personas dicen cosas que no sienten cuando se enojan. Te pasaba todo el tiempo, ¡así que sabías que yo no lo sentía!

—No quería seguir lastimándote.

—¡Fue exactamente eso lo que hiciste! No quiero saber nada de vos. Te busqué... Te busqué como una estúpida y vos te escondiste como un cobarde. Tu manera de enfrentar lo que sentías fue ocultándote. Somos demasiado diferentes. Logré avanzar después de que te fuiste, y seguir escuchándote sería retroceder. Quiero que te vayas. Solo volveremos a vernos para firmar la escritura y después, nunca más.

—Yo también avancé, por eso volví.

—Debiste deducir que no estaría sentada esperándote como Penélope.

—¿Y qué hacemos con el amor que todavía sentimos?

Julieta se indignó todavía más. Todo lo que tenía en mente en ese momento eran recuerdos horribles, ¿y él le hablaba de amor?

—¿De qué estás hablando? ¿Te volviste loco? Te fuiste sin dar explicaciones y volvés de la misma manera, diciendo que querés tu bar, ¡que todavía nos amamos! Para tu información, te odio. ¡Te odio! Y quiero que salgas ya mismo de mi vida. ¡Fuera!

Leonardo frunció el ceño, confundido y preocupado. Sabía que Julieta se mostraría fría primero, luego furiosa, pero cada vez que la miraba a los ojos se daba cuenta de que, además, guardaba un dolor muy profundo. ¿Qué había pasado? Sabía lo sucedido con Analía Montero, había poblado las noticias durante días, pero era imposible que ese hecho la hubiera transformado tanto. Las sombras ocultas en Julieta eran tan poderosas como las que él había tenido que expurgar lejos de ella, era como si lo hubiera perdido todo.

Lo mejor era que se tranquilizara, pero jamás podría hacerlo si él insistía en hablar en ese momento. Aceptó retirarse, esperanzado con volver a verla por el asunto de la escritura, y dio unos pasos atrás.

Cuando tuvo el camino libre, Julieta lo esquivó para ir a la puerta. Al pasar le rozó el brazo, y su cuerpo se estremeció. Todavía podía sentir la fuerza de Leonardo en cada uno de sus músculos, el poder que irradiaba sobre ella cuando estaban juntos. Ignoró todo y bajó con él para abrirle la puerta del edificio. Leonardo se fue sin volver a mirarla.

Mientras regresaba a su departamento, Julieta dejó escapar algunas lágrimas. Aunque asegurara lo contrario, se dio cuenta de que no había superado nada referido a Leonardo. Todo estaba latente: el tiempo que habían pasado juntos, la preocupación cuando se había enterado de que estaba embarazada, la decepción cuando supo que él se había ido, el dolor de haber perdido a su hijo... No sentía nada de todo lo que le había dicho, pero el dolor era demasiado intenso para acallarlo, y se reproducía en palabras hirientes.

Retroceder no era una opción cuando se ponían en juego emociones tan fuertes.

No era el horario más adecuado para llamar a la madre de Julieta, pero Leonardo no pudo resistir la preocupación y acabó cediendo ante ella. Por suerte había conservado el teléfono de Nora, esperaba no hubiera cambiado de número.

—¿Quién habla? —preguntó la mujer. Actuaba de manera distante cada vez que la llamaba alguien que no aparecía en sus contactos.

—Habla Leonardo, señora Olazábal —dijo él sin preámbulos.

El silencio que siguió a su respuesta denotó la sorpresa de la mujer. Sus palabras, rencor.

—¿Cómo se atreve?

—Sabía que iba a decirme algo como eso. El problema es que me atrevo a esto y mucho más. ¿Podemos reunirnos?

—Por supuesto. Tengo unas cuantas cosas para decirle, empezando porque no se atreva a acercarse a mi hija de nuevo.

—Mañana a las nueve, diga usted el lugar.

No iba a aceptar la reacción de Julieta sin explicaciones. Había regresado y, si quería resarcir el daño que le había causado, necesitaba saber la verdad.

No durmió por sacar deducciones. Pensaba que había sucedido algo terrible con el juez Olazábal y que Julieta había asociado la actitud del hombre con la de él. También que el caso de Barrios le había traído más problemas, o que había estado al borde de la muerte otra vez.

Estaba tan ansioso que se presentó en el bar a las ocho y media. Bebió un café, y a las nueve menos diez se puso de pie para recibir a Nora. El desprecio en los ojos de la señora hizo evidente que estaba furiosa. Él era la poca cosa que había lastimado a su hija.

Se sentaron y Leonardo llamó al camarero para que ella ordenara. En cuanto se fue, los ojos de Nora volvieron a fulminarlo.

—No sé por qué volvió, pero le sugiero que arme la valija y se vaya de nuevo.

—Eso no va a suceder —replicó Leonardo con calma—. Ayer vi a Julieta.

—¡No puede ser capaz!

—Le dije que soy capaz de eso y mucho más.

—¿Qué quiere? ¿Dinero? Estoy dispuesta a darle lo que me pida para que la deje en paz.

Otra humillación más. En el pasado, hubiera calado hondo en él. Con el tiempo, la habría dejado escapar como un dardo mordaz contra la persona sobre la que recargaba su ira: la mujer que, paradójicamente, amaba. No iba a hacer eso. Tenía más claro que nunca quién era y qué quería, por qué lucharía y qué merecía.

—Pongámoslo en claro: en realidad, lo que usted desea no es que yo deje a su hija, sino que ella sea feliz, ¿verdad?

—¿Qué es esto, un concurso de poesía barata? —La señora de Olazábal seguía a la defensiva.

—Señora: ni usted ni yo queremos perder el tiempo, así que le ruego que conteste la pregunta. Es eso, ¿verdad? Le importa que Julieta sea feliz, no que me vea a mí o a un abogado de alta alcurnia. A usted tampoco le gustan tanto los abogados, después de todo.

Los labios maquillados de Nora se apretaron, llenos de indignación.

—No me insulte —masculló. El mesero le dejó el café.

—No es un insulto. Que haya tenido un hijo con un empleado no es algo malo, lo malo es que le haya negado a ese hijo la verdad sobre su origen, y al padre, el derecho de conocerlo. ¿Tiene algo que ver con eso el dolor que esconde Julieta? ¿Está sufriendo por algo que le hizo el juez?

Nora sonrió con expresión triunfante.

—El dolor de mi hija no se lo ocasionó Enrique ni yo, sino usted.

—Me fui sin darle explicaciones, es cierto —admitió Leonardo—. Pero eso jamás la lastimaría al nivel que vi en sus ojos ayer. La conozco bien, sé que esconde algo, y espero que usted me diga qué es.

—Si se lo digo, ¿la va a dejar en paz?

—No puedo prometerle eso si no sé qué es.

Nora suspiró. Aunque no pareciera, a ella también le costaba hablar del dolor de su hija. Ahora sabía mejor que nadie que Julieta no era tan fría y despiadada como aparentaba y que no había pasado de la muerte de su hijo como si nada.

—Cuando usted se fue, Julieta descubrió que estaba embarazada. No piense mal de ella, fue sin querer: aunque parezca mentira, cometió un error con las píldoras anticonceptivas. Lo buscó, pero usted se había escondido, y entonces se resignó a que era la única responsable. A pesar de que lo defendió, nunca estuve de acuerdo con esa idea. ¿Qué hombre huye de esa manera, si se supone que está enamorado?

Nora ni siquiera pudo disfrutar al ver cómo la mirada de Leonardo se iba transformando. Ya no parecía tan convencido de nada, su seguridad se había esfumado.

—Sin embargo, lo peor para ella no fue aceptar que, con algunas variantes, repetía la historia de su madre —continuó—, sino que, a las once semanas, lo perdió. Le aseguro que no fue su culpa, ella había decidido tener al bebé, fue un aborto espontáneo. —Negó con la cabeza—. Esperar que una mujer lo perdona después de que la dejó pasar sola por todo eso sería creer en cuentos de hadas. Fue muy duro para ella y, si tengo que ser sincera, no quiero que vuelva a pasar por nada así de nuevo. Por eso le suplico que, si volvió para jugar otra vez al hombre herido, tenga piedad de Julieta y la deje en paz. Créame, ya pagó todas sus culpas y no merece más.

Leonardo temblaba. «Estaba embarazada», «se resignó a que era la única responsable», «lo perdió». ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Todo encajaba, y las actitudes que Nora describía eran típicas de Julieta.

Se puso de pie antes de que sus sentimientos estallaran.

—Gracias —dijo, arrojando unos billetes a la mesa, y escapó del bar.

Nora lo miró por sobre el hombro hasta que atravesó la puerta. No era tan distinto de su hija, después de todo. Los dos guardaban la misma pasión, el mismo dolor y la misma obsesión por que todos los creyeran imbatibles. Si había hablado era solo por estar segura de que su hija jamás lo haría, y ese hombre tenía que saber la verdad. Sí,

solo esperaba que Julieta fuera feliz. Y que Leonardo no volviera a cometer una estupidez.

Él salió del bar rogando que todo fuera una pesadilla. Se puso la capucha de la sudadera y caminó con las manos en los bolsillos bajo la lluvia torrencial que se había desatado hacía un momento. «Estaba embarazada», «se resignó a que era la única responsable», «lo perdió». Las frases resonaban en su mente y se clavaban en su corazón.

Conocer tanto a Julieta era una desventaja: «La dejó pasar sola por todo eso», le había dicho Nora. ¡Claro que había atravesado todo sola! Era orgullosa y obstinada, y estaba seguro de que, para haber buscado refugio en su madre, habría sufrido a un nivel inimaginable.

Detuvo un taxi y subió antes de echarse a llorar en plena calle. Soportó hasta que entró al departamento alquilado que habitaba y, después de cerrar la puerta bruscamente, gritó. Golpeó la pared mientras dejaba escapar el dolor, tantas veces, que terminó saltando la pintura. ¡No debió haber sido tan estúpido! ¿Cómo le había causado una herida tan profunda? No tenía idea de lo duro que podía ser para una mujer atravesar todo lo que Julieta había pasado, pero sabía cuánto le dolía a él, y podía triplicarlo en ella.

Se dejó caer en el sofá. Aunque trataba de volver a respirar con normalidad, estaba muy agitado. Cansado de luchar contra las emociones, se echó a llorar.

Él también podía imaginar un bebé entre sus brazos. Él también iba a tener un hijo y, ante el dolor, necesitaba un abrazo. Julieta había estado ahí para él, pero él no había estado para ella. Nora tenía razón, no podía pretender que le perdonara tanto sufrimiento.

Después de un rato de llorar sin consuelo, se irguió, se secó el rostro con las manos y siguió imaginando cada situación por la que Julieta habría pasado. La imaginó enterándose del embarazo, recorriendo los lugares que él frecuentaba para encontrarlo, resignándose a que lo había perdido. Unos días atrás, su amigo le había contado que ella lo había buscado y que la había notado angustiada. Jamás creyó que era para tanto.

No sabía mucho de abortos, pero estaba seguro de que tenía que ser una situación traumática. El dolor físico y espiritual podía alcanzar dimensiones inconcebibles; de alguna manera, él lo había vivido.

¡Y se había presentado en su casa para dejarle todo su dinero! ¿Qué importaba lo material cuando existían pesares tan profundos? Julieta no había contado la cantidad, había aceptado venderle el bar sin siquiera mirar, porque, tal como asegurara hacía dos años, el dinero no le importaba. Todos la creían una interesada, pero él sabía muy bien que jamás le había importado que él no tuviera nada. ¿De qué le había servido el dinero en la infancia, si el amor de su padre, que era lo único que quería, se le negaba?

Por primera vez dejó de ser la víctima y se sintió el victimario. Experimentó la culpa en lo más hondo de sus entrañas y se dio cuenta de que era un sentimiento tan duro como ser el perjudicado. Esta vez, él había sido injusto. Él le había quitado todo a alguien, solo que no a un extraño, sino a la mujer que amaba.

¿Qué había hecho Julieta cuando los roles estaban invertidos? No había escapado.

Lo había mirado a los ojos, había escuchado cada uno de sus reclamos y lo había abrazado. Había puesto el pecho a cada puñal que él le enterraba sin justificarse ni una sola vez. Había sido valiente, y así iba a ser él. Por más que mirarla a los ojos lo hiciera sentir una basura. Por más que escuchar sus reclamos y recibir sus puñales se convirtiera en el dolor más profundo que hubiera experimentado nunca, estaría ahí para ella. La abrazaría para siempre.

* * *

Julieta aferró su portafolio y, después de suspirar, entró al edificio donde funcionaba el estudio de la escribana. Había pensado en arreglar la firma por separado para no tener que coincidir con Leonardo, pero se había obligado a ir. Era como si deseara cerrar un círculo, o al menos un ciclo de su vida, aunque en el fondo supiera que por siempre permanecería abierto.

Leonardo ya se encontraba en la sala de espera. Julieta lo saludó desde lejos con cordialidad, tratando de ocultar las emociones que le provocaba su presencia. Permaneció de pie, respondiendo sin mucha atención mensajes en el celular, hasta que la escribana salió del estudio y los invitó a entrar.

Leonardo esperó a que Julieta y la mujer se sentaran para hacerlo él. Habían quedado frente a frente en una mesa redonda; la escribana y su secretario estaban a los lados.

—Si les parece bien, doy inicio a la lectura del boleto de compra-venta y de la escritura —anunció la mujer.

Mientras leía, los ojos de Leonardo no se apartaban de Julieta. La miraba de manera tan intensa, que ella acabó sonrojándose, aunque en ningún momento había apartado la atención de la carpeta que había quedado abierta.

—«Leo a los comparecientes, quienes se ratifican en su tenor y así la otorgan y firman de conformidad por ante mí, doy fe» —culminó la escribana, y alzó la cabeza—. Si no hay dudas, procedemos a la firma.

—Quiero agregar algo —dijo Leonardo, y atrajo así la atención de Julieta, que por primera vez en todo ese tiempo se atrevió a mirarlo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó, a la defensiva—. Solo dice que te vendo el bar y el departamento del primer piso por un millón cuatrocientos mil pesos, que fue lo que me diste.

Él extrajo un papel del bolsillo sin perder la calma y, sobre todo, sin dejar de mirar a Julieta. Se lo dio a la escribana y le pidió que lo leyera. La mujer miró a Julieta, ella asintió con la cabeza, y entonces procedió:

—«Acuerdo de convivencia» —leyó, y enseguida lo miró—. ¿Qué es esto?

—Siga, por favor —indicó él.

—«Se encuentran reunidos, por un lado, el señor Leonardo Durán, en adelante el NOVIO» —todos lo miraron, presos de la confusión—, «y la señorita Julieta Olazábal, en adelante la NOVIA, para celebrar el siguiente acuerdo de convivencia».

En primera instancia, ambas partes acuerdan:

a) Creer en el amor.

b) Olvidar y perdonar los errores graves que los dos cometieron.

En caso de que ambas partes acepten estas cláusulas, la NOVIA se compromete a:

a) Hacer muchas críticas a películas de acción para que el NOVIO pueda aprender y reír.

b) Abrazar mucho al NOVIO para que no vuelva a sentir miedo nunca.

c) No invitar al NOVIO a comer solo comida vegetariana para que, con otros alimentos, este pueda mantenerse fuerte.

d) Devolver al NOVIO su bar de Palermo por la suma de dinero que ya le fue entregada.

Por su parte, el NOVIO se compromete a:

a) Cuidar y proteger a la NOVIA siempre.

b) Abrazarla cuando se sienta débil o derrotada.

c) Hacerla sonrojar diciéndole las cosas que la NOVIA dice que no quiere, pero muere por escuchar.

d) Darle muchos hijos que no podrán sustituir, pero sí acompañar, al que por siempre vivirá en sus corazones.

Si ambas partes aceptan este acuerdo, se comprometen a vivir juntos desde el día de la firma hasta una fecha incierta que el NOVIO espera sea después de la muerte.

—Ya está firmado por el... novio —concluyó la escribana.

Julieta temblaba. Tenía los ojos llenos de lágrimas y no podía apartar la mirada de Leonardo. ¿Cómo se había enterado de lo de su hijo? ¿Cómo se le había ocurrido escribir algo que la hiciera llorar en público?!

Bajó la cabeza, avergonzada, y tomó con prisa una lapicera y la carpeta con los documentos referidos a la venta del bar. Mientras ella firmaba, Leonardo sintió que le arrancaban un trozo de alma. Se preocupó por cuán herida estaría Julieta para rechazar su acuerdo y se sintió culpable de nuevo: al parecer ahora era ella quien no podía avanzar. Sin embargo, no pensó ni por un segundo en dejar de mirarla; quería absorber su dolor y abrazarla desde la distancia.

Julieta estaba anonadada. No podía pensar, solo sentir, y esa era una situación a la que no estaba acostumbrada; solo Leonardo conseguía dejarla sin razón y sin palabras. Dejó de preocuparse por la imagen que proyectaba y estiró la mano temblorosa hacia el papel que él acababa de ofrecer a la escribana. Lo acercó a ella casi con temor. Una lágrima resbaló por su mejilla y fue a parar a la hoja. Por limpiarla con un dedo, corrió la tinta de la impresora.

Tenía delante la mejor oferta de su vida. Podía estancarse en el dolor y rechazarla, u olvidarlo todo y avanzar. Ella siempre seguía adelante, nunca se revolvía en sus cenizas, así que tomó una honda inspiración, enderezó los hombros y firmó como si se tratara de un documento de verdad.

—Bueno, esto sí que fue raro —rió la escribana—. Supongo que los felicito.

Leonardo sonreía. Para Julieta, que jamás había dejado entrever nada personal delante de nadie, fue una experiencia bochornosa, pero en cierto punto, disfrutable.

En la puerta del edificio, no supo qué hacer. Por suerte, él sí.

—Fue un placer hacer negocios con usted —dijo, ofreciéndole su mano.

Un poco confundida, Julieta le dio la suya. Se llevó la sorpresa de su vida cuando

Leonardo tiró de ella y la estrechó contra su pecho. No tuvo tiempo de comprender lo que pasaba: sus labios se apoderaron de los de ella y le robaron todo pensamiento. Lo había necesitado tanto, que se le aflojaron las piernas.

Ninguno quería hablar del pasado. No les hacía falta explicar nada, ni tampoco retroceder para recordar viejos dolores. A partir de ese día, les bastaba con mirarse y devorarse con los ojos. Les bastaba con abrazarse y saber que se tenían el uno al otro. Les bastaba con besarse y sentir que solo existía el futuro.

Epílogo

Un año después.

Después de recibir al último proveedor, Leonardo dejó el bar en manos de su encargado, se llevó dos latas de Sprite y condujo hasta su casa. Estacionó en el único lugar que encontró libre y caminó por la acera de enfrente hasta el patrullero que todos los días sin falta se apostaba ahí para cuidar a Julieta.

En un principio había sido reacio a mantener contacto con los agentes. Con el tiempo, aceptó que no todos eran como los que había conocido en el pasado y que, gracias a ellos, podía vivir un poco más tranquilo. Si no fuera por su tarea, habría temido día y noche por Julieta.

Se acercó a la ventanilla y apoyó el antebrazo en el techo del vehículo.

—Hola —los saludó. Los uniformados, un hombre y una mujer, respondieron con la misma palabra y un movimiento de la cabeza—. ¿Están cuidando de mi doctora?

—¡No para un segundo! —exclamó el policía. Leonardo rio.

—Sí, ya sé —admitió—. Hace calor —agregó, mirando el cielo.

El sol resplandecía, no había una sola nube. Estaban en diciembre y el verano ya se hacía sentir. Era imposible no pensar que, mientras él contaba con la comodidad de un aire acondicionado, los policías, en cambio, pasaban el día al aire libre, con un uniforme que debía aumentar la temperatura unos cuantos grados. Muchos agentes se sacrificaban por proteger a otras personas, y eso tenía un valor incalculable.

—¡Ni lo digas! —asintió el policía.

—Esto es para ustedes —dijo Leonardo, entregándoles las gaseosas.

La expresión de alivio en los rostros de los agentes fue formidable.

—¡Gracias! —exclamaron al mismo tiempo.

—De nada. Que les sea leve —contestó él como despedida, y los tres se saludaron con un movimiento de la cabeza.

A todos los agentes que asumían turnos frente a su casa les caía bien. Les llevaba café cuando hacía frío y gaseosas cuando hacía calor. A veces conversaban un rato más extenso y otros días, como ese, apenas se dedicaban unas palabras, pero siempre eran amables.

Cruzó la avenida y entró al edificio. En el departamento, oyó la voz de Julieta aun antes de atravesar la puerta. Cuando la vio, se quedó prendado de la imagen. Adoraba observarla sin que ella lo notara: su pelo, su cuerpo, sus movimientos.

Julieta no se había dado cuenta de que él había llegado. Estaba de espaldas a la puerta y de frente al cuadro que decoraba la sala, hablando por celular.

—Cuando el imputado firmó la declaración, tomó la lapicera con la mano derecha, es decir que es diestro. Eso me dio una idea: estuve revisando las fotos de la escena del crimen en casa de la víctima y, si te fijás, tanto el cenicero como el control remoto estaban del lado izquierdo de la mesa; es probable que fuera zurda. Un zurdo no se

dispararía del lado derecho de la cabeza. Necesito que te entrevistes con familiares, amigos, con quien sea, y que confirmes si ella era diestra, zurda o ambidiestra. Si era zurda, creo que tenemos un motivo para solicitar la medida cautelar. ¿Podés hacerlo? Para el lunes deberíamos tener algún dato. Gracias.

Cortó, suspiró y giró sobre los talones. Se sorprendió de encontrar a Leonardo frente a ella. Él se asustó: Julieta estaba pálida, tenía ojeras y el pelo desordenado. Se le acercó y le tomó el rostro entre las manos.

—Te dejo en el trabajo en perfectas condiciones una mañana, ¿y te devuelven así al mediodía siguiente? —se quejó. Julieta rio.

—Doce horas de declaración indagatoria, secreto de sumario, allanamiento inmediato y la prensa, a la que un pajarito le va a filtrar todo en... Mmm... —miró el reloj de pulsera—. ¿Media hora? Entonces, van a empezar los llamados —agregó, mostrándole el celular. Él se lo sacó de la mano.

—Eso puedo arreglarlo —aseguró, y presionó el botón de apagado.

Mientras Julieta reía, Leonardo arrojó el teléfono a la mesa y la abrazó. Se sentaron juntos en el sofá. Ella, que estaba rendida, recostó la cabeza sobre sus piernas. Leonardo le acarició el pelo unos minutos, hasta que percibió que estaba a punto de quedarse dormida.

—¿Comiste algo? —preguntó.

—Sí... —balbuceó ella, bostezando—. Tomé café. Y otro café. Y...

—Algo que no sean los litros de café —intervino él. Julieta sonrió con los ojos cerrados.

—Mmm... Mi última comida de verdad fue el almuerzo de ayer. A la noche probé unas galletitas que había llevado la secretaria de...

—No me digas más —la interrumpió Leonardo—. Y no te duermas hasta que te haya preparado algo decente. —La obligó a sentarse y le apretó los hombros. Julieta lo miró; tenía los ojos irritados—. ¿No te parece que tendríamos que suspender las jornadas de trabajo de veinticuatro horas?

—Los médicos de guardia están en las mismas condiciones —se excusó ella—. Además, nunca se sabe cuánto van a durar las declaraciones. Puede que se nieguen a declarar, que tiren un papel o que decidan confesar hasta qué día nació su madre. Cuando se largan a hablar, no se los puede callar. Hay que preguntar, podría ser la única oportunidad.

Leonardo negó con la cabeza.

—Entonces el papá del bebé que estamos esperando va a hablar con tu médico para que...

—¡Ay, no! —exclamó Julieta—. Hoy ya no trabajo, y mañana tampoco.

—Pero mañana ensayás todo el día con la orquesta y a la noche tenemos el concierto.

—El domingo no hago nada. Por favor...

—Nada no. El domingo tocás el violín para mí.

Julieta rio; los dos conocían el sentido de ese código.

—Solo si vos tocás la guitarra —sugirió ella.

—Va a ser un buen domingo —concluyó él antes de ir a la cocina.

A Julieta le había demandado seis meses decidirse a buscar un nuevo embarazo; el

fantasma de lo sucedido con el anterior la atormentaba. Con el tiempo, había decidido avanzar, como siempre, y el milagro se había producido hacía tres meses. Aun así, ni bien se enteró se puso a llorar. Estaba sentada sobre la tapa del retrete y Leonardo estaba frente a ella, con la tira reactiva en la mano.

—¿Qué pasa? —le preguntó, sonriente.

—Sabés lo que me pasa —replicó ella.

Él la abrazó y le acarició la espalda.

—Lo que pasó no va a volver a pasar —aseguró—. Esta vez, todo va a salir bien.

El médico le dijo que, dada su edad y la experiencia anterior, era un embarazo de riesgo, pero que podía trabajar. Julieta lo agradeció: el trabajo era lo único que la distraía del miedo a una nueva pérdida. Quizás por eso Leonardo siempre terminaba cediendo, seguro de que todo iba a ir bien.

Mientras ponía a hervir arroz, Julieta apareció en la cocina y lo observó: amaba cada centímetro de su cuerpo y cada sensación que él le provocaba. Admiraba su bondad y su inteligencia, su fortaleza y su capacidad de superación. Había comprado su bar dos veces, y en ambas oportunidades lo había transformado en un éxito. Desde que ella se lo había vendido, también era restaurante, y con el tiempo apostaba a que podría abrir otra sucursal.

Inundada de amor, lo abrazó por la espalda y le dio un beso en el hombro.

—¿Tenés que ir al bar esta noche? —preguntó.

—Así, cocinar es mucho más agradable —comentó él antes de contestar—. Voy a ir un rato.

Julieta lo soltó y se apoyó en la mesada para mirarlo.

—¿Sabés quién declaró tantas horas? —interrogó.

—Anteayer me dijiste que habían llamado al acusado del caso que está de moda en televisión, el amigo del padre de la chica que violaron y mataron.

—Sí, fue ese.

—¿Y qué te preocupa?

De no haberse sentido tan contrariada, Julieta habría sonreído. Era un alivio que alguien supiera lo que sentía sin que tuviera que explicarlo.

—Se inculpó y todas las pruebas lo inculpan, pero... creo que no lo hizo, que es un chivo expiatorio. Tengo que probar que él es el responsable y puedo hacerlo, pero ¿qué hago con mis presentimientos?

Leonardo la miró con expresión serena y respiró profundo.

—Sabemos que tu intuición, la mayoría de las veces, es acertada —respondió.

—Sí.

—Entonces hacé lo que sientas. De esa manera vamos a poder dormir de noche.

Julieta sonrió; hablar con Leonardo siempre le hacía bien. Nunca había imaginado lo bueno que era contar con alguien. Poder mostrarse tal cual era con otra persona, sin miedo a lastimar o salir lastimada. Sabía que no era una persona fácil, y tampoco él, pero sentían pasión y admiración el uno por el otro, y eso facilitaba todo. Se comprendían, y era maravilloso.

Ese mediodía almorzaron juntos y después se fueron a la cama para que Julieta durmiera. Sin embargo, necesitaba algo que la ayudara a superar la larga jornada de trabajo, y no desistió hasta obtener lo que deseaba.

Comenzaron besándose, y él terminó sobre ella. Cuando la miró a los ojos, descubrió que los de Julieta estaban húmedos. Sonrió y le acarició las sienes con los pulgares.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella con el ceño fruncido.

Leonardo sonrió y, cuando lo hacía, Julieta sentía que era el hombre más hermoso del mundo.

—Porque tu amor me hace fuerte. Tus ojos, atractivo; tus caricias, bueno. Y por dejarme ser el único capaz de derretir el hielo y descubrir tu fuego interior.

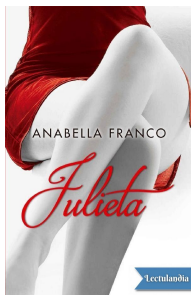
¿Qué se respondía ante eso? Claro que estaba derretida, y no había manera de recuperar el hielo de nuevo.

—Sos todas esas cosas, aun sin mí —replicó.

—Tal vez. Pero no lo creería si no estuvieras a mi lado —aseguró él, y entró en su cuerpo como en cada rincón de su alma.

Mientras se amaban, Julieta pensó en las maravillas que les esperaban: los años juntos, los éxitos, su hijo. Pensó en lo afortunada que era por haber perdonado y haber sido perdonada, y creyó con más fervor que nunca que el amor es la única fuerza que siempre es justa. Lo único que puede vencer el odio, la única verdad.

El amor, en todas sus dimensiones, es lo único por lo que vale la pena luchar.



Julieta es una mujer de hielo. Una abogada inteligente, fría y calculadora. Nada puede doblegarla, ni la culpa y el silencio que quedan cuando se cierra el telón del éxito. Pero cuando debe enfrentar sus sentimientos, no es más que una niña inexperta y asustada tratando de sobrevivir en un mundo despiadado.

Leonardo, un barman, cree haber sido víctima de esa mujer que ni siquiera lo recuerda. Una casualidad los pone frente a frente y él querría ser capaz de dañarla. No sabe que su odio por ella es tan fuerte como será su amor cuando el hielo se derrita y descubra a la mujer que anhela ser amada. Una intensa pasión se desata mientras la verdad y el peligro acechan en las sombras. El deseo late al ritmo de dos corazones que ansían la redención. ¿Qué pasará cuando todos los sentimientos se confundan?



ANABELLA FRANCO

Es escritora de novela romántica y ficción juvenil. Nació en Buenos Aires, estudió Letras y Corrección Literaria, y comenzó a escribir desde muy joven, lo cual se convirtió luego en su profesión. Se desempeñó como jurado en diversos concursos literarios y como coordinadora en talleres de escritura. Ganó varios certámenes de cuento y publicó su primer relato en 2005. Es autora de seis novelas románticas que Vergara editó entre 2012 y 2017. Sus sagas juveniles *Rebelión* (2015) y *Tercera Guerra Mundial* (2017), bajo el seudónimo Anna K. Franco, tuvieron gran éxito en Latinoamérica. Actualmente vive en su ciudad natal y combina sus pasiones más profundas: la enseñanza y la escritura.

Índice

- [Julieta](#)
- [Dedicatoria](#)
- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)

- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)
- [Epílogo](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre la autora](#)